A.J. KYLER



LA jugada CAMBIADA

VeRa

EL ROMANCE UNIVERSITARIO MM DE HOCKEY ENTRE RIVALES QUE REINVENTA EL TROPO DE LOS GEMELOS.

NICKO

Estaba destinado a convertirme en una de las grandes promesas del hockey. Como una de las diez primeras elecciones del *draft*, tenía el futuro
al alcance de la mano... hasta que una mala entrada sobre el hielo estuvo a punto de arrebatármelo todo.
Ahora solo me queda un último año de universidad para demostrar que
me he recuperado y que sigo mereciendo una oportunidad en la NHL.
Mi plan era sencillo: entrenar, centrarme únicamente en el hockey y ganar el Frozen Four.
Hasta que mi hermano gemelo, Nate, me necesita
y soy el único que puede ayudarlo.

¿El problema?

Eso implica convivir con Xander Hart. El mejor amigo de mi hermano.
Y mi peor enemigo.

XANDER

Estudiar, hacer que mis madres se sintieran orgullosas y ganar el Frozen Four.
Ese era mi plan para el último año de universidad.

Perder a mi mejor amigo no.

Nate van der Hoff y yo somos inseparables desde el primer día de carrera. Creía conocerlo mejor que nadie. Pero, de un día para otro, empieza a comportarse de forma extraña. Me evita. Se muestra distante. Y cada vez que intento averiguar qué le pasa, acabamos discutiendo.
Sin embargo, sobre el hielo nunca habíamos jugado tan bien juntos. Nunca habíamos conectado de esa manera.

Y, de repente, ya no sé si tengo más ganas de partirle la cara... o de besarlo.
Está claro que este va a ser un año muy, muy largo.

A.J. KYLER es el seudónimo de Annie y Jay, dos amigas que llevan más de diez años compartiendo historias y escribiendo juntas. Todo empezó cuando Annie bromeó con la idea de publicar una novela y Jay decidió tomárselo completamente en serio.

Amantes de la lectura, los viajes y las largas noches imaginando nuevos personajes, encuentran la inspiración recorriendo bosques, visitando castillos y dando forma a las historias que están por venir.

A.J. KYLER

LA *jugada* CAMBIADA

Vé Ra

Nota de la dupla autoral

Aunque hemos intentado mantenernos fieles a las reglas del hockey y de la Asociación Nacional Deportiva Universitaria (NCAA, por sus siglas en inglés), en algunos casos nos hemos tomado ciertas licencias creativas para hacer la historia más entretenida y lograr que la trama fluya mejor.

Advertencia sobre el contenido

Estimados lectores:

Os pedimos que tengáis en cuenta que este libro contiene temas, lenguaje y descripciones que podrían resultar perturbadores para algunas personas. Entre ellos se incluyen:

- menciones al fallecimiento de los padres y a la adopción;
- escenas sexuales explícitas entre dos hombres adultos que mantienen relaciones consentidas (incluyen sexo anal, sexo oral y el intercambio de semen en forma de beso blanco);
- menciones a lesiones que podrían poner en peligro la carrera de un deportista;
- consumo recreativo de alcohol; y
- lenguaje homófobo (por parte de personajes que no son los protagonistas), referencias al acoso escolar (*bullying*), así como su representación, y expresiones y comportamientos homófobos.

Incluimos esta lista para que podáis decidir con toda la información si esta historia es adecuada para vosotros y para que la experiencia de lectura resulte lo más satisfactoria posible.

Para todos aquellos a los que les pese haberse perdido «la experiencia universitaria»: espero que la vida os sorprenda cuando menos os lo esperéis.
Jay

Para mi hermano pequeño, Jannik: te dedicaría el mundo entero, pero tendremos que empezar por un libro.
Annie





PRÓLOGO

Xander, primer curso, 28 de junio

Oigo un clic muy cerca del oído, seguido de una melodía alegre. Al otro lado de un cristal, alguien levanta tres dedos, dos, uno...

—Y volvemos para el último programa de *La vida en el campus* antes de las vacaciones de verano. Tanto si sois unos auténticos expertos en todo lo relacionado con los Badgers como si formáis parte de los distinguidos Bats, ¡esperamos que disfrutéis de un verano fantástico! Hoy, en Radio Universitaria 4, damos la bienvenida a dos de nuestras nuevas estrellas estudiantiles. Os presentamos a Alexander Hart y Nicholas van der Hoff. ¡Saludad, chicos!

Trago saliva e intento sonar seguro de mí mismo, pero apenas oigo mi propia voz con los enormes auriculares que nos han obligado a ponernos en este estudio diminuto y abarrotado.

—Hola —digo con voz temblorosa, pero la palabra ya ha salido de mi boca, así que no hay forma de arreglar esa primera impresión. Me aclaro la garganta con la esperanza de que el resto de la entrevista salga mejor.

A mi lado, Van der Hoff asiente, pero enseguida parece recordar que tiene que responder en voz alta, porque nadie puede verle.

—Hola —consigue decir.

El presentador nos dedica una sonrisa de ánimo. Está en último curso, igual que la mayoría de los estudiantes que ocupan la cabina de control al otro lado del cristal. Solo reconozco a unos pocos. No es de extrañar, teniendo en cuenta que hay alumnos de ambas universidades: St. Bernard y Bonham Tech.

Incluso siendo de primer año, hacía mucho tiempo que no me sentía tan joven.

—Contadnos un poco sobre vosotros —dice alegremente el presentador sentado frente a nosotros, y suelto un suspiro. Me siento como si estuviera en una de esas dinámicas para conocer gente de la semana de bienvenida. Me ponen nervioso, pero al menos tengo una respuesta preparada gracias a todas las veces que ya he tenido que presentarme: ante mis compañeros de clase, mis compañeros de residencia y mi nuevo equipo.

—¿Empiezo yo? —Le lanzo una mirada al rubio sentado a mi lado, que se limita a encogerse de hombros. Asiento y continúo:

—Bueno... Me llamo Xander Hart y soy estudiante de primer año en St. Bernard. Me he mudado aquí desde Oregón y... —Dudo un instante mientras dejo caer los hombros—. Estudio Historia.

Me vuelvo hacia Van der Hoff y le dedico una sonrisa de ánimo. Con un poco de suerte, al menos he conseguido romper el hielo.

—Soy Nicko y...

—Ah, ¿te llaman Nicko en vez de Nicholas? —lo interrumpe el presentador, ladeando la cabeza con curiosidad—. Creía que usabas tu nombre completo.

—Pues creías mal —masculla Van der Hoff entre dientes—. Soy Nicko. Con «c» y con «k».

Inclino la cabeza. Es algo sutil, pero la forma en que modula la voz al pronunciar las sílabas de su nombre hace que suene de una manera muy concreta.

—Bueno, soy Nicko y juego al hockey.

El entrevistador y yo esperamos unos segundos para ver si añade algo más, pero Van der Hoff se limita a apretar la mandíbula.

Me siento obligado a echarle una mano, porque Nicholas van der Hoff tiene la misma cara que mi mejor amigo, Nate van der Hoff. Solo veo a Nicholas cuando viene a visitar a Nate a nuestra abarrotada habitación de la residencia. Aun con lo poco que sé del hermano gemelo de mi amigo, ya me he dado cuenta de que son personas completamente distintas.

Nate habría hecho estallar el estudio en carcajadas con solo un par de frases, mientras que su hermano tiene la expresión de

alguien sentado en el dentista esperando a que le saquen una muela.

—Bueno... Los dos habéis sido seleccionados por los Rebels de Nueva York, ¿verdad? —pregunta por fin el entrevistador para romper el silencio.

—Sí —responde Van der Hoff con sequedad.

Sorprendido por sus respuestas monosilábicas, le lanzo otra mirada. Siempre que aparece por nuestra residencia suele ser callado, pero Nate insiste en que su hermano cambia por completo en cuanto toma confianza, así que supuse que se mostraría más abierto durante la entrevista. Aunque, por otra parte, sé que Nate se pone tan nervioso antes de los exámenes que se muerde las uñas hasta dejarse los dedos en carne viva. Quizá a su gemelo le ocurra algo parecido. Estiro la pierna para darle un toque con el pie y luego me inclino hacia el micrófono.

—Sí. Cuando terminemos la universidad, jugaremos en la NHL. Fui el duodécimo jugador universitario seleccionado para la Liga Nacional de Hockey. Yo juego de centro, y Van der Hoff de derecho...

—Izquierdo. Juego de extremo izquierdo —me corrige Nicko, antes de volver a quedarse callado cuando le dirijo una mirada irritada por haberme hecho perder el hilo.

—Los dos estamos muy contentos de que nos hayan seleccionado. Es increíble pensar que algún día podríamos jugar en un equipo con tanta historia.

—Pero, de momento, sois rivales. Tú juegas con los Badgers, ¿verdad, Nicko? —El presentador se toma un momento para consultar los papeles que tiene delante: hojas cubiertas de anotaciones escritas con una letra ilegible y marcadas con separadores de colores. Ojalá hubiera aceptado su oferta de enviarme las preguntas por adelantado.

—Y yo juego con los St. Bernard Bats —respondo, mientras Van der Hoff se limita a asentir—. Pero ser rivales también te permite aprender mucho sobre la forma de jugar del otro. —Espero sonar diplomático, porque no tengo ni idea de qué clase de jugador es este Van der Hoff.

Sé que Nate es bueno; ha sido mi extremo derecho desde que los dos entramos en la alineación titular de los Bats. ¿Pero Nicholas van der Hoff? Ni idea. Aunque nuestros equipos se enfrentan con frecuencia, apenas hemos coincidido sobre el hielo. No sé si eso cambiará cuando estemos en el mismo equipo. ¿Encajaremos con los demás? ¿Llegarán siquiera a contar con nosotros?

Para mí no hay alternativa: tengo que ganarme un puesto en la alineación titular.

El hockey es un deporte caro, y les debo mi éxito a mis madres, que han hecho todo lo posible para que pudiera llegar hasta aquí. Pienso devolvérselo multiplicado por diez.

—¿Y qué sentiste al conocer al equipo? —pregunta el presentador, interrumpiendo mis pensamientos.

Trago saliva al recordar el acto de presentación que organizaron para todos los nuevos seleccionados. Nos enseñaron la pista en la que quizá lleguemos a jugar algún día, fue una experiencia tan emocionante como intimidante. *Haz las cosas bien y llegarás hasta aquí; si no estás dispuesto a esforzarte, más vale que vuelvas a casa.*

Al menos, esa era la impresión que pretendían transmitir.

—Fue... intimidante, claro. Ver en persona a gente a la que solo conoces de la televisión y que está exactamente donde tú quieres llegar... Fue una pasada. —Consigo soltar una risita mientras me seco las manos sudorosas en los vaqueros.

—Pero todos fueron muy amables con vosotros, ¿no? Incluso con los recién llegados. —Una vez más, me vuelvo hacia mi futuro compañero de equipo casi por instinto. Solo llevo un año viviendo con Nate, pero se ha convertido en mi mejor amigo. A estas alturas, pedirle su opinión me sale de forma natural, y no veo por qué no iba a hacer lo mismo con su hermano.

Pero aquel rostro familiar se transforma en una mueca hostil. Este no es Nate. La mirada que me dirige su gemelo es abiertamente amenazadora.

Parpadeo un par de veces y continúo:

—Tampoco debe de ser fácil para ellos. Al fin y al cabo, están incorporando jugadores nuevos, y eso siempre altera la dinámica del

equipo. Hay que hacer hueco y adaptarse a distintas formas de jugar... —Levanto una mano para enfatizar mis palabras y la bajo enseguida, apresurándome a terminar la idea—. En definitiva, nadie sabe cómo va a funcionar un equipo hasta que todos saltan al hielo juntos.

—¡Buena respuesta! Vamos al grano: ¿cómo de difícil es llegar hasta donde estáis vosotros? Quiero decir, ser seleccionado para la liga.

Me río, completamente superado por los nervios. Está claro que eso era lo que querían preguntar desde el principio.

—Es una mier... Es difícil. —Hago una mueca al darme cuenta de que casi se me escapa una palabrota en una entrevista pública. Me apresuro a seguir adelante; noto un cosquilleo en la nuca, justo donde mis madres me habrían dado un suave toque de atención por mi lenguaje.

»Quiero decir, tienes que intentar mejorar constantemente, entrenar todos los días e ir al gimnasio al menos cuatro veces por semana —enumero contando con los dedos—. Y eso sin hablar de las clases, los trabajos y los exámenes... —Suelto otra risita, me quedo callado un instante, me paso una mano por el pelo y casi me quito los auriculares sin querer.

»Pero es increíble haber llamado la atención de un equipo como los Rebels. Al fin y al cabo, saben reconocer el talento cuando lo ven. —Dios, espero que eso no haya sonado arrogante, pero tampoco voy a fingir modestia. Estoy orgulloso de haber llegado hasta aquí. Me he dejado la piel para conseguirlo.

Como el presentador no me interrumpe, sigo hablando.

—Aunque, obviamente, todo puede resultar un poco más fácil si tienes a alguien que te presente a las personas adecuadas. Alguien que conozca a la gente indicada. Por ejemplo, si tus padres fueron jugadores o entrenadores.

Percibo cómo Van der Hoff se tensa a mi lado, pero no le doy importancia. No es ningún secreto que su madre entrena al equipo femenino de la Universidad de Brown ni que su padre jugó en la NHL antes de dedicarse al periodismo.

—Eso puede darte una ventaja enorme, porque saben cómo ayudarte a destacar entre los demás jugadores. —Me obligo a dejar quietas las manos—. Mis madres hicieron todo lo que pudieron, y no podría estarles más agradecido, pero hubo muchísimas cosas que tuvimos que aprender sobre la marcha. Y muchas otras se complicaron más de la cuenta. Quiero decir, ni siquiera habían visto un partido de hockey antes de que yo empezara a jugar.

El presentador se ríe, y yo me uno con una pequeña carcajada.

—Vaya, desde luego no debió de ser fácil —comenta. Me sonrojo y bajo la vista. Durante buena parte de mi infancia me preocupaba no saber cosas que todos los demás parecían conocer porque sus padres se las habían enseñado. O porque habían crecido en hogares donde el hockey era casi una religión. Desde la muerte de mis padres, yo ya no había tenido eso.

—Sí. Durante mucho tiempo salí adelante gracias a la gente maravillosa del programa deportivo para niños adoptados, que ayudó tanto a mis madres como a mí a orientarnos en todo aquello. Pero creo que, si tus padres han sido jugadores o incluso simples aficionados, te resulta mucho más fácil entender el deporte y abrirte camino hasta la NHL.

—Al menos a mí me seleccionaron por mi juego y no como parte de una estrategia de marketing.

Parpadeo, desconcertado. Después de todo mi discurso, casi había olvidado que no estaba solo en la entrevista.

Está claro que Van der Hoff no. Sus ojos verdes se clavan en los míos mientras se inclina hacia el micrófono. Se me revuelve el estómago y, antes de que pueda reaccionar, el presentador se lanza sobre aquella declaración como un buitre.

—¿Qué quieres decir con eso, Nicko?

—Es cierto que mis padres jugaron profesionalmente y que mi madre entrena ahora al equipo femenino de hockey de la Universidad de Brown —empieza Van der Hoff. Parece estar preparándose para el saque inicial, esperando a que caiga el disco—. Aprendí todo lo que pude de ellos, porque ¿quién no aprovecharía una oportunidad así? —Por fin aparta la vista de mí y se vuelve hacia el presentador—. Es muy difícil llamar la atención de un equipo de la

NHL, y todavía más difícil conservarla. Pero al final todo se reduce al talento, no al nepotismo. Puede que mis padres me enseñaran, pero no jugaron por mí.

Van der Hoff vuelve a mirarme, y me deja desconcertado la rabia que desprende, tanto en la mirada como en el tono de voz. No tengo ni idea de qué he dicho para que se lo tome como algo personal.

—Me seleccionaron por cómo juego, no porque pudiera darles buena imagen y hacerlos parecer inclusivos.

—¿Qué estás insinuando?

La tensión me eriza la piel. Nunca había oído a Nicholas van der Hoff decir tantas palabras seguidas. Ojalá hubiera seguido callado.

—Me refiero a que tu entrevista de hace unas semanas fue muy diferente. —Sus ojos verdes brillan con malicia—. ¿O no?

Noto cómo me arden las mejillas, y por primera vez me alegro de que esto sea radio. Me vuelvo hacia el presentador, que observa a Van der Hoff con atención, e intento reconducir la conversación.

—Deberíamos volver al tema...

—No, espera. Esto me interesa.

Van der Hoff resopla.

—Me refiero al especial del Orgullo que hicieron sobre Hart.

Me giro despacio para mirarlo directamente. Los enormes auriculares hacen que algunos mechones de su pelo rubio claro sobresalgan por un lado de la cabeza. Nunca había odiado tanto a nadie como a este imbécil que acaba de sacar mi orientación sexual en directo durante un programa de radio.

Y, maldita sea, sigue hablando, como si quisiera compensar de golpe todo el tiempo que ha pasado callado.

—El año pasado, un grupo de jugadores de la NHL organizó un evento benéfico para la Noche del Orgullo, pero todo acabó convirtiéndose en un desastre cuando otros jugadores reaccionaron con comentarios homófobos. Luego se filtró un vídeo que se hizo viral en redes sociales —explica a un presentador que claramente desconoce toda la historia.

El recuerdo me revuelve el estómago y me deja sin palabras, así que continúa sin que nadie lo interrumpa.

—Y apenas dos semanas después seleccionaron al único novato abiertamente gay.

—Me seleccionaron igual que a cualquier otro. ¡Resnikoff no tuvo nada que ver! —replico con brusquedad, sacudiendo la cabeza. La estrella de los Rebels había sido grabada en vídeo criticando unas iniciativas de inclusión de una forma vergonzosa. Recuerdo aquellas palabras inundando las redes y a todo el mundo opinando sobre ellas. Pero esa faceta de Resnikoff nunca salió de los canales oficiales de los Rebels. Eso me lo habían dejado muy claro.

Van der Hoff pone los ojos en blanco y resopla con desprecio.

—Si de verdad te crees eso, eres idiota.

—Eso sí que es... —empieza el presentador, pero lo interrumpo con un gruñido.

—¡Si crees que tengo alguna ventaja por ser abiertamente gay, entonces el idiota eres tú! —En este momento solo existe una persona para mí: Van der Hoff. Que está sentado a mi lado, mirándome con aquellos ojos verdes llenos de rabia.

—No me refiero a eso... Lo que no me puedo creer es que te hayas dejado utilizar de esa manera y encima sigas diciendo que apoyan alguna causa. ¿Qué demonios te pasa?

—¡Al menos yo no escondo quién soy! ¡Me habría encantado tener a alguien como yo cuando era más joven! —Aspiro una bocanada de aire, pero todavía no he terminado—. ¿O es que te molesta que me dedicaran toda esa atención en vez de centrarse en ti? ¿Es eso? ¿Estás celoso?

Los dos nos hemos olvidado por completo del presentador. Los cables se tensan y se enredan cuando me inclino invadiendo el espacio personal de Van der Hoff.

—¿Porque así podrías ser el Van der Hoff del que habla todo el mundo? ¿La gran estrella?

—¡Eso no es...! ¡Cállate!

—Ah, claro. Qué conveniente. —Resoplo y me quito los auriculares de golpe.

—¡Eres un arrogante!

Los dos nos estremecemos al mismo tiempo cuando un pitido agudo nos estalla en los oídos y pone fin a la discusión de forma

abrupta. Me arranco los auriculares tan rápido que me llevo algunos pelos castaños por delante.

Van der Hoff tira el micrófono al suelo mientras se pone en pie de un salto.

—¡Maldito imbécil! —escupe intentando plantarse delante de mí, pero cuando me levanto le saco varios centímetros. No parece importarle lo más mínimo, porque, por mucho que sea un capullo, Van der Hoff es un jugador de hockey de pura cepa. Sus dedos se cierran sobre mi camiseta y yo lo sujeto por los hombros. Mi cadera golpea el borde de la mesa mientras forcejeamos.

—¡Eh, eh! ¡Parad! —grita el presentador, intentando levantarse también, aunque acaba enredado entre los cables.

Apenas lo oigo. Solo veo a Van der Hoff intentando darme un cabezazo. Intento clavarle el codo en las costillas para hacerlo retroceder, pero varias manos nos agarran antes de que pueda hacerlo.

—¡Cómo sois los jugadores de hockey! ¡Lo lleváis en la sangre! —grita desesperado el presentador por encima del caos.

La sintonía vuelve a sonar, seguida de los primeros acordes de una canción.

—¡Y esto ha sido todo por hoy! ¡No os perdáis el próximo episodio de *La vida en el campus*!



CAPÍTULO 1

Nicko, último año de universidad, 25 de septiembre

—¡Cuidado!

El corazón me da un vuelco cuando alguien se me abalanza por la espalda. El golpe no es nada comparado con lo que estoy acostumbrado a recibir sobre el hielo, pero me ha pillado desprevenido. Ahora mismo me tiemblan las piernas, y no es precisamente la clase de temblor que provoca la persona que te gusta, sino más bien del tipo que aparece cuando tu entrenador búlgaro te obliga a repetir el mismo circuito de ejercicios durante casi dos horas.

No me hace ninguna gracia el jadeo que se me escapa ni la forma en que agito los brazos para recuperar el equilibrio, provocando las risitas de algunos de mis compañeros.

Les muestro el dedo del medio antes de apoyar las manos enguantadas sobre los brazos menudos que se han cerrado con fuerza alrededor de mi cintura. Durante un instante contengo la respiración al notar un pinchazo desagradable en el muslo derecho. Mis músculos agotados protestan por la mala postura que he adoptado desde la lesión del año pasado. Solo cuando estoy completamente seguro de haber recuperado el equilibrio consigo esbozar una sonrisa.

—¿Un placaje por la espalda? Un poco cobarde, ¿no? —digo mientras me arriesgo a mirar por encima del hombro para confirmar mis sospechas.

—Pero enfrentarse a un rival más grande demuestra valentía, ¿no? —Milo me sonríe sin despegarse de mi espalda.

—Depende. Tu padre probablemente diría que demuestra estupidez. Igual que no ponerse el casco. —Le revuelvo el pelo con una mano enguantada para enfatizar la reprimenda. Milo arruga la nariz, pero no protesta. Es bastante pequeño para sus doce años y todavía le importan más los juegos y el hockey —especialmente el hockey— que su aspecto. Me estremezco al imaginar a los demás chicos del instituto metiéndose con él.

—¡Milo! ¿Qué te he dicho? ¡Primero los deberes y luego el hockey!

Los dos damos un respingo al oír aquella voz atronadora y bajamos la cabeza para evitar la mirada severa del entrenador Kovachev.

—Pero, *tatko*... No estaba jugando al hockey —se defiende Milo mientras me suelta y sale disparado del hielo, consciente de que esa excusa no va a convencer a su padre. Una sonrisa se me escapa al verlo imitar el acento del entrenador, quien se limita a resoplar y espera a que su hijo abandone la pista antes de enviarlo hacia el túnel con un suave toque en el trasero usando el palo.

—Ve a esperar a mi despacho. Tengo que hablar con Nicholas.

Me sobresalto. Al mirar a mi alrededor, me doy cuenta de que ya no queda nadie más. El resto del equipo debe de haberse ido hace rato a las duchas mientras yo perdía el tiempo jugando con Milo.

—¿Hablar conmigo? —pregunto, innecesariamente. De pronto soy muy consciente de que estoy empapado en sudor. Estoy agotado y las protecciones, junto con el uniforme, se me pegan al cuerpo. Hace un año no me habría sorprendido sentirme así, pero ahora mi cabeza empieza a repasar automáticamente cada detalle del entrenamiento. Pensándolo bien, podría haber generado mejores ocasiones de gol durante el partido de práctica, y algunos ejercicios me han costado más de lo habitual.

El entrenador se limita a observarme con una ceja arqueada.

—¿Conoces a algún otro Nicholas por aquí? —pregunta mientras se sienta en el banquillo, invitándome con el gesto a ocupar el sitio de al lado—. ¿Cómo está la rodilla?

La mano que, sin darme cuenta, había empezado a masajearme la rodilla derecha se queda inmóvil, como si me hubieran pillado masturbándome en las duchas.

—Eh... Mejor —respondo tras una breve pausa. Ni siquiera a mí me resulta convincente, aunque tampoco es mentira. Mi rodilla está mucho mejor que cuando aquel defensa de la Universidad de Massachusetts me estampó contra las vallas.

Estaba girándome para asistir a nuestro capitán, Linus Zollweg, y ayudarlo a marcar su tercer gol del partido cuando, de repente, me oí gritar a causa de un dolor tan intenso que me abrasó todo el lado derecho del cuerpo. En ese mismo instante supe que estaba jodido. Aquella sensación de desgarro no tenía nada que ver con los golpes y empujones habituales del hockey, y las expresiones horrorizadas de mis compañeros confirmaron mis peores temores. Incluso los jugadores del equipo rival me miraban con lástima mientras me sacaban del hielo en camilla. El médico del equipo no tardó ni un segundo en enviarme al hospital en cuanto me vio. Allí me dieron el peor regalo de Navidad de toda mi vida: una rotura del ligamento cruzado anterior que me dejó fuera de juego desde finales del año pasado hasta hace poco. Me ha llevado meses volver a ponerme los patines.

Así que, sí, puede que todavía no esté al cien por cien, y lo sé. Sobre todo cuando los entrenadores nos ponen a hacer ejercicios técnicos. Aún noto cierta inestabilidad en la rodilla al agacharme o al cambiar el peso del cuerpo de un canto al otro del patín. Pero también he mejorado muchísimo desde aquellos primeros pasos con muletas en enero. No digo nada de eso porque suena a excusa.

¿O no? No lo sé. Creo que las primeras sesiones de entrenamiento han ido bien, especialmente teniendo en cuenta que seguimos en pretemporada. Pero cuando veo al entrenador inclinar ligeramente la cabeza, empiezo a replanteármelo.

—Bien. —Sus ojos se detienen en mi rodilla como si pudiera verla por dentro—. Porque este año el equipo va a necesitarte. Pero más te vale ir con calma, ¿de acuerdo? No intentes forzar las cosas antes de tiempo.

Me descubro asintiendo mientras habla, pero enseguida noto cómo se me hiela la sangre. ¡Si llevo meses sin hacer otra cosa que ir con calma! He seguido todas las indicaciones: caminar despacio y

dando pasitos ridículos, estirar los ligamentos milímetro a milímetro, entrenar sin peso como si acabara de empezar... Estoy harto.

—Había pensado ponerte en una línea con Aldridge y Dunn. Solo durante un tiempo. También les vendrá bien a ellos.

Estoy seguro de que ahí hay algún tipo de cumplido escondido, pero mi cerebro sigue atascado en un único detalle: acabo de pasar de la primera línea a la cuarta.

A la puta cuarta línea con los de segundo año, lo que significa que no voy a estar muchos minutos sobre el hielo en nuestro primer partido.

Abro la boca para protestar, pero me muerdo el labio inferior con fuerza.

Discutir con el entrenador está mal visto, incluso cuando lo único que quieres hacer es explicarte.. y suplicar. Además, no consigo ignorar la pequeña duda que se abre paso en mi cabeza.

Sé que ya no sigo el ritmo de mis compañeros de línea como antes de la lesión, pero no sabría explicar exactamente qué falla. No es que me canse más o que vaya más lento. Es simplemente... Como si siempre llegara un segundo tarde. Y negar eso sería mentir.

Suelto el aire despacio y me obligo a asentir.

—Sí. Lo entiendo.

El entrenador entrecierra los ojos; se le marcan las finas arrugas de sus párpados mientras me observa con evidente desconfianza.

—¿Lo entiendes? —repite mientras se inclina ligeramente hacia delante, como si no terminara de verme bien—. ¿Y no vas a protestar? Tú eres Nicholas, ¿verdad? ¿No un espía infiltrado de otro equipo?

Resoplo, aunque sigo teniendo un nudo en la garganta.

—¿De verdad crees que dejaría que mi hermano nos espiara? —Me las ingenio para que mis palabras suenen como una broma, como si estuviera fingiendo sentirme ofendido, cuando en realidad solo intento evitar que me tiemble la voz.

Me han relegado a la cuarta línea.

Me han relegado a la cuarta línea.

Me han relegado a...

—Mmm... No sé si lo habrías permitido. A lo mejor has secuestrado a Nicholas. —Me guiña un ojo y se pone en pie—. No será para siempre —añade, ya mucho más serio, mientras pasa junto a mí camino del túnel y me da una palmadita en el hombro—. Solo hasta que recuperes la forma y dejes de pensar en la lesión.

Parpadeo, bajo la vista hacia mis patines y asiento sin saber muy bien qué pensar de eso. No tengo tiempo que perder. Este es mi último año de universidad antes de dar el salto a la NHL. La posición que obtuve durante el proceso de selección debería garantizarme un contrato con los Rebels de Nueva York, pero la lesión me convirtió de la noche a la mañana en una incógnita. Los médicos me han dado el alta para volver a jugar, sí, pero ahora hay un gran interrogante en mi historial.

Sé que los Rebels van a seguir muy de cerca todo lo que haga esta temporada, y pasarme los partidos sentado en el banquillo no es precisamente la publicidad que necesito ahora mismo.

***

Me acaban de relegar a la cuarta línea.

Ese pensamiento sigue dando vueltas en mi cabeza mientras arrastro la bolsa de hockey y el resto de mis cosas desde la entrada del garaje hasta el porche de la pequeña casa que comparto con otros estudiantes.

La verdad es que tenía muchas ganas de vivir la experiencia universitaria completa: compartir habitación en una residencia, hacer amigos para toda la vida y todo eso; pero la realidad resultó ser bastante distinta. En lugar de convertirse en mi mejor amigo, mi compañero de habitación acabó siendo la persona más insufrible que he conocido jamás. No tiene nada de malo tomarse los estudios en serio, pero sus quejas constantes, sus sermones y sus intentos de controlar la vida de los demás acabaron superando todos los límites. Y eso sin contar la vez que me robó las bombillas para intentar imponer un toque de queda a las diez de la noche.

Cuando terminé primero, ya estaba hasta las narices de la residencia.

Por suerte, no fui el único con una experiencia espantosa. Así nació el Refugio, como llamamos a nuestra pequeña casa de techo inclinado.

Hasta hace unas semanas éramos cinco: mi mejor amigo Linden, Oliver, Sasha, Marisol y yo. Pero los alquileres se han disparado, así que decidimos alquilar también el ático y Micah se mudó allí.

Nada más abrir la puerta principal, me recibe el aroma de algo saludable pero increíblemente apetecible. Mi estómago ruge al instante. El sonido, sin embargo, queda ahogado por el canto que resuena por toda la planta baja. Una voz potente suplica a los caminos rurales *que nos lleven a casa, al lugar al que pertenecemos, más joven que las montañas y más viejo que los árboles*... o algo parecido.

—¿No eras de Carolina del Sur? —pregunto a voz en grito mientras me quito las zapatillas sin desatar los cordones. Frunzo el ceño al descubrir varias hojas amarillas pegadas a las suelas.

Durante el día seguimos superando los veinte grados, pero las noches empiezan a ser frías. Estamos casi en octubre y el otoño ya se deja notar, para alegría de mis compañeros de casa, que llevan semanas decorando nuestro desvencijado porche y el césped reseco del jardín con calabazas y telarañas de mentira. Eso también significa que la temporada está a punto de empezar, y yo voy a jugar en la cuarta línea, como un maldito novato.

Micah no responde a mi pregunta, aunque sé perfectamente que me ha oído; ha cambiado a otra canción sin ningún problema hace unos instantes. Me masajeo la sien mientras atravieso el salón rumbo a la cocina abierta.

Como siempre, aquello es un desastre. Hay montones de ropa limpia esparcidos por el sofá junto a calcetines desparejados esperando a ser clasificados. Prendas deportivas cuelgan de los respaldos de las sillas, y la mesa del comedor está cubierta de pilas de libros. Encima de una de ellas descansa un ejemplar maltrecho de una de las novelas románticas baratas de Oliver, *Conquistando a Noah*, en cuya portada aparece un tipo sin camiseta con unos abdominales absolutamente ridículos.

Durante un segundo me planteo levantarme la camiseta y comparar nuestros torsos, pero luego recapacito, pongo los ojos en blanco y giro el libro para dejar la portada boca abajo.

—Eh, Nicko, ¿te quedas a cenar? —pregunta Linden mientras hago otra parada de camino a la cocina. Examino el palo de hockey apoyado contra la pared y llego a la conclusión de que pertenece a Sasha y no a mí. Ella juega de delantera en el equipo femenino de la BTU, la Universidad Tecnológica. Todos practicamos algún deporte universitario, así que la lavadora nunca descansa y la nevera suele estar peligrosamente vacía.

—Si hay suficiente para todos... —murmuro, mientras mi estómago protesta inmediatamente por mi indecisión. Probablemente podría acabarme yo solo un bufé entero, pero ahora mismo tampoco me apetece demasiado interactuar con nadie—. Aunque primero tengo que terminar un trabajo.

—Oh, sí. Hay comida de sobra —asegura Micah desde los fogones. Lleva el delantal rosa de Marisol encima de una sudadera del equipo de fútbol americano de la BTU y se limpia los dedos en la parte delantera.

—Menudo conjunto más sexi —comento mientras abro el congelador y rebusco hasta encontrar una bolsa de guisantes congelados para la rodilla.

—Ya lo sé. —Micah sonríe mientras sirve una generosa ración de arroz y verduras en un plato, coronándola con un filete de salmón—. Toma. Llévatelo arriba.

Parpadeo cuando me lo tiende.

La mentira me pesa en el estómago. No tengo que entregar ningún trabajo hasta la semana que viene, pero tampoco puedo sentarme con ellos y fingir que todo va bien cuando lo único que me apetece es esconder la cara en la almohada y gritar.

La. Maldita. Cuarta. Línea.

—Gracias.

Ojalá pudiera, al menos, esbozar una sonrisa.

La comida está buenísima, pero apenas pruebo un par de bocados. Después de darle vueltas una y otra vez a la conversación con el entrenador, se me ha quitado el hambre. Me siento como un

adolescente malhumorado mientras escucho cómo la puerta principal se abre y se cierra varias veces. Mis otros compañeros vuelven de entrenar o de clase y llenan la casa con sus voces y conversaciones.

Sentado junto a la ventana, con una bolsa de guisantes apoyada sobre la rodilla desnuda, veo a Olli y a Marisol descargar la compra del viejo Chevy de Olli cuando mi móvil empieza a sonar con aquella horrible canción de rap holandesa que Nate se asignó a sí mismo como tono. La he cambiado como mil veces, pero al final me rendí y le dejé hacer lo que quisiera. Le encanta esa clase de bromas absurdas.

—Hola, hermanito —me saluda con una sonrisa enorme en cuanto acepto la videollamada.

—Por siete minutos —le recuerdo. Cruzo la habitación y me dejo caer sobre la cama mientras observo su pelo todavía mojado. Nate juega de extremo derecho en el equipo de St. Bernard, la más antigua (y probablemente la más prestigiosa) de las dos universidades de Bonham. Su campus, situado a orillas del lago, está a apenas unos kilómetros del centro. No nos vemos todos los días, pero siempre encontramos un rato para hablar, y casi siempre es Nate quien toma la iniciativa.

—¿Qué tal el entrenamiento?

Lanzo un gemido de protesta. Durante meses no ha dejado de preguntarme lo mismo. ¿Qué tal la rehabilitación? ¿Qué tal la fisioterapia? ¿Qué tal el entrenamiento?

¿Te sigue molestando la rodilla? ¿Te duele?

—Muy bien, *mamá*. ¿Y el tuyo? —Le pregunto, pero me doy cuenta de mi error en cuanto Nate entrecierra los ojos. Por lo general prefiero escuchar antes que hablar, pero cuando se trata de hockey siempre acabo cayendo. Debería haberle seguido la corriente y haber cambiado de tema. Nate no necesita más de dos frases para darse cuenta de que algo va mal.

—¿Qué ha pasado?

—Uf. Nada —respondo; aunque los dos sabemos que no va a dejarlo correr, que se va a aferrar al tema como un perro a un hueso. Y también sabemos que acabaré contándoselo igualmente. Siempre pasa lo mismo: Nate me acosa porque está convencido de

que tiene derecho a conocer cada detalle de mi vida y de mis pensamientos. Y yo... quizá me sentiría un poco mejor si se lo contara todo, pero no hoy. Nunca había estado en la cuarta línea, ni siquiera en mi primer año.

La gran ironía es que yo mismo me beneficié de la lesión de otro jugador y me hice rápidamente con el puesto de titular en la banda izquierda, a pesar de que había jugadores con más experiencia que yo. Me aferré a aquella oportunidad con todas mis fuerzas y nunca volví a soltarla, que probablemente sea exactamente lo que De Andre está intentando hacer ahora con mi puesto.

Maldita cuarta línea. Solo pensarlo hace que me ardan las mejillas de rabia y vergüenza, igual que aquel día en que me sacaron del hielo. En mi cabeza, los directivos de los Rebels ya están preparando la llamada para decirme que no habrá contrato. Que no pueden ofrecérmelo. No cuando apenas voy a tener minutos para demostrar que me he recuperado de la lesión.

—Pero, según te ha dicho, solo será hasta que vuelvas a estar al cien por cien —intenta animarme Nate cuando termino de contárselo. Los guisantes ya se han descongelado. Observo cómo varias gotas resbalan por mi pierna y empapan poco a poco el edredón.

¿Y si eso nunca ocurre? Quiero decirlo en voz alta, pero en lugar de eso, resoplo. Ya le he dado demasiadas vueltas a esa posibilidad. No saco nada bueno de ello.

—¿Te duele la rodilla después de entrenar? —pregunta Nate y estoy a punto de preguntarle cuándo piensa dejar Literatura Estadounidense y matricularse en Medicina cuando oigo abrirse la puerta del fondo de su habitación en la residencia.

Unos segundos después, una voz desagradablemente familiar atraviesa el altavoz.

—¿Es tu hermano quejándose de la rodilla otra vez?

—¿Es tu compañero de habitación haciendo preguntas estúpidas otra vez? —replico al instante. Hart y yo no nos llevamos precisamente bien desde aquella entrevista.

Nunca se me ha dado bien hablar delante de la gente y, desde luego, aquel día no fue mi mejor momento, pero él cogió mis

palabras y las retorció hasta convertirlas en algo horrible. Las transformó en algo que jamás quise decir, y después tuve que intentar explicárselo al decano cuando me llamó a su despacho apenas un día después de que la entrevista se emitiera. Sus palabras no hicieron más que confirmar por qué desconfío tanto del activismo en redes sociales, especialmente cuando llega el Mes del Orgullo.

Porque, aunque dejó muy claro que le desagradaba lo que yo había dicho sobre Hart, también esperaba que me callara y sonriera para no dañar la reputación de la universidad. De ese tipo de «apoyo» puedo prescindir perfectamente. No necesito que nadie me estreche la mano para conseguir clics y «me gusta» en redes sociales si luego se limpia la palma en el pantalón y pone cara de asco cuando se apagan las cámaras.

Pero Hart jamás lo entenderá. Y tampoco ha cambiado nada. Da igual que coincidamos en la habitación de Nate o sobre el hielo: sigue comportándose como si yo fuera un resentido que lo odia porque le tiene envidia. Seguro que habría preferido que los Rebels me hubieran descartado hace años.

—Alguien está de muy mal humor hoy —comenta Hart.

—Chicos... —interviene Nate con desgana.

—Alguien sigue comportándose como un imbécil, como siempre —murmuro, pero ya no tengo ganas de discutir. Podríamos pelearnos por cualquier cosa, pero no pienso hablar con él sobre mi rodilla—. Tengo que estudiar —le digo a Nate, aunque los dos sabemos perfectamente que esta noche no voy a abrir un solo libro. Aun así, me deja salir por la tangente y se despide.

Justo antes de que cuelgue, alcanzo a escuchar la voz de Hart:

—¿Y tú sabes siquiera cómo se estudia?



CAPÍTULO 2

Xander, 14 de octubre

Todo el autobús vibra con la energía contagiosa de veinte jugadores de hockey y un cuerpo técnico que intenta mantener el orden sin demasiado éxito. Ni siquiera las dos horas de viaje de vuelta han conseguido calmarnos.

Me alegra que los entrenadores nos dejen disfrutar de la victoria, y sonrío a mis compañeros mientras regreso a mi asiento. Y es entonces cuando me encuentro con el único elemento capaz de aguarme el buen humor: Nate.

Mi mejor amigo se desconectó de la celebración hace más o menos una hora y sigue sentado al fondo del autobús, tecleando en el móvil. Hago un esfuerzo considerable por no poner mala cara.

—¿Cómo os ha ido? —pregunto mientras me dejo caer en el asiento de al lado.

Ya sé que está consultando el resultado de su hermano. Gracias a Nate, conozco el calendario de los Badgers casi tan bien como el nuestro.

—Han perdido —murmura sin apartar la vista de la pantalla.

—Vaya —respondo con poca convicción. Al fin y al cabo, nosotros hemos ganado. Y si los Badgers pierden, eso significa menos competencia. Le doy un codazo a Nate con la esperanza de distraerlo, pero sigue frunciendo el ceño mientras mira el móvil. Está claro que hacen falta medidas más drásticas.

—Tienes planes para esta noche, ¿no? —Sé que sí. Nate siempre sabe dónde hay una fiesta y rara vez se pierde una.

—¿Eh?

No es propio de él estar tan distraído. La lesión de su hermano debe de seguir rondándole la cabeza, pero me limito a esperar a que procese la pregunta.

—Ah, sí. Hay una fiesta en la casa de la fraternidad Kappa Tau. ¿Te apuntas?

—Lo siento, tengo que preparar la próxima reunión de la Alianza —respondo con un resoplido, deseando haber elegido una excusa mejor. Aunque llevamos casi cuatro años siendo mejores amigos, una parte de mí sigue temiendo que algún día deje de invitarme a sus planes—. Bueno, ¿y por qué no se lo preguntas a alguno de los chicos? —Me inclino hacia delante para dirigirme a los asientos delanteros, pero Nate me detiene.

—No. Se lo preguntaré a Nicko.

Me muerdo la lengua para no responder. No quiero arriesgar mi amistad con Nate hablando mal de su hermano. Es demasiado importante para mí como para ponerla en peligro solo por insistir en que el otro Van der Hoff es un cretino arrogante. Durante el resto del trayecto, Nate sigue pegado al móvil.

***

Media hora después conseguimos dejar atrás un atasco y atravesar la última zona boscosa antes de detenernos junto a nuestra pista de patinaje habitual. Para entonces ya nos hemos calmado lo suficiente como para no salir disparados en todas direcciones en cuanto se apaga el motor, así que escuchamos al entrenador cuando se levanta de su asiento.

—Muy bien, chicos. Habéis jugado muy bien esta tarde. Id a celebrarlo —dice como siempre y nos ofrece exactamente la dosis de ánimo que necesitamos—. Nos vemos el lunes. Descansad y venid con ganas de trabajar.

No añade un «y de revisar todo lo que habéis hecho mal», pero todos lo oímos igualmente.

Nate y yo nos quedamos un rato charlando con los demás mientras descargamos las bolsas. Me alegra comprobar que está de mejor humor ahora que ha guardado el móvil en el bolsillo de la

chaqueta. Nos escabullimos antes de acabar atrapados en los planes de nuestros compañeros.

Caminamos hacia la residencia en un silencio cómodo. Pocas cosas me resultan tan acogedoras como ver aparecer el viejo edificio de piedra entre los árboles del campus. Aunque no tenga ascensor y tengamos que subir y bajar aquellas escaleras de arenisca varias veces al día, sigue siendo nuestro hogar. La sensación se empaña un poco cuando nos detienen en la entrada y el vigilante de la residencia mira a Nate con evidente sorpresa.

—Anda, ¿ya has vuelto? Ni siquiera me había dado cuenta de que habías salido otra vez. —Marv ladea la cabeza mientras saluda a mi compañero de habitación. Nate, haciendo gala de su encanto habitual, consigue distraer al anciano preguntándole por su familia.

Yo suspiro y levanto la vista hacia los pisos superiores, como si pudiera ver a través de todos ellos hasta llegar a nuestra habitación. Donde, sin duda, el hermano gemelo de mi mejor amigo ya se ha colado una vez más.

Tal y como esperaba, encontramos a Nicko en uno de los sofás de la sala común, viendo la televisión con un grupo de chicas de segundo.

—No deberías colarte en nuestra residencia. La suplantación de identidad es un delito muy serio, Van der Segundo —le digo mientras saco mis cosas de la mochila.

Espero haber interrumpido sus intentos de ligar con alguna de ellas. Bastante tengo ya con verlo por ser el hermano de Nate; lo último que necesito es cruzármelo todavía más porque haya empezado a acostarse con alguna de mis compañeras de residencia.

—No iba a quedarme fuera pasando frío, idiota. Y no es culpa mía que Marv no sepa distinguirnos —replica Nicko, poniéndose en pie al primer indicio de provocación. Dos de las chicas se ríen por lo bajo. Nuestras discusiones son un espectáculo habitual; como mínimo, una vez por semana.

Negando con la cabeza, abro la puerta de nuestra habitación con la tarjeta de acceso y me planto frente al armario para tirar la ropa sudada al cesto de la colada.

—Vale, vale.

—Xander... —resopla Nate justo detrás de mí. No necesito girarme para saber que está frunciendo el ceño—. Tú tampoco querrías quedarte fuera.

—Sería horrible, pero lo haría —respondo—. Porque son las normas —insisto; y enciendo la luz, sujetando la puerta para que pase mi mejor amigo, pero dejo que se cierre justo delante de la cara de su fotocopia.

Por desgracia, Hoff es lo bastante rápido para colarse antes de que llegue a cerrarse.

Dejo caer la mochila y me acomodo en el escritorio que hay bajo mi litera.

En el autobús habría tenido tiempo de sobra para adelantar trabajo, pero me dejé llevar por toda la emoción del partido. Culpa mía. Ahora me toca ponerme a estudiar en serio, en lugar de salir por ahí, si quiero mantener las notas.

Y eso sin contar que todavía tengo que preparar la reunión de la Alianza LGBTQIA+ de Bonham de la semana que viene. Ahora que estoy en último año, quiero asegurarme de que quien me sustituya empiece con buen pie.

—Ya verás, va a estar genial. Siempre tienen el mejor alcohol —continúa Nate, retomando una conversación que seguramente empezó por mensaje con su hermano.

Se ha detenido frente al armario para sacar ropa limpia.

Por lo visto, Nicko no comparte su entusiasmo. Cruza arrastrando los pies el espacio que separan las estanterías que usamos como improvisado separador de ambientes (la mitad pertenece a Nate y la otra a mí) y se deja caer en su silla con tanta fuerza que los muelles protestan.

—No sé... —Su voz suena apagada—. No me apetece mucho salir.

—Venga ya. ¡La próxima vez ganaréis!

—¿Y cómo se supone que vamos a ganar si ni siquiera estoy jugando? —resopla Nicko, y yo pongo los ojos en blanco; ya no puedo seguir fingiendo que no estoy escuchando.

—Entonces déjalo —suelto por encima del hombro. Porque, sinceramente, Nicko está consiguiendo arruinar el ambiente con su amargura.

Percibo cómo los dos gemelos me miran, pero los ignoro hasta terminar una frase absurda que probablemente acabaré borrando dentro de un minuto, pero al menos deja clara mi postura. Cuando por fin me giro, Nicko ya ha rodeado las estanterías y está plantado justo detrás de mí.

Yo respondo poniéndome en pie. Lo cual empeora las cosas porque vuelvo a sacarle varios centímetros de altura. Aunque la entrevista fue hace años, me alegra seguir conservando esa ventaja. Como entonces, no parece impresionarle lo más mínimo y resopla como un gato furioso.

—¿Qué acabas de decir?

—Nicko, lo que quiere decir es...

—Quiero decir exactamente lo que he dicho —lo interrumpo antes de que Nate pueda hablar por mí—. Si no estás a la altura, deberías dejarlo. Nadie va a quedarse esperando a que Nicholas van der Hoff vuelva a estar en forma.

Puede que ahora mismo me interese más ser cruel que sincero, pero sigo pensando que es verdad.

—Sigues siendo el mismo imbécil de siempre —me espeta Van der Hoff antes de darse media vuelta y salir hecho una furia de la habitación. Nate me fulmina con la mirada antes de salir corriendo detrás de él.

Me encojo de hombros. Me sabe mal haber enfadado a mi mejor amigo, pero vuelvo a centrarme en el portátil, donde me espera el trabajo a medio terminar. Suelto un suspiro e intento concentrarme en escribir en lugar de prestar atención a la conversación que está teniendo lugar justo al otro lado de la puerta, donde Nate ha alcanzado a su hermano.

—No lo decía en serio, venga.

—¡Sí que lo decía! —grito hacia la puerta abierta.

Intercambian unas cuantas frases más en voz baja. No alcanzo a distinguirlas y tampoco me interesa hacerlo. Al final, Nate regresa y cierra la puerta tras de sí. Como siempre, en su papel de mediador, se detiene junto a mi escritorio.

Consigo aplazar durante un minuto la bronca que sé que está a punto de echarme. Termino una frase, pongo el punto final y

entonces levanto la vista, sin molestarme siquiera en fingir inocencia. Sé que Nate quiere que sea más amable con su hermano para que podamos llevarnos bien, aunque a estas alturas eso parezca imposible.

—¿De verdad hacía falta?

Sé exactamente qué respuesta espera, pero no tengo ninguna intención de dársela. Me limito a encogerme de hombros e ignorar la pregunta.

—¿Pero qué le pasa a tu hermano? Pensaba que ya tenía la rodilla bien.

Una lesión así es la peor pesadilla de cualquier deportista, y ninguno de nosotros admitiría jamás lo mucho que nos asusta siquiera pensarlo. Pero, por lo que Nate me ha contado, su hermano se recuperó bastante bien después de romperse el ligamento cruzado el invierno pasado.

—Está bien. Solo... necesita un poco más de tiempo para volver a estar al cien por cien —explica Nate. No parece demasiado convencido, así que vuelvo a encogerme de hombros.

—Si ya no puede seguir jugando al mismo nivel, debería dejarlo —repito, mientras vuelvo a concentrarme en el trabajo que tengo delante—. Darle la oportunidad a otra persona, ¿no?

Después de leer tres frases del siguiente párrafo, me doy cuenta de que Nate sigue plantado junto a mi escritorio.

—Tierra llamando a Nate. ¿No tenías planes para esta noche? Ya sabes, esos a los que querías arrastrarme.

Nate parece volver en sí y sacude la cabeza. Ni un solo pelo de su peinado perfectamente colocado se mueve.

—¿Eh? Ah, no te preocupes. Nicko ha dicho que vendrá.

—Claro —resoplo. Nate debería saber que su hermano tiene un talento especial para arruinar cualquier ambiente festivo. Me fastidia un poco que no haya insistido más para convencerme de que fuera. Es la parte de mí que sigue comportándose como hijo único la que protesta; la parte adulta y responsable sabe perfectamente que necesito estudiar si quiero mantener las notas. Habrá más fiestas. Siempre hay más fiestas.

—Vendrá —repite Nate, arqueando una ceja con expresión severa.

Me rindo enseguida para evitar una discusión.

—Vale, vale. Id los gemelos a pasarlo bien juntos. —Levanto las manos en señal de rendición—. Ya iré a la próxima, lo prometo.

—Te tomo la palabra. —Nate sonríe y me da una palmada en el hombro. Puedo ver la preocupación en sus ojos, pero no digo nada; simplemente le aprieto el brazo un instante antes de que se marche.

***

Me quedo despierto hasta pasada la medianoche intentando adelantar trabajo. Estoy dándole vueltas a posibles patrocinadores para una Carrera del Orgullo antes de que empiece a hacer demasiado frío cuando la puerta se abre y Nate entra arrastrando los pies. Masculla algo ininteligible y se deja caer directamente sobre la cama.

Termino lo que estoy haciendo y, mientras me lavo los dientes, paso por la cocina para dejarle un vaso de agua fría y un par de aspirinas en la mesilla.

Como era de esperar, las necesita a la mañana siguiente. Me cuesta casi media hora convencerlo de que salga de la cama para ir al gimnasio a nuestra sesión matutina.

Todavía sudados, nos permitimos el lujo de comprar unos *bagels* en el camino de vuelta.

Después de una ducha rápida, nos acomodamos junto al escritorio de Nate mientras desayunamos. Tengo abierto el New York Times en el móvil y voy leyéndole los titulares y algunos artículos cortos. Disfruto de la sensación de normalidad; después de todo, parece una mañana cualquiera de fin de semana.

—¿Qué tal la fiesta? —pregunto cuando termino con la sección de deportes.

Nate arranca varias semillas de sésamo de su *bagel* y las examina detenidamente antes de tirarlas a la papelera.

—Estuvo bien —suspira. Se queda mirando el *bagel* en lugar de darle otro bocado. —Nicko al final no vino.

—Menuda faena. Lo siento. —Una parte de mí quiere disculparse por la discusión de antes. Estoy seguro de que no ayudó, pero al

final fue Van der Hoff quien decidió decepcionar a su hermano.

—Sí... Dijo que no se encontraba bien —continúa Nate, frunciendo el ceño.

Me muerdo la lengua y luego doy otro mordisco al *bagel*. Odio verlo así, pero tampoco puedo sugerir que debería decirle a su hermano que deje de comportarse como un imbécil, porque Nate jamás haría algo así. Quiere demasiado a su gemelo. Prefiero cambiar de tema, aunque sea de una forma bastante torpe.

—Oye, ¿y si hacemos maratón de películas? ¿O vemos esa serie de la que no paras de hablar?

—¿Todavía no la has visto? ¡Te va a encantar! Lo tiene todo.

Sonrío mientras Nate empieza a hablar de los personajes, las tramas y los temas de su nueva serie favorita. El mes que viene tendrá otra distinta. Y también estaré deseando que me hable de esa.

Termino mi *bagel* mientras Nate envuelve el suyo, todavía a medio comer. Después nos acomodamos en su cama.

—Al principio va un poco lenta, pero te prometo que cuando llegues al quinto episodio no podrás parar. —Termina de colocar el portátil sobre el borde del escritorio y luego se deja caer a mi lado.

Me río entre dientes y me subo la capucha sobre el pelo todavía húmedo.

La serie está bastante bien, pero cuando llega el tercer complot de asesinato (una especie de triple traición que Nate insiste en que estaba brillantemente anticipada desde el principio) acabo apoyándome en su hombro. Y antes de que la trama se resuelva, me quedo dormido.

***

Un gemido de dolor me despierta. Parpadeo desorientado, pero la habitación está a oscuras, iluminada únicamente por el resplandor parpadeante del portátil de Nate. La serie sigue reproduciéndose, pero no hay ningún asesinato en pantalla, así que el ruido no viene de ahí. Estoy a punto de volver a dormirme cuando Nate vuelve a gemir.

Se enreda en la manta, la tira al suelo y casi se da de bruces al tropezar con mis piernas en su intento de levantarse. Sus pasos resuenan por toda la habitación mientras cruza a toda prisa la puerta.

La luz del pasillo se cuela por la abertura, y entonces lo oigo vomitar. Frotándome los ojos, me levanto y salgo tambaleándome tras él. Sigo el ruido hasta el baño.

—Tío, ¿estás bien?

Se escucha un gemido digno de una horda de zombis y luego un débil «lárgate» que resulta mucho menos amenazador de lo que probablemente pretendía. Después llegan más arcadas y salpicaduras que me revuelven el estómago. Aun así, entro.

—La venganza de los chupitos, ¿eh? Me agacho para frotarle la espalda mientras apoya la cabeza contra la pared alicatada junto al váter.

—Supongo que no debería haber bebido tanto —murmura. Acto seguido vuelve a inclinarse sobre el váter con otro gemido.

Hago una mueca de compasión, me quedo un momento más observándolo y luego me levanto. Me estiro y saco una toalla limpia del tendedero para extenderla en el suelo junto a él, así no tiene que arrodillarse sobre las baldosas frías.

—Ahora vuelvo. —Cierro la puerta, no solo para preservar la dignidad de mi mejor amigo, sino también para evitar tener que compartir baño con él; soy una de esas personas que vomitan por solidaridad.

En la cocina, saco una botella de agua y rebusco en nuestros armarios alguna caja de galletas saladas, pero solo encuentro pan duro. La verdad es que no debería sorprenderme, ninguno de los dos compra nada que no pueda prepararse en el microondas. Aun así, meto dos rebanadas en la tostadora.

Cuando vuelvo al baño, me siento junto a él y le ofrezco la botella de agua y el plato con las tostadas.

—Toma. Agua y algo de comer. Avísame si necesitas cualquier cosa, ¿vale?

—¿Puedes vomitar por mí? —pregunta Nate sin sacar la cabeza del váter.

Hago una mueca y trago saliva.

—No cambiaría mi sitio por el tuyo ni por un contrato con los Devils. Lo siento.

Más tarde tendré que avisar al entrenador de que Nate no podrá entrenar hoy. No le hará ninguna gracia, ya que tenemos otro partido el fin de semana. Aunque, pensándolo bien, siempre tenemos otro partido el fin de semana. Ya me las arreglaré. Nate saldrá adelante. Siempre lo hace cuando se trata de hockey.



CAPÍTULO 3

Nicko, 16 de octubre

—¿No vas a contestar?

Miro mi comida con mal humor mientras Linden señala el móvil, que no deja de vibrar sobre la bandeja.

He conseguido ignorar magistralmente los mensajes de Nate durante toda la mañana. Tanto que, ahora mismo, ocupan media pantalla.

Tampoco es algo raro. Nate es adicto a los mensajes. Cada vez que encuentra un vídeo gracioso de gatos, alguna noticia de hockey que le llama la atención o cualquier otra cosa que le parece interesante, me la envía. Por eso nuestras conversaciones suelen parecer bastante unilaterales. Le encanta bromear diciendo que le hago *ghosting* a mi propio hermano gemelo.

La verdad es que nunca me han gustado demasiado las redes sociales. Mientras Nate tiene miles de seguidores en Instagram, yo mantengo mi cuenta privada y mi círculo de amigos bastante reducido. Apenas hablo por mensaje con familiares o amigos; utilizo el móvil sobre todo para quedar con la gente y organizar planes.

Finjo que es porque estoy demasiado ocupado para esas cosas, pero, si soy sincero, me da miedo hacer el ridículo delante de todo el mundo. Y no de la forma encantadora y divertida que Nate ha perfeccionado con los años, sino peleándome con mi futuro compañero de equipo en directo ante media universidad. La reacción que provocó aquella entrevista sigue persiguiéndome.

—No —gruño, pinchando con el tenedor la mezcla de pollo y arroz del plato como si la comida tuviera la culpa de mi situación.

Este día ha empezado exactamente igual que terminó el fin de semana: con la desagradable sensación de no estar a la altura. Sé que no estoy tan en forma como el año pasado, pero ver a mis compañeros batir sus marcas personales en el gimnasio ha terminado de rematar la poca confianza que me quedaba.

Y, por si fuera poco, mi madre me ha llamado para sugerirme que añadiera más trabajo de fuerza y acondicionamiento físico a mis entrenamientos. Nunca antes me había recomendado algo así.

Claro que, siendo exjugadora de hockey y entrenadora principal del equipo femenino de Brown, vive el deporte con intensidad. Hablamos constantemente de tácticas y jugadas. Sus análisis pueden ser demoledores, pero jamás había cuestionado mi estado físico.

Durante todos estos meses, mientras yo me obsesionaba con la rodilla, todo el mundo me repetía lo mismo: que me recuperaría, que muchos deportistas profesionales habían vuelto a competir apenas medio año después de una lesión similar.

Entonces, ¿por qué estoy en la cuarta línea?

¿Y por qué me siento tan... raro?

No sabría explicar exactamente qué falla, pero tuve la misma sensación durante el partido del sábado. Cada vez que salgo al hielo, es como si alguien intentara frenarme, como si llevara pesos atados a los patines, y no tengo ni idea de qué hacer para solucionarlo.

Entonces déjalo.

Las palabras de Hart vuelven a resonar en mi cabeza y me hacen apretar los dientes. A ese imbécil le encantaría que lo hiciera.

Mi teléfono vuelve a vibrar.

—A lo mejor es importante —dice Linden, frunciendo el ceño.

—Es solo Nate —resoplo. Aun así, dejo el tenedor y voy a por el móvil. Ya ha dejado de sonar, pero hay otro mensaje nuevo en la pantalla.

Durante un instante me planteo borrarlo sin leerlo.

Todavía estoy enfadado con él.

Hart lleva años comportándose como un auténtico imbécil conmigo, y mi hermano siempre encuentra alguna excusa para justificarlo. La entrevista de radio después de nuestra selección para

los equipos de la liga empeoró las cosas, sí, pero tampoco es que antes fuera precisamente amable conmigo.

Por un momento me planteo decirle que les mande sus memes y sus cotilleos a Hart y me deje tranquilo de una vez, pero me muerdo la lengua cuando leo el mensaje:

Llámame. Es urgente.

Por sí solo, eso tampoco debería preocuparme demasiado. Mi hermano tiene una vena dramática considerable. Si los Pioneers de Nueva York no lo hubieran reclutado, probablemente podría haberse dedicado a la interpretación.

Mis ojos verdes recorren la pantalla y con un suspiro, reviso los veintidós mensajes restantes. Cuanto más leo, más me remuerde la conciencia.

—Mierda. Lo siento, Linden, pero tengo que irme —le digo a mi mejor amigo al tiempo que me levanto de la silla de un salto. Estoy a punto de tomar mi bandeja para llevarla a la pila, pero Linden la señala y me hace un gesto con la otra mano para que me vaya.

—Yo me encargo. Ve, corre —me dice, y luego me grita mientras me abro paso entre los estudiantes que entran al comedor—: ¡Espero que Nate esté bien!

***

Media hora después, apago el coche en el aparcamiento que está al lado de la residencia de estudiantes de Nate. Dado que el campus de Bonham Tech está ubicado en pleno centro de la ciudad, el tráfico puede ser complicado, pero a esta hora la mayoría de los estudiantes siguen en clase.

—¡Hola, Nate! —me saluda Marv, el guardia de la residencia, cuando abro la puerta de la planta baja con el hombro.

—Soy Nicko —le corrijo al pasar, mientras me dirijo a la escalera.

Personalmente, nunca entenderé por qué a la gente le cuesta tanto distinguirnos. Con solo ver fotos nuestras, las diferencias son tan evidentes que a menudo me pregunto si la gente no estará fingiendo confundirnos.

—Tienes un aspecto terrible —le digo a mi hermano cuando me abre la puerta de su habitación en la residencia estudiantil.

—Nos parecemos mucho, hermanito —gruñe Nate y me lanza una mirada fulminante.

—No, no es cierto. Ahora mismo, no. —Me río, aunque siento pena por él. Me quedo un momento de pie en la puerta, observándolo atento.

Mi hermano está pálido como la cal, al punto que compite con la pintura insípida de su dormitorio. Por contraste, sus ojeras parecen mucho más oscuras. Algunos mechones de su cabello rubio, que suele peinarse hacia atrás con esmero, caen sobre la frente de forma desordenada, lo que le da un aspecto especialmente penoso.

—Estas hecho mierda —resumo con sequedad antes de adentrarme en la habitación a oscuras—. Por cierto, aquí también apesta a eso —le digo, arrugando la nariz.

Cruzo la habitación dando dos zancadas largas, y abro la ventana del lado de Hart antes de dirigirme hacia la de Nate.

—Cállate —protesta mi hermano, con la voz amortiguada por la almohada, en la que ha enterrado la cara después de dejarse caer de bruces sobre la cama—. ¡Nooo, hace frío! —se queja un momento después, mientras el aire fresco se extiende poco a poco por la habitación sofocante.

Sin inmutarme por su protesta, comienzo a sacar de la bolsa de plástico las cosas que he traído: una botella de Coca-Cola, *pretzels* salados, pastillas de caldo y un pequeño surtido de aperitivos.

—¿Has comido algo hoy?

—Sí, pero lo he echado todo por el váter —me informa Nate, girando la cabeza hacia un lado para mirarme.

—Eso te pasa por empinar el codo —resoplo. Nate aguanta mucho mejor el alcohol que yo, probablemente porque desde que me saqué el carné me tocó convertirme en el conductor oficial. Nate necesitó bastantes más intentos para aprobar el examen y, a día de hoy, nuestro padre sigue diciendo que enseñarle a conducir fue el mayor reto de toda su vida.

—¡Es un virus estomacal! Medio Kappa Tau está hecho polvo —protesta Nate, ofendido por mi insinuación—. Además, tampoco bebí

tanto.

—¡Ya, pero seguro que no ayudó! —insisto. Sin embargo, al segundo dejo escapar un suspiro. Toda mi rabia infantil desapareció en cuanto leí los mensajes que me había enviado durante la comida. Tener una gastroenteritis ya es bastante miserable de por sí, pero lo es aún más cuando tienes la oportunidad de jugar y no te pasas los fines de semana calentando el banquillo.

Nate y yo nos presentamos al proceso de selección de la liga, pero mientras que yo fui elegido en séptima posición, mi hermano no salió hasta la tercera ronda seleccionado por los Pioneers de Nueva York. Desde entonces, se ha dejado la piel para seguir en su radar. Terminar la universidad en lugar de dar el salto directamente a la NHL fue un riesgo que los dos estuvimos dispuestos a asumir por nuestros padres. Por muy buenas que fueran algunas de las temporadas de mi padre como jugador, sus éxitos quedan ya lejos y han caído prácticamente en el olvido. Hoy en día se le conoce más por sus comentarios ingeniosos y sus críticas mordaces en el pódcast *Día de Partido*.

Que te seleccionen no significa automáticamente que vayas a firmar con el equipo, pero hasta diciembre del año pasado las cosas pintaban muy bien para mí. Los Rebels incluso se pusieron en contacto conmigo para desearme una pronta recuperación después de la lesión, pero hace meses que no sé nada de ellos.

—Bébete esto —le ordeno a mi hermano mientras le tiendo un vaso de Coca-Cola.

Gime al incorporarse despacio. Tiene la espalda apoyada contra la pared y las piernas colgando por el borde de la cama. Le coloco el vaso entre las manos temblorosas y luego me dejo caer a su lado sobre el colchón.

—Te vas a contagiar —murmura entre sorbo y sorbo, levantando un pie en un intento poco convincente de echarme de la cama.

—¿Y qué? No es que vaya a tener muchos minutos sobre el hielo en el próximo partido. —Me encojo de hombros. Es un comentario estúpido, pero consigo que mi hermano me fulmine con la mirada, aunque al menos no discute. En lugar de eso, señala el paquete de *pretzels* que le ofrezco unos segundos después.

—No creo que pueda jugar el sábado —dice al cabo de un rato. No levanta la vista, se limita a darle vueltas una y otra vez a uno de los *pretzels* entre los dedos, completamente absorto en ello.

—Quizá deberías ir al médico —sugiero, aunque probablemente tenga razón. Ahora mismo no parece capaz de mantenerse en pie sobre unos patines sin ayuda. Además, existe la posibilidad de que contagie a sus compañeros, así que seguramente le prohibirán entrenar durante el resto de la semana.

—¡Pero tengo que jugar! —gime mientras se retuerce bajo la manta hasta quedar tumbado de lado, de cara a mí—. El entrenador dijo que habría gente de los Pioneers observando el próximo partido. Quieren verme jugar.

Por eso ha conseguido que dejara la comida a medias para venir a verlo: bombardeándome el móvil con mensajes histéricos. Me molesta que no me hubiera mencionado antes lo de los ojeadores. No quiero que me oculte sus éxitos. Ahora mismo Nate tiene muchas posibilidades de jugar profesionalmente el año que viene y yo... Puede que no. Pero aun así quiero alegrarme por él, y quiero que sepa que me alegro.

Aunque también me dan ganas de poner mala cara, porque puede permitirse preocuparse por algo tan pasajero como un virus estomacal. No es como si fuera a acabar con su carrera.

—Lo que necesitas es descansar. ¿Qué otra cosa puedes hacer? ¿Vomitar sobre el hielo? Aunque eso sí que dejaría huella.

Mi hermano cierra los ojos durante un instante, como si así pudiera hacer desaparecer la realidad.

—Además, no es que no tengan otras formas de seguir tu progresión —continúo antes de que pueda protestar—. La temporada acaba de empezar. Todavía quedan muchísimos partidos para que te vean jugar.

—Eso es muy fácil de decir para ti —susurra Nate.

—¿Fácil para mí...? —Estoy a punto de saltar. Paso de cero a cien en un segundo porque tiene que estar de broma, pero me interrumpe antes de que pueda hablar.

—Sí, es fácil para ti decirlo, Nicko. Fuiste la séptima elección de los Rebels. Vas a ser tú quien firme un contrato cuando termine la

universidad. ¡Para mí esta es la última oportunidad y necesito aprovechar cualquier ocasión para demostrar lo que valgo!

Nate se ha incorporado en la cama, y me mira fijamente con los ojos verdes muy abiertos. Por un instante veo cómo le tiembla el labio inferior antes de humedecérselo con la lengua.

—Pero has estado jugando genial desde la temporada pasada. Un solo partido no va a cambiar eso —digo con calma, obligándome a contener la irritación. Ya hemos tenido esta conversación antes. Debería saberlo. Pero a veces los chistes constantes y la actitud fanfarrona de Nate consiguen engañarme incluso a mí y me hacen olvidar que se muerde las uñas y que muchas veces acaba con los ojos enrojecidos en plena temporada—. Si los Pioneers no son capaces de verlo, peor para ellos.

—Eso lo dice todo el mundo, pero nadie se lo cree de verdad.

Quiero discutir. Quiero decirle que está equivocado, pero no me da oportunidad.

Se recuesta de nuevo contra la pared, con la manta subida hasta la barbilla, y continúa hablando:

—¡Y sabes que es verdad! Los Rebels son solo una opción para ti, pero no la única. Cualquier equipo querría ficharte, Nicko. Estás séptimo en la clasificación general del proceso de selección. Yo, en cambio, o consigo esto o tendré que intentar ganarme la vida con un título de Literatura.

Odio cuando mi hermano hace esto. Me pasa por encima con las palabras como una apisonadora. Ahora mismo estoy mareado por la mezcla de emociones. Tengo mil cosas que quiero decir. Pero, como siempre, todas esas palabras se pierden en algún punto entre mi cerebro y mi boca.

—Para mí no son solo una opción, ¡son la única! —Me tiembla la voz por todo lo que estoy conteniendo, como las ganas de sacudirlo hasta hacerlo entrar en razón—. Si no me fichan por motivos médicos, ¿qué más da el puesto en el que me eligieran? Me colgarán la etiqueta de mercancía defectuosa y ningún otro equipo de la liga querrá saber nada de mí.

—Entonces te has rendido bastante rápido —resopla Nate, apartando la mirada con la barbilla levantada.

—¿Qué?

—Lo que has oído —espeta, pero a su voz le falta fuerza. Cuando vuelve a mirarme, sus ojos verdes están llenos de desesperación más que de rabia—. Llevas semanas quejándote porque te han mandado a la cuarta línea, pero no estás haciendo nada al respecto.

—¿Como qué? ¿Discutir con el entrenador? ¿O romperle una pierna a De Andre? —No es que no se me haya pasado por la cabeza. Obviamente no lo digo en serio, pero de vez en cuando mis pensamientos se descontrolan. De hecho, ayer fantaseé con romperle una pierna a Hart después de su estúpido comentario.

—Juega por mí.

—¿Qué has dicho?

—Eso. Que juegues por mí.

Esta vez lo oigo, pero definitivamente no entiendo qué intenta decirme.

Nate suspira como si yo fuera la persona más tonta del mundo antes de repetírmelo despacio y en voz muy alta:

—HE DICHO QUE JUEGUES POR MÍ.

—¿Al hockey?

—No, al Scrabble. ¡Pues claro que al hockey, genio!

—¿Y por qué iba a jugar por ti?

Mi hermano levanta las dos manos.

—Porque probablemente ninguno de los dos va a jugar con su equipo el sábado. Tú porque ahora mismo estás relegado a la línea de los novatos y yo por razones obvias. Yo necesito recordarles a los Pioneers que merezco la pena, y tú necesitas minutos sobre el hielo antes de que se te olvide cómo se patina.

—Espera. ¿Quieres que intercambiemos nuestros sitios?

«¿Alguna vez os habéis hecho pasar el uno por el otro?» es la pregunta que más nos hacen cuando alguien descubre que tengo un hermano gemelo, justo después de «¡Dios mío! ¿De verdad sois idénticos?» y «¿Puedes leerle la mente a tu gemelo?».

A Nate le encanta contar la historia de cuando tuvo que ponerse dos veces en la fila para la foto del colegio en infantil porque a mí me daba miedo el flash de la cámara.

Pero hace años que no hacemos nada parecido.

—Es una locura. Estás como una cabra —digo, porque ni siquiera necesito que responda—. Y, por cierto, la respuesta es no. ¡Por el amor de Dios, Nate!

—¿Por qué no?

Que tenga que preguntarlo me exaspera todavía más. Levanto las manos, imitando su gesto.

—¡Porque es una estupidez! No puedo jugar en otro equipo. Seguro que va contra mil normas. ¿De verdad crees que sería capaz de hacer algo así? Además, ni siquiera lo necesitas. Estarás fuera una semana, como mucho. Siento no poder compadecerme demasiado de ti después de haber estado meses sin jugar.

—Hacer mi examen de Matemáticas también iba contra mil normas y aun así lo hiciste —me recuerda mi hermano.

Un escalofrío me recorre la espalda. Sí, supongo que no fue precisamente honesto, pero estábamos en secundaria.

—Ya no somos críos. No puedo creer que se te haya ocurrido siquiera. ¡Con la rodilla así podría empeorar las cosas para ti! ¡No me lo puedo creer!

Mi hermano es idiota. Pero, en lugar de discutir conmigo, se limita a encogerse de hombros.

—Vale. Pues quédate sentado en el banquillo.



CAPÍTULO 4

Nicko, 16 de octubre

Estoy tan enfadado que, horas después, todavía me tiemblan las manos cuando saco la llave del contacto. No tengo ni idea de cómo he conseguido sobrevivir a todas las clases de la tarde y llegar hasta la pista de hielo. No paro de darle vueltas a la discusión con Nate, repasando una y otra vez cada palabra que dijo. Por supuesto, ahora se me ocurren todas las respuestas correctas. Siempre pasa igual cuando discutimos: él habla y yo me quedo rumiándolo todo después, porque he dejado escapar todas las oportunidades de decir lo que realmente pensaba.

La frustración me persigue hasta la pista como un nubarrón oscuro. Incluso los murales que muestran a los campeones de los Frozen Four parecen burlarse de mí hoy. Los campeones de años anteriores están inmortalizados en las paredes para inspirar a las nuevas generaciones, pero cuando mi mirada se cruza con los brillantes ojos azules de Kip McCoy, lo único que me apetece es darle un puñetazo a su nariz pintada. El trofeo que sostiene entre las manos nunca me ha parecido tan inalcanzable.

Cuando entro en el vestuario, me recibe el bullicio habitual de una veintena de jugadores universitarios de hockey entre risas y conversaciones. Recibo algunos saludos con la cabeza y varios puños para chocar, pero me perdí tantas horas de entrenamiento la temporada pasada que algunos de mis compañeros todavía parecen sorprendidos de verme de vuelta.

Me dirijo a mi taquilla, en el rincón más alejado, dejo la bolsa de deporte sobre el banco y me siento para empezar a cambiarme. Soy

consciente de las miradas que me siguen, pero intento ignorarlas. Las llevo recibiendo desde el mismo día en que regresé a los entrenamientos. Una mezcla incómoda de lástima y curiosidad.

El banco cruje cuando otro jugador se deja caer a mi lado y levanto la vista de los patines que me estoy atando. Eric De Andre me está agitando el móvil delante de la cara.

—¿Qué te parece la noticia? —pregunta. Tiene el ceño fruncido, pero durante un instante me parece ver cómo se le levantan las comisuras de los labios.

—¿Qué noticia? —pregunto mientras me recoloco los calcetines. He evitado a De Andre todo lo posible durante las últimas semanas, así que el simple hecho de que haya venido a sentarse conmigo ya me resulta incómodo. Sé que nada de esto es culpa suya, pero sigue doliéndome verlo ocupando mi sitio en la alineación.

—¿Lo del traspaso? —pregunta, inclinando la cabeza. Las comisuras vuelven a moverse y esta vez estoy seguro de no haberlo imaginado. Hay un destello de satisfacción en aquella media sonrisa que me revuelve el estómago.

—¿Qué traspaso? —repito. Las palmas de las manos se me han llenado de sudor, así que me las limpio en los pantalones antes de ponerme en pie.

—¿Todavía no te has enterado? Joder, Hoff, no quería ser yo quien te fastidiara el día.

De repente soy consciente del silencio que se ha instalado en el vestuario y de que todos nos están mirando.

—No seas cabrón —murmura Kristiansson. Apenas lo oigo por encima del estruendo de mis propios latidos. Intento disimular los nervios mientras abro la taquilla y busco el móvil a toda prisa. Necesito dos intentos para desbloquear la pantalla y abro la aplicación de noticias de hockey. El titular aparece el primero de la lista: *Se espera que Jacques Autin, extremo izquierdo de los Devils, se incorpore a los Rebels en un acuerdo para un traspaso de dos por uno.*

Cierro los ojos un segundo e inspiro hondo, pero no sirve de nada. Las palabras siguen grabadas detrás de mis párpados. Los Rebels

están negociando la llegada de un nuevo extremo. Un nuevo extremo izquierdo.

—No tiene por qué significar nada —dice Zollweg en voz baja cuando se detiene junto a mi taquilla, mientras el resto del equipo pasa a nuestro lado camino de la salida. Algunos me dedican miradas de compasión, pero la mayoría mantiene la vista fija al frente mientras se alejan arrastrando los pies.

—Ya lo sé —respondo con voz ronca. Los dedos me tiemblan cuando guardo el móvil. Ni siquiera me molesto en cerrar la taquilla con candado. Me limito a dar un portazo.

Claro que no tiene por qué significar nada. Este tipo de intercambios ocurren constantemente y todavía me queda toda una temporada por delante antes de que se decida mi futuro en la liga. Pero me resulta imposible no ver la conexión entre mi lesión y mi reciente caída a la cuarta línea.

Puede que todavía me quede una temporada entera. Pero los Rebels ya están buscando a mi sustituto.

***

—¡Nooo! ¡Hoff! ¿Pero qué clase de pase ha sido ese?

Miro a mi compañero de línea dos veces mientras rodeo la portería. Aldridge acaba de desperdiciar por tercera vez consecutiva un pase mío y, aun así, parece convencido de que la culpa es mía por no estar marcando. Para ser estudiante de segundo, el chico tiene bastante carácter, lo que tampoco facilita precisamente darle buenas asistencias.

—Sabes que tú también tienes que poner algo de tu parte, ¿no? Quedarte quieto y poner cara bonita no va a hacer que el disco entre solo en la portería —me quejo mientras vuelvo patinando hacia él para detenerme en seco. Al frenar, descargo el peso de la pierna lesionada. Desde que volví a entrenar, me cuesta saber si me duele realmente la rodilla o no. Durante la temporada, el cuerpo de un jugador de hockey acaba convirtiéndose en un enorme moratón andante, todo duele.

—¡Pues tú tampoco puedes hacer lo que te dé la gana! ¡Tienes que adaptarte a Jacob y a mí! ¡Nunca estás donde te necesito! —me reprocha Aldridge mientras señala alternativamente a Dunn y a sí mismo con una mano enguantada. Dunn, que durante todo el partido de entrenamiento no ha hecho más que subir y bajar por la banda derecha, levanta ambas manos en señal de inocencia.

—Tú tampoco estás nunca donde te necesito yo —replico. La verdad es que mis palabras suenan poco convincentes, porque una parte de mí sospecha que Aldridge tiene razón. No estoy donde debería. Jugar por la izquierda se ha convertido en perseguir el fantasma de mis temporadas anteriores: siempre llego uno o dos segundos tarde, siempre me falta un poco de potencia en las piernas.

Y eso sin contar que sigo pensando en la noticia. Durante los últimos noventa minutos no he hecho más que darle vueltas al maldito titular, intentando convencerme de que no significa que el acuerdo esté cerrado, de que quizá solo sean especulaciones. He repasado mentalmente las estadísticas de Autin una y otra vez, intentando averiguar si estoy a su altura. Es un juego estúpido que lo único que me aporta son ocasiones desperdiciadas y pases descuidados. Y, cada vez que ocurre, noto los ojos de De Andre clavados en mí.

Vuelve a pasar cuando nos colocamos para el siguiente saque. Miller gana el disco con tanta facilidad que incluso me dedica una mirada de desconcierto antes de pasármelo. Las mejillas me arden de vergüenza mientras añado mentalmente otro error más a la larga lista de desastres del día.

Me quedo a propósito después de que el entrenador haga sonar el silbato para dar por terminada la sesión. Algunos compañeros se quedan practicando pases, pero cuando intento ponerme en la fila junto a Dunn, el entrenador me indica con un gesto que me marche.

—No necesitas practicar los pases —me dice. Aprieto los dientes. Porque, sí, técnicamente sé que no necesito más ejercicios de pase. Lo que ocurre es que tampoco tengo ni idea de qué necesito hacer para volver a ser el jugador que era antes.

—¿Vas a venir a mi partido el sábado? —pregunta Milo, que salta de las gradas, donde ha pasado las últimas dos horas fingiendo que hacía los deberes. Durante el partido de entrenamiento lo he visto sosteniendo el libro de Matemáticas del revés, así que dudo mucho que haya avanzado gran cosa.

—No sé... ¿Seguro que es día de partido? —pregunto fingiendo que intento acordarme mientras recojo los conos con el palo, y se los paso al niño que los acepta encantado.

—Nooo. Tú juegas el viernes —me corrige al instante, lo que me hace reprimir una sonrisa.

—¿Ah, sí? —bromeo, esforzándome por dibujar una sonrisa en los labios.

Si es que llego a pisar el hielo, susurra una vocecilla maliciosa en el fondo de mi cabeza.

—Sí —confirma muy serio, y un segundo después me mira haciendo un puchero—. Me parece fatal que ya no vengas a nuestros entrenamientos.

El cambio de humor es tan brusco que me pilla desprevenido. Sacudo la cabeza.

Mientras mis compañeros disfrutaban de las vacaciones de verano con sus familias, yo acepté la oferta del entrenador para ayudar en el campus local de hockey.

La idea era simplemente disponer de unas horas extra sobre el hielo por las tardes, pero ahora que ha terminado, casi echo de menos a los niños. A esa edad resulta facilísimo impresionarlos con un par de trucos, y ninguno se quejaba de cómo jugaba. Ojalá pudiera volver uno o dos meses atrás. A aquellos días de verano llenos de esperanza.

—Lo haría, pero no creo que a tu padre le hiciera mucha gracia si eso significa que falto a mi propio entrenamiento —me río antes de revolverle el pelo rubio—. Pero guárdame un sitio para el sábado.

Me despido de Milo y me dirijo al vestuario a grandes zancadas. A pesar de la noticia sobre los planes de los Rebels, ese breve intercambio consigue arrancarme una pequeña sonrisa. Seguro que podría convencer a Linden y a Olli para que vinieran conmigo al

partido y animaran a Milo. Por lo que vi durante el campus de verano, no parece tener muchos amigos y...

—Sinceramente, creo que a estas alturas estaríamos mejor sin él.

Me quedo clavado en el sitio al oír la voz arrogante de Aldridge. Solo he escuchado el final de la conversación, pero sé al instante que están hablando de mí.

Se me encogen los hombros, inmóvil en el pasillo, y, de repente, soy dolorosamente consciente del sudor que me corre por la espalda y la frente.

—Quiero decir, no es culpa suya lo de la rodilla, pero ya no juega igual, ¿sabes? Si no, ¿por qué iban los Rebels a negociar por Autin? —continúa Aldridge. Estoy apenas a unos pasos de la entrada del vestuario, y la puerta está entreabierta, lo justo para ver su pálido culo mientras se seca con una toalla como si no tuviera una sola preocupación en el mundo. Mantengo la vista fija en los granos que le salpican la espalda mientras intento controlar la respiración.

Nate sabría exactamente qué decir, él siempre lo sabe. Le recordaría a Aldridge todas sus propias carencias: que se niega a bajar a defender a pesar de jugar de centro o que se pasa los partidos protestando cada decisión arbitral. Pero yo tengo la boca seca, la lengua hecha un nudo, al igual que estómago. Y me quedo allí inmóvil.

Ojalá pudiera desaparecer ahora mismo y no volver a oír una sola palabra más de su boca.

No, ojalá tuviera el valor de abalanzarme sobre él y empotrarlo contra la pared. De plantarme delante de él y exigirle que repitiera todo aquello a la cara. Quiero preguntarle qué ha hecho él por este equipo en la única temporada que ha jugado hasta ahora. Cuántas veces ha acabado apaleado después de un partido. A cuántos encuentros ha asistido apoyado en unas muletas, mirando impotente desde las gradas. La sangre me hierve de rabia y tengo la mandíbula tan apretada que me duele.

Espero que alguno de mis compañeros me descubra allí plantado. Que alguien se levante y diga algo. Lo que sea. Pero no escucho más que murmullos apagados que podrían significar aprobación o desacuerdo, y de fondo suenan portazos de taquillas y el agua de las

duchas. Aldridge sigue hablando, pero yo ya no lo escucho. Los oídos se me llenan de un ruido blanco mientras me alejo sin que nadie me vea.

Todo mi cuerpo me pide volver al hielo, que patine hasta que me ardan los pulmones, hasta que el sudor me escueza en los ojos, pero no puedo enfrentarme al resto del equipo. No puedo mirar a Zollweg y a Kristiansson sin preguntarme si ellos también piensan lo mismo: si creen que están mejor sin mí.

Camino sin rumbo por el túnel y abro al azar la siguiente puerta que encuentro.

El almacén está completamente a oscuras. Me recibe el olor húmedo de las fregonas y el polvo acumulado en las estanterías y me abro paso entre equipamiento abandonado.

La compañía es apropiada: yo también me siento roto y prescindible.

Apoyo la cabeza contra la pared e intento no pensar que este es el peor momento de mi vida.

No lo fue en el hospital, escuchando al médico explicar los resultados de la resonancia. Ni cuando veía desde la grada cómo destrozaban a mi equipo mientras me aferraba a las muletas. Ni siquiera cuando me pasaba horas actualizando la bandeja de entrada con la absurda esperanza de recibir un mensaje de los Rebels. No. Es ahora: escondido en un cuarto que huele a humedad mientras escucho pasar a mis compañeros hablando de cenas y fiestas de fraternidad.

***

Cuando por fin reúno el valor para volver al vestuario, mi ropa está empapada de sudor frío. Ya no me da tiempo a ducharme si quiero evitar cruzarme con el entrenador, así que me quito la camiseta y las protecciones con manos temblorosas.

Mi coche es el último que queda en el aparcamiento. Me espera bajo la luz amarillenta de una farola. Nunca he sido especialmente cercano a mis compañeros de equipo, pero aun así me escuecen los

ojos cuando desbloqueo el móvil y descubro que no tengo ni un solo mensaje.

Apoyo la frente contra el volante frío, y durante unos segundos me concentro únicamente en respirar. Inspiro durante cinco segundos, mantengo el aire cinco segundos más y luego exhalo despacio. Como si estuviera intentando recuperarme de un golpe especialmente duro sobre el hielo.

No funciona.

Esto no es un dolor agudo, reciente, como el de una costilla magullada. Es algo distinto. Un dolor sordo que nace en el estómago y se extiende poco a poco por todo el cuerpo.

Cuando encuentro el móvil, marco el único número que sé de memoria.

Nate tarda menos de tres segundos en responder, su voz suena suave, como si ya supiera lo que voy a decir.

—¿Nicko?

—Lo haré.



CAPÍTULO 5

Xander, 17 de octubre

El martes por la mañana me despierta la alarma. Me extraña, porque normalmente el móvil de Nate suena media hora antes que el mío. Lo habitual es oírlo levantarse, arreglarse el pelo, probarse al menos dos conjuntos distintos y recorrer varias veces el camino entre nuestra habitación y el baño. Solo me digno a salir de la cama cuando él termina toda esa rutina.

¿Esta mañana? Nada de eso.

Anoche, cuando volví de entrenar, había un bulto roncando plácidamente bajo la manta de Nate, así que decidí no molestarlo. Lo mejor era que durmiera y terminara de recuperarse de la resaca. Pero ahora que también se ha quedado dormido esta mañana, empiezo a pensar que quizá no fuera solo una resaca.

Entrecierro los ojos y apago la alarma que sigue sonando. Lanzo una mirada a la forma inmóvil bajo las mantas.

—¿Estás despierto? —grazno hacia el otro lado de la habitación mientras me doy la vuelta y me quedo boca arriba. Por mucho que me saque de quicio la rutina matutina de Nate, despertarme de golpe y con el tiempo justo tampoco tiene ninguna gracia. La única respuesta que recibo es un leve gruñido.

—¿Te encuentras mejor? —pregunto cuando estoy fuera de la cama, deteniéndome junto a las estanterías que dividen la habitación en dos espacios.

—... Sí. Estoy bien —La respuesta llega amortiguada.

Suelto un suspiro de alivio. Si hubiera seguido vomitando un día más, las cosas podrían haberse complicado de cara al partido del

sábado.

Cuando salgo del baño, encuentro a mi mejor amigo apoyado en la encimera de la cocina, saboreando una taza de café con una calma impropia de él. Tiene un aspecto... raro.

El pelo sigue cayéndole sobre la frente y lleva gafas en lugar de lentillas. Tampoco va vestido como de costumbre. En lugar de sus habituales conjuntos impecables, lleva un jersey gris y unos pantalones de chándal oscuros. Normalmente no se pondría algo así fuera del gimnasio ni muerto, así que lo más probable es que todavía no se haya recuperado del todo.

—Si sigues encontrándote mal, puedo sustituirte otra vez —le ofrezco. La idea no me entusiasma demasiado. No soy supersticioso, pero sí creo que no conviene tocar algo que funciona. Y menos cuando ese algo ha ganado tres partidos seguidos nada más empezar la temporada.

Levanto una mano para comprobar si tiene fiebre, pero Nate se echa hacia atrás para esquivarme.

Me mira como si acabara de darle un puñetazo.

Parpadeo, todavía con la mano en el aire.

—¿Seguro que estás bien? —pregunto de nuevo mientras bajo el brazo despacio. Se comporta de una forma extrañísima, y si no lo conociera, pensaría que sigue borracho.

—Estoy bien —responde de malos modos. Su expresión se vuelve todavía más hosca. Alcanza la taza de café, pasa por mi lado y vuelve a refugiarse en la habitación.

Yo me quedo donde estoy, preguntándome qué demonios he hecho mal, pero al final me limito a negar con la cabeza y seguir con mi mañana.

***

Estoy en Wok's. Quieres algo?
Te he pillado lo de siempre. Te espero abajo.
El profesor Fiore te está reteniendo otra vez, no?

Vuelvo a revisar los mensajes, pero Nate sigue sin responder. Sé que sus clases suelen alargarse más de la cuenta, así que

normalmente me lo encuentro de camino al comedor. Un par de compañeros suyos pasan junto a mí y me pregunto si se me habrá escapado al salir del aula. Me lanzan miradas furtivas. La mayoría sigue caminando, pero dos chicos se quedan mirándome más de la cuenta. Doy un paso atrás hasta apoyar la espalda contra la pared para dejarles paso, pero se detienen en mitad del pasillo.

—Mirad, si es el «cupo de diversidad» —se burla el más alto.

Me estremezco apenas mientras reprimo el impulso de girarme hacia ellos.

Quieren provocarme.

En los tres años que han pasado desde aquella entrevista, los ataques no han desaparecido. He recibido mucho apoyo, especialmente dentro de la Alianza LGBTQIA+, pero también hay gente que me odia con auténtica pasión y se asegura de que lo sepa. Apodos como ese son una de sus formas favoritas de recordármelo.

—Eh, ¿ser gay te ha vuelto sordo? —añade uno de ellos entre risitas.

Aprieto los dientes, aunque consigo mantener la voz firme.

—¿En serio? ¿Eso es lo mejor que se os ocurre?

Algunos de los miembros más extrovertidos de la Alianza les habrían soltado una réplica brillante. Algo sobre que ellos quizá no sean gays, pero sí imbéciles, o algo bastante más ingenioso, pero a mí nunca se me ha dado bien eso.

Como presidente de la Alianza LGBTQIA+ de Bonham College, no solo tengo la responsabilidad de dar ejemplo, aunque eso implique responder con educación a los insultos. Tampoco puedo permitirme que una mala contestación, o un vídeo sacado de contexto, acabe circulando por las redes y llegue a oídos de los Rebels. Una sola interacción desafortunada podría salir muy cara.

Con un suspiro, vuelvo a actualizar la aplicación. Sigo sin noticias de Nate.

¡Te guardo sitio donde siempre!

Guardo el móvil en el bolsillo y me dirijo a la terraza del comedor universitario.

Varios de mis compañeros de equipo ya están sentados alrededor de una mesa.

Estiro el cuello para mirar a mi alrededor, pero no hay ni rastro de Nate, así que me uno a ellos. Me dejo caer en una silla libre y dejo sobre la mesa la bolsa de plástico con los dos recipientes de comida para llevar. Seguro que simplemente llega tarde y no está otra vez inclinado sobre el váter ni nada parecido. Me habría avisado si hubiera vuelto a ponerse malo.

—Eh, ¿todo bien con Nate? —pregunta Baker, nuestro extremo izquierdo, dando voz a los pensamientos que me rondan la cabeza.

Me encojo de hombros, aunque tengo que contener las ganas de mirar el móvil otra vez.

—¿Por qué lo dices?

—No sé. Es que ni siquiera me ha saludado cuando me he cruzado con él hace un rato. Y tenía muy mala cara —comenta Baker mientras picotea una pizza a medio terminar.

—Está bien —insisto, intentando convencer tanto a mis compañeros como a mí mismo. Varios de ellos han dejado de comer para escuchar la conversación.

Baker levanta las manos. En una de ellas sostiene una porción de pizza y un trozo de piña sale despedido con el gesto.

—Solamente preguntaba. Al fin y al cabo, jugamos contra los Grizzlies el sábado.

Suspiro y asiento. Como si cualquiera de nosotros pudiera olvidar el partido que nos espera. Y, después de verlo esta mañana, empiezo a compartir la preocupación de Baker.

—Oye, Hart, ¿los osos *grizzlies* no son precisamente tu tipo? —interviene Hill, nuestro capitán, acompañando la pregunta con un gesto de beso.

—¿Eh? ¿Y eso qué significa? —pregunta uno de los defensas novatos.

Hill se limita a sonreír y hace un gesto despreocupado con la mano.

—Es una cosa gay.

La carcajada se me escapa antes de que pueda evitarlo, igual que a varios de los demás. Baker, por su parte, se lleva teatralmente una mano al pecho como si sujetara un collar de perlas invisible.

—¿Hart es gay? ¡Ay, Dios mío! ¡Jamás me lo habría imaginado! Ojalá hubiera existido algún tipo de entrevista sobre el tema.

Me echo a reír y hago una bola con la servilleta para lanzársela. Sí, aquel desastre sigue persiguiéndome, pero agradezco lo fácil que le resulta a mi equipo rebajar la tensión.

—Los osos sí, pero los *grizzlies* quizá se me queden un poco grandes —responde Baker a la pregunta inicial de Hill, provocando una nueva ronda de risas y comentarios burlones.

Cuando ambos se levantan para empujarse y fingir una llave de lucha libre, me doy cuenta de que Nate observa el espectáculo desde una distancia prudencial.

—Eh, Nate, ¿tú qué opinas de los osos? ¿Crees que tendría alguna oportunidad contra uno? —le pregunto con una sonrisa mientras le hago señas para que se acerque.

—Eh... ¿Qué? —murmura Nate al sentarse, todavía con el ceño fruncido.

Nuestro buen humor parece no tener efecto sobre él. Ni siquiera cambia de expresión cuando le acerco el recipiente de fideos picantes. Intento no desanimarme y le ofrezco los palillos.

—Nada, que ha surgido un importante debate filosófico a raíz de los Grizzlies, ya sabes.

—Ya —dice Nate, vacilando un instante antes de agarrar los palillos—. Qué gracioso. —Su tono sugiere exactamente lo contrario y mientras separa los palillos, dirige la mirada hacia Baker, que sigue revoloteando a nuestro alrededor sin decidirse a marcharse.

Lentamente, Nate arquea sus cejas rubias.

—¿Sí?

—Yo..., eh... Nada, tío. Solo quería saber si estabas bien. —Baker se encoge de hombros—. Tenemos un partido importante el sábado y necesitamos que estés al cien por cien. Si te da por vomitar en mitad del hielo, nos van a machacar —concluye Baker con una muestra de apoyo tan torpe como sincera, y aprovecha para retirarse de la conversación.

—Vamos a darles una buena paliza a esos ositos de peluche —añado, guiñándole un ojo para seguirle la broma. Funciona y los demás se alejan entre risas.

Por suerte, tengo la próxima hora libre. Es un alivio no tener clase. Mientras Nate come un par de bocados, saco el móvil. Todavía tengo pendiente lo del patrocinio y también varios mensajes en el chat de la Alianza, pero antes hay algo más importante, algo a lo que llevo toda la mañana dándole vueltas.

—No sé si hoy voy a ser capaz de resolverlo —suspiro mientras observo el rompecabezas en la pantalla. Mi cerebro sigue sin encontrarle ningún sentido a esos cinco cuadraditos, dos de ellos amarillos—. Solo me quedan dos intentos y apenas tengo una «l» y una «f».

Hago una mueca mientras repaso mentalmente algunas posibilidades, pero al final dejo el móvil sobre la mesa y entonces me doy cuenta de que Nate me está mirando como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Qué? Ah, no me digas que ya lo has resuelto y que la palabra era facilísima otra vez. Sabía que tendría que haberla adivinado —gimo.

Nate es el campeón indiscutible del Wordle. Nunca entenderé cómo consigue sacar esas palabras tan rápido. Es como si viera una letra en el sitio correcto y, de repente, todo encajara.

—Eh... no —murmura antes de volver a clavar los palillos en los fideos.

—¿Están malos? —pregunto después de verlo enrollar los mismos dos fideos durante casi un minuto entero, tiempo durante el cual yo desperdicio otro intento de adivinar la palabra—. ¿O es el estómago otra vez?

—¡Estoy bien! —insiste Nate sin mirarme. Quizá esté mucho más nervioso por el partido del sábado de lo que quiere admitir—. Solo están... un poco picantes.

—¿Picantes? —repito. Estamos hablando del mismo tipo que pide guindillas enteras en la pizza—. Mmm... Vale. Quiero decir, podemos cambiarnos los platos.

Empujo hacia él mi recipiente, todavía medio lleno, de arroz frito con gambas. Nate me dedica una breve mirada antes de negar con la cabeza.

—Eh, no... Está bien.

No termino de creerle, pero sigue comiendo, así que decido no insistir. Yo, por mi parte, vuelvo a fallar otra vez y termino guardándome el móvil en el bolsillo.

Le lanzo varias miradas a Nate, pero después me obligo a parar antes de que empiece a resultar raro. Está muy callado hoy. Demasiado callado. Normalmente es imposible hacer que se calle. Supongo que por eso no he parado de hablar, para llenar el silencio. Pero, la verdad... No está tan mal. Ahora que he dejado de hablar, el silencio resulta incluso agradable.



CAPÍTULO 6

Nicko, 17 de octubre

Cuando llego al pabellón de hielo de St. Bernard esa tarde, ya he hecho el calentamiento y tengo las mejillas enrojecidas de tanto correr de un lado para otro por el campus.

A diferencia de Bonham Tech, que se alza en pleno centro de la ciudad con sus modernos edificios de cristal y acero, el campus de St. Bernard se extiende desde las orillas del lago Champlain hasta las afueras de Bonham por un lado y hasta el bosque por el otro. Está salpicado de enormes edificios de piedra que me recuerdan a las universidades centenarias de Europa, con sus fachadas ornamentadas y sus interminables escalinatas. A veces casi espero ver a los estudiantes sacar varitas mágicas de debajo de sus elegantes jerséis y abrigos de lana. Los senderos están flanqueados por robles y abedules, y las hojas caídas crujen bajo nuestros pies cuando caminamos de una clase a otra.

Hasta ahora solo había estado en la residencia de Nate y en la pista de hockey, así que recorrer el campus ha sido toda una aventura. Los edificios no están numerados ni asociados a facultades concretas, en lugar de eso tienen nombres pomposos como Salón Hemingway o Residencia Dickens. Aquí me siento tan perdido como en las clases de Nate, donde un profesor corpulento enfundado en una chaqueta de *tweed* se ha pasado toda la sesión divagando sobre sintaxis y estructura oracional.

Mi estómago protesta con un rugido cuando empujo las pesadas puertas de cristal de la pista. Solo he sido capaz de comerme la mitad de los fideos que me trajo Hart, alegando problemas de

estómago, pero mis intestinos deben de haber sufrido daños irreparables por culpa de aquella salsa picante. A diferencia de Nate, yo no tolero bien el picante, por eso suelo evitar la comida asiática y nunca me he molestado en aprender a usar palillos. Por suerte, Hart estaba tan concentrado en el móvil y en su jueguecito de adivinar palabras que apenas se fijó en mis dificultades durante la comida.

Jadeando, echo a correr por el amplio pasillo y paso junto a una enorme vitrina donde se exhiben todos los trofeos que los Bats han ganado a lo largo de las últimas décadas. El programa de hockey sobre hielo de la universidad sigue gozando de una reputación excelente, aunque sus años de mayor gloria ya quedaron atrás. Llegaron a conquistar el Frozen Four tres temporadas consecutivas antes de que Kip McCoy y sus compañeros de Bonham Tech pusieran fin a la racha. Desde entonces, ni los Badgers ni los Bats han vuelto a levantar ese trofeo.

El móvil vibra en mi bolsillo y me detengo en seco en mitad del pasillo, sin tener claro si debo girar a la izquierda o a la derecha. Siempre he entrado en este estadio por la zona reservada al equipo visitante. Es mucho más grande de lo que imaginaba.

Puede que las instalaciones no sean tan modernas como las nuestras, pero están llenas de pequeños detalles que delatan años de tradición y dinero.

Decido ir hacia la derecha y, al mismo tiempo, saco el móvil de Nate del bolsillo. Todavía me resulta extraño encontrarme con esa pantalla de bloqueo desconocida y ver mi propio nombre en los mensajes sin leer. Intercambiar los teléfonos era lo más lógico para que este plan absurdo funcionara, pero no me entusiasma precisamente la idea de que mi hermano gemelo tenga acceso libre a mis mensajes y a mis contactos. No tenemos muchos secretos, y quizá precisamente por eso soy tan celoso de las pocas cosas que sí me guardo para mí.

Durante un instante me planteo ignorar los mensajes, ya llego tarde, pero también estoy desesperado por conseguir la solución al estúpido acertijo de cinco letras con el que Hart y mi hermano parecen estar obsesionados. Hasta hoy ni siquiera sabía qué

demonios era un Wordle y mucho menos que Nate lo hacía todos los días.

Vamos, es súper fácil.
¡Te doy una pista!
¿Qué letras tienes ya?

Me quedo mirando la pantalla durante unos segundos, completamente desconcertado.

La palabra, Nate

¡No me envíes mi nombre por mensaje!
¿Y si alguien está mirando por encima de tu hombro?

¡NECESITO LA MALFRITA PALABRA!

*MALFITA

—¡Aaah!

*MALDITA

La última palabra la grito de verdad al móvil cuando justo entonces se abre una puerta al final del pasillo y aparece la cabeza de Hart. Sus ojos se abren de una forma casi cómica al verme, y después, sus labios se curvan en una media sonrisa.

—No sé de quién estás hablando, pero podemos ponerla verde juntos después del entrenamiento, si quieres —bromea mientras corro hacia él, demasiado aliviado por haber encontrado una salida a este laberinto como para responder.

Además, las mejores réplicas siempre se me ocurren unas dos semanas tarde.

Cruzo la puerta y paso a su lado, aunque no resulta fácil esquivarlo, ya que Hart lleva una enorme bolsa colgada del hombro y ya va completamente equipado. El tipo es un gigante, mucho más alto que la mayoría de los jugadores. Es una de las muchas cosas que me sacan de quicio de él: literalmente puede mirarme por encima del hombro cada vez que discutimos. Por norma general intentamos reducir nuestras interacciones al mínimo, algo que se ha vuelto bastante más complicado durante las últimas doce horas, pero sobre el hielo, todo puede pasar. Cualquier respeto que

pudiéramos habernos tenido desapareció después de aquella maldita entrevista al final del primer año.

—¿Por qué has tardado tanto? —pregunta Hart mientras me sigue hasta el vestuario. Yo avanzo con torpeza, chocando puños aquí y allá mientras fuerzo una sonrisa alegre.

—Ey, tío.

—¿Qué tal, colega?

—¡Bro!

Me da una vergüenza ajena terrible, aunque procuro que no se note. Escucho a Nate hablar así todos los días, pero esas palabras suenan ridículas cuando salen de mi boca.

—La clase se ha alargado más de la cuenta —murmuro a modo de explicación mientras miro a mi alrededor intentando averiguar cuál es la taquilla de Nate. Ni siquiera se me ocurrió preguntárselo. Sin querer, Hart vuelve a salvarme cuando se sienta en el banco para ponerse los patines y señala el hueco libre que tiene al lado.

Me acerco, dejo la bolsa en el suelo y me quedo pensativo.

Nate ni siquiera se molestó en darme la combinación del candado. Como hemos pasado media vida compartiendo vestuarios, introduzco automáticamente los números de su fecha de nacimiento.

La puerta no se mueve.

Frunzo el ceño y vuelvo a comprobarlos: 1116.

Nada.

Por un momento llego a dudar de mí mismo, como si hubiera olvidado el cumpleaños de mi propio gemelo. Pruebo al revés: 1611.

Sigue sin abrirse.

Una oleada de pánico me recorre el cuerpo. ¿Cómo se le ocurre cambiar la maldita combinación del candado después de llevar toda la vida usando la misma?

Esto ha sido una idea estúpida. ¡Una idea rematadamente estúpida!

La última vez que hicimos algo así vivíamos bajo el mismo techo, no tuve que adivinar cuál era su taquilla ni fingir que sabía quiénes eran sus amigos. Tampoco me perdí por el colegio porque compartíamos las mismas clases.

Vuelvo a sacar el móvil.

Tecleo la palabra con dedos temblorosos mientras el estrés me atenaza el estómago.

Hart me observa con desconfianza.

—¿Todo bien? —pregunta, entornando esos intensos ojos azules que parecen sospechar de todo mientras asiento.

—Sí, sí. Es que... se me ha olvidado la combinación —improviso. Intento soltar una risa despreocupada, del estilo de las que utiliza Nate cuando olvida una fecha de entrega o una cita, pero lo que sale de mi boca suena agudo y ligeramente histérico.

Hart arquea una ceja y levanta una mano, como si quisiera comprobar si tengo fiebre, y yo retrocedo por puro reflejo.

—¿Has olvidado el cumpleaños de tu hermano? —pregunta con evidente escepticismo, y poco a poco baja la mano que había quedado suspendida entre los dos.

—¡Claro que no! Relajo apenas la mandíbula. Mis dedos giran el último número del seis al siete y la puerta de la taquilla se abre de golpe.

***

Los Bats ya han empezado los estiramientos cuando salgo torpemente al hielo. Me preparo para una buena bronca por llegar tarde, pero lo único que recibo es una mirada severa de uno de los entrenadores asistentes antes de que me indique que me una al grupo.

Por costumbre, me coloco un poco apartado de los demás, y solo me doy cuenta de mi error cuando Hart se gira y me lanza una mirada extrañada por encima del hombro. Está claro que Nate jamás elegiría estirar en silencio cuando tiene la posibilidad de convertirse en el centro de atención, pero ahora mismo no me apetece.

Finjo estar demasiado concentrado para responder al pequeño gesto de saludo de Hart y dedico toda mi atención a la rodilla lesionada.

Esperaba que el entrenamiento fuera más o menos igual que en Bonham Tech, sin embargo, cuando terminan los estiramientos, los jugadores se deslizan tranquilamente hacia el centro de la pista mientras charlan entre ellos y forman un círculo.

Los sigo con cierta reticencia, y esta vez procuro quedarme cerca de Hart; es el único jugador al que reconozco sin necesidad de leer el número de la espalda. Cuando todos encuentran sitio, se sientan. Intento disimular mi desconcierto, pero aun así soy el último en hacerlo. Miro hacia los entrenadores, y veo que están ocupados hablando entre ellos. En nuestro equipo, salvo que alguien se desmaye o empiece a vomitar, Kovachev jamás permitiría que nos quedáramos sentados sin hacer nada en mitad de un entrenamiento.

Uno de mis nuevos compañeros se pone en pie y empieza a patinar alrededor del círculo. No encajo las piezas hasta que me golpea suavemente en la cabeza y grita:

«¡GANSO!».

Necesito un segundo crucial para reaccionar, entonces los recuerdos de la infancia regresan de golpe y me impulsan a levantarme. El número 31 ya me saca casi medio círculo de ventaja cuando salgo tras él. Siempre he sido un patinador rápido, mi constitución ligera ayuda bastante, y no hay ninguna posibilidad de que pierda contra un jugador de los Bats en un simple juego infantil.

Hundo los patines en el hielo y salgo disparado junto a mis compañeros de equipo temporales. Justo antes de que el número 31 llegue a mi sitio, le agarro la parte trasera de la camiseta y le doy un empujón para que siga de largo. Las carcajadas estallan a mi alrededor cuando apenas consigue mantener el equilibrio y tiene que empezar otra vez mientras le llueven bromas y pullas amistosas.

—Alguien está de buen humor hoy —comenta Hart con una sonrisa, tendiéndome el puño. Lo observo con recelo durante un instante, aunque no estoy seguro de si se está burlando de mí, ya que mi día está siendo cualquier cosa menos bueno. Al final, le doy un suave toque con los nudillos.

Resulta extraño intentar llevarme bien con él cuando la mayoría de las veces sus comentarios van cargados de sarcasmo y desprecio. Por suerte, me ahorro seguir con esa interacción incómoda porque

enseguida le toca a Hart correr alrededor del círculo. Con una leve sonrisa, lo veo quedarse rezagado detrás del número 31.

El resto del entrenamiento se parece bastante a lo que conozco. Los entrenadores nos dividen en dos grupos y nos hacen practicar ejercicios de control del disco durante los siguientes cuarenta minutos. Y, durante ese tiempo, recibo más invitaciones a fiestas que en todo el último año. A todas respondo con evasivas, alegando que sigo recuperándome del virus estomacal.

—Deberías pillar una gastroenteritis más a menudo —comenta Hart cuando se coloca detrás de mí en la fila después de otra ronda de *slalom* entre conos y cambios de mano antes de disparar a puerta vacía.

Lo miro sin entender.

—¿Para quedarme más tiempo en casa haciéndote compañía, gruñón? —pregunto mientras jugueteo con el guante.

La carcajada que le sale me pilla tan desprevenido que el guante se me cae al hielo. No creo haberlo oído reír nunca. Desde luego, no conmigo; ni durante el proceso de selección para la liga ni en las entrevistas para las redes sociales. Hart es más bien de los que sonríen por educación.

—Bueno, en eso tendrás experiencia, ¿no? —replica. Al ver mi expresión de desconcierto, añade—: Por culpa del patético de tu hermano.

El comentario me revuelve el estómago. Me agacho para recoger el guante y aprovecho para recomponer el gesto. Solo dejo escapar un gruñido ambiguo. ¿Diría eso Nate? ¿Se burlaría de su hermano antisocial que nunca quiere salir?

Nunca le he pedido que se quedara encerrado conmigo, pero tampoco puedo negar que ha pasado muchos viernes por la noche a mi lado, sobre todo después de la lesión.

Mientras sigo dándole vueltas al asunto, Hart ya ha cambiado de tema.

—Me refería a tu revés —aclara cuando vuelvo a incorporarme—. Ha mejorado muchísimo. ¿Has estado entrenando a escondidas sin mí?

Me muerdo el interior de la mejilla para contener la sonrisa.

—Claro que sí —respondo por encima del hombro. Supero los obstáculos una vez más, rodeándolos con facilidad, cambio el disco del derecho al revés y lo envío a la portería vacía—. Con el pesado de mi hermano.

Mi bravuconería desaparece en cuanto llega el momento del partidillo de entrenamiento. Mi primer error resulta evidente de inmediato. Patino hacia mi posición habitual solo para descubrir que ya está ocupada.

—¿Vienes a quitarme el trabajo, Hoff? —bromea Baker con una sonrisa. Y entonces caigo en la cuenta. Hacerme pasar por Nate significa que hoy me toca jugar de extremo derecho. No debería ser tan complicado, ya que a lo largo de mi vida he jugado en todas las posiciones de ataque. Pero el simple hecho de pensarlo me llena la cabeza de dudas y durante los minutos siguientes empiezo a cuestionarme cada movimiento que hago sobre el hielo.

Puede que los ejercicios me hayan resultado sencillos, pero ahora soy dolorosamente consciente de que los patines de Nate me rozan los talones y me aprietan los dedos de los pies de una forma incómoda, y de que su palo no tiene la flexibilidad a la que estoy acostumbrado.

—¡Hoff! ¡Retrocede de una vez, muchacho!

Lanzo una mirada asesina al entrenador asistente que me grita desde la banda.

Con esa forma de ladrar órdenes a nuestros defensas durante los últimos minutos, me recuerda a un bulldog. No tardo en darme cuenta de que la línea de Nate juega a un ritmo mucho más lento del que estoy acostumbrado. Los Bats no son precisamente los patinadores más rápidos del mundo, pero construyen una especie de fortaleza sobre el hielo y juegan de forma muy compacta. Mis defensas y yo tenemos un acuerdo tácito: no me meto en su zona hasta que sea absolutamente necesario, y a mí me funciona. Saber que tengo una defensa sólida a mis espaldas me da mucha libertad para incorporarme al ataque.

Aquí no tanto.

Taylor me hace gestos airados por tercera vez en menos de dos minutos. Tengo ganas de recordarle cuáles son nuestros respectivos

cometidos sobre el hielo, pero me callo. Al fin y al cabo, todavía no he marcado.

—¡Lo siento! —grito, intentando sonar arrepentido, aunque mantengo la barbilla alzada en un gesto desafiante. Taylor me responde algo, pero lo ignoro. En cuanto el disco toca mi palo, giro sobre mí mismo y acelero por el hielo. Cuando veo que Hart ya me ha alcanzado, le envío un pase a la izquierda. Espero que me la devuelva y provecho esos segundos para colocarme en una posición mejor de tiro, pero él decide resolver la jugada por su cuenta.

El disco sale disparado hacia el guante del portero, y me enfurezco.

—¿Qué pasa, que no ves? —le grito, irritado—. ¡Estaba solo!

Ganamos el partidillo gracias a un disparo afortunado de Baker. Tengo el ego bastante satisfecho porque la asistencia ha sido mía, pero, sobre todo, estoy agotado.

Es evidente que todo el sistema de juego está diseñado para Hart. Ya lo sabía después de las interminables horas viendo vídeos; ahora, sin embargo, me cae todavía peor.

Se supone que tengo que adaptarme sin rechistar y limitarme a darle pases, y si las cosas van a ser así, casi sería un alivio que los Rebels no me ficharan. No puedo imaginarme teniendo que aguantar a ese imbécil arrogante todos los días.

—Perdona. No quería gritarte —murmuro cuando nos reunimos al final del entrenamiento. Sí quería hacerlo. Pero, por desgracia para mí, Nate jamás le gritaría.

—No pasa nada —responde Hart, quitándole importancia con un gesto. Aun así, sus ojos azules me observan con cautela.

Aparto la mirada. Hay algo inquietante en cómo me mira, como si intentara radiografiarme, como si esos ojos azules pudieran atravesar capa tras capa hasta descubrir que me ocurre algo más serio que simplemente tener un mal día.

Cuando termina el entrenamiento espero la habitual charla sobre nuestros errores. En lugar de eso, el entrenador principal me da una palmada en la espalda al abandonar el hielo.

—Buena asistencia, Nate. Sigue así. —Ni una palabra sobre lo poco que he retrocedido ni sobre el caos que eso ha provocado en

defensa.

Parpadeo y murmuro un «gracias» rápido mientras sigo al resto del equipo hacia los vestuarios.



CAPÍTULO 7

Nicko, 17 de octubre

Me entretengo en las duchas hasta que todos han recogido sus cosas y están listos para marcharse. Todos excepto Hart, que está sentado en el banco, esperándome mientras salgo de la ducha con una toalla anudada a la cintura.

—Date prisa, princesa. Me estoy muriendo de hambre.

Pongo los ojos en blanco, aunque, en el fondo, comparto el sentimiento. Después de haber sobrevivido prácticamente con un par de bocados de aquellos fideos infernales, siento que podría desmayarme de hambre en cualquier momento.

—¿Qué vamos a pedir? —pregunto. Estoy de espaldas a Hart mientras me seco. Las cicatrices de la operación de mi rodilla derecha son la única diferencia física evidente entre Nate y yo. Como no puedo ocultarlas con lentillas ni con productos para el pelo, prefiero darle la oportunidad de contemplar mi culo antes que arriesgarme a que las vea.

Durante el entrenamiento apenas he pensado en la rodilla. Ahora, sin embargo, noto una ligera tirantez en la parte superior de la pierna. Quizá me he pasado de la raya en la última jugada, pero tenía muchas ganas de que Baker marcara ese gol.

—Todavía nos queda ramen —dice Hart mientras consulta el móvil. Supongo que intenta darme algo de intimidad mientras me visto. Está exageradamente concentrado en la pantalla, pero el gesto me resulta familiar.

No he salido completamente del armario con mi equipo. Algunos saben que soy bisexual porque lo mencioné al principio de mi primer

año, pero la mayoría de aquellos compañeros ya se han graduado. Nunca hizo falta tener una conversación formal al respecto y me gusta pensar (o al menos quiero pensarlo) que a mis compañeros actuales tampoco les importaría demasiado. Aun así, me sorprendo haciendo un esfuerzo consciente por no mirar siquiera los dedos peludos de los pies de Hart en el vestuario. No puedo imaginar cómo debe de ser vivir la homosexualidad de forma abierta, y menos después de leer las cosas que dicen sobre él en internet.

La polémica provocada por la filtración del vídeo de Resnikoff y la campaña mediática de los Rebels con Hart se apagó bastante deprisa. Pero ahora que estamos en nuestro último año de universidad, la gente vuelve a acordarse de que el primer jugador abiertamente gay está a punto de llegar a la NHL. Y yo estaré allí, justo a su lado, si todo sale según lo previsto.

Solo pensarlo me provoca dolor de cabeza.

—Necesito comida de verdad —refunfuño mientras me pongo una sudadera de St. Bernard. El verde oscuro me sienta fatal, arrugo la nariz al verme reflejado en el espejo. Debería echarme algo en el pelo, pero no tengo paciencia para rebuscar entre la colección de botes y tubos de Nate. Así que me planto un gorro para domesticar los mechones húmedos.

—¿Y el ramen qué es? ¿Comida de mentira? —replica Hart, guardándose el móvil y frunciendo el ceño al mirarme.

Tengo ganas de discutir, pero entonces recuerdo que Hart estudia en St. Bernard gracias a una beca completa. No sé gran cosa sobre su familia, salvo que tiene dos madres, a las que vi durante el proceso de selección, y que el dinero parece ser un asunto delicado para ellos. Esa es también la razón por la que mi hermano sigue viviendo en la residencia universitaria en lugar de haberse mudado después del primer año.

—Creo que mi estómago todavía no está preparado para la comida picante —digo, lo cual no es mentira. Mi estómago no está preparado para la comida picante, ni ahora ni nunca—. Invito yo, ¿vale?

—No hace falta que me invites —resopla Hart mientras se pone en pie.

Al menos es bueno saber que tenemos algo en común. Lástima que no pueda decírselo.

—Sí hace falta. Te lo has ganado por aguantar mis vómitos.

Eso parece hacerlo cambiar de opinión.

—No fue para tanto —murmura encogiéndose de hombros. Aun así, no protesta cuando le voy leyendo el menú durante el camino de vuelta a la residencia.

***

—Y... ¿qué tal el entrenamiento?

Entorno los ojos al escuchar la voz de mi hermano. Hay un matiz de satisfacción que se cuela por debajo de su fingida inocencia.

—Toda una experiencia —respondo secamente antes de pasar al asunto que de verdad me ha tenido en tensión todo el día—. ¿Qué es exactamente el Wordle? ¿Y por qué se llama Wordle?

De camino a la residencia, Hart ha vuelto a insistir para que le diera una pista.

Por suerte, tampoco él parecía saber la respuesta, así que seguí fingiendo que guardaba el secreto bajo la manga. La realidad es que no tenía ni idea.

—Es un juego de palabras —explica Nate con un suspiro—. Tienes seis intentos para adivinar una palabra de cinco letras.

—¿Y por qué os lo tomáis tan en serio? Sujeto el móvil entre la oreja y el hombro mientras intento ponerme hielo en la rodilla y hacer los ejercicios de rehabilitación al mismo tiempo. Hart está abajo esperando al repartidor, y eso me da unos minutos para ocuparme de la lesión sin levantar sospechas.

—Es una superstición. Si lo resuelves, significa que marcarás en el próximo partido —continúa Nate de mala gana—. A veces hacemos apuestas. Ya sabes, el que lo resuelva primero se libra de poner la lavadora o algo así.

Vale. Eso sí que me interesa.

—Entonces, ¿cuál era el de hoy?

—«Linfa». En serio, no era tan difícil...

—¡¿Linfa?!

—Sí. Ya sabes, lo de los ganglios de las axilas.

—Estudio Biología. Sé perfectamente lo que son los ganglios linfáticos —lo interrumpo antes de que convierta la llamada en una clase de anatomía. No habría adivinado esa palabra ni en un millón de años, pero la idea de que Hart tenga que lavar toda la ropa sudada que he usado hoy me arranca una sonrisa.

—Entonces, ¿qué tal el entrenamiento?

Hago una mueca cuando vuelve a sacar el tema.

—Al parecer has mejorado muchísimo con el palo —le digo mientras dejo la bolsa de hielo sobre la cama. Casi se me resbala el móvil de las manos y me pierdo el principio de su respuesta—. ¿Quieres saber cómo lo has conseguido? Entrenando con el patético de tu hermano.

Nate guarda silencio al otro lado de la línea, y la culpa me golpea al instante.

Sé perfectamente que esas palabras eran de Hart, no suyas. Y también sé que siempre he tenido mejor manejo del palo que él, así que no hacía falta restregárselo.

Pero, demonios... Qué bien me ha sentado recibir aquella palmada en la espalda al terminar el entrenamiento.

—Xan no lo dice en serio, Nicko —me asegura mi hermano con tono serio, como si la palabra «patético» pudiera prestarse a algún tipo de malentendido—. Si le hubieras dado una oportunidad durante estos tres años, sabrías que es buena persona. Además, él también es bastante patético.

Lo último lo dice en tono burlón, pero yo no puedo evitar poner los ojos en blanco. Estoy a punto de recordarle que Hart nunca ha hecho el menor esfuerzo por hacerse amigo mío, ni antes ni después de aquella entrevista viral en la radio del campus, cuando se abre la puerta. Y hablando del rey de Roma...

—Tengo que colgar. ¡Ánimo, hermanito! —me río.

Llevo años queriendo decir eso.

—¡Linfa! —grito antes de que Hart tenga tiempo de abrir la boca. Asoma la cabeza por detrás de una pequeña torre de cajas de comida para llevar mientras yo sigo en postura de cobra, estirando tranquilamente.

—¿Linfa? —repite, arqueando sus pobladas cejas oscuras. Su mirada recorre mi espalda arqueada y, de repente, me siento incómodamente expuesto.

—El Wordle —aclaro mientras me incorporo bajándome la camiseta por puro reflejo, aunque no hace falta: Hart ya se ha dado la vuelta para dejar la comida sobre su escritorio. Cruzo la habitación para recoger mi pedido y me instalo en la parte de Nate.

Invadir su espacio sigue resultándome extraño, como si estuviera haciendo algo que no debería.

—Ah. Bueno, todavía me quedaba un intento, así que gracias por la respuesta. —Frunce el ceño, aunque no hay enfado real en su voz.

Maldita sea. Eso significa que luego tendré que lavar mi propia ropa. Pero mañana iré preparado. La idea de que Hart lave mis calcetines y mi suspensorio sin saber que son míos me produce una satisfacción absurda y mezquina. Por muy insoportable que sea todo este plan, ese pequeño placer me ayudará a sobrellevar la semana.

—¿No habías dejado la comida basura?

—¿Eh? —murmuro con la boca llena de patatas fritas. Durante la temporada intento comer relativamente bien. Además, perdí algo de peso durante la recuperación.

Recuperé el apetito cuando me dejaron volver a patinar, pero todavía no he alcanzado mi peso habitual.

—La comida basura. Pensaba que habías decidido dejar las hamburguesas y las patatas fritas.

Lo miro desconcertado. Ni se me ocurriría eliminar las hamburguesas y las patatas fritas de mi dieta, y Nate tampoco lo haría. Hay algo profundamente satisfactorio en sentir cómo la grasa me resbala por los dedos mientras doy un enorme mordisco a una hamburguesa descomunal. El queso está perfecto: caliente y cremoso, pero sin llegar a derretirse del todo. Cierro los ojos al tragar el primer bocado de comida de verdad y se me escapa un gemido de puro placer.

Al otro lado de la habitación, Hart resopla.

—Eso responde a mi pregunta.

***

Sigo dándole vueltas al asunto una hora después, mientras ordeno la ropa de entrenamiento todavía húmeda. Aunque estudiamos en universidades distintas, Nate y yo nos vemos todos los fines de semana porque los campus están muy cerca. Entre semana, además, me llama todos los días para contarme qué tal le va, cotillear sobre sus compañeros o intentar convencerme de apuntarme a alguno de sus planes absurdos.

Obviamente, en esas conversaciones no nos da tiempo a contárnoslo todo. Aun así, hay cosas que siempre había dado por sentadas: la combinación de su candado y su obsesión por la comida basura. Ese tipo de cosas.

Por ridículo que parezca, no puedo evitar sentirme traicionado por lo que ha pasado hoy. Se suponía que intercambiar nuestros papeles era una idea estúpida, sí, pero fácil de llevar a cabo. ¡Somos gemelos, joder! Hay veces que siento que conozco a Nate mucho más de lo que me conozco a mí mismo. Y, sin embargo, hoy Hart me ha mirado como si fuera un extraterrestre cada vez que abría la boca.

—Espero que esos tíos te hagan la vida imposible —murmuro mientras pienso en mi hermano, allá en el Refugio. No debe de ser fácil para alguien tan sociable como Nate rechazar invitaciones a fiestas y quedarse en casa viendo la tele con mis compañeros.

Suspiro cuando por fin consigo sacar la coquilla del suspensorio para meterlo todo en la lavadora, y entonces me quedo inmóvil. El corazón me da un vuelco.

Miro el equipo que tengo en la mano con auténtico horror. Cuando decidimos seguir adelante con esta locura, solo me llevé ropa interior para una semana, ya que toda la demás ropa tenía que quedarse en el Refugio. Nate incluso se quejó de que tendría que vestirse como un «cavernícola deportista» durante unos días. Ni por un segundo se me ocurrió cuestionarme el hecho de utilizar el material que llevaba en su bolsa de hockey: los patines, las protecciones, la coquilla, el suspensorio o el protector bucal.

De repente, las patatas fritas amenazan con volver por donde han venido, me entran arcadas. Porque una cosa es compartirlo todo con tu hermano gemelo y otra muy distinta compartirlo absolutamente todo.

Solo quedan tres días para el sábado.



CAPÍTULO 8

Nicko, 19 de octubre

Mañana es sábado.

Me repito ese mantra una y otra vez mientras sigo a Xander y a otros dos Bats escaleras abajo por la residencia universitaria, sumida en un silencio inquietante. Son las cuatro y media de la maldita mañana, probablemente sea la única hora a la que podría oírse caer un alfiler en estos pasillos: los fiesteros por fin se han metido en la cama y los madrugadores siguen acurrucados bajo sus mantas.

Y aquí estamos nosotros, escabulléndonos como ladrones en chándal y zapatillas de correr.

Estoy casi convencido de que me han descubierto y de que esto forma parte de algún castigo colectivo. No puedo creer que Nate haya quedado para salir a correr a las cuatro y media de la mañana. ¡Mi hermano! El alma de todas las fiestas. El primero en llegar y el último en abandonar la pista de baile.

Aunque, claro, esta no es la única novedad que he descubierto sobre él estos últimos días. Por lo visto, Nate lleva una vida muy distinta aquí, en St. Bernard, porque, hasta donde yo sabía, odiaba los entrenamientos matutinos tanto como yo.

Fuera ya nos espera un pequeño grupo de deportistas de la SBU. Han formado un corro y charlan en voz baja mientras empiezan a estirar sobre el asfalto húmedo.

Una ráfaga de viento nos golpea en cuanto cruzamos la puerta. Me quedo clavado en el sitio. El aire frío se cuela bajo la camiseta y me eriza la piel de los brazos.

Joder. Esto es una locura.

—¿Estás bien?

Hart me observa con cautela mientras tiemblo de pies a cabeza.

—Sí —mascullo, aunque lo que realmente quiero decir es que no. Nada está bien. Hoy es mi cuarto día viviendo la vida de mi hermano y, oficialmente, he tocado fondo.

No he dormido casi nada, ya no estoy acostumbrado a compartir habitación. Cualquier crujido me despierta, por no hablar del constante trasiego de gente por los pasillos. Casi había olvidado lo concurridas que son las residencias universitarias. Y a eso hay que sumarle las horas que paso intentando ponerme al día con las clases que me he perdido mientras hago esfuerzos desesperados por fingir que he leído los delirios febriles de Shakespeare. Cuando los demás echan a correr por uno de los senderos oscuros del campus, yo prácticamente voy arrastrando los pies detrás de ellos.

Hart se coloca a mi lado y empieza a trotar a un ritmo suave, y me muerdo la lengua para no soltar algún comentario sarcástico. Preferiría sufrir en silencio, pero ayer ya comentó que me había pasado el día entero escondido en la biblioteca.

—¿Y el móvil? —pregunta mientras se coloca unos auriculares inalámbricos.

—Me lo he dejado arriba —respondo entre dientes. Estoy convencido de que en cualquier momento me va a dar un calambre en el estómago. Estoy cansado, confundido y furioso por tener que someterme a esta tortura antes siquiera de desayunar.

Hart no responde. Simplemente me tiende uno de los auriculares negros que Nate le regaló por Navidad el año pasado. Tengo ganas de rechazarlo por pura dignidad; aun así, alargo la mano y lo acepto. Disimuladamente, limpio con la camiseta el auricular para quitarle la cera que ha dejado Hart mientras él busca una lista de reproducción.

No sé muy bien qué espero. Probablemente música de «chico bueno», algo que encaje con su imagen de estudiante ejemplar. Tiene pinta de ser de los que escuchan la radio. De los que dicen que les gusta de todo, siempre que las canciones no tengan palabrotas.

Estoy a punto de perder el equilibrio cuando, en lugar de la voz suave de Ed Sheeran, un brutal *riff* de guitarra me estalla en los

oídos. Paso la siguiente hora escuchando gritos desgarrados por el auricular izquierdo mientras avanzo a trompicones por el campus desierto.

A mitad del recorrido empieza a llover, y las finas gotas se mezclan con el sudor que nos corre por la espalda y el cuello. Me paso la lengua por el labio inferior y el sabor salado me deja un regusto intenso en la boca.

Estoy empapado, sudando, hambriento, agotado y atrapado en un concierto privado de metal dentro de mi cabeza. Este es mi infierno personal.

Nate me las va a pagar.

***

Cuando por fin divisamos las residencias universitarias, se produce el desastre. Los músculos me arden por el esfuerzo de correr sobre barro y senderos irregulares sin haber estirado como es debido. Nunca he tenido ni la resistencia ni la paciencia necesarias para las carreras de fondo. Lo mío son las explosiones repentinas de velocidad cuando un partido cambia de rumbo y puedo escaparme y salir disparado sobre el hielo. Ahora me aferro a esa misma mentalidad cuando veo los edificios de ladrillo rojo de las residencias recortándose contra el cielo gris del amanecer.

Mi mente ya está puesta en la ducha caliente cuando dejo atrás al grupo. Uno tras otro empiezan a perseguirme, gritándome a la espalda, pero ninguno consigue alcanzarme.

Voy a toda velocidad por el sendero, levantando terrones de tierra con las zapatillas, cuando de pronto tropiezo con una rama que cruza el camino. Las manos amortiguan la caída, las piedrecillas afiladas se me clavan en las palmas al golpear el suelo, pero mi cabeza está en otra parte.

Mi rodilla.

Otra vez no. Joder.

Algunos chicos me adelantan y siguen corriendo, pero cuando consigo incorporarme ya se ha formado un pequeño corro a mi

alrededor. Me sujetan por debajo de los brazos y me ayudan a ponerme en pie.

—¿Estás bien? Una cara pecosa aparece ante mí y reconozco a Taylor, que me tiende el auricular que debo de haber perdido al caer.

—Estoy bien —respondo entre dientes, sintiéndome de pronto un poco culpable por todas las discusiones que he tenido con el señor Defensa durante estos últimos días—. Solo... me he hecho daño en la rodilla al caer.

Bajo la vista hacia la rodilla en cuestión, que palpita con fuerza, y a través de un desgarrón en la tela oscura del pantalón deportivo alcanzo a ver parte de la piel. El tejido está mojado, pero con la escasa luz de la mañana no soy capaz de distinguir si es sangre o simplemente lluvia.

Con cuidado doy un paso hacia las residencias, y luego otro. Todo parece ir bien hasta que intento cargar todo el peso sobre esa pierna y entonces un dolor agudo me atraviesa de arriba abajo.

Se me encoge el estómago al recordar las imágenes de la operación. Solo veo vendas y muletas, y mi carrera desmoronándose delante de mis ojos mientras intento recuperar el aliento.

No puedo respirar. La camiseta me oprime el pecho, me aprieta como una jaula diminuta.

Me aferro a la tela con ambas manos y empiezo a tirar de ella, desesperado por quitármela, cuando alguien me sujeta por los hombros.

—¡Nate! Eh, ¿qué ha pasado?

—No lo sé... Es como si se hubiera quedado en blanco de repente o algo así —oigo decir a alguien.

Las voces a mi alrededor suenan lejanas, como si tuviera los oídos llenos de algodón. Recuerdo los gritos confusos de cuando estaba tendido e indefenso sobre el hielo, incapaz de levantarme por mi cuenta, mientras mis compañeros discutían sobre mi estado formando un corro a mi alrededor.

Está pasando otra vez.

No puede estar pasando otra vez.

Me giran y entonces noto una frente húmeda apoyada contra la mía y una voz áspera que exige toda mi atención.

—Respira, Nate.

Y respiro.

Al principio, el pecho se me hincha demasiado deprisa, con respiraciones cortas y entrecortadas. Me siento mareado por la fuerza con la que el corazón me golpea dentro del pecho, y noto una vena palpitándome en la sien.

—Mi rodilla —consigo decir con voz ronca a Taylor y a Hart, que está terriblemente cerca de mí; su aliento cálido me roza la piel sudorosa. Levanto una mano y empujo su pecho para ganar algo de espacio. Las palmas chocan contra unos pectorales duros. Es como intentar mover un muro de ladrillo.

No se mueve ni un centímetro. En lugar de eso, me toma suavemente de las muñecas y me aparta las manos hasta que dejo de resistirme. Sin decir una palabra, me pasa un brazo por los hombros mientras Taylor se coloca al otro lado. Regresamos despacio hacia las residencias. Voy cojeando, y algunos de los chicos nos rodean, preguntando qué ha pasado y ofreciéndome agua.

No entiendo nada de lo que dicen. Mi cabeza está muy lejos de allí, imaginando una segunda operación, viéndome sentado en casa mientras Hart juega su primer partido en la NHL y los Rebels se olvidan de mí para siempre.

Voy a convertirme en un inútil.

—No eres un inútil. Por Dios, Nate, ¿qué te pasa? —Los ojos azules de Hart se clavan en los míos cuando por fin parpadeo y vuelvo a la realidad. De alguna manera han conseguido llevarme de vuelta a la habitación de la residencia.

Debo de haber dicho lo último en voz alta mientras me acomodaban en la cama de Nate, que ahora está empapada de lluvia y barro.

—Voy a... —Taylor empieza a hablar, pero Hart le hace un gesto para que se marche. Oigo el suave crujido de un envoltorio y, un instante después, me colocan una barrita de chocolate en la mano.

—No tengo hambre —murmuro. Aun así, la sostengo entre los dedos, como si necesitara algo con lo que ocupar las manos para que no me tiemblen.

Hart no responde. En cambio, se arrodilla delante de mí y empieza a examinarme la rodilla derecha con cuidado.

—¿Te duele? —pregunta mientras me mueve la pierna suavemente de un lado a otro, igual que hicieron los médicos una y otra vez.

Me quedo mirando sus manos en silencio. Nunca me había fijado en lo largos y finos que son sus dedos. Parecen más propios de un artista que de un jugador de hockey.

—Estoy bien —respondo al cabo de unos segundos. He conseguido recuperar un poco el control y el caos que me rugía en la cabeza se ha calmado. Hart me flexiona la rodilla y vuelve a estirarla, y no siento ningún dolor. Me toca alrededor de la rótula y, cuando vuelve a aparecer la molestia, me estremezco por reflejo.

Él se detiene inmediatamente y frunce el ceño.

—Probablemente solo sea un golpe, ¿no? —pregunto. Suena más a súplica que a afirmación, pero necesito que alguien me lo confirme.

—Supongo. Pero si te duele mucho, deberías ir al médico — Hart parece incómodo ante mi reacción, y no puedo culparlo. Hace un año, una rodilla magullada no me habría hecho pestañear y mucho menos me habría impedido salir al hielo. Ahora, en cambio, llevo el miedo instalado permanentemente en el pecho.

Ya no soy el jugador que era hace un año, y desde luego no soy como mi hermano, con sus dos rodillas sanas y los ligamentos intactos. Volver después de una lesión ya es bastante difícil, pero encadenar una segunda en el mismo año sería una sentencia de muerte para todos mis sueños.

Nuestros sueños, me corrijo mientras aprieto con fuerza las sábanas de Nate.

No se trata solo de mí. Llevamos soñando con esto (con jugar juntos en la NHL) desde que tengo memoria. Y se suponía que yo iba a hacer que ocurriera este fin de semana.

Aprieto los dientes.

—Nada de médicos. Tengo que estar sobre el hielo mañana.

—No seas cabezota, Nate. Si estás lesionado, tienen que mirártelo. Podemos apañarnos y jugar un partido sin ti —protesta Hart.

Por primera vez en toda la semana, me pregunto si mi hermano le habrá contado que va a haber ojeadores viendo el partido. No es que Hart tenga que preocuparse por esas cosas; fue elegido apenas cinco puestos después que yo en la selección. A diferencia de Nate, lo más probable es que ambos firmemos con nuestros respectivos equipos nada más terminar la universidad.

O, al menos, Hart lo hará.

Nate, en cambio, todavía tiene que esforzarse para mantenerse en el radar de los Pioneers. El partido de mañana es importante para él; si no lo fuera, nunca me habría pedido que hiciera esto.

Respiro hondo y vuelvo a flexionar y estirar la rodilla con cuidado.

—Nada de médicos. Voy a jugar.

—¿Por qué estás tan terco últimamente? —masculla Hart mientras se pasa una mano por el pelo negro con evidente frustración—. No estoy diciendo que no puedas jugar. Solo... déjame echar un vistazo.

Antes de que pueda reaccionar, me sube la pernera del pantalón hasta la espinilla, dejando al descubierto parte de mi piel. Le sujeto las muñecas al instante.

Un centímetro más y habría visto las cicatrices.

—¡No me toques, joder! —suelto de malos modos.

Hart se queda mirándome, parpadeando como un ciervo deslumbrado por los faros de un coche y sus ojos azules se abren de par en par por la sorpresa. Durante un segundo ninguno de los dos se mueve, mis dedos siguen aferrados a sus muñecas como si fueran unas esposas y entonces él se echa hacia atrás.

—Como quieras —replica con frialdad mientras se libera de mi agarre y se pone en pie.

Un instante después, la puerta se cierra de un portazo.



CAPÍTULO 9

Xander, 21 de octubre

El hotel al que llegamos después de tres horas de autobús está a medio camino entre un cuchitril y el alojamiento más barato que pudieron encontrar para todo el equipo. De todas formas, apenas vamos a pasar tiempo aquí: lo justo para dejar las cosas, comer algo e ir a la pista para aclimatarnos. Cuando regresamos para matar un poco el tiempo antes del partido, me doy cuenta de que ya no puedo seguir evitando a Nate.

Después de cómo reaccionó cuando intenté examinarle la rodilla, pasé el resto del día escondiéndome detrás de excusas como estudiar, ir a la biblioteca o pasarme por el gimnasio. Incluso me aseguré de volver tarde para fingir que ya estaba dormido. En el autobús me senté delante, con la nariz metida en un libro de texto en lugar de charlar con mis compañeros. Claro que nadie más se ha dado cuenta de que hemos discutido.

Siempre compartimos habitación, así que los entrenadores nos han asignado el mismo cuarto también esta vez.

Respiro hondo y entro cargando con mi bolsa. Supongo que ya va siendo hora de comportarme como un adulto.

Echo un vistazo al televisor y después a mi mejor amigo, que sigue merodeando junto a la puerta. No sé por qué está tan nervioso, a menos que de repente le moleste compartir espacio conmigo. Aunque, después de dos semanas de silencios incómodos, miradas raras y ocasionales muestras de desprecio por su parte, además de la reacción que tuvo cuando intenté tocarle la rodilla, eso sería solo la punta del iceberg.

Me obligo a controlar mis pensamientos y mi expresión antes de iniciar una conversación intrascendente.

—¿Ventana o pared? —Señalo las dos camas mientras me recoloco la bolsa en el hombro, pero Nate apenas parece escucharme. Está demasiado ocupado con sus cosas y no reacciona hasta que nota que lo estoy mirando. Se acerca, deja la bolsa sobre la cama pegada a la pared y responde:

—Esta. —Su voz pone punto final a la conversación. Parpadea, como si se estuviera preparando para otra discusión que no pienso darle.

Dejo la bolsa junto a la otra cama, me tumbo sobre ella y saco el móvil. Decidido a no rendirme, le tiendo otra rama de olivo.

—Tengo una «i», una «e» y me quedan tres intentos. ¿Y tú? —Normalmente ni me molesto en preguntárselo, porque siempre insiste en que debo resolver el Wordle por mi cuenta. Sobre todo antes de los partidos; si no, dice que no cuenta.

Aunque me duele cómo se está comportando, y más aún que no me haya dado ninguna explicación ni pedido disculpas, estoy desesperado por recuperar la conexión con él. Al fin y al cabo, dentro de unas horas jugamos un partido importante. Sé que sobre el hielo eso no importa. Dentro de menos de un año tendré que compartir equipo con el hermano de Nate, y tengo clarísimo que a nadie le importará lo mucho que nos detestamos. Esperarán que juguemos juntos como compañeros.

—Todavía no lo he mirado —murmura Nate mientras se dirige al baño. Oigo el clic de la cerradura, me doy la vuelta sobre la cama y me quedo mirando al techo, preguntándome qué demonios estoy haciendo mal.

Estoy dispuesto a tragarme el orgullo y dejar nuestra discusión para cuando volvamos a casa. Pero, para cuando regresamos a la pista, ya he cambiado de opinión.

Durante la cena seguimos evitándonos y volvimos a sentarnos separados en el autobús, donde además la cagué con el maldito Wordle.

No puedo quitarme de encima la sensación de que es una mala señal justo antes de uno de los partidos más importantes de la

temporada, así que tengo que hacer algo.

Durante los estiramientos previos al partido no dejo de lanzar miradas a Nate, pero él parece decidido a evitarme. Cuando ya estamos todos preparados, empiezo a ponerme paranoico. Así que tengo dos opciones: seguir sintiéndome incómodo o reunir el valor suficiente para hablar con mi mejor amigo.

—¿Tienes un minuto?

Me mira con recelo y se encoge de hombros. Decido tomármelo como una invitación y me siento a su lado, dejando espacio suficiente para que ni siquiera se rocen nuestros hombros.

—Sobre lo de ayer... —empiezo, aclarándome la garganta varias veces sin encontrar el tono adecuado. Me resulta rarísimo preocuparme por algo así al hablar con Nate, pero esta última semana me ha hecho sentir que quizá no conozco a mi mejor amigo tan bien como siempre había creído—. Estuvo mal, pero solo intentaba ayudarte. —Levanto una mano cuando frunce el ceño y abre la boca para interrumpirme—. Has estado raro toda la semana y... Si te molesto, puedes decírmelo, pero... ¿seguimos siendo amigos?

—¿Qué?

Frunzo el ceño. Estoy bastante seguro de haberme explicado bien, pero cuando hago un gesto para aclararlo, vuelve a interrumpirme.

—¡No es eso! No todo gira en torno a... Claro que seguimos siendo amigos.

—Parece enfadado, y, aunque yo también empiezo a estarlo, me alivia saber que al menos eso no ha cambiado—. Es por mi rodilla, ¿vale? Y por toda la mierda por la que ha pasado Nicko... —Nate se interrumpe, como si las palabras se le atascaran en la garganta.

Hago una mueca. De repente me siento como un imbécil.

—Lo siento. No había caído en eso.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Pero qué demonios te pasa? —replico, incrédulo. Nate nunca me había hablado así. Sí, me ha echado broncas por ser un capullo con su hermano, pero jamás había actuado como si pensara que me da igual lo que le ocurra.

—Me gritaste que no te tocara —continúo—. Perdona por no relacionarlo inmediatamente con la lesión de tu hermano. —Respiro hondo y niego con la cabeza—. Entiendo que estés preocupado por él y que todo esto haya sido un cambio enorme, pero han pasado meses. Ya vuelve a caminar y vuelve a patinar. Si te ocurriera algo parecido, tampoco sería el fin del mundo. Tú también te recuperarías. Y seguramente más rápido, porque al menos tú sabes lo que es esforzarte para conseguir lo que quieres.

Los ojos de Nate brillan más de lo habitual cuando se clavan en los míos durante un instante antes de apartarse de nuevo. Se ha puesto las lentillas para el partido. Sin las gafas, sus ojos parecen más grandes, pero su rostro también parece más vacío. Me sorprende lo rápido que me he acostumbrado a verlo con ellas, cuando apenas empezó a usarlas con más frecuencia la semana pasada.

He conseguido descargar parte de mi frustración y del daño que me ha hecho todo esto. Y, aunque todavía noto una extraña inquietud en el estómago, me siento algo mejor.

—Así que o hablas de lo que te preocupa o te lo guardas para ti, pero no lo pagues conmigo. No sé leerte la mente.

Me incorporo un poco, decidido a marcar al menos algún límite en esta conversación, pero es inútil; cedo casi de inmediato, bajo la cabeza y añado un silencioso «por favor».

Nate sigue sin responderme, y tampoco tenemos ocasión de retomar la conversación, porque Griff, uno de los entrenadores, nos llama a gritos para la última charla antes del partido. Cuando nos reunimos en círculo, Nate se coloca justo a mi lado. Incluso a través de todas las protecciones noto cada uno de sus movimientos. Soy demasiado consciente de cómo nuestros pasos se sincronizan cuando avanzamos por el túnel.

Después de todo este drama, necesito que este partido salga bien. Y es como si todo el equipo sintiera exactamente lo mismo: salimos a por todas. Quizá porque todavía recordamos la humillación del año pasado, todos sentimos que tenemos algo que demostrar. Cada vez que uno de los Grizzlies pone el ojo en el disco, aparece uno de los nuestros dispuesto a pelear por él con uñas y dientes.

Durante el primer periodo estamos muy igualados. No es hasta mediado el segundo cuando conseguimos adelantarnos en el marcador. Robo el disco y salgo disparado. No llego muy lejos. Dos defensas vestidos de negro se plantan delante de mí y levantan una auténtica muralla, con el portero firme detrás de ellos.

Sé que no voy a encontrar hueco para pasar, pero por el rabillo del ojo veo una mancha verde moviéndose por la derecha.

¿Ojos? La voz de Nate resuena en mi cabeza.

Sí, claro que los tengo. Sin pensármelo dos veces, envío el disco hacia ese lado. Un instante después estoy estampado contra las vallas tras el choque de uno de los defensas rivales. El golpe me deja sin aire y me hace zumbar la cabeza. No tengo ni idea de si el pase ha llegado a su destino hasta que nuestra pequeña marea verde estalla de alegría.

Los gritos de celebración resuenan por toda la pista. No puedo evitar sonreír mientras me aparto de encima al defensa, que se aleja soltando una sarta de tacos.

El marcador lo confirma: ¡vamos ganando!



CAPÍTULO 10

Nicko, 21 de octubre

Surfeo sobre una multitud de manos que se cuelan entre mis protecciones y se me clavan en las costillas. Me tocan el trasero varias veces, pero no me importa lo más mínimo, mientras me lanzan al aire y vuelven a atraparme una y otra vez. El estómago se me encoge de puro vértigo cada vez que me sueltan, pero los brazos que me reciben son fuertes y firmes.

Hace rato que los Grizzlies han abandonado el hielo, pero nuestra pequeña esquina verde sigue desatada, golpeando los puños contra el cristal y gritando a pleno pulmón. Tardo un momento en distinguir las palabras y resoplo cuando por fin entiendo lo que están coreando:

—¡Van der Hart! ¡Van der Hart!

Cada sílaba va acompañada de una palmada sincronizada que resuena en el pabellón, ahora casi vacío. Aun así, los latidos de mi corazón siguen ahogándolo todo, la adrenalina de jugar y ganar continúa recorriéndome las venas.

La repetición de mi gol llena la pantalla gigante y el público vuelve a enloquecer cuando Hart me envía el disco con una precisión milimétrica. Aunque sé lo que ocurre después, todavía me sorprende ver el disco caer justo en mi palo. La imagen se ralentiza para mostrar cómo lo levanto y, un instante después, lo envío a la escuadra superior izquierda de la red. Los rostros de los defensas quedan congelados en plena conmoción.

Da igual que este Nicko lleve una camiseta verde oscuro con el número 17 a la espalda. Sé que soy yo.

Yo he hecho eso.

Mi primer gol en un partido desde diciembre pasado y la sensación es increíble. Más les vale a los Pioneers ficharme después de este partido.

Bueno, a Nate.

—¿De dónde demonios ha salido eso? —ríe Hart mientras se detiene a mi lado.

Vuelvo a tener los patines firmes sobre el hielo y la cabeza inclinada hacia atrás para ver nuestro segundo gol. Esta vez he sido yo quien le ha dado la asistencia y Hart la ha aprovechado al máximo, enviando el disco a la red con toda su fuerza.

Es un gol precioso, y una asistencia magnífica. Ojalá Aldridge vea ese vídeo; se caería de su culo pálido y pecoso.

Durante un brevísimo instante, casi lamento no haber jugado contra mi propio equipo, pero aparto ese pensamiento lo más rápido posible. Son buena gente, aunque no haya congeniado demasiado con ellos estas últimas semanas. Sin embargo, es difícil echarlos de menos cuando Taylor choca contra mi espalda, me rodea con un brazo y me grita:

—¡Hoff, eres una leyenda!

***

—¿Cómo está tu rodilla?

Hart se deja caer en el asiento de al lado. Todo el equipo se ha quitado los trajes y se ha puesto ropa cómoda para el viaje en autobús, así que ahora su pelo negro, todavía húmedo por la ducha, asoma por debajo de la capucha de la sudadera. Se aparta de la frente los mechones más largos y algunas gotas caen sobre las páginas del libro que tengo abierto en el regazo.

No tengo ganas de leer. Sinceramente, no recuerdo la última vez que abrí un libro. Pero Nate siempre está absorto en alguno, así que he elegido uno al azar de su estantería.

—Todo bien —respondo mientras seco la página con la manga de la sudadera de la SBU de Nate. Ha sido complicado desviar la atención de los chicos de mi rodilla, porque no han parado de

preguntarme por ella desde la caída. Se me ha puesto un buen moratón, lo que ayuda a disimular las cicatrices de la operación a simple vista, pero no está hinchada, así que supongo que he tenido suerte. La verdad es que esperaba que me molestara bastante más, teniendo en cuenta todo el tiempo que he pasado sobre el hielo durante el partido.

—Me alegro —dice mientras saca unos libros de texto y un cuaderno.

Vuelvo a fingir que leo, pero Hart no se mueve. Levanto la vista cuando noto que me está mirando; sus ojos azules parecen más brillantes bajo la tenue luz del autobús.

—¿Qué? —pregunto, suavizando el tono. Soy muy consciente de que las cosas siguen algo tensas entre nosotros. Ayer reaccioné de una forma extraña, impropia no solo de mi hermano, sino también de mí. Fue una respuesta nacida del pánico, del estrés de toda esta situación y del miedo a que me descubrieran. Nate es muy cariñoso y lo he visto abrazar a Hart cientos de veces. Debería haber sabido que mantener tanta distancia iba a hacerle sospechar que algo no cuadraba en su mejor amigo.

Ahora mismo parece un cachorro de protectora esperando que alguien lo adopte. Resulta una expresión extraña en alguien tan grande como él.

—¿Estamos bien? —pregunta mientras juguetea con el bolígrafo que tiene entre los dedos. Si fuera otra persona, probablemente resultaría adorable.

—Sí, Xan —suspiro, reprimiendo una mueca al usar el apodo. En mi boca suena raro, como si no tuviera derecho a llamarlo así—. Estamos bien.

***

No siento el brazo derecho.

Hace ya una hora que salimos y Hart se ha quedado dormido mientras terminaba unos trabajos de la universidad. Hace rato que abandoné el libro de Nate y me limité a quedarme inmóvil desde que apoyó la cabeza en mi hombro. Tengo calambres por todo el lado

derecho del cuerpo e intento contener la respiración para no moverme.

Ya he intentado apartarlo con suavidad, pero está profundamente dormido y, sinceramente, empujarlo sería faltar a la promesa que le hice de que entre nosotros estaba todo bien.

El autobús se ha quedado en silencio. Casi todos los jugadores han apagado las luces y cabecean en sus asientos, mientras los entrenadores comentan el partido en voz baja en la parte delantera.

Con muchísimo cuidado, saco el móvil.

Ya he visto que mi equipo ha vuelto a perder. No me alegra precisamente, pero hay una parte pequeña y mezquina de mí que se siente aliviada de que no hayan sido capaces de ganar sin mí.

El teléfono de Nate no para de sonar con mensajes y notificaciones de Instagram. La mayoría parecen felicitaciones por la gran victoria, pero apenas reconozco los nombres. Hay uno de cada uno de nuestros padres, diciéndole a Nate lo bien que ha jugado.

Siento un cosquilleo incómodo en la nuca. No hay nadie en este mundo que nos haya visto jugar más partidos que nuestros padres. Si alguien conoce nuestras diferencias sobre el hielo, nuestros estilos y nuestra forma de jugar, son esos dos exprofesionales que nos enseñaron este deporte. Pero entonces recuerdo que este fin de semana mi padre estaba comentando un evento en los Países Bajos. Además, el equipo femenino de Brown también jugaba hoy, así que lo más probable es que mis padres solo hayan leído la crónica del partido.

Justo cuando les doy las gracias a ambos con la habitual avalancha de emojis de mi hermano, aparece mi propio nombre en la pantalla acompañado de apenas dos palabras:

Buen partido.

Me quedo mirando el mensaje, preguntándome si Nate está enfadado conmigo o si simplemente está intentando imitarme. Si los papeles estuvieran cambiados, ese sería exactamente el tipo de mensaje que yo enviaría, pero ahora mismo me resulta un poco decepcionante.

Justo cuando estoy dándole vueltas al asunto, los puntitos empiezan a bailar en la esquina de la pantalla. Está escribiendo otra vez.

¡Y menudo golazo!
¿Quién te enseñó ese disparo? ;)

Sonrío mientras mis dedos vuelan sobre la pantalla.

¡Desde luego no fue el patético de mi hermano!

Buuu
Y cambiando de tema...

Frunzo el ceño ante el anuncio, preguntándome qué vendrá a continuación, cuando de repente la imagen de un culo desnudo ocupa toda la pantalla. Doy un bote en el asiento del susto y el movimiento brusco hace que Hart se remueva, aunque sigue profundamente dormido. Un suspiro suave se escapa de sus labios y, acto seguido, gira la cabeza para esconder la cara contra mi hombro.

Al moverse, me llega el olor de su champú: una fragancia cítrica corriente. Le pega, y encaja perfectamente con la imagen que intenta proyectar: alguien fiable y predecible.

Durante un instante contengo la respiración, me muerdo el interior de la mejilla y, una vez más, resisto el impulso de apartarlo. En cuanto abra los ojos, lo mando de una patada al pasillo. Empiezo a contar mentalmente hasta treinta y, cuando no ocurre nada, inclino con cuidado la pantalla del móvil para echar un vistazo a los mensajes.

Con un par de toques, borro la foto comprometedora.

¿SE TE HA FUNDIDO LA ÚLTIMA NEURONA O QUÉ?
¿¿¿QUÉ TE PASA???

¡Soy yo el que debería hacer las preguntas!
¿Cuándo pensabas presentármelo?

Me quedo mirando el móvil, completamente estupefacto, y tardo más de un minuto en entender a qué se refiere. Se me escapa un

gemido, me paso una mano por la cara y noto las mejillas ardiendo bajo los dedos.

Teniendo en cuenta las escasas dotes detectivescas de mi hermano, probablemente era solo cuestión de tiempo que descubriera que Grindr estaba escondido detrás de una aplicación de calculadora.

Nunca.

Pues no es muy amable por tu parte.
¡Yo siempre te presento a todas mis novias!

Oh, sí. Qué afortunado soy.

¡Que te den! ¡¿Tienes una docena de fotos
de la polla de este tío y ni siquiera pensabas
decirme que estabas saliendo con alguien?!

CÁLMATE
No estoy saliendo con él.

¡Intenté presentarte a Ava el semestre pasado!

¿Quién?

La chica de Kappa Tau de mi grupo de estudio.
Pelo negro, ojos azules y unas curvas de infarto.

¡Ah!
Sí, y fue horrible.

Estoy dolido.
¡Herido!

Reprimo otro gemido. Esa es exactamente la razón por la que no le cuento a Nate nada sobre mi vida sentimental. En primer lugar, porque, más allá de algunos chats en Grindr, prácticamente no existe. Y, en segundo, porque mi hermano convierte cualquier cosa en un drama.

A Nate le cuesta entender que no todo el mundo es como él. Que no todo el mundo va por la vida mostrando sus sentimientos sin miedo a encariñarse con alguien para que luego le rompan el corazón o se rían de él.

Bueno, pues tienes una cita la semana que viene.

¿¿¿QUÉ???
¡NO! Espera.

¡¿CON QUIÉN?!

Con Michael. Es muy majo.

¿Quién es Michael?

¿Me estás tomando el pelo, Nicky? ¡El de la foto!
¡El del culo espectacular!

Echo la cabeza hacia atrás y gimo, dejando caer el móvil sobre el regazo para masajearme las sienes. Debería haberlo visto venir. Nate es incapaz de permanecer soltero demasiado tiempo, así que era inevitable que intentara emparejarme con chicos y chicas desde el momento en que le confesé que era bisexual. Lo peor es que sé que lo hace con buena intención y que, probablemente, está encantadísimo consigo mismo por haberle conseguido una cita a su hermano ermitaño con el tipo al que yo solo conozco como oso_cariñoso_m.

No sabía que se llamaba Michael.

Claro que no. Hasta ahora solo era material para tus pajas.

¡Eso no es verdad!

Me arrepiento de haber enviado el mensaje en cuanto le doy a enviar, pero antes siquiera de plantearme borrarlo, mi hermano ya está escribiendo otra vez.

¿Ah, no?

Un instante después, una nueva avalancha de imágenes invade la pantalla. Son algunas de las favoritas de nuestro historial de chat. Aunque nunca he visto la cara de oso_cariñoso_m, desde luego no era tímido a la hora de enseñar otras partes de su anatomía.

La foto del bulto bajo unos pantalones de chándal de tiro bajo (lo bastante explícita para dejar claras sus intenciones, pero sin mostrarlo todo) es una de las que más veces he vuelto a mirar, pero

ahora mismo estoy demasiado ocupado buscando desesperadamente el botón de borrar.

—¿Qué estás haciendo?

Se me escapa un chillido de vergüenza al oír aquel murmullo grave. A mi lado, Hart resopla mientras me tapo la boca con una mano. Algunos de los chicos mascullan alguna protesta en mi dirección, pero por suerte ninguno se molesta en levantar la cabeza.

—¡Idiota! —replico.

Hart se limita a soltar una risita ronca, todavía adormilado. El sonido me pone la piel de gallina y me remuevo en el asiento, bajándome aún más las mangas de la sudadera.

—¿Por qué estás mirando perfiles de tíos por internet?

O sea, que lo ha visto. Genial. Simplemente genial. Nate, *eres un maldito idiota*.

—¡No estaba mirando eso! Me lo ha enviado Nicko. —Aprieto fuerte los dientes mientras fijo la vista en la pantalla bloqueada y maldigo en silencio a mi hermano—. Está hablando con un tipo por Grindr y...

—¿Tu hermano usa Grindr?

Me estremezco cuando pronuncia la última frase lo bastante alto para que varias personas levanten la cabeza a nuestro alrededor. Ya se le ha pasado el sueño por completo, Hart está sentado bien recto en el asiento.

—¿Y qué tiene de malo? —resoplo a la defensiva. Justo entonces Taylor se gira en su asiento.

—¿Quién usa Grindr?

—Van der Segundo —contesta Hart con toda naturalidad. Se me forma un nudo en el estómago al oír el apodo. Odio que me llamen así. Me hace sentir como una copia barata, como si para él yo no fuera más que la versión de repuesto de otra persona. Ojalá supiera que hoy se ha beneficiado precisamente del trabajo del hermano «de segunda».

—¿Qué pasa, que tu hermano es gay?

Contengo la respiración. Los nudillos se me ponen blancos de la fuerza con la que aprieto el móvil de Nate mientras me preparo para

algún comentario sarcástico, pero no llega ninguno. Taylor simplemente me observa con curiosidad, esperando una respuesta.

—Es bisexual —respondo tras una breve vacilación.

Mi orientación sexual no es ningún secreto, pero tampoco he salido completamente del armario. Nunca imaginé que acabaría quedándome a medio camino, con un pie fuera y el otro todavía dentro. Pero, a diferencia de Hart, que habla del tema siempre que tiene ocasión y aprovecha cualquier oportunidad para reivindicarlo, yo no quiero que se convierta en una etiqueta.

Siempre pensé que me ocuparía de ello cuando realmente importara, si algún día conocía a un chico al que quisiera presentar a mi familia. No quiero que todo el mundo se centre en mi vida privada en lugar de en cómo juego. No quiero que los equipos decidan no ficharme porque les preocupe que algún día salga con un hombre y se monte un circo mediático.

—Ah, vale... ¿Pero no ha salido del armario?

Taylor apoya la barbilla en el respaldo de su asiento, claramente dispuesto a tener una conversación profunda.

Me muerdo el labio mientras intento encontrar la respuesta adecuada. Esto es rarísimo: hablar de mi sexualidad desde el punto de vista de mi hermano mientras dos pares de ojos me observan fijamente. Lo peor es que sé que Nate lo habría hecho mejor.

—Buenooo... —alargo la palabra para ganar tiempo—. Tampoco es que esté exactamente dentro del armario. Es más bien... un secreto a voces. Quiero decir, la gente que tiene que saberlo ya lo sabe. Pero no quiere que eso se convierta en... —hago un gesto con las manos, como si eso pudiera ayudarme a encontrar las palabras— ... en una etiqueta.

—Pero tampoco quiere que lo sienten en un programa especial sobre deportistas LGBTQIA+ para hablar de su futuro en la liga —interviene Hart. Hay un poso de amargura en su voz y me estremezco.

Otra vez lo mismo.

—Cada persona tiene derecho a salir del armario cuando le dé la gana —cito, recordando las publicaciones de Hart en redes sociales, pero las palabras suenan huecas y vacías. El corazón me late con

tanta fuerza que me siento mareado. No quiero hablar de esto. Ni como Nicko ni como Nate.

—Claro. Pero nadie tiene derecho a convertir la salida del armario de otro jugador en una estrategia publicitaria —replica Hart. Lo dice con calma, aunque veo cómo se le tensa la mandíbula cuando lo miro de reojo. Durante un instante, mi atención se detiene en el perfil definido de su mandíbula y desciende por su cuello antes de que aparte la vista bruscamente.

Pero eso fue exactamente lo que pasó, quiero decirle. *¡Te utilizaron para salvarles el culo a los Rebels y sigues sin darte cuenta!*

Evidentemente, no puedo decir nada de eso, así que me limito a responder en voz baja:

—No lo dijo con esa intención.

—¿Te refieres a aquella entrevista en la radio del campus? Porque sonó bastante a que sí iba con esa intención —comenta Taylor antes de volverse hacia Hart—. No pareces muy sorprendido. ¿Ya sabías que era bisexual?

Noto cómo Hart vuelve la mirada hacia mí antes de asentir con cierta vacilación.

—Sí. Nate me lo contó cuando nos conocimos en primero.

—Pensé que saber eso te haría sentir más cómodo conmigo. Al principio estabas bastante incómodo cuando estabas cerca de mí —refunfuño. Me resulta extraño hablar de mi hermano de esta manera, incluso sabiendo perfectamente cuáles eran sus intenciones.

—Ay, qué mono —dice Taylor con dulzura justo cuando Hart vuelve a abrir la boca.

—No deberías haber hecho eso. Estoy seguro de que tu hermano no quería que yo lo supiera.

—Lo sé, lo sé. —Pongo los ojos en blanco—. Pero Nicko me perdonó.

Y es verdad. Nate se sintió fatal por haber hablado con su compañero de habitación sin mi consentimiento y, muy a mi pesar, tengo que admitir que Hart jamás ha utilizado esa información en mi contra.

—Pero si ya lo sabías, ¿por qué no lo dijiste durante la entrevista? —pregunta Taylor con curiosidad.

—Porque sacar del armario a alguien en directo es una auténtica cabronada, ¿no te parece? Habría sido incluso peor que él si hubiera hecho algo así —responde Hart.

Taylor inclina la cabeza mientras lo piensa.

—Supongo que tienes razón —admite con un suspiro antes de darle un puñetazo suave en el hombro—. Pero bueno, si tienes suerte, lo descartarán por la lesión. Y después de cómo ha jugado Nate hoy, ¡los Rebels deberían plantearse ficharlo a él!



CAPÍTULO 11

Nicko, 22 de octubre

Me queda media hora para recuperar mi vida.

El restaurante donde hemos quedado todavía está casi vacío cuando llego. He tenido que pedir un Uber en lugar de venir en coche, porque durante la noche ha caído una fina capa de nieve y Nate se pone muy nervioso cuando tiene que conducir con las calles nevadas. Mi corazón se llena de alegría cuando cada paso que doy hacia la entrada produce un suave crujido.

Hay algo apacible en la primera nevada del año, cuando el mundo entero parece detenerse para contemplar los copos blancos cayendo del cielo.

El reloj de la pared del fondo marca las siete y pocos minutos. La camarera, una chica de veintitantos con curvas y unos bonitos rizos que le enmarcan el rostro, está ocupada poniendo en marcha la cafetera. Un letrero de neón detrás de ella reza «Bats y Badgers», aunque la última parte parece añadida más tarde, porque la tipografía no es la misma.

Parpadeo varias veces y estudio el menú, aunque sé que acabaré pidiendo el café solo de siempre.

—Espera... —dice la camarera después de poner en marcha la máquina. Un fuerte gorgoteo y un silbido llenan el local, y tiene que alzar la voz para hacerse oír mientras vierte el café en uno de los vasos de papel decorados con dibujos de murciélagos y tejones, las mascotas de los dos equipos, rodeados de balones de fútbol y palos de hockey—. ¿No eres Nate van der Hoff?

Me quedo quieto un instante, sin saber qué responder. Técnicamente, mi etapa como Nate van der Hoff está a punto de terminar, y no puedo decir que me disguste. Somos demasiado mayores para seguir haciendo esto y, aunque disfruté jugando el partido de ayer, la semana ha sido agotadora. En cuanto Nate entre por esa puerta, intercambiaremos las llaves y los teléfonos para volver sigilosamente a nuestras respectivas camas y despertar mañana siendo de nuevo quienes somos.

Y la próxima vez que vea a Hart, me aseguraré de aprovechar su débil revés en lugar de mandarle pases.

—Sí, es la leyenda en persona —afirma alguien a mi espalda mientras me rodea los hombros con un brazo antes de que pueda responder.

Me relajo al reconocer la presencia de Nate y, con cierta vacilación, me dejo abrazar. La tensión abandona mi cuerpo de forma casi dolorosa y me doy cuenta de que he pasado toda la semana con los hombros encogidos sin ser consciente de ello.

—Idiota —murmuro, poniendo los ojos en blanco. La capucha de mi sudadera de Bonham Tech le tapa media cara, lo que me hace fruncir el ceño. No es precisamente la mejor elección de ropa cuando estamos a punto de volver a intercambiar nuestros papeles.

—Tu gol de anoche fue increíble. —La camarera me dedica una sonrisa radiante mientras me acerca el café por encima del mostrador. Después baja la voz hasta convertirla en un susurro cómplice—. Ya sabes, se supone que debemos ser imparciales y todo eso —dice señalando con el pulgar el reluciente letrero de neón que tiene detrás—. Pero definitivamente prefiero a los Bats.

Probablemente debería sentirme ofendido, pero noto cómo se me enrojecen las mejillas ante el cumplido inesperado.

—Gracias —murmuro. Le ofrezco el dinero para pagar el café, pero ella lo rechaza negando con la cabeza.

—No, no. Aquí los ganadores no pagan —replica con una sonrisa. Así que termino metiendo el billete en el bote de las propinas.

—Vaya, parece que mi hermanito pequeño se ha convertido en el favorito de la afición —dice Nate con tono meloso mientras nos dirigimos al fondo del restaurante.

—Cállate —respondo y me deslizo en una mesa libre. Obviamente, soy conocido en el campus de Bonham Tech; es inevitable formando parte del equipo. Pero es la primera vez que alguien que no es compañero mío elogia uno de mis goles y que, además, incluso me invita a un café por ello.

La mayoría de los estudiantes de Bonham Tech están mucho más pendientes del equipo de fútbol americano.

—Fue un golazo —recalca Nate mientras se acomoda en el asiento de enfrente—. ¿Quizá puedas marcar otro la semana que viene?

Al oír eso, alzo las cejas, dispuesto a decirle que pienso marcar dos goles para los Badgers, cuando se quita la capucha y me deja sin palabras.

Parpadeo al ver un rostro que, sin lentillas ni productos para el pelo, debería ser idéntico al mío. Solo que ahora un enorme moratón le rodea el ojo izquierdo. El tono violáceo destaca sobre su piel clara y la hinchazón casi oculta por completo el verde de su iris, y durante un instante siento el impulso de extender la mano y rozarlo con la yema de los dedos.

—¿Qué demonios te ha pasado? —pregunto, con el estómago encogido al contemplar el hematoma que le cubre el pómulo.

Nate se humedece el labio partido, esboza una sonrisa tímida y bromea:

—Parece que vas a poder disfrutar de tu fama un poco más.

Me dejo caer contra el respaldo mientras la insinuación me golpea como un defensa delante de la portería vacía: yo soy Nicko. Pero ahora mismo no lo parezco.

Si recupero mi vida tal y como habíamos planeado, todo el mundo notará la diferencia enseguida. Y sobre todo Hart, porque el Nate que él conoce estaba perfectamente ileso cuando se fue a dormir anoche.

—No puedo creer que me estés haciendo esto —gimo, cubriéndome la cara con las manos. En mi cabeza ya se agolpan todas las consecuencias de seguir atrapado en la vida de mi hermano: otra semana sin asistir a mis clases, otra semana entrenando y jugando con los Bats en lugar de intentar recuperar mi puesto.

Otra semana viviendo con Hart.

—Solo será hasta que el moratón se haya desinflamado lo suficiente como para poder cubrirlo —intenta tranquilizarme Nate, pero ahora mismo no quiero ni oír hablar de eso.

Lo único que puedo pensar es que recuperar mi propia vida parece cada vez más improbable.



CAPÍTULO 12

Xander, 24 de octubre

Tras nuestra sorprendente victoria del sábado, la primera mitad de la semana transcurre en un torbellino de celebraciones. Los entrenamientos son coser y cantar y, ahora que hemos dejado atrás nuestra pelea, Nate y yo ejecutamos las distintas jugadas y combinaciones con una compenetración perfecta. El entrenador tiene que separarnos durante los partidillos de entrenamiento para darles una oportunidad a los demás, y nunca me lo había pasado tan bien empapando de sudor mi equipo deportivo.

Tengo muchas ganas de entrenar esta noche, aunque ahora mismo lo que más agradezco es haber terminado las clases por hoy y disponer de un rato libre antes de saltar al hielo.

Asiento al ritmo de la música que retumba en mis auriculares y saludo con la mano a varios compañeros de la residencia, repartidos entre la cocina y la sala común.

Por costumbre, giro la cabeza para ver qué está haciendo mi compañero de habitación. Nate está sentado en su escritorio, con las piernas estiradas y una mano apoyada detrás de la cabeza. Está tan reclinado como le permite la silla, con los auriculares puestos, mientras sostiene el móvil en alto durante una llamada.

Levanto una mano a modo de saludo, pero no me acerco. Probablemente esté hablando con su hermano.

Otra vez.

A estas alturas estoy convencido de que un laboratorio podría haber cultivado una rodilla sintética, implantársela a alguien y enseñarle a jugar al hockey en todo el tiempo que le está llevando a

Hoff recuperarse. No me extraña que Nate se asustara tanto después de aquella caída, teniendo en cuenta el drama que monta su hermano con la lesión.

—Tengo que colgar. Adiós. —Nate termina la llamada y me dedica un leve gesto con la cabeza para indicarme que me ha visto.

Me muerdo la lengua para no hacer ningún comentario sobre su gemelo; prefiero centrarme en lo que me ha hecho volver de clase casi dando saltos.

—¿Y? ¿Estás listo?

—¿Para qué?

—Para ir al refugio. Para sacar a pasear perros... —añado cuando veo que no tiene ni idea de lo que estoy hablando. Suelto un suspiro. Hace ya un mes que rellenamos los formularios *online* para poder sacar perros del refugio de animales de la zona, pero todavía no hemos llegado a hacerlo. Sé que a Nate no le gustan los perros, pero no quería ir solo. Al menos la primera vez.

—¿Lo has olvidado?

—Eh..., sí. ¿No podemos ir la semana que viene? No me apetece mucho salir y además tenemos entrenamiento...

—¡Eso mismo dijiste la última vez! Así que venga, vamos. Me acerco y tiro de la silla por el respaldo, arrancándole un resoplido. Al final se ríe, aunque sea de mala gana.

—Vale, vale. —Nate se pone en pie de un salto y me hace tropezar. Sonríe con picardía, así que no me importa hacer el ridículo.

Seguimos discutiendo hasta que salimos al aparcamiento. El Honda Civic de Nate está en la segunda fila. Me da un leve golpe con el hombro mientras se dirige hacia la puerta del conductor, donde yo ya tengo la mano extendida esperando las llaves. Inclino la cabeza y doy un paso atrás para dejarle abrir el coche.

—¿En serio?

—¿Qué? Pues claro. Al fin y al cabo, es mi coche, ¿no?

Soy perfectamente consciente de ello, pero normalmente conduzco yo. Nate no es precisamente un conductor brillante y, además, suele preferir ir en el asiento del copiloto como un príncipe destronado, obligándome a escuchar la última música que ha

descubierto o hablándome del libro que está leyendo. Me encojo de hombros, dejo que abra el coche e incluso le sujeto la puerta.

—Muy bien. Estoy preparado para que vuelvas a quedarte parado en un semáforo durante tres cambios seguidos.

Nate me mira fijamente y luego mira las llaves del coche. Después sus ojos verdes vuelven a clavarse en mí. Durante un instante veo en ellos un destello persistente que no reconozco. Algo que parece decir: *ya verás*.

Una chispa de emoción me recorre la espalda y la sonrisa burlona se me congela en los labios, pero el hechizo se rompe cuando Nate parpadea y aparta la mirada. Levanta las manos y murmura algo que no alcanzo a oír, como si quisiera quitarle importancia a ese momento de intensidad inesperada.

Me entrega las llaves y yo las hago tintinear, intentando recuperar el tono juguetón. Pero sigo notando un leve cosquilleo en la nuca incluso después de arrancar el coche.

***

—Hola, bienvenidos a... ¿Nicko?

Nos recibe el empleado que está detrás del mostrador. Es bajo y delgado, y prácticamente desaparece dentro de un jersey verde demasiado grande y un chaleco que lo identifica como trabajador del refugio. Su pelo, más rubio ceniza que el de Nate, encaja con el ambiente apagado del lugar. Sin dejarse afectar por las insulsas paredes de hormigón, que ni siquiera los carteles de perros, gatos y otros animales en adopción consiguen embellecer, el chico le dedica una sonrisa radiante a mi compañero de habitación antes incluso de que terminemos de cruzar la puerta.

Durante un segundo parece que Nate va a darse media vuelta y salir corriendo.

Pero mi mejor amigo se limita a poner los ojos en blanco.

—Soy Nate.

—Oh, perdona, es que...

—Sé que vives con mi hermano.

Nate no suele ser tan brusco con la gente, pero eso me preocupa menos que la nueva información que acabo de recibir.

—¡Vaya! ¿Y todavía no lo has estrangulado? —bromeo, incapaz de imaginar cómo debe de ser convivir con la versión malhumorada de Nate casi las veinticuatro horas del día.

—Nicko es mi mejor amigo. —El rubio detrás del mostrador me mira con el ceño fruncido, así que hago un gesto para quitarle importancia y le enseño mi identificación junto con los papeles que he impreso.

—Bien por él. Hemos venido a pasear perros. Nos registramos por internet.

—¡Ah! ¡Genial! —Se le ilumina la cara de nuevo, al parecer dispuesto a hacer las paces conmigo por el bien de los animales del refugio, aunque haya criticado a su mejor amigo. Asiente mientras comprueba mi documentación y después teclea algo en el ordenador del mostrador.

—Aquí tenéis más información. Leedla con atención, por favor. Voy a ver a qué animalitos les pongo la correa.

Los folletos que nos entrega repiten más o menos lo mismo que ya he leído en internet: mucha información sobre adopciones que suelo saltarme y algunos consejos sobre cómo llevar a un perro con correa, que leo muy por encima.

Mis madres siempre han tenido perros; crecí rodeado de caniches y pitbulls.

Sé sujetar una correa.

—¡Vale, Violet y Lila están listas para vosotros! —grita el encargado. Le lanzo una mirada a Nate antes de encaminarme hacia las casetas, siguiendo la voz del chico.

Lo encontramos al fondo, agachado junto a dos chihuahuas diminutas.

—Vamos, sé pasear a un perro de verdad. Mis madres tienen un pitbull.

Busco el apoyo de Nate, pero mi mejor amigo se gira rápidamente, a punto de estallar en carcajadas.

—Siempre empezamos con perros que no suponen un gran reto, así nos aseguramos de que podéis controlarlos sin problemas. —El

chico bajito sonríe con dulzura y me tiende la correa de una de las diminutas criaturas.

Con un bufido, le quito a Lila (¿o quizá a Violet?) de las manos.

Unos ojos enormes y saltones me observan fijamente. Entonces la muy cabrona gruñe y se lanza directamente a por mi tobillo.

—¡Pero qué demonios! —maldigo, dando un salto hacia atrás. Detrás de mí, Nate pierde por completo los papeles y rompe a reír a carcajadas, sin la menor compasión por mi orgullo herido.

Idiota.

—Lila, no. ¡Siéntate!

Los gruñidos y ladridos cesan y mi agresora se sienta obedientemente. Sin embargo, no deja de mirarme fijamente, temblando de pura sed de sangre.

—Buena chica —la felicita el rubio con dulzura mientras acaricia a aquel proyecto de perra—. Quizá deberías dársela a Nate, si es demasiado traviesa para ti. Tú puedes llevar a Violet. Ella se portará bien contigo, ¿verdad, preciosa?

Unos minutos después, Nate ya ha dejado de reírse y llegamos a la orilla del lago, caminando por los senderos de grava. Las dos perritas trotan alegremente delante de nosotros, olisqueándolo todo a su paso con expresión satisfecha. Es una escena bastante bonita, aunque sigo algo preocupado por mi tobillo.

Y por la posibilidad de pisar accidentalmente a Violet o tropezarme con ella. Aun así, me alegra estar haciendo algo que mejora la vida de estos animales. Ver a las chihuahuas olisquear setas casi tan grandes como sus propias cabezas me arranca una sonrisa.

Descubro que Nate está sonriendo exactamente igual y le doy un golpecito con el hombro.

—Las perritas no están tan mal, ¿eh?

Se encoge de hombros, se inclina para desenredar a Lila de unos matojos y sonríe mientras le acaricia el hocico. Por supuesto, la pequeña bestia no intenta morderlo; se limita a emitir un suave gemido de satisfacción. La escena resulta sorprendentemente tierna.

—Sí, claro, son una monada. ¿Verdad que sí? Sí, eres una monada, sí. —Sigue rascándole detrás de las orejas mientras sonríe

como un idiota y, por algún motivo, noto un pequeño vuelco en el estómago.

—¿Así que conoces a ese chico? —pregunto para distraerme de esa sensación extraña. Cuando Nate ladea la cabeza, señalo por encima del hombro hacia el refugio, donde probablemente el rubio siga riéndose de mí.

—Ah, ¿te refieres a Linden? Sí, claro.

Alzo una ceja y espero más explicaciones.

—Él... salió una vez con Nicko. Y viven juntos. —Nate se encoge de hombros.

—¿En serio? ¿Alguien salió con tu hermano? ¿Voluntariamente? —resoplo. Intento imaginármelos juntos. El chico del refugio parecía demasiado dulce y tranquilo para alguien como el gemelo gruñón de Nate.

Aunque, bueno, la expresión «una vez» ya lo dice todo.

—¡Eh! —gruñe Nate. Levanto las manos en señal de rendición, aunque tengo que morderme la lengua para no echarme a reír.

La verdad es que apenas había pensado en la vida sentimental de Nicholas van der Hoff desde el desastre de aquella entrevista. Aunque, al parecer, se ha vuelto bastante menos reservado al respecto si ahora le envía a su hermano fotos de sus ligues de Grindr. La reflexión me mantiene quieto el tiempo suficiente para que Nate me saque varios metros de ventaja.

—¡Eh! ¿Vienes o qué? Llegaremos tarde al entrenamiento.

—Sí, sí, ya voy.

—¡Parece que necesitas un incentivo! ¡El último en llegar al refugio lava la ropa este fin de semana!

—¡¿Qué?!

Cuando asimilo el desafío, él ya ha salido corriendo.

Violet y Lila ladran emocionadas mientras sus diminutas patas se mueven a toda velocidad para seguirnos. Los dos reducimos el ritmo cuando las perras se quedan atrás, pero Nate gana la carrera hasta el refugio. Ese brillo desafiante reaparece en sus ojos cuando me sonríe sujetándome la puerta.

—¡Que te diviertas lavándome la ropa, Hart!

—Tramposo —gruño al pasar junto a él, repitiéndome que mi corazón late tan deprisa únicamente por la carrera.



CAPÍTULO 13

Nicko, 25 de octubre

Hoy tienes que ir a la clase de Escritura Creativa.
El profe Fiore es bastante estricto con la asistencia.

¡¿Cómo?! ¿Sabes quién podría haber asistido a sus propias clases si no se hubiera enemitado con Kappa Nu?

Enemistado.

Es lo que he escrito, no?

Lo siento, no iba a permitir que hablaran mal de tu compañero de piso.

Ah, por cierto, ahora tienes prohibida la
entrada a las fiestas de Kappa Nu.
De por vida.

Devestador.

¡DevAstador!

Puede que los Kappa Nu no hayan conseguido acabar con mi hermano, pero yo sin duda me ocuparé de ello antes de que termine esta semana. Sinceramente, no sé qué le pasa a mi gemelo: suele ser muy relajado, pero sus obligaciones académicas parecen no acabar nunca. Después de la carrera matutina de hoy con el equipo, he ido corriendo de una clase a otra, cargando con la bolsa de deporte de aquí para allá porque no me da tiempo a volver a la residencia antes del entrenamiento. La semana pasada pude faltar a algunas de las clases de Nate para ponerme al día con mis propios estudios, pero esta vez no tengo tanta suerte.

La puerta ya está cerrándose cuando me cuelo en el aula en el último segundo. La respiración aún me sale entrecortada por haber subido a toda velocidad por esas ridículas escaleras de caracol. En St. Bernard deberían controlar su obsesión por parecerse a una escuela de magia; empieza a resultar un poco ridículo.

—Van der Hoff, me alegra que hayas decidido acompañarnos hoy.

Me detengo en seco delante de la clase al encontrarme cara a cara con el profesor más atractivo que he visto en mi vida. Cuando supe que Nate se había apuntado a un curso de Escritura Creativa, imaginé que el profesor Fiore sería un señor excéntrico de unos sesenta años, con gafas llenas de manchas y una extraña afición por llevar calcetines desparejados. O lo que sea en lo que se convierten los empollones del club de teatro cuando envejecen. En cambio, me encuentro parpadeando ante un hombre de poco más de treinta años, con pómulos marcados, piel bronceada y unos cálidos ojos color ámbar que me observan con divertida curiosidad. Me siento como un ratón atrapado frente a un gato.

—¿Vas a sentarte o prefieres quedarte de pie?

—Yo... eh... voy a sentarme. Lo siento, profesor. —Me apresuro a recorrer el pasillo hasta encontrar una silla libre al fondo del aula. Casi derribo varios estuches con mi enorme bolsa de deporte, lo que me obliga a disculparme y hace que me ardan las mejillas. Las miradas de todos mis compañeros me siguen hasta mi asiento.

Una vez sentado, me doy cuenta de que, casualmente, todas las chicas se han concentrado en las primeras filas y levantan la mano con entusiasmo cuando Fiore le pide a una de ellas que me haga un resumen de la clase anterior.

Todo lo que cuenta la rubia bajita me resulta completamente incomprensible. Si nuestros padres transmitieron algún gen creativo, está claro que Nate se quedó con toda la herencia.

—Muy bien. Gracias, Rosenberg. —Fiore interrumpe el monólogo justo antes de que me sangren los oídos. Coge uno de los rotuladores y escribe tres palabras en la pizarra blanca—. Hoy hablaremos de la motivación, el objetivo y el conflicto —lee en voz alta, dando pequeños golpecitos sobre cada una de las palabras con

el extremo del rotulador—. Algo que debería tener todo buen personaje. Algo que debería tener todo ser humano.

Sus ojos oscuros recorren las filas antes de detenerse en mí. Contengo la respiración mientras alargo la mano hacia el estuche de Nate, fingiendo buscar un bolígrafo.

Por favor, que no me pregunte nada, por favor, que no me pregunte nada, repito en silencio, solo para ver mis esperanzas destrozadas un momento después.

—A ver, Van der Hoff, ¿por qué no nos hablas de tus objetivos?

Expulso el aire despacio mientras mis dedos se cierran alrededor de un bolígrafo con el que empiezo a juguetear, simplemente para tener algo que hacer. Vale, esto no está tan mal; ni siquiera tengo que pensarlo demasiado.

—Llegar a la NHL. —No sé por qué mi respuesta suena tan insegura cuando es lo más obvio del mundo. Triunfar y jugar con los mejores ha sido el sueño de Nate y mío desde que tuvimos edad para ver a nuestros padres jugar por televisión.

No estoy seguro de quién formuló primero la idea. Lo más probable es que fuera Nate, porque siempre ha sido el más elocuente de los dos, pero el sueño siempre estuvo ahí, ocupando un lugar permanente en nuestra imaginación. Jugar al hockey, y jugar al hockey juntos.

—Por supuesto —suspira el profesor Fiore, poniendo los ojos en blanco como si acabara de elegir la respuesta más aburrida que ha escuchado en toda su carrera.

Algunos estudiantes se ríen entre dientes a mi alrededor. Por lo visto, que el deportista de la última fila quiera dedicarse profesionalmente al deporte resulta de lo más predecible.

—Entonces, ¿qué te motiva? —continúa. Y, por primera vez, me quedo sin respuesta.

—¿Qué... qué me motiva? —repito, apretando el bolígrafo entre los dedos.

—No. Has dicho que tu objetivo no es solo jugar al hockey, sino llegar a la NHL, ¿verdad? Entonces vuelvo a preguntártelo: ¿qué te motiva a entrenar todos los días? ¿A ir al gimnasio antes de clase y recibir una paliza sobre el hielo los fines de semana? ¿A cuidar lo

que comes? ¿A renunciar a la mayoría de las fiestas? ¿Por qué haces todo eso?

—Me encanta el hockey. —Es lo mejor que se me ocurre.

Las cabezas de los demás estudiantes se giran hacia mí con silenciosa curiosidad. Se me seca la garganta al darme cuenta de que todos me están prestando atención.

—De acuerdo. —Fiore arquea una ceja. Pasea despacio delante de su escritorio y acaba apoyándose en él con los brazos cruzados.

Durante un instante, mi mirada se detiene en sus hombros, en cómo los bíceps tensan la tela de la camisa.

—Pero si te encanta el hockey, ¿por qué no seguir jugando por diversión en tu tiempo libre? ¿Qué te motiva a soportar una agenda tan agotadora? ¿A aceptar que vas a pasar meses lejos de tu familia? ¿Que te perderás momentos importantes? ¿Que las probabilidades de divorcio entre deportistas profesionales son alarmantes? ¿Que vas a llevar tu cuerpo al límite y que, probablemente, acabarás desarrollando una encefalopatía traumática crónica? —Fiore enumera cada argumento con los dedos, como si estuviera repasando una lista de la compra.

Con cada inconveniente que menciona, siento que la caja torácica se me encoge un poco más.

—Vale la pena —respondo, y la voz me tiembla en la última sílaba, así que levanto la barbilla en un gesto desafiante para compensarlo. No sé qué problema tiene este hombre. A lo mejor un jugador de hockey le robó la novia mientras él estaba ocupado corrigiendo ensayos en su despacho o haciendo lo que sea que haga un profesor de Escritura Creativa para tener unos brazos así.

—¿Vale la pena? ¿Por la fama? ¿Por los aficionados que te olvidarán en cuanto una lesión acabe con tu carrera? ¿Por el dinero que desaparecerá tan rápido como llegó y dejará tu cuenta vacía cuando tu divorcio ocupe los titulares?

Aprieto los labios hasta convertirlos en una línea fina. El golpe que recibí el año pasado vuelve a mi cabeza de inmediato. Los meses de rehabilitación pasan ante mis ojos como un montaje acelerado de frustración, dolor y espera.

—No puedo explicarlo —respondo, desesperado por dejar de ser el centro de atención. No se me da bien esto. Por eso debería estar en mi clase de Biología.

Debo de haber soltado el bolígrafo en algún momento del interrogatorio, porque ahora mis dedos recorren distraídamente la rodilla lesionada. Sigo el borde de la cinta kinesiológica que me puse después de la caída de la semana pasada.

—¿Por qué no puedes explicarlo? —Fiore ladea la cabeza y me observa con auténtico interés, como si yo fuera una especie rara que hubiera aparecido por accidente en su aula.

Me dan ganas de gruñir.

—Porque no es... no es algo que puedas ganar o tocar o tener, ¿vale? Es jugar con los mejores de los mejores sabiendo que solo un puñado de personas llegará alguna vez a pisar ese hielo o a ponerse esa camiseta. —Me paso las manos por el pelo mientras intento encontrar palabras para algo que nunca he sabido explicar—. ¿Ha ido alguna vez a un partido de hockey? —No espero respuesta—. Hay una electricidad que lo recorre todo. Todas tus emociones se intensifican. Cuando pierdes, es la peor sensación del mundo. Pero cuando ganas... Cuando ganas te sientes invencible. O sea, patinas sobre unas cuchillas afiladas mientras intentas colar un disco de goma en una portería diminuta a toda velocidad y... eso te provoca algo aquí dentro. —Me pongo la mano en el pecho—. Te recorre una descarga por todo el cuerpo. Y puede que te toque compartir línea con los mayores imbéciles del mundo, pero cuando conectas con alguien sobre el hielo, nada más importa. Da igual de dónde vengas o quién seas, porque todos persiguen lo mismo. —Trago saliva—. Y eso no se puede encontrar jugando un partido entre amigos durante un fin de semana.

Me dejo caer en la silla, exhausto. Me ruborizo al darme cuenta de que probablemente sea la vez que más he hablado en clase en todo el semestre. Me aclaro la garganta y bajo la mirada a la libreta que tengo delante, pero no basta para evitar que mis compañeros sigan mirándome.

Por lo visto, nadie en el aula se ha sentido identificado con mi discurso. Fantástico.

Fiore nos deja lidiar con ese silencio incómodo hasta que estoy a punto de explotar. Entonces, por fin, pone fin al momento con un lento aplauso.

—Pasión. Me gusta. Me recuerda a los gladiadores modernos, solo que con palos un poco menos mortales y bastante más ropa —reflexiona, guiñándome un ojo antes de levantarse y volver despacio a la pizarra—. Ahora necesitamos un poco de conflicto. ¿Qué podría salir mal en el camino de Van der Hoff hacia la NHL?

Aprieto los dientes mientras las manos vuelven a alzarse en las filas de delante.

—¡Nathaniel, espera un momento!

Estoy a punto de salir por la puerta cuando me doy cuenta de que Fiore me está hablando. Estoy acostumbrado a que me llamen por el nombre de mi hermano incluso antes de hacerme pasar por él, pero resulta extraño que alguien use nuestros nombres completos.

—¿Eh? —Frunzo el ceño mientras retrocedo unos pasos. Todavía estoy molesto por el intercambio anterior.

Fiore espera a que todos hayan salido de clase antes de entregarme un ensayo con el nombre de Nate.

—¿Todo bien? —pregunta mientras miro la nota que aparece en la parte superior de la hoja: un sobresaliente. Vaya empollón.

—Sí, es que... no me encontré muy bien la semana pasada —murmuro, suponiendo que se refiere a las clases que me perdí.

—Me dijeron que era un virus estomacal. —Asiente y luego señala vagamente mi aspecto—. Aunque no he podido evitar fijarme en que el virus ha venido acompañado de un ligero cambio de imagen.

El comentario me produce un escalofrío y me subo las gafas de montura gruesa.

Los compañeros de equipo de Nate llevan días metiéndose conmigo por mi repentina pérdida de estilo, pero es que no puedo con esos jerséis tan bonitos y esos chinos. Intenté usar gomina, pero el pelo acabó pareciéndome un nido de pájaros, así que también lo dejé.

—Las lentillas me estaban irritando los ojos —murmuro, decidido a ignorar el hecho de que mi hermano jamás iría a clase en ropa deportiva.

Fiore entorna los ojos, arrugando apenas la nariz, y durante un instante estoy seguro de que está a punto de desenmascararme.

Pero entonces dice:

—No seas tan duro contigo mismo. —Parpadeo, confundido por aquellas palabras inesperadas—. Llegar a la NHL no tiene por qué ser tu único objetivo. Hay cosas que no compensan el dolor que provocan.

No sé qué responder, así que asiento despacio, aliviado cuando la puerta se abre y entra el siguiente grupo de estudiantes.

Bajo aquellas ridículas escaleras de caracol saltando los peldaños de dos en dos, sin detenerme hasta llegar al exterior.

La nieve del fin de semana ya se ha derretido, pero el aire sigue siendo frío. Una brisa suave me revuelve el pelo y arrastra consigo el aroma de los pinos y del agua del lago. Respiro hondo tres veces antes de que mis dedos temblorosos consigan abrir la cremallera de la bolsa para guardar el ensayo.

Justo cuando estoy a punto de doblarlo por la mitad, mis ojos se detienen en el título: «Un objetivo que trasciende todos los objetivos: qué me motiva a querer publicar un libro».

***

—¿Tienes alguna meta en la vida?

Intento sonar natural mientras me enjabono el pelo. La espuma resbala por mi pecho y mi abdomen hasta llegar a la rodilla, donde empapa la cinta kinesiológica azul que, muy oportunamente, oculta las cicatrices de la operación. Por suerte, la caída de la semana pasada no tuvo consecuencias, pero sí me ha servido para disimularlas. Ahora ya no tengo que esperar a que todos salgan de las duchas.

—¿Eh? —responde Hart desde el cubículo de al lado. Aparto la vista del agua jabonosa que se acumula a mis pies. Las duchas de St. Bernard están separadas por mamparas a media altura y puertas de cristal esmerilado que ofrecen una privacidad bastante relativa.

Hart siempre elige la de la esquina, algo que puedo entender. No tengo la impresión de que los Bats lo traten de forma distinta, pero

me he fijado en que suele apartar la mirada cuando se cambia, incluso cuando aparenta estar relajado.

—¿Tienes alguna meta en la vida? —repito, alzando un poco la voz para que me oiga por encima del agua.

Hart echa la cabeza hacia atrás bajo el chorro para aclararse el pelo negro. El aroma cítrico de su champú llena el espacio, y me pregunto si seguirá comprando esa marca barata del supermercado cuando juegue para los Rebels el año que viene.

—¿Una meta en la vida? —repite, sacándome de mis pensamientos—. ¿A qué viene esa pregunta?

—Escritura Creativa —murmuro, haciendo un gesto vago mientras vuelvo a refugiarme bajo el agua caliente.

Hart frunce el ceño mientras reflexiona. Lo he visto hacer eso muchas veces estos últimos días. Siempre se detiene un instante antes de responder, como si repasara cada palabra en su cabeza, porque Dios no permita que el chico perfecto de las redes sociales diga lo primero que piensa. Espero que eso le provoque arrugas prematuras.

—Supongo que comprar una casa en algún sitio bonito. Una casa grande, con jardín y habitaciones de sobra.

—¿Comprar una casa? —balbuceo, girándome hacia él. La respuesta me pilla completamente desprevenido. Yo esperaba algo sobre la Copa Stanley.

Por un instante, Hart me mira sorprendido, y mi atención se desvía hacia las pestañas ridículamente largas que enmarcan sus ojos. De cerca parece que lleve rímel. Resoplo para mis adentros, pero aun así no consigo apartar la mirada. Pequeñas gotas de agua se quedan prendidas en las pestañas y reflejan la luz cada vez que parpadea.

—¿Tengo algo en la cara? —pregunta, llevándose las manos a las mejillas y a la nariz. Me da tanta vergüenza que me haya pillado mirándolo que noto cómo el calor me sube hasta las orejas, así que me apresuro a apartar la vista.

—No, no. Es que me ha sorprendido que no estuviera relacionado con el hockey —explico atropelladamente. Ahora mismo estoy mirando un punto situado por encima de sus anchos hombros. Aunque tengo una estatura normal, Hart me saca casi diez

centímetros y también es bastante más corpulento. Chocar contra él sobre el hielo nunca ha sido una experiencia agradable, algo que he comprobado en más de una ocasión.

—Ehm... Bueno, has preguntado por mi meta en la vida —señala, encogiéndose de hombros—. Quiero decir, claro que ganar la Copa Stanley es importante. También jugar un All-Star, ser nombrado MVP o ir a unos Juegos Olímpicos. —Enumera mis propios objetivos y me descubro asintiendo—. Pero más allá de eso... no sé. Me gustaría vivir en algún sitio con mis madres y una...

—¿Cachorrita? —sugiero amablemente, acordándome de la visita al refugio del día anterior.

—Iba a decir pareja —se ríe, y por primera vez desde que conozco a este tipo percibo un atisbo de timidez en su voz—. Aunque sí, una cachorrita también estaría bien. Y quizá... ¿una piscina? —Lo dice como si no estuviera seguro de poder permitirse una maldita piscina después de una carrera en el hockey profesional. Qué tío.

—Si encuentras a alguien que te aguante. —Es una broma. No tengo ninguna duda de que debe de haber chicos haciendo cola por él y por sus malditas pestañas en todo el campus.

De vez en cuando, solo para torturarme, leo los comentarios de sus publicaciones de Instagram. Estoy seguro de que borra un montón de mensajes homófobos y demás basura, pero también hay cantidades obscenas de emojis de berenjenas y melocotones.

—Sí —suspira. Pongo los ojos en blanco.

—Venga ya. Como si fueras a tener problemas para encontrar un marido trofeo.

—No quiero un marido trofeo. Y las tasas de divorcio entre deportistas profesionales son mucho más altas que las de la población general —replica y yo resoplo. Por alguna razón, parece que todo el campus conoce esa estadística.

—Por eso necesitas adoptar una cachorrita —respondo mientras cojo la toalla del gancho y me la ato a la cintura. Durante un instante tengo la sensación de que sus ojos siguen mis movimientos, pero cuando vuelvo a levantar la vista ya se ha dado la vuelta.

***

—¿Y cuál es tu meta en la vida? —me pregunta Hart cuando regresamos a la residencia.

Se me derrama un poco de agua caliente mientras preparo un cuenco de ramen instantáneo. Mi estómago va a declararse en huelga cuando pueda volver a comer como una persona normal. No sé cómo sobreviven estos dos a base de esta porquería.

Abro la boca para dar la respuesta obvia, aquello alrededor de lo que ha girado toda mi vida durante años. El sueño que siempre di por hecho que Nate compartía conmigo. Pero entonces recuerdo el ensayo arrugado dentro de mi bolsa y se me forma un nudo en el estómago.

—Ehm... ¿Escribir un libro?

Contengo la respiración, esperando que Hart proteste, que me diga que estoy loco o que se ría de lo que sin duda debió de empezar como una ocurrencia absurda de mi hermano. Pero simplemente asiente mientras recoge su propio cuenco de ramen de la encimera.

Como si ya lo supiera.



CAPÍTULO 14

Xander, 27 de octubre

Me dejo caer en el banquillo sin apartar la vista del partido que se disputa con una intensidad feroz ante mis ojos. El ambiente es una locura; nuestra pista está repleta de lo que parece ser la totalidad del alumnado de la SBU. Todo el mundo grita, anima y agita pancartas. Las gradas son un mar bullicioso de camisetas verdes y carteles con la imagen de nuestra mascota: un murciélago estilizado. Solo una esquina, detrás de la portería rival, está teñida de escarlata y llena de banderas con una especie de gato bastante desagradable rugiendo sobre ellas.

Apenas presto atención a todo ese alboroto, porque estoy concentrado en el hielo, donde nuestra segunda línea ofensiva hace todo lo posible por sumar otro tanto a los dos goles que Nate y yo ya hemos marcado. Ahora mismo está desplomado a mi lado y nuestros hombros se rozan.

Giramos la cabeza al mismo tiempo cuando el disco pasa a toda velocidad frente a nosotros. Aprieto el palo con tanta fuerza que me duelen los dedos, pero soy incapaz de relajar un solo músculo.

Con todo lo que ha ocurrido estas últimas semanas, a los entrenadores les resulta imposible mantener la calma. Y no parece que la situación vaya a cambiar pronto, porque estamos a punto de darle una lección a los Wildcats de New Hampshire.

Nate, en particular, está desesperado por marcar otro gol. Cuando volvemos al hielo, vuela sobre los patines, dejando atrás a cualquiera que intente cubrirlo.

Normalmente soy yo quien le abre camino, pero ahora mismo tengo que acelerar para seguirle el ritmo. Me coloco en la posición adecuada para recibir el pase rápido que me envía. Paso el disco entre mis piernas y se lo devuelvo sin mirar, confiando en que estará donde debe.

Uno de los Wildcats se lanza delante de mí y cae en la trampa. Su palo se engancha entre mis piernas y tropiezo.

No importa, porque Nate está completamente solo delante de la portería.

La luz roja se enciende y, de repente, tenemos tres goles de ventaja. Patino hacia él con una sonrisa de oreja a oreja. Los dos gritamos al chocar. Nuestros cascos se golpean y, durante un instante, el rostro de Nate queda apenas a unos centímetros del mío.

Su rugido de euforia resuena en mis oídos, ahogando los gritos del público. Me mira con esos ojos verdes y parece atravesarme de parte a parte. Después se aparta con facilidad, dejándome recoger mis pensamientos dispersos mientras gira hacia la afición rival y se burla de ellos, siseando como un gato y simulando el movimiento de unas garras con los dedos.

No puedo evitar reírme. Verlo provocar a nuestros rivales es algo poco habitual, pero también tremendamente divertido.

Dos periodos después, suena la bocina final y las gradas estallan. Conseguimos mantener la portería a cero, y los cinco goles que hemos marcado brillan en el marcador. Mis compañeros salen disparados del banquillo entre gritos y celebraciones. En cuestión de segundos, todos estamos agrupados en pequeños corrillos festejando la victoria.

En uno de esos momentos me encuentro abrazado a Nate, sonriéndole.

Y esta vez él me devuelve la sonrisa sin apartarse.

***

Todos salimos prácticamente corriendo de las duchas, ansiosos por unirnos a la multitud que sigue celebrando eufórica alrededor del

estadio y por todo el campus. Resulta imposible escapar a las constantes palmadas en la espalda de desconocidos. Es fantástico ver a todo el mundo así, y saber que he contribuido a esta victoria hace que disfrute de cada felicitación.

Cuando regresamos a la residencia para dejar nuestras cosas, nos llueven las invitaciones a fiestas de Halloween adelantadas. Pero nosotros ya tenemos plan: nuestro capitán organiza una fiesta en su casa, así que allí estará todo el equipo, junto con la mitad de los deportistas de la universidad.

Esta vez no protesto cuando Nate se sienta al volante. Para mi sorpresa, no se le cala el coche ni una sola vez. Al contrario. Conduce lo bastante rápido como para que me aferre al reposabrazos de la puerta cuando tomamos una curva a toda velocidad.

—¿Asustado? —bromea, y yo arqueo una ceja.

—¿Contigo al volante? Siempre. —Mi respuesta solo consigue arrancarle una carcajada antes de que tome la siguiente curva con la misma temeridad, haciendo que el corazón me dé un vuelco.

Cuando llegamos, la calle ya está llena de coches, así que tenemos que caminar un poco. El aire fresco de la tarde está impregnado de risas y del bajo vibrante de la música electrónica. Nos cruzamos con Taylor, que está vaciando el estómago en un rosal cercano. A mi lado, Nate resopla.

—Conque es ese tipo de fiesta, ¿eh?

Nos abrimos paso entre la multitud hasta encontrar al resto del equipo. Nos ofrecen bebidas por todas partes; los rostros felices y ebrios que nos sonríen terminan mezclándose unos con otros. Cuando por fin logro escapar del gentío, distingo a un par de compañeros de clase.

—Ahora vuelvo. —Me inclino para hablarle al oído a Nate y señalo con la cabeza hacia una esquina. Me mira parpadeando durante un instante, así que me acerco un poco más y alzo la voz para que me oiga por encima de la música. No estoy seguro de que me haya entendido, porque se limita a encogerse de hombros antes de aceptar un chupito de gelatina que le ofrece una desconocida disfrazada de gata.

Cuando vuelvo a encontrarlo, cerca de una hora después, Nate se tambalea ligeramente. Se ríe de algo que acaba de decir uno de los chicos de la fraternidad con los que está hablando. Y una punzada de celos, demasiado rápida para detenerla, me atraviesa el pecho.

No sé de dónde sale. Conozco a Nate desde hace tres años. Y, sin embargo, es como si lo estuviera viendo con claridad por primera vez en esta habitación abarrotada, en mitad de una fiesta de Halloween. La forma en que echa la cabeza hacia atrás cuando se ríe. La piel clara de su cuello, que contrasta con sus mejillas sonrojadas. El brillo intenso de sus ojos mientras escucha las historias que cuentan a su alrededor.

No consigo apartar la vista y acabo chocándome con un grupo de chicas disfrazadas a juego. Al menos eso me da unos segundos para ordenar mis pensamientos mientras me disculpo.

Quizá sea porque Nate ha decidido explorar facetas de sí mismo que nunca había visto. Durante las últimas dos semanas se ha vestido de forma distinta, se ha comportado de forma distinta y, sencillamente, ha sido distinto. No estoy acostumbrado a que me conteste ni a que cuestione mi forma de jugar. Es inesperado, pero también... excitante que se adueñe del disco, que reclame un pase de vuelta o que me desafíe.

O quizá sea porque nos entendemos tan bien sobre el hielo que parece que podamos leernos la mente. Porque estoy pendiente de cada uno de sus movimientos.

Porque cada vez que lo veo aparecer en el lugar exacto donde necesito que esté siento ese traicionero cosquilleo en el estómago.

Ahí lo siento ahora mismo, mientras me abro paso entre chicas con disfraces a juego para llegar hasta Nate. Él solo lleva su camiseta de hockey sobre unos vaqueros, igual que yo. Ninguno de los dos quiso disfrazarse ni ocultar lo que somos esta noche: los ganadores.

—¡Aquí estás! —Nate sonríe y me rodea los hombros con un brazo antes de que pueda reaccionar. Me arrastra hacia un grupo de personas al que ni siquiera había prestado atención—. ¡Ven, tienes que escuchar esto!

No escucho ni una sola palabra de la historia que están contando. Pero me río en el momento adecuado porque Nate estalla en carcajadas junto a mi oído. Y ahora mismo me daría igual quedarme sordo.

Su pelo sigue despeinado, sin gel, igual que durante las últimas dos semanas.

Los mechones me rozan el cuello y me provocan un escalofrío. Tengo unas ganas absurdas de tocarlo, de comprobar si es tan suave como parece. Me imagino apartándole el pelo de la frente, enrollando un mechón alrededor de mis dedos mientras...

Mientras me doy de cabezazos contra la pared.

Porque eso es una estupidez. ¡No me gusta Nate! Pero cuando sus ojos verdes, brillantes detrás de las gafas, se encuentran con los míos, siento unas ganas irracionales de lanzarme al lago Champlain para refrescarme.

Cuando por fin se tranquiliza, le doy unas palmadas en la espalda.

—Vamos a buscarte un poco de agua —le sugiero, procurando mantener una distancia prudencial, incluso cuando me inclino para susurrarle al oído. Aun así, percibo su olor.

Dios, hasta huele diferente. No es que haya cambiado de champú, pero hay algo más: un aroma limpio y fresco, como una mañana de invierno. Contrasta con el olor dulzón de la cerveza especiada de calabaza, los chupitos de gelatina y el sudor de demasiadas personas hacinadas en el mismo espacio.

Me entran ganas de hundir la nariz en su cuello y respirar hondo.

Por suerte, cuando llegamos a la cocina está vacía, algo que atribuyo al enorme bufé temático de Halloween que han montado en el salón.

Consigo abrirme paso hasta dentro y cierro la puerta para aislarnos un poco del ruido. Apoyo a mi mejor amigo borracho contra la encimera, busco un vaso, lo enjuago, lo lleno con agua del grifo y se lo ofrezco.

Nate sigue moviendo la cabeza al ritmo de la música que retumba al otro lado de la puerta. Algunas frases de la canción consiguen colarse en la cocina, pero ni siquiera intento descifrarlas. Sus labios se mueven siguiendo la letra.

—Bébetelo —le digo cuando se queda mirando el vaso como si acabara de aparecer por arte de magia. Los ojos verdes de Nate se entrecierran.

—¡Bébetelo tú! —me responde con un bufido y suelto un suspiro, doy un trago y se lo ofrezco de nuevo.

—¿Ves? No está envenenado.

—Ah... Vale. —Esta vez lo acepta. Y su mano se cierra sobre la mía. Me sobresalto tanto que casi dejo caer el vaso.

Nate se bebe el agua de un solo trago.

Observo el movimiento de su garganta mientras traga. Y me quedo mirándolo demasiado tiempo mientras sus labios se separan del borde del vaso, húmedos, brillantes, y...

Mierda. Se ha dado cuenta.

Levanta una ceja e inclina ligeramente la cabeza, pero no dice nada. Y yo me aferro a la esperanza de que no haya notado nada. Al fin y al cabo, está borracho.

—¿Mejor? —Me froto la nuca y noto el calor subiéndome por las mejillas.

¿Qué demonios me pasa? Ni siquiera puedo echarle la culpa al alcohol, apenas he probado la cerveza que me han dado. Lo peor es que Nate sigue mirándome como si yo fuera el Wordle y solo le quedara un intento.

—No lo sé —dice por fin. Da un paso hacia delante, y luego otro, e invade por completo mi espacio personal. Está tan cerca que puedo oler la cerveza en su aliento, mezclada con algo dulce. Quizá así consiga que me guste la cerveza—. ¿Y tú? —pregunta—. ¿Estás bien?

Parpadeo.

—Sí... Estoy bien. ¿Por qué no iba a estarlo?

—No sé. Pareces un poco... —Se interrumpe. Pero ya me da igual cómo termine la frase, estoy demasiado ocupado observando cómo sus labios forman la siguiente palabra, demasiado pendiente de cómo se inclina hacia mí, de cómo su boca apenas roza la mía cuando termina diciendo—. Inquieto.

Eso me provoca un cortocircuito en el cerebro, porque lo siguiente que sé es que lo estoy empujando contra la encimera y besándolo.

Por fin tengo las manos en su pelo y es tan suave como imaginaba; los mechones rubios se deslizan entre mis dedos mientras sus labios cálidos se encuentran con los míos. No hay nada delicado en la forma en que lo beso, pero la urgencia que llevo dentro compensa cualquier falta de cuidado.

Durante un instante que se me hace eterno, Nate permanece inmóvil. El pánico empieza a abrirse paso en mi pecho, pero entonces se estremece cuando rozo con la lengua su labio inferior y, por fin, sus labios se entreabren.

El sabor de la cerveza especiada todavía permanece en su boca. Se mezcla con algo que es únicamente suyo, una calidez que me resulta mucho más embriagadora que cualquier trago de la noche. Un leve gemido escapa de mi garganta antes de que pueda contenerlo.

Un dolor agudo me devuelve de golpe a la realidad. Retrocedo con un respingo.

Me palpita el labio inferior allí donde Nate acaba de morderme.

Entonces es él quien me empuja.

Mi espalda choca contra la pared junto a la nevera y un escalofrío me recorre entero, como si de verdad acabara de lanzarme a las aguas heladas del lago Champlain.

¿En qué demonios estaba pensando? Tendré suerte si no...

Nate vuelve a la carga antes de que pueda terminar el pensamiento. Avanza a grandes zancadas y no me deja tiempo para improvisar una disculpa. Presiona su cuerpo contra el mío.

Soy más alto, pero estoy demasiado aturdido para reaccionar, así que me acorrala contra la pared sin esfuerzo. Corrige la diferencia de altura agarrándome de la camiseta y tirando de mí hacia abajo. Luego vuelve a besarme.

Y yo dejo de preguntarme qué demonios le pasa a mi mejor amigo; inclino la cabeza y respondo. Mis manos se mueven solas, una vuelve a perderse en su pelo y la otra rodea su cintura.

Nate me agarra la camiseta como si creyera que voy a escapar, con la otra mano busca el borde de la tela y consigue colarse por debajo.

Se me escapa un jadeo cuando sus dedos rozan mi piel. Están tan calientes que parecen dejar un reguero de fuego a su paso. Nate aprovecha la oportunidad para deslizarse hasta mi cuello y sus labios rozan mi pulso.

—Mierda... —gimo sin aliento—. Nate...

La sensación me marea, pero junto a ella aparece algo más, ese nudo incómodo en el estómago. La certeza repentina de lo que estamos haciendo. Me estoy besando con Nate.

—Para... —La palabra sale convertida en un susurro que maldigo en silencio. No es precisamente el momento ideal para intentar recuperar el sentido común. Aun así, obligo a mis pulmones a llenarse de aire, consigo atrapar su muñeca y apartar su mano de debajo de mi camiseta.

—Nate, para. —Esta vez consigo pronunciarlo con suficiente firmeza para que me escuche.

Su boca abandona mi cuello.

El frío que deja atrás me eriza la piel. Y entonces comprendo que tengo que decir algo, algo que no encaja en absoluto con el calor que me arde dentro.

—Deberíamos... deberíamos hablar de esto.

Me mira fijamente con los ojos muy abiertos. Y me quedo sin palabras. Porque no quiero hablar de esto. Si esto ha sido un error de juicio provocado por el alcohol, ahora mismo soy lo bastante egoísta como para fingir que no importa. Pero mañana me odiaría por ello. Porque, pase lo que pase, sigue siendo mi mejor amigo. Nate se zafa de mi mano y gira la cabeza como si acabara de recordar dónde estamos.

Alexander Hart, santo del autocontrol y también de arruinar amistades.

—Mierda —murmura. Se pasa ambas manos por el pelo, intentando colocar los mechones que he despeinado.

—Eh... Está bien. No pasa nada. Tan solo... olvidemos que esto ha ocurrido. —Mi voz se rompe al decirlo. Yo también soy culpable de esto, pero estoy seguro de que saldré de este delirio que me ha atrapado esta noche, y durante toda la última semana. Tengo que salir.

Una parte de mí quiere todo lo contrario. Quiere atraerlo de nuevo hacia mí y rogarle que me diga que no soy el único que ha perdido la cabeza. Pero esa parte tiene que callarse. Nate es demasiado importante como para arruinarlo todo por culpa de unas hormonas fuera de control.

Como sigue sin responder, le apoyo una mano en el hombro para tranquilizarlo, pero se la sacude de encima al instante. El movimiento brusco hace que el vaso vacío caiga de la encimera y el cristal estalla contra el suelo. Los dos damos un respingo. Nate gira la cabeza hacia la puerta y un nudo me aprieta el estómago.

Le preocupa que alguien haya podido vernos.

Abro la boca para decir algo más, lo que sea, pero ya es tarde. Nate se da la vuelta y sale disparado de la cocina. La puerta se abre de golpe y alguien protesta porque casi se lo lleva por delante. Después vuelve a cerrarse, despacio.

Me quedo inmóvil. El sabor dulce de la cerveza especiada de calabaza se ha vuelto amargo en mi boca.

—Mierda. —Apoyo los codos sobre la encimera y me escondo la cara entre las manos. Podría ir detrás de él, pero estoy bastante seguro de que soy la última persona a la que quiere ver ahora mismo.

Y no sé si yo tampoco quiero verlo. No mientras siga sintiendo el recuerdo de su cuerpo pegado al mío, el roce de su boca en mi cuello, el escozor de sus dientes en mi labio.

—Mierda. —Lanzo una patada contra el mueble de la cocina. El cristal roto cruje bajo mis zapatillas. Suspiro y me quedo acurrucado entre mis propios brazos.



CAPÍTULO 15

Nicko, 27 de octubre

Solo me detengo cuando me arden los pulmones y los músculos empiezan a protestar por el esfuerzo: apoyado en una farola, jadeo intentando recuperar el aliento. La brisa fresca de la noche me hace temblar dentro de la camiseta de Nate.

Está claro que no pensaba con claridad cuando salí corriendo de la fiesta sin la chaqueta, y desde luego estaba demasiado borracho para conducir. Correr bajo la lluvia me ha ayudado a despejarme, pero mi estómago ruge en señal de protesta. No debería haber bebido tanto.

¡No debería haber besado a Alexander Hart!

Gimo cuando el recuerdo del que intento escapar vuelve a abrirse paso en mi cabeza.

—¡Mierda! —maldigo mientras me hundo las manos en el pelo empapado. Empiezo a caminar en círculos bajo la farola, aunque tengo que detenerme cuando el alcohol amenaza con volver a subir por mi garganta—. ¡Mierda, mierda, mierda!

Casi deseo que alguien me grite desde una ventana. Al menos tendría algo contra lo que descargar toda esta rabia, pero las pequeñas casas que me rodean permanecen en silencio.

—¡MIERDA! —Esta vez lo grito más fuerte, por si acaso. Algo cruje entre los árboles cercanos y un pájaro sale volando, claramente harto de que un universitario borracho le haya arruinado la noche.

¡Por Dios, he besado a Alexander Hart! O, técnicamente, él me ha besado primero, pero después mi cerebro dejó de funcionar cuando olí su estúpido champú cítrico de marca blanca, cuando su estúpida

barba me rozó la mejilla y cuando apoyé la mano contra su estúpido pecho, porque, sinceramente, no encuentro ninguna otra explicación lógica para haberle devuelto el beso.

Le. He. Devuelto. El. Beso.

He besado al chico por cuya culpa casi me expulsan durante el primer año.

Alexander Hart. El tipo que probablemente será mi compañero de equipo si los Rebels todavía quieren ficharme.

El maldito idiota que... Cree que soy mi hermano gemelo.

—Oh, Dios mío... —gimoteo al darme cuenta de las consecuencias de mis actos. Nate quizá pueda atribuir todo esto al alcohol, a la adrenalina del partido o a una locura momentánea, pero yo no tengo ni idea de cómo voy a explicarle esto a mi hermano. Y mucho menos de cómo voy a sobrevivir otra noche compartiendo habitación con Hart.

Solo quiero volver a casa y poner fin a toda esta farsa. Intercambiarnos los papeles fue una idea horrible. Ya no tenemos quince años. Y debería haber sabido que nunca tendría que haberle seguido el juego.

Sin embargo, incluso cuando me doblo hacia delante, presa de un repentino ataque de náuseas, y vomito hasta la última gota de lo que había bebido sobre los rosales de un jardín impecablemente cuidado, no siento ningún remordimiento. Ni por los partidos ni por ninguno de los goles que he marcado en ellos.

Estoy jodidísimo.

***

Me hacen falta tres intentos para encontrar un Uber dispuesto a dejarme subir en mi estado: empapado y temblando como una hoja. El conductor no comenta nada sobre mi forma de tambalearme, pero baja las ventanillas del todo y, por las miradas nerviosas que lanza de vez en cuando, deduzco que está más preocupado por la tapicería de su coche que por mí. Quiero asegurarle que ya he vaciado prácticamente todo el contenido de mi estómago, pero los

dientes no dejan de castañetearme durante todo el trayecto por las calles oscuras que me llevan a casa.

Una luz tenue brilla en las ventanas cuando el coche se detiene frente al Refugio. Subo con cuidado los escalones del porche y observo cómo las decoraciones de Halloween adquieren un aspecto inquietante bajo la luz nocturna. Habría preferido colarme cuando todos estuvieran ya acostados, pero todavía no son ni las doce. Me paso un minuto registrándome los bolsillos, al borde del pánico por haber perdido las llaves, hasta que caigo en la cuenta. Las tiene Nate.

Mierda. No. Me. Lo. Puedo. Creer.

Con un bufido, me dejo caer en el primer escalón, demasiado agotado para rodear la casa en busca de una ventana abierta. Tengo la cabeza embotada y estoy temblando de arriba abajo; borracho o no, sé perfectamente que estas no son las condiciones ideales para intentar trepar por una bajante. Aun así, no me decido ni a tocar el timbre ni a llamar a Nate.

Otra ráfaga de viento me obliga a encoger los hombros mientras los adornos tintinean sobre mi cabeza. Uno de los esqueletos de plástico se desprende y se estrella contra el suelo de madera. Los huesos falsos salen despedidos en todas direcciones.

Me quedo inmóvil observando cómo la calavera aterriza a mi lado antes de rodar escalón tras escalón hasta desaparecer en la oscuridad. Oigo risas y voces dentro de la casa, y me doy cuenta demasiado tarde de que alguien se acerca a la entrada. Antes de que pueda mover un solo músculo, la puerta se abre de golpe y una luz cegadora ilumina mi lamentable figura.

—¡El señor Huesos se ha caído! Eh, ¿quién quiere nombrar y clasificar los doscientos seis huesos del cuerpo humano con...? —Hace una pausa—. Ah, hola.

Entorno los ojos para mirar a Oliver, que se alza sobre mí envuelto en una bata. Su pelo, normalmente oscuro, está teñido de un rubio amarillento y sobresale en todas direcciones.

—¿Qué demonios le ha pasado a tu pelo? —pregunto, frunciendo el ceño cuando las palabras me salen mucho más arrastradas de lo que suenan en mi cabeza.

—Dios mío, estás borracho. —Arquea una ceja y se gira hacia el interior de la casa—. ¡NICKO! ¡Tu versión más guapa está sentada en el porche!

Siento un orgullo ridículo al darme cuenta de que, sin querer, acaba de decir que soy más guapo que Nate.

—¡Nicko soy yo! —me río. Luego vuelvo a fruncir el ceño cuando lo que sale de mi boca suena más bien como «¡Nicko soyooo!». Algo va mal. ¿Es mi boca? ¿Mi cerebro? El beso de Hart debe de haberme matado unas cuantas neuronas. —No existe una versión más guapa de mí.

La risa de Nate llega desde el interior de la casa y me provoca una extraña mezcla de alivio y pánico. Dentro de unos segundos todo habrá terminado y recuperaré mi vida. Podré volver a ser Nicko, el que asiste a sus clases de Biología sin preocupaciones y no tiene que plantearse cuáles son sus metas en la vida. Nicko, que técnicamente nunca ha besado a Alexander Hart.

Pero también Nicko, el que ha besado en secreto a Alexander Hart y que volverá a jugar de extremo izquierdo en la cuarta línea porque nadie sabe que ha marcado tres goles en los dos últimos partidos.

Extiendo una mano hacia la barandilla para ponerme en pie, pero en cuanto lo intento todo se tambalea y me desplomo hacia un lado.

Dos manos se apresuran a sujetarme, y basta la presión firme contra mi espalda para reconocerlas. Son las de Nate. No necesito verlo para identificar esa presencia sólida, inquebrantable y familiar.

—¡NICKO! —grita. Pongo una mueca, porque estoy mareado, no sordo. Y justo cuando voy a protestar, el mundo vuelve a dar vueltas.

De verdad pensaba que me había librado de todos los chupitos de gelatina y de toda aquella cerveza de calabaza. Descubro que estaba equivocado de la forma más humillante posible. Todo vuelve a subirme por la garganta y termino vomitando sobre los tristes restos del señor Huesos.



CAPÍTULO 16

Nicko, 28 de octubre

Hay alguien en la cama conmigo.

Un cuerpo cálido presiona contra mi espalda y un par de brazos me rodean la cintura. Lo primero que pienso es en Nate, incluso cuando ya sé que no es él. Siempre seré capaz de reconocer la presencia de mi hermano; lo haré hasta mi último aliento. Y, aunque esta persona también me resulta familiar, no es él.

Entonces, durante un instante horrible, recuerdo lo que pasó anoche: la boca de Hart estrellándose contra la mía en un arrebato de locura, mis manos tirando del cuello de su camiseta para acercarlo más.

¡Oh, no! ¡No!

Por favor, que no sea Hart. Donaré parte del dinero de mi futuro contrato a una buena causa y volveré a rezar antes de acostarme, pero, por favor, que no sea Hart.

La persona que está a mi lado se mueve mientras intento librarme de su abrazo y tanteo a mi alrededor con cautela. Todavía llevo una camiseta y ropa interior, lo cual ya supone un gran alivio. Intento levantar la cabeza y me arrepiento al instante cuando un centenar de rayos me atraviesan el cerebro. Se me escapa un gemido y vuelvo a hundirme en la almohada. Veo destellos brillantes bailar tras mis párpados mientras intento averiguar dónde estoy o qué ocurrió después de que abandonara la fiesta.

Oigo el suave roce de las sábanas a mi lado, seguido de un bostezo.

—¿Nicko? —susurra Linden. Me relajo de golpe.

¡Gracias a Dios!

—¿Nicko? —insiste. Gimo para hacerle saber que sigo vivo. Tengo la boca pastosa, con un desagradable regusto a calabaza podrida y malas decisiones. Espero que mi aliento no fuera así cuando Hart me besó anoche. Puede que ese tío piense que soy un imbécil integral, pero me gustaría que al menos me recordara como un imbécil con una higiene bucal impecable.

—¿Estás bien? —pregunta Linden. Abro los ojos y descubro su cara a escasos centímetros de la mía. Le doy un ligero empujón para evitar que sufra las consecuencias de mi terrible aliento matutino.

—No.

Intento mantener algo de dignidad, pero mis movimientos resultan bastante lamentables cuando por fin consigo incorporarme y echar un vistazo a mi alrededor.

Estoy en mi propia cama. La única cama de la habitación. No hay segundo escritorio, ni segunda cómoda.

Sin embargo, hay pruebas por todas partes de que mi hermano ha ocupado este espacio durante dos semanas. La mitad de mi armario parece haber explotado por la habitación: hay camisetas colgadas del respaldo de una silla, ropa interior amontonada en una esquina y un calcetín solitario hace las veces de marcapáginas en *Conquistando a Noah*, que por algún motivo ha acabado aquí arriba.

—¿Necesitas vomitar otra vez? —pregunta Linden, frunciendo el ceño.

Su pelo rubio, completamente despeinado, resta credibilidad a toda la autoridad que intenta transmitir.

Niego con la cabeza y me aclaro la garganta.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Y por qué estás en la cama conmigo? Creía que habíamos acordado que no éramos ese tipo de amigos. —Añado lo último con una leve sonrisa que, como era de esperar, hace que las mejillas de mi amigo se tiñan de rojo.

—¡Idiota! Después de que Micah te trajera hasta aquí prácticamente a rastras, alguien tenía que asegurarse de que no te atragantaras con tu propio vómito —gruñe antes de darme un ligero empujón.

Me da vergüenza pensar que mi compañero de piso haya tenido que cargar conmigo. Lo último que recuerdo es al señor Huesos y...

—¿Y Nate? —pregunto. La expresión de Linden se ensombrece de inmediato.

—Anoche llegamos a la conclusión de que ya se había quedado demasiado tiempo.

***

El aroma a tortitas recién hechas y azúcar caramelizado me recibe cuando entro en la cocina media hora después. La ducha me ha devuelto parte de las ganas de vivir y mi estómago ruge con feliz anticipación ante la perspectiva de una comida casera y de recuperar mi vida, aunque todavía no estoy seguro de poder confiar en él.

—No te mereces amigos como nosotros —dice Oliver alegremente mientras deja un paracetamol junto a mi vaso de agua. Lanzo una mirada nostálgica a su taza de café humeante, lo que me vale una expresión de desaprobación—. No se pueden mezclar medicamentos y café.

—Lo sé —suspiro. Si soy sincero, la respuesta sirve para las dos afirmaciones.

—Entonces, ¿no tienes nada que decirnos? —pregunta. Cuando por fin estamos todos sentados con nuestros respectivos platos de tortitas delante, me doy cuenta de que hoy los otros tres tienen partido. Probablemente debería sentirme agradecido de que el público sea reducido, pero aun así me quejo:

—Ya lo sabéis.

—¿Que nos has mentido? ¿Que has dejado que un completo desconocido viviera bajo nuestro techo durante dos semanas? Sí, eso ya lo sabemos —resopla Oliver. Me hundo un poco más en la silla. La verdad es que no suena nada bien cuando lo plantea así.

—Nate no es un desconocido —interviene Linden, apoyando una mano conciliadora sobre el brazo de Oliver—. ¡Incluso se peleó con un montón de tíos de esa fraternidad para defenderte!

—Debería haber sabido que se metería en problemas por tu culpa —gruño. Eso hace que Oliver entrecierre los ojos.

—Para empezar, estamos hablando de las malas decisiones de Nicko, no de las mías. Y, para continuar, no es culpa mía que las fraternidades de la B-Tech sigan creyendo que la homofobia es un rasgo atractivo en un hombre.

Me muerdo el interior de la mejilla al oírlo. Este es exactamente el motivo por el que no publico nada en redes sociales ni voy contándolo por ahí.

—Pero... ¿estás bien? No te hicieron nada, ¿verdad?

—Estoy perfectamente gracias a que tu hermano decidió comportarse como un caballero andante. La verdad es que fue bastante adorable, hasta que uno de esos imbéciles le soltó un puñetazo en la cara. Ahora que lo pienso, puede que se haya convertido en mi gemelo favorito.

La sola idea de que alguien le haya pegado a Nate me provoca un escalofrío. Aprieto el tenedor con fuerza y me llevo un trozo de tortita a la boca para evitar que se me escape algún comentario estúpido.

Oliver no tiene la culpa de nada de esto. Ojalá estas situaciones fueran solo historias que cuentan las generaciones mayores sobre tiempos pasados, en lugar de seguir siendo una amenaza real.

—También fui yo quien le abrió las puertas al maravilloso mundo de la novela romántica. Eso debería haberme dado alguna pista —reflexiona Oliver mientras vacía medio bote de sirope sobre su montaña de tortitas.

—Parece que se ha esforzado mucho por sustituirme —refunfuño.

—¡Eh! ¡No tiene ninguna gracia! ¿Qué demonios pretendíais conseguir con todo esto? —protesta Linden.

—No lo sé —respondo—. Nate pilló un virus estomacal y tenía un partido importante ese fin de semana. ¡No me miréis así! Quiero decir, un partido realmente importante. ¡Había ojeadores en las gradas! Así de importante.

Linden y Oliver me observan con escepticismo, y yo dejo escapar un suspiro.

Ya sabía que no lo entenderían; ambos tienen su futuro prácticamente resuelto y no piensan dedicarse al deporte profesional. Acabarán en medicina: Linden atendiendo pacientes de

cuatro patas y Oliver escandalizando a un hospital entero con citas empalagosas de novelas románticas LGBT.

No saben lo que significa haber sido elegido en tercera ronda, donde las estadísticas dicen que la mayoría de los jugadores nunca llega a la NHL. No saben cuánto se ha esforzado Nate para conseguir su oportunidad. Joder, ¡hasta hace unos días yo tampoco lo sabía! No sabía que salía a correr al amanecer ni que se quedaba haciendo ejercicios extra con Hart después de los entrenamientos. Yo también había asumido que había escogido el camino fácil estudiando Literatura, hasta que me tocó leer algunos de los trabajos que le mandan. No es justo que le arrebaten todo eso solo porque perdió la oportunidad de demostrar su valía ante las personas adecuadas.

—Pero eso está prohibido, Nicko. ¡Podríais meteros en un lío enorme! —dice Linden. Parece sinceramente preocupado, como si creyera que yo no era consciente de dónde me estaba metiendo. Yo mismo le dije exactamente eso a Nate. Y luego hice justo lo contrario. Me encantaría decir que lo hice únicamente por él, pero hay una vocecilla en mi cabeza que me recuerda por qué acabé aceptando la idea.

Creo que a estas alturas estaríamos mejor sin él.

Ya no juega igual, ¿sabes?

Se espera que el extremo izquierdo de los Devils, Jacques Autin, se incorpore a los Rebels en un intercambio de dos por uno.

Entonces, retírate.

Las palabras resuenan en mi cabeza mientras mastico la tortita. De repente se ha convertido en una masa gomosa, imposible de tragar.

—Estoy bastante seguro de que Nicko ya sabe todo eso —comenta Oliver con ironía.

—¡Entonces, ¿por qué aceptaste hacer algo así?! Quiero decir... ¡A Nate no le sirve de nada que los Pioneers crean que juega mejor de lo que realmente juega!

—¡Nate no juega mal! —protesto.

—No he dicho eso. Pero no juega como tú, Nicko. Él no hace esa cosa de levantar el disco con el palo y golpearlo en el momento

justo para dejar al portero sin ninguna opción, como un... un... —Linden agita las manos mientras busca la comparación adecuada.

—Como un francotirador sobre patines —aporta Oliver con tono servicial, aprovechando la ocasión para robar un poco de la crema de chocolate del plato de Linden.

—¿Un francotirador sobre patines? —resoplo. Aun así, noto cómo se me enrojecen las mejillas por el cumplido. Salvo Sasha, ninguno de mis compañeros de casa entiende absolutamente nada de hockey. Pero vienen a mis partidos e intentan seguir lo que ocurre sobre el hielo—. Vale. Pero, a diferencia de mí, Nate tiene las dos rodillas sanas.

Esta vez es Oliver quien levanta las manos al cielo con un gemido desesperado.

—Otra vez con eso.

—¿A qué te refieres con eso?

—¡Que pareces un disco rayado, Nicholas! Durante el último año hemos aguantado tus lamentos; porque, sí, lo que te pasó fue una putada. Fue injusto, tenías miedo por tu carrera y todo eso. Pero no es culpa nuestra. Y, lo más importante: ¡ya pasó! Supéralo de una vez.

—Oliver... —advierte Linden, agarrándolo del brazo, pero mis propias palabras ya están ahogando las suyas.

—¡No tienes ni idea de lo que se siente!

Estoy furioso. ¿Superarlo? Lo dice como si me hubiera roto un diente en el hielo. Eso sería una faena, sí, pero algo reemplazable. Lo que ocurrió de verdad fue que pasé noches enteras despierto en la cama del hospital, mirando aquellas paredes blancas y preguntándome si estaba viendo cómo mi carrera se esfumaba antes siquiera de haber empezado. Incluso ahora, meses después, el miedo me atraviesa cada vez que un músculo de la pierna se contrae de forma inesperada.

¿Y si vuelve a pasar? ¿Podrán arreglarlo una segunda vez? ¿Y una tercera?

—No, la verdad es que no lo sé —responde Oliver—. Pero otros deportistas sí. Cientos de personas pasan por lo mismo cada año, Nicko. No eres ni el primero ni el último jugador que se rompe los

ligamentos. Tu lesión no acabó con tu carrera. El problema está aquí arriba.

Me quedo mirándolo sin palabras mientras se inclina sobre la mesa para tocarme la frente. Tardo un segundo en reaccionar antes de apartarle la mano de un manotazo.

—¿Ah, sí? Si todo está en mi cabeza, ¿por qué el entrenador me quitó la titularidad? ¿Crees que los Rebels van a fichar a un jugador de cuarta línea con antecedentes médicos? —espeto. El tenedor me tiembla entre los dedos, así que lo dejo caer sobre el plato con un golpe seco que resuena en toda la cocina.

—¿Se te ha ocurrido pensar que quizá no lo hizo para castigarte? A lo mejor solo intentaba darte tiempo para volver a sentirte tú mismo sobre el hielo.

—¡No necesitaba tiempo! Yo...

—¡Claro! Entonces tu entrenador debería arrepentirse de haber confiado en su experiencia en vez de dejar que un crío malcriado de veintidós años tomara las decisiones importantes de su equipo.

Y ahí se acaba todo.

Me levanto tan bruscamente que la silla sale despedida hacia atrás y cae al suelo.

Las tortitas siguen a medio comer. La cabeza todavía me martillea, como si aquella horrible música de Hart se hubiera quedado atrapada dentro de mi cráneo, pero no puedo soportarlo ni un segundo más. No puedo quedarme sentado mientras Oliver me lanza un dardo tras otro y me arrincona en una conversación que no quiero tener.

No entienden que mi puesto en el proceso de selección no significará absolutamente nada si no consigo firmar ese contrato. No entienden que no puedo limitarme a elegir otra profesión como si nada.

¡Porque no quiero otra profesión! Lo que quiero es estar sobre el hielo. Quiero jugar en esos estadios gigantescos. Quiero enfrentarme a defensas enormes en la línea azul. Quiero sentir cómo el rugido del público me atraviesa el pecho después de marcar un gol. Quiero hacerlo una y otra vez hasta convertirme en un maldito anciano con una habitación llena de Copas Stanley y trofeos. Quiero

jugar con los mejores, aunque no me paguen ni un céntimo. Si me quitan el hockey, no sé qué haré con mi vida.

Estas últimas dos semanas han sido las primeras, en meses, en las que he pisado el hielo sin pensar constantemente en contratos ni en operaciones. De repente, ya no se trataba de salvar mi propia carrera, sino la de Nate, y de algún modo eso lo hizo todo mucho más fácil.

Pero eso ya se ha acabado. Vuelvo a ser Nicko. Nicko, que no es más que un extremo izquierdo de la cuarta línea en un equipo que sigue convencido de que está lesionado.

Creo que a estas alturas estaríamos mejor sin él.

Si todo está solo en mi cabeza, ¿por qué querrían deshacerse de mí? Me encantaría lanzarle esa pregunta a Oliver, pero me da miedo pronunciarla en voz alta y que descubra lo patético que soy en realidad.

Así que, en lugar de hablar, hago lo único que me ha funcionado durante las últimas semanas: dar media vuelta y salir corriendo.

—¡Nicko, espera! —me grita Linden. Pero yo ya voy por la mitad de las escaleras.



CAPÍTULO 17

Xander, 28 de octubre

No es ninguna alarma la que me despierta, sino mi conciencia golpeándome con la misma brutalidad que un defensa empotrándome contra las vallas. Y con ella regresan los recuerdos de anoche. Me doy la vuelta con un gemido y entierro la cabeza en la almohada.

Quizá, si me escondo un rato más, no tenga que enfrentarme al hecho de que anoche besé a mi mejor amigo.

Por supuesto, no funciona. Porque, ahora que he empezado a pensar en ello, las imágenes no dejan de repetirse en mi cabeza. Esconderme bajo la manta no borra el recuerdo de mis dedos hundiéndose en el suave cabello de Nate ni la sensación de sus labios contra los míos.

Poco a poco, la consciencia de su presencia al otro lado de la habitación se abre paso en mi mente. No me sorprende del todo. Recuerdo vagamente que alguien entró tambaleándose en la habitación durante la noche y me despertó. Durante un instante pensé en encender la luz, pero descarté la idea enseguida, como si siguiera atrapado en un sueño.

Sacar el tema del beso en mitad de la noche, cuando ambos estábamos cansados y medio borrachos, no parecía precisamente una buena idea.

Además, estaba cabreado. Me pasé dos horas buscándolo después de que desapareciera de la fiesta, enviándole mensajes una y otra vez hasta que acabé rindiéndome al ver que no contestaba. No es que tuviera muchas ganas de quedarme allí después de lo ocurrido,

pero Nate tenía las llaves del coche y no me quedó más remedio que buscar otra forma de volver.

Nate, en cambio, parece no compartir mi angustia en absoluto. Duerme plácidamente, incluso ronca un poco, ajeno por completo a la batalla mental que se libra dentro de mi cabeza. Cada una de sus respiraciones llega lo bastante lejos como para hacerme cosquillas en la nuca.

Ahora que estoy completamente despierto, desearía haber afrontado esto anoche.

Pero ¿cómo se saca el tema de haber besado a tu mejor amigo? ¿Tengo que disculparme otra vez? Supongo que sí, ¿no?

Gimo y me vuelvo boca arriba. Me froto los ojos, después las sienes, y termino enterrando los dedos en el pelo mientras presiono las palmas contra la cara.

¡Pero él me devolvió el beso! No puedo disculparme por eso también, ¿verdad?

No estoy llegando a ninguna parte. Movido por una punzada de curiosidad, miro hacia el otro lado de la habitación y doy un respingo al descubrir que Nate me está observando fijamente.

A pesar del pelo revuelto, se ha incorporado sin esfuerzo y parece mucho más despierto que yo.

—¡Buenos días! —dice con una sonrisa radiante, rebosante de energía, y acto seguido se levanta de un salto.

Yo me incorporo tan deprisa que se me revuelve el estómago. Cuando consigo recuperarme, Nate ya ha salido por la puerta y le oigo estirarse. Va tatareando por el pasillo, y poco después, empieza a sonar una canción desde el baño.

—¿Pero qué demonios...? —murmuro. Me dejo caer contra la pared con las piernas colgando por el borde de la cama. Tengo la sensación de haber despertado en una realidad alternativa. O quizá he viajado en el tiempo, como en *Atrapado en el tiempo*, y cuando Nate vuelva del baño me dirá que tiene un buen presentimiento sobre el partido de esta noche contra los Wildcats.

Pero no. Mi móvil me informa de que son las nueve y cuarto de la mañana del sábado y de que llego tarde al entrenamiento.

Respiro hondo y me levanto de la cama. Nada más apoyar los pies en el suelo, tropiezo. Encuentro unos pantalones de deporte y, después de oler la camiseta con la que he dormido, decido que todavía puede aguantar un día más.

Consigo esquivar a Nate entreteniéndome con una taza de café que me tomo a sorbos eternos hasta que termina de lavarse los dientes. En cuanto vuelve a la habitación, me escabullo al baño.

La ducha me sienta bien, pero no consigue aclararme las ideas. Me alegra comprobar que, cuando regreso, Nate está en la cocina preparándose el desayuno. Me visto a toda prisa, de repente preocupado ante la posibilidad de que me sorprenda con los pantalones bajados hasta los tobillos. En cuestión de un minuto estoy listo, pero luego me quedo rondando torpemente por mi lado de la habitación, sin saber muy bien qué hacer.

Podría ir a desayunar con mi mejor amigo, pero tengo un nudo en el estómago que me ha quitado por completo el apetito.

Y tampoco quiero que nadie sea testigo de mi nerviosismo. Sobre todo porque la conversación que imagino que estoy a punto de tener con Nate me parece algo que debería suceder en privado. Todo ese asunto de «perdón por besarte anoche, no quiero arruinar nuestra amistad, así que por favor no dejes de ser mi amigo, pero ¿por qué me devolviste el beso?» no es precisamente algo que quiera que escuchen el resto de los residentes.

Frustrado, dejo escapar un gemido y me dejo caer en la silla del escritorio. Apenas unos segundos después, vuelvo a ponerme en pie de un salto cuando se abre la puerta.

—¡Vaya! —se ríe Nate, levantando las manos al entrar—. ¿Llego en mal momento?

—¿Qué? No. Claro que no. —No puedo evitar sentir que, de algún modo, se está burlando de mí con ese buen humor constante, esa calma irritante y esa manera tan despreocupada de estar en el mundo. Supongo que intenta ponérmelo fácil. ¿Estará fingiendo para protegerme? ¿O quizá ni siquiera se acuerda? Al fin y al cabo, iba bastante borracho. Aunque...

¿Tan borracho como para olvidar que lo besé? ¿O que fue él quien me besó a mí?

Me apoyo en el borde del escritorio y cruzo los brazos, luego los descruzo, y finalmente me meto las manos en los bolsillos del pantalón de deporte. De repente no sé ni cómo colocarme. Me aclaro la garganta, aunque termino hablándole a las estanterías en lugar de a mi compañero de habitación.

—Eh... Creo que deberíamos hablar.

—¡Madre mía, tío! ¿No me digas que estás embarazado?

—¿Qué?

Nate vuelve a soltar una carcajada y, al pasar junto a mí camino de su escritorio, me revuelve el pelo todavía húmedo. Me quedo observándolo mientras se encarama de un salto al borde de la mesa.

Hay algo raro en su cara, algo distinto, pero no consigo identificar qué es.

Tampoco me quedan energías para controlar mis propias expresiones, y poco a poco su sonrisa empieza a apagarse.

—¡Eh! ¿Por qué estás tan serio? —pregunta, frunciendo ligeramente el ceño—. ¿Qué pasa?

—Yo... Yo solo... Lo siento. —Intento ignorar el vuelco que me da el estómago.

¿Y si la estoy fastidiando todavía más sacando el tema de anoche? ¿Y si de verdad lo ha olvidado? ¿O simplemente lo ha atribuido a una estupidez cometida bajo los efectos del alcohol? ¿Y ahora soy yo quien vuelve a ponerlo sobre la mesa?

—Ah... Vale. ¿Y por qué lo sientes?

—Eeeh... Por lo de anoche. —Pronuncio las palabras despacio y luego dejo escapar un resoplido de frustración mientras cruzo los brazos—. Si te estás quedando conmigo, para ya. Lo digo en serio, Nate.

—¡Que no me estoy quedando contigo! No tengo ni idea de qué estás hablando, Xan.

—Estoy hablando de... —Las palabras se me atascan en la garganta como un bocado demasiado grande. Empiezo a pasearme de un lado a otro de la habitación. Me hacen falta tres vueltas completas para conseguir decirlo—. Lo siento por haberte besado.

—¡¿Que hiciste qué?! —Por fin parece tan desconcertado como yo. Los ojos se le abren de golpe y casi pierde el equilibrio al bajarse de

la mesa. No me hace sentir mejor, pero al menos ya no está bromeando.

El silencio que cae entre nosotros resulta tan apropiado como asfixiante.

Odio notar cómo me arden las mejillas. Pero no es vergüenza. Nate es importante para mí. Es un gran amigo: tranquilo, atento, cariñoso... y, además, atractivo.

Y eso sin contar todo lo que he descubierto sobre él durante estas dos últimas semanas. Facetas que no conocía y que, para mi desgracia, me han gustado.

Aun así, no quiero presionar a mi mejor amigo, que es completamente heterosexual, para que sienta algo que no siente. Quiero creer que un beso (por inesperado o increíble que haya sido) no va a destruir nuestra amistad.

—Yo... —Nate sacude la cabeza como si quisiera empezar de nuevo, pero vuelve a quedarse sin palabras.

Le doy tiempo. Todo el que necesite.

Por fin se pasa una mano por el pelo. Durante un instante, una sombra oscurece su ojo izquierdo antes de que el flequillo vuelva a caer sobre él. Inspira hondo.

—No me besaste a mí.

—Venga ya. Sí, hacer como si no hubiera pasado nada seguramente sería más fácil para los dos, pero tenemos que hablar de ello antes de... —Hago un gesto vago, como si estuviera empujando el asunto debajo de una alfombra invisible.

—No, no me estás entendiendo. —Nate evita mirarme mientras juguetea con un hilo suelto de la camiseta—. Tú..., eh... No me besaste a mí.

Parpadeo, desconcertado.

—Si no te besé a ti, entonces besé a alguien que... —La frase muere en mis labios. *Alguien idéntico a ti*. No llego a decirlo. Me quedo inmóvil, mirando fijamente a mi compañero de habitación.

Mi compañero de habitación, que tiene un hermano gemelo.

Soy idiota.

Busco a tientas el respaldo de la silla del escritorio y me aferro a él. De repente, todos esos cambios extraños que llevaba dos

semanas justificando encajan de golpe: que Nate estuviera enfermo, que hubiese cambiado de estilo, que volviera a llevar gafas, que se vistiera diferente, que estuviera enfadado conmigo... La lista se despliega en mi cabeza como uno de esos tiques interminables del supermercado.

Y ahora que tengo la respuesta, todo cobra sentido. Como cuando recolocas unas letras y descubres que siempre formaban una palabra distinta.

Nunca fue Nate.

—¡¿Besé a Nicko?! —exclamo. Mi propia voz me suena lejana. Como la de la peor versión posible de un amigo. La de alguien que ni siquiera se ha dado cuenta de que lleva conviviendo con otra persona durante...—. ¿Os habéis estado haciendo pasar el uno por el otro? ¿Desde cuándo?

—Desde que pillé aquel virus estomacal. Te lo juro.

—Por el amor de Dios, Nate. ¡Eso fue hace dos semanas!

—¡Tenía que hacer algo! —La intensidad de su respuesta me hace levantar la vista. No esperaba semejante vehemencia.

—¿Y se te ocurrió intercambiarte con tu hermano? —pregunto, incrédulo—. ¿Para qué demonios?

—¡Porque Nicko lo necesitaba!

—¿Y qué se supone que necesitaba? ¿Volverme loco? ¿De qué demonios estás hablando? —De verdad me estaba dejando sin palabras. No había ninguna explicación lógica para que Van der Hoff hubiera tenido que vivir la vida de Nate, dormir en nuestra habitación, estar en aquella maldita fiesta y, encima, jugar con nuestro equipo.

—¡Es mi hermano! Tenía que ayudarlo. Había perdido la titularidad y ya viste lo hundido que estaba.

Niego con la cabeza, incapaz de creer lo que estoy oyendo. Mientras me paso una mano por el pelo, caigo en la cuenta de que no era con mi mejor amigo con quien había conectado tan bien sobre el hielo, sino con el imbécil de su hermano gemelo.

—¡Joder, Nate, te has saltado todas las normas! ¿Para qué? ¿Para que tu hermano se sintiera mejor? ¡No me puedo creer que hayas hecho esto! —No dejo de negar con la cabeza. El nudo que tenía en

el estómago ha dado paso a una rabia que me sube por el pecho y me raspa la garganta—. ¿Y encima a mis espaldas? ¿Pero qué demonios te pasa? —Empiezo a comprender que llevo dos semanas conviviendo prácticamente con un desconocido. Pensaba que me estaba volviendo loco porque «Nate» se comportaba de una forma rarísima conmigo. Ahora todo encaja. Sobre todo teniendo en cuenta que su hermano me odia a muerte. Y, sinceramente, el sentimiento es mutuo.

—Lo siento, pero... Nicko ni siquiera habría aceptado si no le hubiera dicho que iban a venir ojeadores al partido y...

—¿Ojeadores? ¿Qué ojeadores?

Nate está ahora mismo a mi lado, mirándome, y yo soy tan idiota que lo único en lo que puedo fijarme es en que sus ojos no son tan verdes como los de su hermano. También me doy cuenta de que todavía tiene algo de hinchazón alrededor del ojo izquierdo. La piel presenta ese tono amarillento y verdoso de un moratón que está terminando de curarse.

Mi primer impulso es preguntarle qué demonios le ha pasado, pero aparto el pensamiento de inmediato. Me ha tomado por idiota y me ha mentido durante dos semanas enteras porque su hermano se estaba comportando como un crío egoísta.

—Le dije a Nicko que habría ojeadores en el partido contra los Grizzlies. Que tenían que verme jugar. —Las palabras de Nate apenas consiguen abrirse paso entre los latidos acelerados de mi corazón. No sé si lo que siento es rabia o vergüenza.

—Pero no había ningún ojeador.

—¡Lo sé! ¡Pero tenía razón! ¡Todo estaba en su cabeza! ¡Jugó de maravilla! ¡Marcó tres goles en dos partidos!

—¡Con el equipo equivocado! ¡Por Dios, Nate! —Levanto las manos y me las paso por el pelo una vez más, dándole la espalda mientras camino hasta la ventana y vuelvo sobre mis pasos.

Apenas puedo mirarlo a la cara. Todo se mezclaba en mi cabeza: el dolor por nuestra discusión, la rabia al descubrir lo que ha hecho, la confusión por aquella atracción repentina y por el beso de la noche anterior. No sé qué hacer con nada de eso.

Lo más fácil era aferrarme a la ira.

—¡Si alguien se entera, os expulsarán a los dos del equipo! ¡Puede que incluso os cierren las puertas de la NHL!

—¡Pues no se lo digas a nadie! —Nate me agarra del brazo. Tiene los ojos encendidos de furia.

Me suelto de un tirón.

—¡No me hagas quedar como si yo fuera el que está loco por enfadarse porque te has saltado todas las malditas normas! ¡Y encima me has hecho convivir con tu hermano!

Nate me suelta y arquea las cejas.

—Por lo que parece, tampoco te ha resultado tan horrible.

Solo puedo mirarlo, incrédulo. Ni siquiera sacudir la cabeza varias veces hace que aquellas palabras tengan sentido. Siempre había pensado que él era el sensato. El equilibrado. No solo comparado conmigo, sino también con su hermano gemelo. Pero, al parecer, los dos comparten el mismo gen de la estupidez.

Era duro descubrir algo así sobre tu mejor amigo.

Casi tan duro como asumir que me besé con el maldito Nicholas van der Hoff. Siento que el estómago se me revuelve y me tapo la boca con una mano. El pequeño moratón que Nicko me dejó al morderme el labio late débilmente.

—¿Qué demonios te pasa, Nate?

—¡Solo digo que no actúes como si te hubiera hecho algo terrible!

—¡Pues lo fue! ¡He estado una semana y media completamente perdido, sin entender qué demonios estaba pasando! Cuando nosotros... Quiero decir, cuando él y yo discutimos... Y esta mañana también. ¡Y eso por no hablar de anoche! —Apenas consigo mantener la voz baja. Me tiemblan las manos mientras saco una sudadera del armario—. ¡Y todo eso sin contar las normas que os habéis saltado!

—Bueno, ¡olvídate de las malditas normas! No es como si estuviéramos jugando los Frozen Four. No va a pasar nada. La semana que viene volveré a jugar y asunto resuelto.

Me detengo en el umbral. Las palabras de Nate me golpean como esquirlas y hacen que toda aquella confusa maraña de sentimientos alcance el punto de ebullición.

Que le den.

—Así que todo esto es muy fácil para vosotros, los hermanitos Van der Hoff, ¿no? —Aprieto el pomo de la puerta con tanta fuerza que se me queda marcada la huella en la palma de la mano.

—Vamos, eso no es lo que quería de...

—¡No, pero es así como me has hecho sentir! —Hay mucho más que quiero decirle. Quiero que entienda hasta qué punto me irrita no poder contarle esto al entrenador. Ni a nadie. Porque, por muy enfadado que esté ahora mismo, Nate sigue siendo mi mejor amigo y jamás pondría en riesgo su carrera. Pero también me enfurece la ligereza con la que se toma todo este asunto. Lo fácil que le resulta saltarse las reglas, mientras yo vivo pendiente de que cualquier cosa que diga o haga pueda convertirme en un mal ejemplo o en munición para quienes buscan cualquier excusa para defender que haya menos «política» en el deporte.

Mientras intento contener la rabia, otra emoción empieza a abrirse paso poco a poco. Una parte de mí sigue molesta y confundida, pero también se siente aliviada. Aliviada de que no haya sido Nate quien me ha hecho sentir todas esas cosas. Aliviada de que haya sido su insoportable hermano gemelo.

Llevo demasiado tiempo plantado allí, así que al final salgo de la habitación dando un portazo sin añadir una sola palabra más. Al menos las pesas del gimnasio no me mienten.



CAPÍTULO 18

Nicko, 30 de octubre

—Veo que has vuelto de entre los muertos —me dice el entrenador el primer día que regreso al hielo con los Badgers. Lo acompaña con una ceja arqueada y un tono ligeramente seco que hace que encoja los hombros.

Aunque Nate no podía jugar por mí durante la primera semana de nuestro intercambio, le pedí expresamente que tampoco lo hiciera durante la segunda. No quería que recuperara mi puesto por mí, aunque la idea de que tuviera que aguantar a Aldridge tenía su gracia. Así que prolongó los síntomas de su supuesto virus estomacal mucho más de lo que cualquier deportista universitario se atrevería a hacer.

Me limito a asentir ante la pregunta implícita, lo que provoca algunos murmullos entre mis compañeros mientras esperamos las primeras instrucciones.

Durante un instante, el entrenador me observa con expresión pensativa. No parece enfadado, pero yo estoy sudando bajo la camiseta. Con un gesto rápido de la muñeca, envía al resto del equipo a calentar con los entrenadores asistentes, pero levanta una mano para impedir que los siga.

—¿Qué voy a hacer contigo, Nicholas? —pregunta con un suspiro. Deseo que me trague la tierra, esto es exactamente lo que temía. Salvo por la lesión del año pasado, he jugado prácticamente con cualquier molestia física imaginable: costillas magulladas, esguinces de tobillo, golpes de todo tipo. Ausentarme dos semanas por un

supuesto virus estomacal no solo resulta impropio de mí, sino una auténtica locura teniendo en cuenta mi situación dentro del equipo.

Aun así, no me arrepiento de haber impedido que Nate jugara en mi lugar.

El entrenador no parece esperar respuesta.

—¿Sabes por qué te bajé a la cuarta línea? —pregunta. Frunzo el ceño.

Para castigarme. La respuesta amarga me quema en la punta de la lengua, pero me la trago. Sé que tiene que hacer lo mejor para el equipo, así que prieto los labios y guardo silencio.

—Para quitarte presión. No soy tonto, Nicholas. Después de una lesión como la tuya, todo el mundo quiere ver cómo juega el séptimo elegido del *draft*, ¿verdad? Tus compañeros, los equipos rivales, la universidad, los Rebels... Todo el mundo está mirando. —Va enumerándolos con los dedos y yo me encojo un poco más con cada uno—. Y más aún con un cabezota como tú. —Sacude la cabeza antes de volver a clavar los ojos en mí. —Pero antes dime una cosa. ¿De verdad has estado enfermo?

La pregunta me pilla tan desprevenido que tardo demasiado en reaccionar. Sé perfectamente lo que debería responder: debería jurar que apenas podía mantenerme en pie, que no retenía ni un vaso de agua y que he pasado dos semanas viviendo prácticamente pegado al váter. Pero nunca se me ha dado bien mentir. Siento cómo se me encienden las mejillas y, al final, niego con la cabeza de la forma más leve posible.

—No.

El entrenador resopla y se pasa una mano por la cara.

—¿Sabes que, si me mintieras, me lo pondrías mucho más fácil? —masculla.

Por un instante me tiembla el labio, aunque consigo controlarlo en cuanto me clava una mirada entrecerrada. Casi espero que ate cabos, que llegue a alguna conclusión más. Pero Nate nunca pisó el hielo en mi lugar, así que no tiene ningún motivo para sospechar de nuestro intercambio.

—Debería suspenderte por esto.

Contengo la respiración y me muerdo con fuerza el interior de la mejilla. Una suspensión pondría fin a mis aspiraciones profesionales de forma inmediata. Se acabarían las dudas, las esperanzas y ese interminable «¿me ficharán o no me ficharán?».

Siento el corazón golpeándome en la garganta mientras espero su decisión, como un acusado delante del jurado. Apenas me atrevo a respirar hasta que refunfuña y se pellizca el puente de la nariz.

—Hoy vas a jugar con Zollweg y Kristiansson.

—¿Qué? —Estoy convencido de que he oído mal. O de que mi cerebro acaba de inventarse lo que quería escuchar.

—Nicholas, no me obligues a repetirme. Y no te confundas: esto no es una recompensa. Ya se me ocurrirá algún castigo —advierte, señalándome con el dedo antes de hacer un gesto hacia el resto del equipo—. Ahora lárgate. ¡Venga, fuera! Me estás dando dolor de cabeza.

Salgo disparado antes de que pueda cambiar de opinión, pero casi tropiezo cuando vuelve a llamarme.

—¡Nicholas! —Me giro a regañadientes por encima del hombro. Estoy demasiado aturdido para sentir alivio, pero tampoco quiero darle la oportunidad de retractarse.

—¿Sí?

—La próxima vez que te entre una gastroenteritis repentina, habla conmigo antes. —Lo dice más como una orden que como una sugerencia.

—No. Quiero decir..., sí. Sí, lo haré. Pero no hará falta. Se acabaron las gastroenteritis. Y los virus. Todos los virus. —Lo prometo atropelladamente, pero el entrenador ya se aleja patinando.

Cuando termina el entrenamiento y regresamos al vestuario, la nueva alineación ya está colgada en la pizarra.

***

Siempre he querido preguntarte una cosa:

cuando te quedaste aquí...

trajiste tu propio protector bucal, ¿verdad?

...

¿Y la coquilla también?

:)

¡NICKO!

Se me escapa una carcajada y dejo el móvil boca abajo sobre la mesa para no caer en la tentación de volver a mirarlo durante la comida.

Frente a mí, Linden arquea una ceja.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada —respondo enseguida, encogiéndome de hombros—. Una tontería que ha dicho Nate —añado tras una breve vacilación.

No quiero que mi mejor amigo piense que sigo ocultándole cosas. Descubrir por qué habíamos intercambiado nuestras vidas le afectó mucho más que al resto de mis compañeros de piso, y no solo porque le preocupe que haya puesto en riesgo mi futuro.

Lo del refugio de animales, cuando le mentí a la cara, dañó de verdad nuestra amistad. Sé que una disculpa no basta para arreglarlo todo, pero al menos fue un comienzo.

Llevo una semana de vuelta en mi propia vida y, durante ese tiempo, le he contado con pelos y señales todo lo que ocurrió mientras me hacía pasar por Nate. A cambio, me ha tocado soportar sus reacciones y sus miradas de desaprobación. A juzgar por su primer encuentro con Hart y por todo lo que sabe de nuestra historia, tampoco le hace ninguna gracia el error que cometí con él estando borracho. Y, sinceramente, en eso estamos de acuerdo.

Si algo bueno ha salido de todo este desastre es que Linden y yo estamos pasando mucho más tiempo juntos. Ni siquiera me había dado cuenta de cuánto me había alejado de mis amigos hasta que regresé a una habitación extrañamente silenciosa la semana pasada. Todavía me cuesta sentarme por las noches en el salón e intentar encontrar de nuevo mi sitio dentro de nuestra pequeña comunidad. También he tenido que asumir que, después de casi cuatro meses viviendo juntos, apenas conozco a Marisol y a Micah.

—Ah, por cierto. Tu hermano estuvo el otro día en el refugio. Con ese tal Hart.

Me concentro tanto en mantener una expresión neutra que casi siento cómo se me queda congelada la cara.

—¿Y? —pregunto con aparente indiferencia mientras cojo los cubiertos y empiezo a comer la pasta con espinacas. Después de otra semana horrible de reflujo y arcadas, mi estómago por fin se ha recuperado de aquellos malditos fideos picantes.

—Parecía aterrorizado por Violet.

Resoplo. Puedo imaginarme perfectamente la cara de Nate incluso delante del perro más pequeño del mundo.

—Cuando éramos pequeños, nuestra abuela adoptó un cachorro en los Países Bajos que era demasiado entusiasta y arañó a Nate. Desde entonces les tiene un miedo terrible a los perros —explico. La verdad, me sorprende que aceptara acompañar a Hart. Parece que no soy el único que tiene que expiar algún pecado platónico.

Sin embargo, desde lo ocurrido en aquella fiesta, no puedo evitar preguntarme hasta qué punto los sentimientos de Hart hacia mi hermano son realmente platónicos. Al fin y al cabo, inició aquel beso creyendo que yo era Nate, así que el ambiente en St. Bernard debe de estar bastante tenso.

Me alegra que Linden y yo superáramos esa fase nada más conocernos: nos bastaron unas pocas horas después de nuestra primera y única cita para darnos cuenta de que seríamos una pareja bastante extraña, pero unos amigos estupendos.

—Preguntó por ti.

—¿Eh?

—Hart. Preguntó por ti. Dijo que necesitaba hablar contigo, pero que no respondías a sus mensajes.

—He estado ocupado. Tendrá que esperar su turno —le respondo. Y, en cierto modo, es verdad. He estado demasiado ocupado rechazando las citas que Nate se empeñaba en organizarme. No sé si estaba aburrido o intentando echarme una mano, pero lo cierto es que llegó a mantener conversaciones sorprendentemente profundas en Grindr.

Qué lástima que yo no esté buscando pareja. Mi agenda está llena de clases y entrenamientos porque necesito reconducir esta temporada. Mientras la NHL siga siendo una posibilidad, no pienso desperdiciar ni un segundo pensando en citas. Ni con chicas ni, desde luego, con chicos. Un solo beso ya ha provocado suficiente caos. Lo último que necesito es una distracción.

Precisamente por eso ignoré todos los mensajes directos de xander_hart.oficial en Instagram. Qué descaro poner «oficial» en su nombre.

—Tal vez deberías hablar con él, Nicko. Dentro de unos meses vais a estar en el mismo equipo. ¿No preferirías aclarar todo esto antes de volver a verlo?

—No hay nada que aclarar —protesto, notando cómo se me calientan las mejillas ante la seguridad con la que Linden da por hecho que formaré parte de la plantilla de los Rebels la próxima temporada—. Cometimos un error. Yo iba borracho, él me confundió con mi hermano y todos podemos estar de acuerdo en que, en circunstancias normales, nada de esto habría pasado. En cualquier caso, Hart debería hablar con Nate —añado. Es exactamente lo que llevo repitiéndome desde que salí huyendo de aquella fiesta como alma que lleva el diablo.

Obviamente, Hart quería besar a Nate. Cualquier sentimiento no correspondido que pudiera albergar hacia mi hermano se dirigió a mí únicamente porque somos gemelos idénticos. Y, si yo no hubiera estado borracho como una cuba, jamás me habría excitado tanto el olor de su champú o la forma en que su enorme cuerpo me rodeaba.

El único problema es que no consigo sacármelo de la cabeza. Por eso hablar del tema me parece una idea terrible.

***

Recuperar mi vida anterior no ha solucionado nada por arte de magia.

Todavía tengo que ponerme al día con dos semanas de clases perdidas y, ahora igual que antes, sigo sin tener ni idea de cuál será

mi situación con los Rebels cuando termine mi último año en la universidad.

Obviamente sabía que recuperar mi puesto no iba a resolver todos mis problemas; aun así, una pequeña parte de mí tenía esperanzas. Esperaba despertarme a la mañana siguiente y descubrir que todo volvía a ser como hacía un año. Durante mucho tiempo me convencí de que aquel era el primer paso y el único paso que necesitaba dar.

—En realidad, el primer paso fue al día siguiente de la operación —señala Oliver con toda tranquilidad cuando termino de contarle lo ocurrido.

Estoy tirado en el suelo de nuestro salón, con la pierna derecha apoyada sobre el sofá. Me he dejado caer aquí nada más volver del entrenamiento. He decidido seguir el ejemplo de mi hermano y pedirles a Zollweg y Kristiansson que se quedaran una hora más para practicar después de la sesión oficial. Solo jugamos juntos unos pocos meses antes de que mi lesión me dejara fuera de combate. Con De Andre encontraron su ritmo, y ahora nos toca recuperarlo. La cosa funcionó bastante bien en el partido de ayer en casa, pero incluso mientras celebraba la victoria con mis compañeros no podía dejar de pensar en todas las ocasiones que habíamos desaprovechado. Ocasiones que Hart habría aprovechado. No hace falta que me caiga bien para admitir que tiene unas manos increíbles y una especie de sexto sentido para saber exactamente dónde necesito que esté en cada jugada.

O dónde necesitaba que estuviera.

Porque eso se ha acabado. Y, si los dioses del hockey tienen un mínimo de compasión, los Rebels jamás nos pondrán en la misma línea. Suponiendo que todavía se acuerden de que me eligieron en el *draft*.

Lanzo un gruñido de frustración y me froto la cara con una mano. Hablando de asuntos pendientes, también tengo una montaña de mensajes sin leer de Hart en Instagram pidiéndome que hable con él.

—Probablemente estés a medio camino.

Tardo un segundo en darme cuenta de que Oliver sigue hablando de mi recuperación cuando vuelve de la cocina con una bolsa de

hielo en una mano y una novela romántica en la otra. Ha empezado un libro nuevo, aunque, sinceramente, parece exactamente igual que *Conquistando a Noah*.

—¿Por qué todos los libros que lees se parecen? —pregunto señalando a los hombres semidesnudos de la portada de *Buscando a Philipp*—. Y ¿qué significa eso de que «estoy a medio camino»? Ha pasado casi un año. Hay jugadores que vuelven a estar como antes en menos tiempo.

—Y hay otros que no —replica Oliver, arqueando una ceja mientras me coloca sobre la rodilla la bolsa de hielo envuelta en un paño de cocina. Arrugo la nariz al ver las manchas oscuras e imposibles de identificar que cubren la tela—. Cada persona es diferente, Nicko. Y para algunos esto... —se toca la sien, lo que me hace poner los ojos en blanco— necesita más tiempo para ponerse al día que el resto.

—No me di un golpe en la cabeza.

—Ha llegado el momento de una verdad incómoda.

—¡Odio las verdades incómodas!

—Lo sé, cariño. —Oliver suspira mientras se deja caer en el sofá, justo al lado de donde descansa mi pierna, y luego me da una palmadita en la espinilla—. Puede que tu cuerpo se haya recuperado por completo, pero... No. Déjame terminar. —Levanta un dedo para frenar mi protesta. Resoplo y cierro la boca de golpe—. Tu cuerpo se ha curado, pero tu cabeza no. Fue tu primera lesión grave; te da miedo.

—No tengo miedo.

Oliver suelta un bufido.

—Madre mía, eres un paciente desesperante. Muy bien. Entonces no tienes miedo. Te sientes presionado.

—Solo quedan seis meses.

—¿Ves? Justo eso.

Aprieto la mandíbula y fijo la vista en el techo. No tengo ninguna intención de volver a discutir este tema.

—Jugaste muy bien en St. Bernard —continúa—. ¿Tienes alguna idea de por qué?

La verdad es que sí. Por desgracia, esa explicación tiene mucho que ver con cierto chico insoportable de pelo negro, ojos azules y

una exasperante superioridad moral.

No sé qué tenía jugar junto a Hart, pero sobre el hielo encajábamos a la perfección. Como dos malditas piezas de un puzle.

Todavía siento el impulso irracional de estrangularlo con los cordones de mis patines cada vez que pienso en sus manías: la forma en que desaprueba incluso las palabrotas más inocentes, cómo lee el *New York Times* todas las mañanas y luego recita artículos enteros como si presentara un informativo; y ese estúpido Wordle. Maldito Wordle.

Pero también echo de menos el desafío de seguir el ritmo de sus zancadas imposiblemente largas. O de burlarme de su revés mediocre.

—No —respondo con brusquedad. No pienso admitir nada de eso.

—Bueno, pues te lo diré yo. No tenías nada que perder, Nicko. No estabas preocupado por tus compañeros, ni por los Renegades...

—Los Rebels. —Oliver me hace un gesto para quitarle importancia a la corrección.

—Los Renegades, los Rebels, lo que sea. Lo que intento decir es que te limitaste a jugar al hockey. Jugaste a tu deporte favorito y parecía que te lo estabas pasando bien.

Hace una pausa—. Así que quizá podrías intentar volver a disfrutar.

Suspiro y por fin me incorporo, pasándome ambas manos por el pelo.

—Muy bien. ¿Eso es una recomendación médica?

Mi compañero de piso me dedica una de sus sonrisas cargadas de sarcasmo, iluminada por el brillo de sus ojos marrones.

—Es una recomendación de un futuro médico. Y cuando llegues a la NHL empezaré a cobrar por mis consejos profesionales.

Se me escapa una risa. Entonces le lanzo la bolsa de hielo, con paño de cocina sospechosamente mugriento incluido.



CAPÍTULO 19

Nicko, 21 de noviembre

—La respuesta suele ser 42.

Me dejo caer en el banco junto a Milo, sobresaltándolo. Obviamente no se había dado cuenta de que me acercaba después de que todos los demás abandonaran el hielo. Durante las últimas semanas ha estado completamente absorto en sus libros de texto, sin apenas mirarme las pocas veces que ha aparecido por la pista.

Levanta despacio la cabeza rubia y me observa con el ceño fruncido. Mordisquea distraídamente la punta del lápiz, lo que me recuerda a Nate. Por suerte, nunca tuvimos problemas para distinguir nuestros materiales escolares.

—¿Por qué 42? —pregunta con cautela, bajando enseguida la vista hacia la ecuación de matemáticas que tiene delante. No hay demasiados cálculos en la página, pero los márgenes están llenos de pequeños dibujos de discos y palos de hockey.

—¿Eso lo has sacado del manual de jugadas de tu padre? —me río, al descubrir un diminuto esquema de la pista que reproduce uno de los ejercicios que hemos hecho hoy.

Milo asiente y me lanza una mirada fugaz antes de cerrar el cuaderno de golpe. Luego empieza a guardar los libros y el estuche en la mochila.

Lo observo en silencio unos segundos antes de suspirar.

—Los adultos como yo creemos que el 42 es la respuesta a todo. Excepto al motivo por el que me has estado evitando estas últimas semanas.

Al principio no me di cuenta de que Milo me estaba evitando a propósito. Un chaval de doce años seguro que tenía cosas mejores que hacer que pasarse las tardes viendo los entrenamientos de hockey de su padre. Además, yo también tenía la cabeza ocupada intentando recomponer mi vida después de recuperarla. Pero, poco a poco, empecé a darme cuenta. Cada vez que Milo aparecía por la pista, ni siquiera levantaba la vista cuando yo pasaba cerca y siempre desaparecía de las gradas sin despedirse antes de que terminara el entrenamiento

—No estoy haciendo eso —responde de mala gana. Ya tiene la mochila cerrada y parece listo para marcharse, pero yo sigo ocupando medio banco con todo el equipo puesto, así que no tiene por dónde escapar.

Alzo una ceja ante la mentira evidente, sin decir nada más. El silencio se alarga, y Milo empieza a removerse incómodo en el asiento.

—¿Es que ya no soy lo bastante guay? —pregunto con una sonrisa ladeada.

La cara de Milo ni siquiera se inmuta ante mi chiste, lo que me confirma que hoy tengo un público difícil. O quizá ya no soy lo bastante guay para un chico de primero de secundaria. Eso sería un golpe bastante duro para mi ego.

Desde que participé en el campamento de verano, siento una extraña responsabilidad hacia Milo. Fue divertido verlo progresar sobre el hielo y hablar con él de hockey.

Crecer con un gemelo implica que nunca tuve mucho trato con niños más pequeños. Tenemos varios primos menores en los Países Bajos, pero solo los vemos por videollamada, así que no estaba seguro de saber relacionarme con un chico de su edad. Y sí, en muchos momentos fue agotador, pero también increíblemente divertido. Los niños de doce años tienen una forma de decir exactamente lo que piensan, sin filtros ni complicaciones. Me gustaba eso.

—Tal vez yo no soy lo suficientemente guay para ti —murmura Milo.

Endereza los hombros como si quisiera parecer desafiante, pero detecto una nota de tristeza en su voz.

—¿Tú? ¡Imposible! Eso no puede ser verdad. Eres el extremo más increíble desde... —Dejo la frase en el aire y señalo mi propia camiseta mientras le guiño un ojo.

—Entonces, ¿por qué no viniste a verme al partido?

—¿A tu partido? —Parpadeo, sorprendido por la contundencia de la acusación.

Milo gira la cabeza hacia mí y me sostiene la mirada. Intenta parecer enfadado, pero el leve temblor de su labio inferior lo delata. Tardé unos segundos más en recordar la última conversación que habíamos tenido. Aquel día había quedado completamente eclipsado por el hecho de esconderme de mis compañeros en el almacén de material.

Sin duda, no es uno de los momentos de los que me siento más orgulloso.

—Joder... Mierda. —Me tapo la boca en cuanto se me escapa la palabrota y miro alrededor por reflejo, pero el entrenador no está a la vista.

—Conozco palabras peores que esa —dice Milo muy serio—. Sobre todo en búlgaro.

Lo creo, pero eso no significa que me apetezca que el entrenador me pille soltando palabrotas delante de su hijo.

—Milo, lo siento. —Suspiro despacio y me inclino hacia delante, cubriéndome la cara con las manos. Un escalofrío me recorre la espalda a pesar del sudor que aún me empapa la camiseta.

Había olvidado por completo mi promesa después del intercambio, y ni siquiera habría podido ir, ya que ese día los Bats jugaban contra los Grizzlies, pero podría haber mandado a Nate en mi lugar. Me estremezco en cuanto se me pasa esa idea por la cabeza. No, en realidad me alegro de no haber enviado a Nate ni de haberle mentido a otra persona importante para mí.

Aun así, la he cagado.

—Surgió algo y... Voy a ser sincero contigo, ¿vale? Lo olvidé por completo. Mierda, peque, lo siento de verdad.

Se me encoge el corazón cuando Milo acepta mi disculpa, asintiendo con la cabeza gacha mientras fija la vista en las puntas embarradas de sus zapatillas.

—¿Hay algo que pueda hacer para compensarlo? —pregunto mientras me quito los guantes y le apoyo una mano con cuidado sobre su hombro huesudo.

Milo inspira hondo, recoge los pies bajo el banquillo y luego se gira hacia mí. Sus ojos azules brillan mientras me examina el rostro.

—¿Qué te surgió?

—¿Eh?

—Has dicho que te surgió algo. ¿Qué fue?

Contengo la respiración un instante mientras valoro mis opciones. Oficialmente, fui yo quien cogió una gastroenteritis, que también fue la excusa que me libró de los entrenamientos. Pero tampoco quiero contarle esa mentira a Milo.

—Mi hermano me necesitaba. Conoces a Nate, ¿verdad?

Milo vuelve a asentir, esta vez con algo más de entusiasmo.

—Extremo derecho de St. Bernard. Elegido en tercera ronda del *draft*. ¿Número 76? Para los Pioneers.

Me río y levanto una mano antes de que empiece a recitar todas las estadísticas y promedios de mi hermano.

—Madre mía, peque, sí que eres un fanático del hockey. Bueno, pues lo estaba pasando mal y tuve que ayudarle ese fin de semana. Se pone muy nervioso antes de los partidos, y aquel era muy importante para él.

Milo se muerde el labio inferior durante un instante.

—Yo también me pongo muy nervioso antes de los partidos —dice en voz baja.

—Ya lo sé. Pero tú no tienes ningún motivo para estar nervioso, porque estás jugando genial.

Y es verdad. El mayor punto débil de Milo es su tamaño. Pero lo que le falta en estatura lo compensa de sobra con habilidad. Tiene un manejo del palo excelente y, como se mueve con tanta agilidad sobre el hielo, esquiva a los defensas con facilidad. Apenas comparte ninguno de los rasgos físicos de su famoso padre, pero está claro

que el entrenador le transmitió todos sus conocimientos de la NHL directamente por vía genética.

—¿Entrenaste con él?

—¿Eh?

—Con tu hermano. Porque hizo tu jugada.

—¿Ah, sí? —Finjo sorpresa, aunque se me eriza el vello de la nuca ante aquella pregunta tan inocente. Esperaba que nuestros padres o nuestros compañeros de equipo se dieran cuenta, pero desde luego no el hijo de doce años del entrenador.

—¡Sí! Cuando marcó el gol contra los Grizzlies, hizo tu jugada. Papá y yo vimos la repetición —dice Milo, frunciendo el ceño con desaprobación—. Pero a ti te sale mejor. Papá también lo dijo.

No puedo evitar soltar una carcajada al sentir el alivio que me recorre de golpe.

El entrenador no se dio cuenta. ¡Claro que no! Nate y yo intercambiando nuestras vidas, yo jugando los partidos de mi hermano... Nadie sospecharía algo así. Sería una auténtica locura.

¿Verdad?

—Se lo diré —prometo antes de volver a mi pregunta anterior—. Pero ¿qué puedo hacer para compensarte? Lo digo en serio, Milo. Rompí una promesa y eso no estuvo bien.

Milo se lo piensa un momento antes de dedicarme una sonrisa tímida. Tiene los hombros encogidos casi hasta las orejas.

—¿Puedo ir a tu debut en la NHL el año que viene?

Me quedo mirándolo con la boca abierta, atónico. La seguridad con la que lo dice, como si mi carrera no estuviera pendiendo de un hilo, me deja sin palabras.

—Claro —suspiro—. Te guardaré el mejor asiento.

***

Me siento extrañamente ligero cuando atravieso las grandes puertas de cristal y salgo al aparcamiento, casi vacío a esas horas. Para cuando llego al vestuario, el resto del equipo ya se ha marchado, así que decido saltarme la ducha y guardo el equipo a toda prisa para

no correr el riesgo de quedarme encerrado allí durante todas las vacaciones de Acción de Gracias.

He pensado en volver a casa con Nate, sobre todo porque sé que le pone nervioso hacer solo el trayecto hasta Rhode Island, pero aún tengo clases hasta mañana por la tarde. Papá anunció que tiene programadas un par de entrevistas para el pódcast durante el puente y mamá estará ocupada organizándose para los próximos partidos de Brown.

No quiero que se sientan culpables por no poder pasar más tiempo en familia, sobre todo porque en Navidad tendremos semanas enteras para vernos. También podría haberme ido con Linden, pero Micah y Oliver se quedan en el Refugio, así que celebraremos Acción de Gracias juntos e incluso vamos a preparar el pavo nosotros mismos. Micah me ha enviado la lista de la compra hace un rato, y confío en que mi aroma a jugador de hockey sin pasar por la ducha mantenga a raya a los demás clientes mientras recorro los pasillos del supermercado buscando todo lo que me ha encargado.

Tarareo por lo bajo mientras me dirijo a mi coche, aparcado en el rincón más alejado del aparcamiento. Mi aliento sale en pequeñas bocanadas blancas que se elevan hacia el cielo oscuro. El aire es tan frío que casi me quema los pulmones y me deja en la lengua un sabor a nieve recién caída. Quizá esta noche algunos copos consigan no derretirse. La idea me arranca una sonrisa.

En invierno, cuando el mundo deja de abrasarse bajo el sol, todo resulta más fácil: las carreteras heladas y la oscuridad que cae a media tarde son la excusa perfecta para acurrucarme sin remordimientos frente al televisor en lugar de salir de fiesta.

A pesar de todo el tiempo libre que ofrecen, los veranos nunca me han gustado demasiado. Probablemente porque jugar al hockey en la entrada de casa con patines en línea no tiene nada que ver con deslizarme a toda velocidad sobre el hielo.

Pulso el mando para abrir el coche cuando estoy a pocos metros. La luz interior se enciende e ilumina una figura apoyada contra la puerta del conductor.

Me sobresalto y doy un paso atrás, soltando un jadeo mientras levanto los puños, preparado para defenderme.

—Por Dios, Van der Segundo, tranquilízate. Soy yo.

Reconocería ese tono condescendiente en cualquier parte.

Aun así, retrocedo otro paso con cautela, procurando mantener una distancia prudencial cuando Hart avanza hasta situarse bajo la luz de una farola. Con las manos levantadas en una falsa señal de rendición, me observa con una ceja arqueada y la cabeza ladeada.

—Estoy desarmado.

—¡Desarmado o no, eres idiota! —le espeto. El corazón me golpea con fuerza en el pecho, dejándome algo aturdido. Me quito la bolsa del hombro para sacar la botella de agua—. ¿Qué demonios haces aquí? —pregunto después de dar un largo trago, hasta que mis dedos por fin dejan de temblar. Luego le señalo con la botella.

—No has respondido a mis mensajes.

—¿Qué?

—No has respondido a mis...

—Ya te he oído.

—¿Entonces?

—¿Así que ahora, porque no he respondido a tus mensajes, me persigues? Claro, porque Dios no permita que alguien ignore a Alejandro Magno Hart. —Levanto las manos con absoluta incredulidad. Menudo descaro.

—No seas ridículo, Van der Hoff —gruñe Hart mientras se frota la nuca con una mano—. No te estoy persiguiendo. Es que... deberíamos hablar de ciertas cosas. Ya que jugaremos juntos el año que viene.

Si es que jugamos juntos el año que viene. La voz maliciosa de mi cabeza se apresura a corregirlo y vuelve a susurrármelo al oído. Pero no pienso compartir mis dudas con él.

—No tengo nada que decirte. —Me cruzo de brazos mientras espero a que se aparte de mi camino.

Sin embargo, Hart se apoya en la puerta del conductor, bloqueando mi única vía de escape.

—¿En serio? ¿Qué tal una disculpa?

—No, gracias.

—Eres increíble.

—Sobre todo sobre el hielo, sí.

—Y tienes un ego descomunal.

—Mira quién habla, Alejandro Magno.

—¡Deja de llamarme así, joder!

Sonrío ante su arrebato. Escuchar a Hart decir palabrotas es como ver a un cura robando caramelos; son dos cosas que no pegan ni con cola. Normalmente está demasiado ocupado intentando ser un «buen chico», un ejemplo a seguir para los jugadores de hockey. Fruncir el ceño con desaprobación es lo más lejos que suele llegar. Por eso tampoco se mete en peleas sobre el hielo; apostaría a que ni siquiera sabe cómo es el banquillo de castigo por dentro.

Solo recuerdo otra ocasión en la que perdió los nervios, y fue hace tres años.

—¿Qué pasa, que no te gusta que te llamen «Alejandro Magno»? Pues sí que es una novedad. A mí me encanta cómo suena. ¡Y además combina de maravilla con un montón de cosas! Alejandro Magno, el imbécil. Alejandro Magno, el chupadiscos. Alejandro Magno, el que vive para llamar la atención. Alejandro Magno, el ególatra.

—Tiene gracia que lo diga precisamente alguien como tú. —Hart suelta una carcajada amarga que me pone los pelos de punta—. Sobre todo teniendo en cuenta que tu numerito podría haber hecho que os expulsaran de la NCAA tanto a Nate como a ti.

—¿Mi numerito? Lo hice por Nate. Pero tú no sabes mucho de hacer cosas por los demás, ¿verdad? Al menos no si no puedes colgarlas luego en Instagram.

Hart no tiene hermanos, así que ¿cómo iba a entenderlo? Cada vez que pienso que Nate llegará a la NHL sin mí, siento cómo la envidia me quema por dentro. Pero se me pasará. Mi hermano merece que la gente adecuada reconozca todo el esfuerzo que ha hecho. Porque, al contrario de lo que cree Hart, tener padres que jugaron al hockey no significa que tengamos el futuro asegurado. En todo caso, a más de uno le alegraría que ninguno de los gemelos Van der Hoff llegara a firmar un contrato.

—Al menos yo no tengo problemas para aceptar quién soy. No como tú, que te dedicas a mirar hombres desnudos cuando crees que tus compañeros están dormidos.

Me ruborizo cuando saca a relucir lo del viaje en autobús. Yo no estaba mirando a hombres desnudos, pero discutirlo a estas alturas no serviría de nada.

—No me digas que estás celoso, Hart —me burlo.

Pero durante una fracción de segundo recuerdo cómo apoyó la cabeza en mi hombro y, de repente, vuelvo a notar el sutil olor de su champú.

Hart suspira como si estuviera por encima de todo aquello y se pellizca el puente de la nariz, igual que un entrenador de instituto harto de sus jugadores.

—¿Puedes dejar de comportarte como un crío durante cinco minutos y tener una conversación seria?

No puedo evitar soltar una risita.

—¡Conversación seria y una mierda! Solo has venido aquí para desahogarte y echarme la culpa de los problemas que te has buscado tú solito.

—¿Los problemas que yo me he buscado? ¡No tenía ningún problema antes de que decidierais intercambiaros la vida! ¿Quién os creéis que sois para ir por ahí mintiendo y manipulando a la gente? ¿Mary-Kate y Ashley Olsen?

Frunzo el ceño, confundido.

—¿Quiénes?

Abre la boca, sin duda dispuesto a explicármelo, pero vuelve a cerrarla y sacude la cabeza.

—Da igual.

—Mira —protesto, porque ya estoy harto de congelarme en este aparcamiento. Tengo que ponerme con la compra antes de tener que pelearme con las señoras del supermercado por la última lechuga—. Sea lo que sea eso que crees que tenemos que aclarar, ve a contárselo a Nate.

—¿A Nate?

—Pues claro. Era a él a quien querías comerle la boca, ¿no?

—Yo no te comí la boca.

—¿Ah, no? —Finjo sorpresa—. Qué raro. Yo lo recuerdo de otra manera. Porque me metiste la lengua hasta la campanilla.

—Y tú me mordiste.

—¡Y te gustó! —Lo digo con suficiencia, pero el silencio atónito que sigue me hace sentir incómodo. Hart se queda mirándome con los ojos muy abiertos, como un ciervo deslumbrado por los faros de un coche. Puede que él haya intentado borrar aquel recuerdo, pero yo sigo acordándome perfectamente de cómo su erección presionaba contra mi ingle mientras me hundía las dos manos en el pelo.

—¡No me habría gustado si hubiera sabido que eras tú! —grita. Me estremezco y miro rápidamente a mi alrededor para asegurarme de que ningún miembro del cuerpo técnico haya salido de la pista.

—¡Baja la voz, imbécil! ¡A nadie en este campus le importa lo que te gusta o deja de gustarte! —siseo entre dientes mientras avanzo hacia él para llegar a mi coche. Esta conversación tiene que terminar antes de que acaben expulsándonos a Nate y a mí.

—¿Ahora resulta que te preocupan las consecuencias de tus actos?

—Parece que llevas toda la vida esperando para poder decirme eso.

—No, lo que llevo esperando es que reconozcas cuando te equivocas. Igual que cuando soltaste toda esa mierda en aquella entrevista. —Acompaña sus palabras con un golpe en el lateral de mi coche.

Justo entonces las luces interiores vuelven a apagarse y nos dejan a oscuras.

—Pues lo siento, porque sigo pensando lo mismo. La única razón por la que los Rebels estaban tan empeñados en ficharte como imagen del movimiento arcoíris era el marrón monumental que tenían encima en aquel momento. Hart, no fuiste más que una solución conveniente para un problema incómodo. Si quieres vender tu vida privada para arreglarles el negocio, adelante, pero deja de atacarme por decir la verdad.

Intento pasar a su lado para entrar en el coche, pero el muy cabrón me bloquea el paso con el brazo. A estas alturas ya no me interesa escuchar nada de lo que tenga que decir. Lleva tres años

aprovechando las críticas que surgieron a raíz de aquella maldita entrevista, sin perder ocasión de hacerme quedar como el villano de la historia, cuando fue él quien prácticamente insinuó que había llegado a la preselección gracias al nepotismo.

—Ah, claro, siempre tienes una explicación para comportarte como un capullo. Así que supongo que tampoco te arrepientes de haberte hecho pasar por Nate, ¿no? Porque seguro que lo hiciste por pura generosidad y sin sacar nada a cambio. —Su voz destila sarcasmo mientras las sombras y la rabia le deforman las facciones.

—¿Y qué demonios he sacado yo de todo esto? ¿No poder dormir por tus ronquidos? ¿Tener que aguantar el olor de tus calcetines sucios? ¡Me perdí dos semanas de entrenamiento y de jugar con mi propio equipo! Ahora déjame en paz. —Le doy un empujón con el hombro para apartarlo de la puerta del coche, pero Hart ni se inmuta. Sigue agarrado a la manilla mientras se inclina hacia mí.

Estamos tan cerca que noto su aliento caliente rozándome la piel del cuello. Durante un instante, las imágenes de aquella fiesta vuelven a desfilar por mi cabeza: la forma en que sus ojos se clavaron en mi garganta justo antes de inclinarse para besarme.

El estómago se me contrae por una mezcla inesperada de deseo y rabia.

—Qué casualidad que aprovecharas para entrenar con nosotros. ¡Viniste a espiar nuestras tácticas! —Suelto una carcajada incrédula. Menuda cara tiene.

—¡Yo os ayudé! En todo caso, el equipo que debería sentirse traicionado es el mío. ¡Por Dios! Cada gol que marcaste en esos partidos llegó gracias a mis asistencias. —Le recuerdo mientras lo aparto con una mano. Solo lleva una chaqueta de cuero abierta sobre una camiseta fina de deporte, así que noto la firmeza de los músculos de su pecho bajo mis dedos antes de que dé un paso atrás —. Si no hubiera sido por mí, habríais perdido aquel partido contra los Grizzlies. Hasta trabajé contigo ese revés tan flojo que tienes para que la próxima vez que nos enfrentemos seas un rival medio decente.

Y con eso, por fin abro la puerta y me dejo caer en el asiento del conductor.

Hart me grita algo, pero su voz queda ahogada por el rugido del motor cuando salgo disparado del aparcamiento.

El recuerdo de su aliento caliente contra mi piel me acompaña durante todo el trayecto hasta Walmart.



CAPÍTULO 20

Xander, 1 de diciembre

Ha pasado más de un mes desde que me enteré de que Nate había intercambiado su vida con la de su hermano gemelo y dos semanas desde que me enfrenté a la montaña de mentiras y al ego descomunal de Hoff.

Si pasar el fin de semana de Acción de Gracias en casa de mis madres no ha conseguido que me olvide del asunto, no sé por qué esperaba que el viaje en autobús a Bonham fuera a servir de algo. Aun así, intento no pensar en Nicholas van der Hoff mientras nos dirigimos al partido que más temo de toda la temporada.

Apenas tenemos tiempo de relajarnos en el autobús antes de llegar a la pista de hielo de Bonham Tech. Mientras nos preparamos para el partido, la tensión va en aumento y ni siquiera disminuye cuando saltamos al hielo.

El primer periodo es tan tenso como esperaba, y no dejo de cruzarme con Van der Hoff. Algo que debería ser imposible y que, sin embargo, él consigue una y otra vez.

Pero ese no es el único problema. Hay más faltas, más golpes, más expulsiones temporales y más interrupciones que de costumbre. La rivalidad entre los Bats y los Badgers, que ambas universidades se empeñan en presentar como una tradición sana, está muy lejos de parecerlo esta noche.

Cuando salimos del túnel para disputar el tercer periodo, las hostilidades se recrudecen. Apenas han pasado dos minutos cuando los Badgers lanzan un ataque contra nuestra zona, con Van der Hoff liderándolo. Taylor hace todo lo posible por frenarlo, pero un cambio

de dirección fulminante lo deja tendido sobre el hielo soltando una sarta de insultos.

Llego demasiado tarde para cubrir el repliegue desde el centro y no consigo alcanzar a Van der Hoff cuando acelera pegado a las vallas. Su capitán avanza por el carril central. Me la juego y cubro la línea de pase para impedir la devolución más evidente. Nicko se aleja de la portería y balancea el palo sin mirar siquiera. Nuestro portero agacha la cabeza por puro instinto y el disco sale disparado hacia la escuadra.

—¡Vamos! —celebra Van der Hoff mientras patina alrededor de la portería en su vuelta de honor, pasando tan cerca de mí que casi me salpica con el hielo levantado por los patines.

Aprieto los dientes y aferro el palo con fuerza. Sería tan fácil moverlo apenas un centímetro y hacer que tropezara. Que se tragara de una vez sus malditas palabras. Sin embargo, me acerco a mi defensa, que sigue tendido sobre el hielo, y dejo caer el palo para agarrar a Taylor del brazo y ayudarlo a levantarse.

Al otro lado de la pista, los Badgers celebran el gol, aunque su héroe no se ha unido a ellos. Van der Hoff está prácticamente pegado al plexiglás, gritándoles a los aficionados vestidos de verde. Cuando estos responden con abucheos e insultos, se lleva una mano a la oreja para provocarles aún más.

—¿En serio? ¿Puede ser más insoportable? —gruñe nuestro portero mientras lanza su botella de agua contra la red.

—Supongo que necesita compensar el tamaño de su palo —digo lo bastante alto para que Van der Hoff también me oiga. Lo sigo con la mirada mientras regresa a su campo. Tengo que estirar el cuello para no perderlo de vista, pero aun así alcanzo a ver cómo le da una patada a mi palo abandonado sobre el hielo y, acto seguido, le planta un pisotón.

Cuando voy a recogerlo, la pala cuelga torcida.

—¡¿Qué demonios...?! —No sé en qué momento atravieso la pista. Un segundo estoy mirando mi palo roto y al siguiente tengo una camiseta naranja arrugada entre los puños.

Unos ojos verdes se clavan en los míos.

—¡Ahora nuestros palos están igualados, Hart!

—¡Eres un...! —Ojalá pudiera encontrar un insulto capaz de expresar toda la rabia que siento. Va por ahí provocándome como si no supiera que estoy dejándome la piel en cada partido. Como si las victorias que consiguió jugando con mi equipo no le hubieran servido para salir del agujero en el que estaba hace apenas dos meses.

Eso es lo que de verdad quiero restregarle por la cara: que seguiría sentado en el banquillo lamentándose por su situación si no hubiera roto todas las normas para alimentar su maldito ego.

Pero no consigo articular una sola palabra; tendré que conformarme con el puño. Van der Hoff esquiva el primer golpe, pero el impulso hace que vayamos al suelo los dos. Su casco golpea el hielo con un ruido seco.

Caigo encima de él y mis rodillas impactan con la misma violencia. Apenas lo noto. Ya me estoy incorporando apoyándome en una mano mientras Van der Hoff forcejea para quitarme de encima. Una de sus rodillas me golpea en el estómago. La ignoro. Prefiero conectar un derechazo, aunque eso signifique volver a perder el equilibrio.

Van der Hoff lanza un rugido de rabia mientras intenta incorporarse. Un dolor agudo me atraviesa cuando su casco me golpea de lleno en la boca. A ciegas, lo empujo contra el hielo y le inmovilizo el pecho con el antebrazo.

No veo llegar a mis compañeros hasta que uno de ellos me arranca de encima de él.

—¡Ya está bien!

—¡Aún no he terminado con este imbécil! —grito mientras forcejeo para soltarme. La rabia me hierve bajo la piel.

Van der Hoff está tan furioso como yo. Un juez de línea lo arrastra hacia el lado de los Badgers, aunque él también se revuelve e intenta soltarse. Desde el otro extremo de la pista me lanza una mirada cargada de odio.

Mi codo golpea la cara del tipo que me sujeta y este trastabilla hacia atrás. Sigue sin importarme. Lo único que sé es que tengo que librarme de él para llegar hasta Nicko y...

—¡¿Qué demonios estás haciendo, chico?! —La voz del entrenador atraviesa el ruido como un cuchillo caliente cortando mantequilla.

Me quedo inmóvil. Miro al otro lado del hielo, hacia nuestro banquillo, donde distingo la incredulidad en los rostros de mis compañeros y la mezcla de rabia y decepción que marca profundas arrugas en la frente del entrenador.

Aparto la vista antes de encontrarme con los ojos de Nate. La vergüenza se me queda atascada en la garganta.

El árbitro aprovecha ese mismo instante para enviarme al banquillo de castigo. En cuanto llego, me dejo caer en el asiento y agacho la cabeza, negándome a mirar a ningún sitio que no sea el suelo, justo delante de mis patines. Está lleno de cortes y arañazos que se cruzan en todas direcciones, a pesar de que el pabellón es completamente nuevo. Todavía me duele la boca donde Van der Hoff me ha golpeado con el casco.

El hielo permanece vacío durante varios minutos. O quizá durante horas; ya no sabría decirlo. El estadio sigue vibrando con el ruido de la grada y solo se silencia cuando el árbitro patina hasta el centro de la pista. Apenas levanto la vista mientras observo cómo hace la señal con los brazos.

El anuncio resuena dentro de mi cabeza embotada.

—El número 48 de los Bats de St. Bernard y el número 16 de los Badgers de Bonham Tech son expulsados del partido por pelearse. —Un murmullo de desaprobación recorre las gradas, y los entiendo, nada de esto habría ocurrido si Van der Hoff hubiera sabido cerrar la boca.

Respiro hondo y me pongo en pie en el estrecho banquillo de castigo, procurando no cruzar la mirada con mi sustituto cuando se acerca para ocupar mi puesto.

Para mí, el partido ha terminado.

Un juez de línea me acompaña hacia el túnel, lejos del ruido, de la tensión y del hielo. Lejos del partido. Aunque no del todo lejos de Van der Hoff, porque lo oigo discutir con su propio escolta unos pasos por detrás.

—¡Esto es injusto! ¡Ni siquiera he empezado yo!

—Sigue andando.

—¡Pero si no es justo!

Resoplo y niego con la cabeza. Por supuesto que se queja de que lo expulsen. Por supuesto que cree que las reglas no van con él.

No sé cómo pude llegar a sentir algo remotamente parecido a la atracción por este tío. Debería haber tenido el suficiente sentido común para recordar que sigue siendo el mismo imbécil insufrible de aquella entrevista.

Y aun así, vacilo al llegar a la puerta del vestuario desde donde tendré que ver el resto del partido. Van der Hoff pasa a mi lado con la cabeza alta y la mirada fija al frente con tanta obstinación que espero que le dé tortícolis.

No me dedica ni una sola mirada.

De alguna manera, eso hace que la rabia vuelva a revolverse en mi estómago. Si me hubiera mirado, quizá habría visto algo parecido al remordimiento o la vergüenza en sus ojos. Pero así, estoy casi convencido de que le importa una mierda que hayamos perdido los nervios delante de todo el mundo, peleándonos como dos adolescentes idiotas que no saben lo que hacen.

El juez de línea que camina detrás de él me lanza una mirada de advertencia, y yo bajo la cabeza antes de cerrar la puerta tras de mí. Durante un instante me quedo inmóvil, demasiado consciente de lo fuerte que resuena mi respiración en el silencio repentino del vestuario vacío. Está mal estar aquí completamente solo. Hace apenas una hora estaba rodeado de mis compañeros mientras nos preparábamos para el partido. Nate estaba sentado a mi lado, sujetando el palo con nerviosismo. Y ahora tienen que arreglar el desastre que he montado porque no he sabido controlar mi temperamento.

Me quito el casco con rabia y solo me contengo de estrellarlo contra el suelo porque sé que cuesta varios cientos de dólares y ya le he costado a la universidad un palo de hockey extra. Así que aprieto los dientes y lo dejo sobre el banco. Me apetece dejarme caer a su lado, pero en vez de eso empiezo a caminar de un lado a otro para descargar toda la energía furiosa que se me acumula en el pecho.

Aunque el vestuario es tan nuevo como el resto del estadio, el orgullo de Bonham Tech, apenas me fijo en los bancos relucientes o

en las taquillas impecables.

Ahora mismo, lo único que veo son las chaquetas verde oscuro desperdigadas por todas partes, chocando con las ridículas franjas naranjas de las paredes.

Al final me siento en el banco más cercano a la puerta, pero sigo sin quitarme los patines. Es como admitir que de verdad no voy a volver a salir al hielo esta noche. Todavía oigo el rugido de la grada, aunque soy incapaz de distinguir palabras concretas, y mucho menos saber si están celebrando algo o lamentándose.

Por nosotros, claro.

Al fin y al cabo, los Badgers se han puesto por delante gracias al gol absurdo de Van der Hoff. ¡Y si yo siguiera ahí fuera podría cambiarlo todo! ¡Lo sé! Pero no. He tenido que dejar que...

Del exterior llega otra explosión de ruido. Alguien toca una trompeta o una bocina. El sonido retumba contra las paredes. La vibración me hace ponerme en pie de un salto con un gruñido de frustración.

No puedo.

¡No puedo!

No puedo quedarme aquí sentado. Si Van der Hoff no fuera tan imbécil, yo podría seguir ahí fuera. Por fin me desato los cordones y me quito los patines. Después, los calcetines verde oscuro y las espinilleras. Los protectores de los brazos salen con facilidad. Tanteo un momento hasta dar con el protector de pecho y cadera, y termino dejándolo todo desperdigado por el suelo, sin importarme que el equipo esté empapado de sudor y sea un peligro para cualquiera que pueda tropezar y resbalar.

Tampoco me importa estar en mallas de compresión y ropa interior cuando abro la puerta poco a poco.

El pasillo está vacío.

Por supuesto que lo está. Todo el mundo está viendo el partido. Y se supone que nosotros deberíamos comportarnos como adultos, pensar con claridad y aceptar el castigo con dignidad. Debería quedarme en el vestuario. Es lo que le debo a mi entrenador, a mi equipo... a todo el mundo, en realidad.

Mañana volveré a ser responsable, cuando se me haya aclarado la cabeza.

Miro de nuevo hacia la entrada del túnel; el ruido es mucho más fuerte ahora que he asomado la cabeza fuera del vestuario. Algunas siluetas pasan deprisa al fondo, y entonces giro hacia el otro lado.

No llamo a la puerta cuando llego, pero casi golpeo sin querer en la cabeza a Van der Hoff, que al parecer venía a buscarme.

—¿Vienes a terminar el trabajo, Hart? —me espeta con una mueca de desprecio antes de retroceder de un salto.

Me cuelo por el hueco y cierro la puerta de golpe. Abro la boca, pero ni siquiera me deja emitir una palabra.

—¡¿Qué demonios ha sido eso de ahí fuera?! —protesta, como si yo lo hubiera provocado de alguna manera.

—¡Exacto! ¡¿Qué demonios te pasa?!

—¿A mí? ¡Ah, nooo! ¡¿Qué demonios te pasa a ti?! —Me empuja el pecho con las manos, que se ven ridículamente pequeñas y delicadas ahora que lleva las protecciones sin los guantes. Todavía tiene puesto el peto y las hombreras, y me agarro a ellas para empujarlo contra la pared.

—No. ¿Qué demonios... te pasa a ti? ¡Idiota! —gruño directamente en su cara, acercándome más—. Da gracias de que no te haya estampado contra el hielo por romperme el palo.

—Yo...

—Deberías darme las gracias por no haberle contado a tu entrenador ni a los Rebels lo que hicisteis Nate y tú.

—¡Quítate de encima! —Me golpea otra vez en el pecho. Pero, a diferencia de lo que ha ocurrido sobre el hielo, aquí no hay protecciones de por medio: solo mi camiseta interior pegada a la piel sudorosa. Siento el calor de sus palmas a través de la tela fina.

Con un gruñido de fastidio, le agarro las muñecas con la mano libre y me incorporo para imponerme aún más sobre él.

—Espero que sepas que no me estoy callando porque vayamos a ser compañeros de equipo. ¡Solo por Nate no estoy diciendo nada que pueda hacer que os expulsen de la liga a los dos!

—¡Como si me importara que no seamos mejores amigos! ¡Al menos no he sido yo quien ha hecho que nos echaran del hielo!

—¡Nos han echado del hielo porque eres un imbécil!

—Hace falta ser uno para reconocer a otro —replica Nicko con desprecio, clavándome sus imposibles ojos verdes como si fueran astillas de cristal.

—Me gustabas más cuando fingías ser Nate.

—¿Estás seguro de eso? —Ahí está otra vez ese brillo desafiante en sus ojos. El que siempre supe que no era de Nate. E, igual que todas las veces anteriores, siento que el estómago se me desploma.

Mierda.

—No. —La palabra abandona mis labios antes de que pueda pensarlo dos veces.

Pero es imposible ignorar cómo se me acelera el corazón cuando me acerco a él. Ni siquiera me doy cuenta de cuándo he soltado una de sus manos para apoyar la mía contra la pared que tiene detrás. Los dedos de la mano izquierda de Nicko se cierran alrededor de mi muñeca, mientras la derecha asciende por mi cuello y se aferra a él.

Sus ojos siguen abrasándome. Intento resistirme a su agarre, pero mis traicioneros ojos terminan posándose en sus labios.

Nicko une nuestras bocas con un beso tan brusco que nuestros dientes chocan.

Pero entonces sus labios se funden con los míos, igual que aquella noche en la fiesta, y se comportan de una forma muy distinta a la del hombre testarudo al que pertenecen.

Durante un instante solo soy consciente del calor y el cosquilleo de su aliento sobre mis mejillas. Entonces me atrapa el labio inferior entre los dientes.

La punzada de dolor recorre mis nervios como una descarga eléctrica. No soy precisamente alguien que se sonroje con facilidad. Pero Nicko tampoco besa como si lo fuera.

Me deja sin aliento cuando desliza la lengua por la comisura de mis labios, arrancándome un jadeo involuntario. Abro la boca. Entonces entra sin pedir permiso, y un gemido apenas audible escapa de mi garganta cuando nuestras lenguas se encuentran.

Mi cerebro intenta seguir el ritmo, pero mi cuerpo toma el control con entusiasmo, transformando toda aquella rabia en algo completamente distinto. Mis manos recorren el cuerpo de Nicko

guiadas únicamente por el instinto, y lo toco todo lo que puedo, incluso por debajo de las protecciones. Una de ellas se hunde en su pelo, casi tan suave como la otra vez, aunque algunos mechones están húmedos de sudor. Tiro de él y su boca se separa de la mía con un jadeo áspero.

Durante un segundo busco sus ojos, y un sonido ahogado escapa de mi garganta cuando me devuelve la mirada con las pupilas tan dilatadas que apenas queda un fino anillo verde alrededor.

Entonces inclina despacio la cabeza hacia atrás y vuelve a exponerme el cuello.

La piel de su garganta es pálida y delicada, surcada por venas apenas visibles a ambos lados. Me inclino hacia él, deslizo los labios sobre su piel suave, y entonces, tomo aire lentamente.



CAPÍTULO 21

Nicko, 1 de diciembre

La lengua de Hart recorre despacio la vena que palpita en mi cuello antes de hundir los dientes justo sobre el punto donde late el pulso. Un jadeo se me escapa de la garganta mientras le agarro los brazos, clavándole los dedos en los bíceps con tanta fuerza que probablemente le dejaré moratones durante días.

Aspiro una bocanada de aire cuando una punzada aguda me atraviesa el cuerpo y los dedos de los pies se me encogen dentro de los calcetines. No estoy seguro de si es placer o dolor. Me duele todo por la intensidad del partido, pero al mismo tiempo mi pene se estremece dentro de la coquilla.

—¡Hijo de puta! —maldigo cuando se aparta con una sonrisa satisfecha.

—La venganza es dulce, Van der Segundo. —Su triunfo dura poco. Aprovecho ese instante de distracción para colar una pierna entre las suyas y darle la vuelta. La espalda de Hart golpea la pared con un ruido sordo y sus ojos azules se abren de par en par por la sorpresa. Su muslo desnudo roza el mío. La dura protección de su coquilla presiona contra mi entrepierna. Trago saliva mientras mi mirada se fija en sus labios entreabiertos, rojos e hinchados por la forma salvaje en que nos hemos estado besando.

Aprieto los dientes para contener la oleada de deseo que me sube desde el estómago y se mezcla con la rabia apenas contenida que siento cada vez que lo veo.

Por supuesto, este imbécil ha venido a sermonearme por manchar su historial impecable, como si Alexander Hart fuera incapaz de

hacer nada que justificara que lo echaran del hielo.

La desfachatez de este tío me da ganas de partirle la cara de un puñetazo. Pero la forma en que su aliento caliente acaricia mi piel húmeda me cortocircuita el cerebro. Mis manos abandonan sus brazos y quedan suspendidas en el aire durante una fracción de segundo, debatiéndose entre estamparle la cabeza contra la pared o atraerlo hacia mí.

Durante un instante nos quedamos mirándonos fijamente. Verde contra azul.

—¡Idiota! —le espeto al darme cuenta de que mi sentido común está perdiendo la batalla contra esta locura temporal que se ha apoderado de mí.

—Yo ni siquiera he hecho nada... —Pero lo interrumpo a mitad de frase cuando vuelvo a estrellar mis labios contra los suyos. Entre nosotros no hay delicadeza. Solo hambre.

Hart abre la boca sin oponer resistencia. Su lengua choca contra la mía en una lucha constante por dominar. Sus dedos largos me sujetan la mandíbula con firmeza, obligándome a echar la cabeza hacia atrás, mientras yo hundo mis manos en su pelo negro.

Pierdo por completo la noción del tiempo. Un beso se convierte en dos, luego en tres, luego en cuatro. Solo nos separamos para tomar aire, como buceadores que emergen desesperados a la superficie, antes de volver a hundirnos.

Mi pecho sube y baja bajo las protecciones acolchadas mientras presiona contra el cuerpo de Hart, manteniéndolo atrapado contra la pared. Soy vagamente consciente de sus manos recorriéndome los costados, buscando desesperadamente la forma de deslizarse bajo mi ropa.

—Joder, necesito... que te quites esto —gruñe Hart cuando por fin consigue apartarme unos centímetros.

Inclino la cabeza para observar sus manos temblorosas mientras luchan con la tira de velcro de mi codera. Le permito aflojarla lo suficiente para que resbale por mis brazos y caiga al suelo junto a nuestros pies. Mi paciencia se agota cuando intenta quitarme el protector de pecho.

Le agarro ambas muñecas y se las inmovilizo por encima de la cabeza con la mano izquierda, dejando libre la derecha para emprender su propia exploración. Hart es lo bastante fuerte como para soltarse sin demasiados problemas, pero de momento me deja llevar la iniciativa mientras sus oscuras pestañas revolotean. No es justo que un imbécil como él sea tan absurdamente guapo. El año que viene, cuando su cara aparezca en la televisión nacional, habrá gente que se desmaye solo con verlo.

Cuando mi mano se desliza bajo su camiseta deportiva, se le escapa un gemido ahogado. Su piel está húmeda de sudor, los músculos de su abdomen se tensan bajo mi tacto. Levanto un poco más el bajo de la camiseta y, a regañadientes, le suelto las muñecas para ayudarle a quitársela y dejar al descubierto su amplio pecho.

En cuanto la prenda desaparece por encima de su cabeza, mis labios descienden sobre su piel. Recorro con la boca sus pectorales, saboreando el gusto salado del sudor.

—Joder... —gime Hart. Sus manos han caído sobre mis caderas y descansan allí con tanta suavidad que apenas noto el contacto.

—Llevaba mucho tiempo queriendo hacer esto. —La confesión se me escapa en voz baja antes de que pueda evitarlo. Recuerdo aquellas duchas compartidas y las conversaciones sobre nuestras metas en la vida. No sé si me ha oído, así que atrapo su pezón izquierdo entre los dientes y doy un tirón travieso para asegurarme de llamar su atención.

Hart gime de nuevo. El sonido rebota contra las paredes mientras se pone de puntillas. Resoplo contra su piel y dejo que mis manos recorran su caja torácica. Su espalda se despliega como un abanico. Ahora entiendo por qué chocar contra él sobre el hielo siempre me ha parecido como estamparse contra un muro.

—¿Qué os dan de comer a los niños de la Costa Oeste? —murmuro mientras mis dedos se deslizan bajo la cintura de sus pantalones de compresión.

Los ojos de Hart vuelven a abrirse de golpe. Su mirada baja hasta mis manos y regresa inmediatamente a mi cara.

—Yo..., eh... Bebo mucha leche. —No puedo evitar echarme a reír.

—Me importa una mierda. Era una pregunta retórica, idiota —replico sacudiendo la cabeza. Mi principal preocupación sigue siendo librarme de esos pantalones cortos ajustados, pero Hart me detiene al instante. Esta vez sus dedos se enroscan alrededor de mis muñecas y las sujetan con firmeza.

—¿Crees que esto es una buena idea?

Qué pregunta más estúpida.

—Claro que no —respondo con una risa seca mientras intento soltarme de su agarre—. Pero ahora mismo tengo dos opciones contigo: o te la chupo o te doy un puñetazo. Y ninguna parece especialmente sensata.

Hart me mira fijamente, como si me viera por primera vez. Sus labios hinchados se entreabren, supongo que para darme otra reprimenda, pero al segundo siguiente me agarra por las hombreras y me empuja hasta que caigo de rodillas. Engancho mis dedos en el dobladillo de sus calzoncillos deportivos y se los bajo.

Su pene terso y firme sale disparado de la copa.

—Dios —susurro mientras lo observo. Ya le había echado un par de vistazos en el vestuario, pero resulta que es de los que aumentan de tamaño cuando están duros. Por supuesto que no podía tener la decencia de tener un pene pequeño.

Me lanzo hacia adelante para hundir mi nariz en su ingle y respiro hondo. El olor almizclado del sexo y el sudor inunda mis fosas nasales, y mi erección late. Me inclino para acomodar mi polla en la copa justo cuando Hart entierra ambas manos en mi cabello, pegando mi rostro contra su cuerpo.

Sin pensarlo dos veces, le doy una palmada en el trasero, lo que hace que se sobresalte y lance una maldición.

—Ten cuidado —le advierto, echando la cabeza hacia atrás para acompañar mis palabras con una mirada fulminante—. Sin tocar. Te mueves un centímetro y te dejo aquí, con la polla dura y al aire.

Levantando ambas manos en un gesto de rendición, me mira con el ceño fruncido.

—¿Has hecho esto antes?

Lo miro con las cejas arqueadas.

—Mira, hay gente que no divulga toda su vida privada en Instagram.

—Yo no... —protesta, pero lo que sea que quiera decir se pierde en un gemido cuando agarro la base de su pene y luego acerco mi boca sobre él.

Abro la boca despacio, cubriendo mis dientes con los labios, mientras dejo que su pene se deslice hasta la cálida humedad de mi garganta. Hart vuelve a gemir, pero deja los brazos colgando a los lados, obedeciendo mis palabras como el buen chico que es.

Tardo un momento en encontrar un buen ritmo para ambos, moviendo la cabeza de arriba abajo mientras mi lengua recorre la parte inferior de su glande. Sus caderas se sacuden con entusiasmo, pero las sujeto con mi mano izquierda, presionando su pelvis contra la pared.

Cuando levanto la vista, Hart tiene la cabeza echada hacia atrás y se muerde el pulgar para no hacer más ruido. Aun así, se le escapa algún suspiro cada vez que succiono y me aseguro de pasar la lengua por la punta.

No tarda mucho en llegarme el sabor salado del líquido preseminal. Apartando una de sus caderas con cuidado, deslizo los dedos por su ingle hasta alcanzar los testículos y los aprieto suavemente mientras ronroneo alrededor de su erección.

Hart suelta una maldición entre dientes y los músculos de sus muslos se tensan a ambos lados de mi cuerpo. Me da unos golpecitos en el hombro, intentando apartarme, pero no me muevo mientras se corre dentro de mi boca.

—Joder, ¿te lo has tragado? —jadea, tendiéndome una mano que ignoro. En lugar de aceptarla, me pongo en pie y le sujeto la cara con ambas manos.

Nuestros labios vuelven a encontrarse y, en cuanto abre la boca para mí, deposito en ella lo que acabo de robarle. Hart abre los ojos de golpe y echa la cabeza hacia atrás, pero lo mantengo inmóvil.

Una última gota resbala por mi barbilla cuando por fin lo suelto. Me la limpio con el dorso de la mano y se la restriego por el estómago.

—Ya te gustaría.

—Eres un imbécil —resopla. Pero ya me está bajando el suspensorio hasta la mitad de los muslos.

Gimo de alivio cuando por fin libera mi erección de la copa protectora. Durante un instante sostiene mi mirada y luego, con una leve sonrisa en los labios, escupe en la palma de la mano antes de tirar de la cintura elástica de mis pantalones de compresión.

Apoyo la frente en su hombro mientras me rodea el pene con la mano. Las uñas se me clavan en sus nalgas desnudas mientras busco un punto de apoyo.

—¿Qué pasa? ¿Solo me llevo una triste paja a cambio? —me burlo. Pero mi voz ya no conserva ni una pizca de firmeza. Me aprieta con decisión y noto los callos de sus dedos, esa aspereza que llevo demasiado tiempo deseando volver a sentir.

Hart gruñe y baja la barbilla hasta apoyar los labios junto al lóbulo de mi oreja. Su aliento caliente me pone la piel de gallina.

—Eres un maldito consentido. Da gracias de que te deje correrte.

Y, sinceramente, no necesito nada más.

Mi propio orgasmo me sorprende. Suelto un grito ahogado mientras las caderas se me impulsan hacia delante, atrapando a Hart contra la pared mientras me corro en su mano.

Durante un segundo creo que voy a desmayarme. Mi cuerpo ha llegado al límite después de un partido agotador rematado con un orgasmo. Parpadeo varias veces para enfocar la vista mientras Hart me rodea la cintura con un brazo.

Alcanzo la taquilla más cercana y me aparto de él para dejarme caer en el banco. El pecho me sube y me baja a toda velocidad. Aflojo el velcro de las hombreras, pero ya no me quedan fuerzas para quitármelas.

A mi lado, Hart observa la palma de su mano cubierta de semen.

—De nada —digo con brusquedad. Eso hace que levante una ceja.

Durante un instante creo que va a limpiársela en la cara, pero en lugar de eso se lleva la mano a la boca y la lame despacio, recorriéndola con la lengua.

En algún lugar por encima de nosotros suena un pitido, y un segundo después, el estadio entero estalla en vítores.



CAPÍTULO 22

Xander, 3 de diciembre

La idea de quedar fuera del campus, en un restaurante, ha sido de Nate. Supongo que le ha echado el ojo a la camarera de pelo rizado, a juzgar por las miradas que le lanza antes de que nos sentemos. Detrás de la barra hay un cartel de neón que dice «Bats y Badgers», aunque estoy casi seguro de que la segunda palabra la añadieron después, porque brilla con un tono de rojo ligeramente distinto. La combinación resulta desagradable a la vista, como la pantalla de un móvil con el brillo demasiado alto.

No soy muy de batidos, pero aun así despliego la carta delante de la cara. Me sirve para esconderme de Nate, que cada vez que se abre la puerta levanta la vista para comprobar si entra su gemelo. Después de lo que pasó la última vez que vi a Van der Hoff, no tengo ni idea de cómo debería comportarme con él. Durante mis años en St. Bernard he tenido algunos rollos de una noche, pero ninguno era el hermano de mi mejor amigo.

Sentarnos juntos en un restaurante para hablar de un secreto que podría costarles la expulsión y una sanción en la liga de hockey no es precisamente lo que suelo hacer después de un encuentro sexual. No voy a tener la típica conversación sobre relaciones con alguien a quien he besado una sola vez y con quien me he limitado a compartir una sesión de masturbación mutua. El hecho de que me odie con toda su alma es irrelevante, y yo tampoco tengo tan claro que lo soporte.

Aun así, creo que habría sido buena idea hablar de qué significa todo esto de cara al año que viene. Pero no hubo tiempo; apenas el

suficiente para que yo regresara a mi vestuario antes de que entraran mis compañeros, cargando con el peso de nuestra derrota contra los Badgers.

—¿Qué? —murmuro cuando me doy cuenta de que Nate me está mirando con expresión expectante, señal de que no he respondido a su pregunta.

—¿Ya sabes si volverás a casa por Navidad? —repite. Con suerte, pensará que estaba demasiado concentrado en la lista de sabores de helado y combinaciones imposibles de batidos, como canela, arándanos y menta.

—Probablemente no. O sea, acabo de ir por Acción de Gracias. No puedo permitirme otro billete de avión.

—Deberías venirte a casa conmigo —dice de inmediato, como si ya hubiera imaginado cuál iba a ser mi respuesta.

—¿Qué? —No sé por qué me sorprende. Ya me lo ha propuesto otras veces, al menos una vez al año desde que nos conocemos. Nate es el tipo de persona que quiere tener a sus amigos y a su familia cerca todo el tiempo. Probablemente me llamaría todos los días si decidiera quedarme en la residencia.

Me libro de tener que responder gracias a la llegada simultánea de su hermano y de nuestra camarera.

—Ah, os dejo un poco más de tiempo. —Se aparta un mechón de pelo detrás de la oreja y vuelve hacia la barra.

—¿Y este qué hace aquí? —resopla Van der Hoff a modo de saludo mientras se desliza en el asiento junto a Nate. Evita mirarme deliberadamente. Me alegro, porque me da tiempo para controlar la voz y adoptar un tono tranquilo y uniforme.

—¿Porque no he hecho que os expulsen a los dos de la NHL?

—Y porque quería daros una buena noticia —interviene Nate con tranquilidad, ignorando mi comentario sarcástico—. Los Pioneers por fin han vuelto a ponerse en contacto conmigo, así que todo ha salido bien. ¡A los batidos invito yo! —Primero me dedica una sonrisa a mí y luego a su hermano. Es una suerte que estén ocupados mirándose el uno al otro, porque así no se dan cuenta de cómo se me arquean las cejas.

No me parece justo que Nate siga alimentando la mentira de que tenía que impresionar a unos ojeadores que nunca existieron.

Pero las palabras ya han salido de su boca.

—Qué bien —murmura Van der Hoff en un tono tan bajo que estoy bastante seguro de que no quiere que lo oiga. Veo que la camarera se acerca, así que vuelvo a levantar la carta y me oculto detrás de ella. Si Nate quiere que su hermano crea que toda aquella farsa ha servido para algo, ¿quién soy yo para pincharle la burbuja?

Me muerdo la lengua y consigo esbozar una sonrisa cuando viene a tomarnos nota.

—Además —continúa Nate después de pedir su extravagante batido de plátano y chocolate con sirope de caramelo y, por supuesto, coronado con nata montada y virutas de colores—, quiero celebrar que mi mejor amigo y mi hermano por fin se llevan bien.

—¿Que nos llevamos bien? —resoplo mientras niego con la cabeza —. Nate, el viernes nos expulsaron por pelearnos.

—Sí, pero habéis compartido habitación durante dos semanas y habéis sobrevivido. Y... eh... —Nate mueve las cejas y yo reprimo una protesta, sabiendo perfectamente a qué se refiere.

Van der Hoff suelta un gruñido de disgusto, pero al mismo tiempo descubro un leve rubor en sus mejillas.

—Eso fue antes de que supiera que era él —rezongo, aunque Van der Hoff hace todo lo posible por interrumpirme.

—Como si dos semanas oliendo los calcetines sucios de Hart me hubieran quitado las ganas de matarlo.

—Bueno, dejaste que te besara, así que...

—Nate —lo corto, cargando la voz con un grave tono de advertencia y esforzándome por mantener una expresión neutra. No hay nada de lo que avergonzarse. Al menos nada que Nate sepa. Un beso suena perfectamente inocente comparado con otras cosas que preferiría no recordar ahora mismo.

—¡Estaba borracho!

Nate nos ignora a los dos.

—Tal vez debería tener una conversación seria contigo sobre cuáles son tus intenciones con mi hermanito pequeño...

—¡Solo me llevas siete minutos!

Ignoro la protesta de Van der Hoff y me limito a fruncir el ceño ante las palabras de mi mejor amigo.

—¿Mis intenciones?

—¡Venga ya! —resopla Nate. Pero se calma cuando llegan nuestras bebidas. Los tres nos apresuramos a darle las gracias a la camarera con nuestras mejores sonrisas. Ella nos pregunta si necesitamos algo más antes de alejarse de nuevo. Vuelvo mi atención hacia Nate.

—No tengo ninguna intención con tu hermano.

—Sí, claro. Porque tú vas besando a cualquiera.

—Fue un error. —Debería haber sabido que Nate se haría una idea equivocada. Cualquier chica con la que mantenga algo más que una conversación amistosa acaba siendo presentada automáticamente como su «novia».

Por suerte, esta vez su testarudo hermano parece estar de acuerdo conmigo.

—Sus intenciones me dan exactamente igual, y tampoco me interesan. ¿Te has olvidado de Michael?

—¡Es verdad! ¿Habéis tenido ya una cita? ¡Te dije que era gracioso!

—Todavía no, pero pronto.

—Ah, bueno, eso también es buena señal. —Nate recupera enseguida el buen humor y se inclina hacia su hermano—. Probablemente sea lo mejor. Pero al menos todo esto ha servido para que os deis cuenta de que podéis jugar increíblemente bien en el mismo equipo. ¡Los Rebels tienen muchísima suerte!

—Bueno, sí. Menos mal que ahora sabemos que podemos jugar juntos —admito, sintiéndome un poco abrumado por toda la palabrería de Nate. Es cierto que tenía mis reservas respecto a jugar con Van der Hoff, pero también es verdad que nos entendemos increíblemente bien sobre el hielo.

Sin embargo, el alivio que debería producirme esa idea queda eclipsado por la nueva confusión que hemos creado y por la desagradable sorpresa que nos ha estallado en la cara.

No sabía que Van der Hoff estaba saliendo con alguien.

—No sé si él es para tanto, pero estoy seguro de que el equipo tendrá muchísima suerte de contar conmigo —sonríe Van der Hoff, sin el menor reparo en echarse flores a sí mismo. Es un idiota arrogante.

—Si todavía te quedan dudas, podéis aprovechar las vacaciones para entrenar juntos. Xan va a venir a casa con nosotros.

—¡¿Qué?!

—¿Ah, sí?

Nate me mira con las cejas arqueadas.

—Sí, te vienes a pasar las fiestas con nosotros. Acabas de decir que no vas a ir a casa y no tienes nada que estudiar durante las vacaciones de Navidad, así que quedarte solo en la residencia sería deprimente... —Frunzo el ceño e intento interrumpirlo, pero Nate sigue hablando—. Además, a mis padres les encantará volver a verte.

—Bueno, hay muchas cosas que puedes aprender de mí, Hart —interviene Van der Hoff. Inclina la cabeza para atrapar la pajita entre los labios. La punta de su lengua asoma un instante cuando la desplaza hacia un lado de la boca. Por primera vez desde que se ha sentado, me mira directamente, luego cierra los ojos mientras da un sorbo y disfruta de su batido.

Me muerdo la lengua con tanta fuerza que el sabor metálico de la sangre se mezcla con el de la fresa. Sus palabras podrían interpretarse de muchas maneras. No es que yo quiera... ¿Por qué iba a querer? Como siempre, se comporta como un imbécil insufrible. Es increíble lo idiota que puede llegar a ser.

Los dos sabemos que lo que ocurrió entre nosotros fue una estupidez monumental, incluso mientras estaba ocurriendo. Aquel día en los vestuarios, el corazón me latía tan fuerte cuando regresé por el pasillo que debí de escuchar solo la mitad del discurso del entrenador. Durante todo el tiempo estuve esperando que alguien se girara para mirarme y me preguntara qué demonios hacía merodeando por allí.

No puedo permitir bajo ningún concepto que vuelva a pasar algo parecido. A pesar de mi firme determinación, asiento antes siquiera

de que se me ocurran razones por las que no debería irme con los gemelos.

—Vale, vale, no hace falta que insistas.

—¡Genial! —sonríe Nate, satisfecho. Levanta el enorme vaso de batido como si estuviéramos brindando por una gran victoria. Aun así, yo también alzo el mío y lo hago chocar contra el suyo.

Van der Hoff hace lo mismo.

Apenas presto atención a la mirada que me dirige antes de que vuelva a apartar los ojos. *No tengo ninguna intención*, me repito. Sea lo que sea lo que me espere en casa de los Van der Hoff, al menos estas Navidades no van a ser aburridas.



CAPÍTULO 23

Xander, 18 de diciembre

Van der Hoff toma otra curva demasiado deprisa. Sin nada a lo que agarrarme, la inercia me lanza contra la puerta del coche. Juraría que está sonriendo, aunque lo único que puedo ver es la parte de atrás de su cabeza.

—Idiota —murmuro, frotándome el hombro. Mi comentario se pierde bajo el grito entusiasmado de Nate.

—¡Ya hemos llegado!

Su hermano resopla y le dedica una mirada de fastidio mientras mete el coche en el camino de entrada de la casa de sus padres.

Es preciosa, con la fachada blanca y los marcos de las ventanas oscuros, parece una mansión. Un sendero de piedra serpentea por el césped cubierto de escarcha hasta la puerta principal. La casa es lo bastante grande para que cada miembro de la familia tenga su propia habitación y aún sobren varios dormitorios para invitados. Como ya he estado aquí antes, sé que hay una zona de entrenamiento, un salón enorme y una cocina inmensa, además de un amplio jardín trasero con espacio para hacer barbacoas y un *jacuzzi*. Y aun así queda suficiente terreno libre para practicar todo tipo de deportes con balón, mientras unos setos altos mantienen alejadas las miradas indiscretas de vecinos y curiosos. El lujo desenfadado de esta pequeña mansión me intimida tanto como la primera vez que vine a visitar a Nate durante las vacaciones de verano.

Después de pasar casi cinco horas metido en el coche, agradezco poder estirar las piernas. Me ha tocado conducir el primer turno

mientras los gemelos discutían por la música. El resultado ha sido una extraña mezcla de pop elegido por Nate con algo de rap intercalado que no descubrí que estaba en neerlandés hasta que cruzamos la frontera de Massachusetts.

Nate sale disparado hacia la casa, con la mochila colgándole de un hombro, dejándome a solas con su gemelo para descargar el resto del equipaje.

Van der Hoff tiene medio cuerpo metido en el maletero cuando me acerco para echar una mano. Sin decir una palabra, alargo la mano para alcanzar mi bolsa de viaje, fácil de distinguir del equipaje de los gemelos por los parches que cubren la tela desgastada, pero Van der Hoff ya la ha agarrado. Su mano se siente cálida bajo la mía y me sobresalto ante el contacto inesperado.

Aparto la mano de inmediato, pero la piel me sigue hormigueando.

—¿Me das mi bolsa? —pregunto, esforzándome por mantener la voz firme.

Por suerte, Nate está distraído hablando con sus padres en la puerta, porque estoy seguro de que hasta un ciego percibiría mi incomodidad.

Los ojos verdes de Van der Hoff brillan con picardía mientras me tiende la bolsa.

Durante un instante me quedo inmóvil, dolorosamente consciente de que es la primera vez que estamos solos desde que salí huyendo del vestuario de Bonham Tech. Sin embargo, estoy demasiado bloqueado como para entender qué está pasando. Van der Hoff pone los ojos en blanco y deja caer mi bolsa a mis pies. Esta aterriza con un golpe seco.

—¡Eh! —protesto. Pero Van der Hoff se limita a agarrar su bolsa deportiva y dirigirse hacia la casa.

Negando con la cabeza, me recuerdo que este comportamiento es inaceptable, por muy atractivo que sea. Aun así, mis ojos lo siguen mientras recorren sus anchos hombros, descienden por su cintura estrecha y se detienen en la forma en que los vaqueros se ajustan a su trasero. Con otro gruñido, me inclino para recoger mi bolsa.

Sea lo que sea lo que me está pasando, debo de estar muy confundido para sentir mariposas en el estómago en vez de rabia.

Me detengo junto a la entrada, donde un hombre alto y rubio tiene atrapados a sus dos hijos idénticos en un abrazo, pese a sus protestas.

Me escurro junto a ellos para estrechar la mano de la señora Van der Hoff, una mujer morena que conserva el porte atlético de su época como jugadora profesional de hockey. Su forma física se refleja en la figura esbelta, la práctica trenza que le recoge el pelo y la ropa deportiva que da la impresión de que acaba de volver de entrenar.

—Hola, Alexander. Qué alegría verte otra vez —me saluda mientras me estrecha la mano. Su bienvenida es tan cordial como siempre, pero la intensidad de su mirada me hace sentir como si estuviera de nuevo en el vestuario de St. Bernard, bajo la atenta observación del entrenador. Trago saliva para obligar a mi corazón a volver a su sitio entre las costillas.

Posee esa agudeza mental que solo uno de sus hijos ha heredado.

—Vamos a meter todas vuestras cosas dentro, ¿sí? Hola, Xander —dice el señor Van der Hoff, que conserva un ligero acento neerlandés. Me da una palmada contundente en el hombro al pasar junto a mí; y, aunque no consigue disipar del todo la sensación de ser un intruso, sí alivia parte de la tensión que llevo encima.

***

El señor y la señora Van der Hoff nos esperaban con la cena ya preparada. Hay un puré verde de verduras acompañado de salchichas en rodajas y una salsa espesa. Nunca había probado nada parecido y, al principio, me limito a picotear con cautela. Sin embargo, una vez que pruebo todos los ingredientes juntos, llego a la conclusión de que está buenísimo, así que empiezo a mezclarlo todo y a comer con auténtico entusiasmo.

La cena transcurre sin incidentes, aunque tengo la mala suerte de sentarme al lado de Van der Hoff. Por suerte, ambos tenemos demasiada hambre como para iniciar una discusión.

Después ayudo a recoger la mesa y merodeo con cierta incomodidad junto al lavavajillas hasta que veo a Nate colocar

algunos cubiertos en la bandeja. Lo imito de inmediato, con la esperanza de no alterar el sistema que suelen utilizar para cargarlo.

Cuando estoy a punto de retirarme, el señor Van der Hoff regresa después de encender la chimenea y deja una gran caja de cartón sobre la mesa. Al levantar la tapa, los adornos del árbol brillan y centellean.

—¿Haríais los honores, chicos? Ya sabéis que vuestra madre no me deja decorar el árbol, ¿verdad, *liefje*?

—Y con razón, cariño. —Comparten una sonrisa que me hace sentir como si estuviera presenciando un momento demasiado íntimo.

Nate agarra la caja y yo me apresuro a seguirlo.

El árbol está colocado en una esquina del salón, junto al televisor. Es tan alto que casi roza el techo y sus ramas se extienden como una falda frondosa. Ya tiene colocadas las guirnaldas de luces, que centellean entre las agujas oscuras.

Las pequeñas luces y el parpadeo de las llamas en la chimenea consiguen que incluso el enorme sofá de cuero y las paredes desnudas resulten acogedores. Combinado con el aroma resinoso del árbol, el ambiente es tan cálido que desearía poder embotellarlo y llevármelo conmigo.

—Vale, tú coloca las rojas y yo me encargo de las doradas —indica Nate, repartiendo tareas mientras me acerca una caja más pequeña.

—Siempre lo decoramos de rojo y dorado. ¿Por qué no usamos plata y azul por una vez? —La voz de Van der Hoff me hace dar un respingo. Instintivamente, sujeto con más fuerza la caja con su frágil contenido.

—Porque no tenemos suficientes adornos plateados. —Nate ya sostiene una bola grande, pintada con todo lujo de detalles, y estudia el árbol con atención, como si colocar el primer adorno fuese una cuestión de vida o muerte—. Además, el rojo y el dorado son la combinación que mejor queda.

No espero a que resuelvan la discusión y empiezo a sacar adornos rojos para colocarlos en espiral alrededor del árbol.

—Eso no va ahí. —Una vez más, la voz de Van der Hoff me sobresalta. Lo miro arqueando una ceja y luego sigo la dirección de

su dedo.

—¿Y dónde lo pondrías tú?

—Ahí, obviamente.

Suspiro, pero alargo la mano para recuperar el adorno y desplazarlo unos centímetros.

—¿Aquí?

—¡No! ¡Ahí!

—¡Ahí es donde estaba!

—¡Por el amor de Dios, déjamelo a mí! —Van der Hoff invade mi espacio personal y se hace con la bola de cristal.

Al notar cómo se me escapa de los dedos por culpa de su impaciencia, ahogo una exclamación y alargo la otra mano para atraparla. Durante un instante acabamos completamente enredados: el hombro de Van der Hoff se clava contra mi pecho, su pelo me hace cosquillas en el cuello y nuestros brazos quedan entrelazados.

Al menos el adorno no acaba en el suelo.

Me aparto de inmediato: saco la mano de debajo de la de Van der Hoff y doy un pequeño paso atrás. Aun así, el corazón me da un vuelco. Qué ridículo, después de un roce tan fugaz, cuando en otra ocasión ha estado mucho más cerca. Pero entonces estaba embriagado de rabia y de deseo.

—¿Es que no tienes ojos? ¿Cómo puedes pasar por alto un hueco tan grande como este? —me recrimina Van der Hoff, con un leve matiz de tensión en la voz. Cuelga el adorno exactamente en el mismo sitio donde estaba antes de que me interrumpiera.

Resoplo y niego ligeramente con la cabeza mientras me hago con una piña de cristal.

—¿Es una tradición de todos los años? —pregunto, alzando la voz para dejar claro que la pregunta va dirigida a los dos gemelos.

—Sí —sonríe Nate mientras pasa a mi lado camino del otro extremo del árbol—. Cuando éramos pequeños, la abuela lo decoraba por la noche y nosotros nos despertábamos con él ya preparado. Pero desde que nos mudamos aquí, siempre lo hacemos juntos.

Tarareo en respuesta y rodeo el árbol hasta el otro lado, donde Nate ha colocado tantas bolas doradas que apenas encuentro

huecos para las rojas.

Cuando terminamos, todos los adornos brillan bajo las luces y el resultado ya parece un auténtico árbol de Navidad. Solo falta...

—No vas a llegar. Déjamelo a mí.

—¡Tenemos la misma altura!

Miro hacia donde los gemelos vuelven a discutir y arqueo una ceja cuando Van der Hoff consigue librarse de Nate. Se inclina hacia el árbol, alargando el brazo con la estrella que va en la punta.

—Uf, voy a buscar una escalera. —Nate pone los ojos en blanco al pasar junto a mí.

Suelto una risa por lo bajo, pero también me acerco para asegurarme de que Van der Hoff no acaba cayéndose encima del árbol intentando terminar la decoración. No le falta mucho para llegar, apenas unos centímetros. Sin embargo, ya está completamente estirado y la camiseta se le ha subido, dejando al descubierto los huecos que se forman a ambos lados de la curva de su espalda, justo por encima de la cintura de los vaqueros.

Me muerdo la lengua y vuelvo la cabeza para comprobar que Nate realmente se ha marchado. Entonces doy un paso más y me sitúo detrás de Van der Hoff.

—Déjame a mí —murmuro. Deslizo una mano por la parte baja de su espalda para estabilizarlo mientras con la otra le quito con cuidado la estrella de entre los dedos.

Más que oír su respiración entrecortada, la siento, y me descubro imitándola sin darme cuenta. El aroma a sándalo de su loción para después del afeitado llena mis pulmones y se mezcla con el olor fresco de las agujas de pino.

Con el calor que su piel irradiaba contra la mía, casi olvido por qué lo he tocado.

Es el frío de la estrella de cristal en mi otra mano lo que me devuelve a la realidad. Alargo el brazo y la coloco con cuidado en lo más alto del árbol.

Sentir cómo la curva de la espalda de Van der Hoff encaja contra mi pecho me mantiene inmóvil un instante más de la cuenta antes de volver a apoyar ambos pies con firmeza en el suelo.

—Ya está —digo. Mi falta de aliento resulta tan evidente como innecesaria, pero consigo dar un paso atrás antes de que unos ruidos procedentes del pasillo anuncien el regreso de Nate.

—Oh, ¿cómo lo has hecho?

—¡Te he dicho que llegaba! —Van der Hoff se vuelve hacia su hermano, procurando no mirarme.



CAPÍTULO 24

Nicko, 19 de diciembre

A la mañana siguiente me despierta un grito agudo. Completamente desorientado, me incorporo en la cama y me froto los ojos con las palmas de las manos.

Tardo unos segundos en recordar que estoy en casa de mis padres y en identificar los chillidos de emoción que llegan desde la habitación contigua. Por supuesto, son de mi hermano gemelo.

—¡Cállate de una vez! —grito, golpeando la pared con el puño. Estoy bastante seguro de que Nate está saltando sobre la cama como un niño hiperactivo después de una sobredosis de azúcar.

—¡Hay nieve, Nicky! ¡Nieve! ¡Mira por la ventana! —me informa mientras aporrea la pared desde el otro lado con un entusiasmo desmedido.

Frunciendo el ceño, saco las piernas de la cama y me acerco lentamente a la ventana. Subo la persiana y enseguida tengo que cerrar los ojos para protegerme de la claridad. Me cubro la cara con una mano y los abro poco a poco. Se me escapa una exclamación de asombro.

Cuando llegamos ayer, los setos y los árboles apenas estaban cubiertos por una fina capa de nieve y escarcha. Ahora, en cambio, las ramas se doblan bajo el peso del manto blanco, que refleja la luz del sol y transforma el paisaje en una auténtica postal invernal.

Una oleada de emoción me revuelve el estómago y me vuelvo de inmediato hacia mi bolsa para buscar ropa limpia. Anoche ni siquiera deshice el equipaje, así que tengo que rebuscar un poco hasta

encontrar un jersey grueso con la mascota de B-Tech estampada en el pecho.

Oigo a Nate revolviendo sus cosas en la habitación de al lado, así que agarro la ropa y salgo disparado al pasillo, decidido a llegar al baño antes que él. Estoy a menos de un metro cuando la puerta se abre de golpe y Hart aparece justo delante de mí. Sus ojos azules se abren de forma casi cómica antes de que choquemos.

Me quedo sin aliento porque, a diferencia de la última vez que ocurrió algo parecido, ninguno de los dos lleva protecciones. Agito los brazos en busca de equilibrio mientras intento agarrarme al marco de la puerta.

Hart me sujeta por el antebrazo y tira de mí hacia su pecho desnudo. Durante una fracción de segundo mis labios rozan su hombro y, finalmente, apoyo la mano libre en su cadera para no caerme.

Me muerdo el interior de la mejilla cuando nuestros cuerpos colisionan y me apresuro a retroceder. El aroma limpio de su gel de ducha me envuelve y despierta recuerdos que preferiría olvidar: la piel expuesta de su cuello, sus jadeos contenidos, el calor de su cuerpo.

Los aparto de un plumazo con una sacudida de cabeza.

—¡Ten cuidado! —resoplo mientras retiro la mano de la suya. La piel me hormiguea allí donde me ha tocado, así que me froto la palma contra la camiseta como si eso pudiera borrar la sensación.

Hart arquea una ceja con calma antes de agacharse para recoger la ropa que se me ha caído al suelo.

—Buenos días a ti también, Nicholas —dice mientras me devuelve los calzoncillos.

Aprieto los dientes y se los arrebato de la mano.

—Nicko —lo corrijo.

—¿Qué?

—Llámame Nicko. Nadie me llama Nicholas.

Hart ladea ligeramente la cabeza. Su mirada recorre mi rostro como si me estuviera viendo por primera vez.

Siento una punzada de incomodidad y cambio el peso de un pie al otro. De repente soy muy consciente de mi pelo revuelto y de la

camiseta arrugada con la que he dormido. Los dedos de mis pies descalzos se curvan sobre el oscuro suelo de madera.

Le está dando demasiadas vueltas a lo que he dicho, lo puedo notar, y eso hace que me arrepienta de haber abierto la boca.

—No estoy intentando que seamos amigos, Hart. Solo quiero que todo sea lo menos incómodo posible delante de mis padres.

Ahora arquea la otra ceja. Al instante me molesta que sea capaz de moverlas por separado.

—No haber fingido ser tu hermano habría ayudado bastante.

Sí, bueno, probablemente no haberte hecho una mamada en el vestuario también habría ayudado. No lo digo en voz alta, pero la forma en que baja la mirada hacia mis labios me hace pensar que ha llegado exactamente a la misma conclusión.

Levanto la barbilla con gesto desafiante. Hart se aclara la garganta y se frota la nuca con una mano. Durante un segundo me distrae la forma en que se le marca el bíceps con el movimiento.

—Bueno... entonces probablemente tú tampoco deberías llamarme por mi apellido, *Nicko*.

Entrecierro los ojos al oír cómo enfatiza mi apodo, atento a cualquier rastro de burla.

—Vale —concedo al no encontrar nada que reprocharle—. Ahora déjame pasar al baño, *Xander*.

—Primero tendrás que apartarte de mi camino, *Nicko*.

Tardo un instante en darme cuenta de que esta vez tiene razón y retrocedo un paso. Al pasar junto a mí, nuestros hombros chocan y el simple roce basta para que la piel se me incendie.

***

Después del desayuno, Hart, siempre tan perfecto, se ofrece a ayudar a despejar la entrada de la nieve. Solo tenemos tres palas, así que mi padre se retira a trabajar en el guion de la próxima entrevista de su pódcast.

Transcurren cinco minutos de silencioso trabajo honrado antes de que Nate lance la primera bola de nieve. Ya me lo esperaba y estaba preparado, así que respondo de inmediato. Y luego, solo porque Hart

deja escapar uno de esos insufribles suspiros de «vamos, chicos», la siguiente bola va directa hacia él.

No la lanzo con demasiada fuerza, pero le da de lleno en la frente. La expresión de su cara me provoca tal ataque de risa que tengo que apoyarme en la pala para no caerme.

—Ah, ¿te parece gracioso?

Hart me mira con el ceño fruncido mientras se sacude la nieve de los ojos y de la barba incipiente que le sombrea la mandíbula. La exasperación en su voz solo consigue que me ría más. Termino doblado sobre mí mismo, incapaz de defenderme siquiera, incluso mientras lo veo formar una bola de nieve entre sus guantes. Levanto un brazo justo a tiempo para protegerme la cara, pero Nate me alcanza un segundo después.

Y entonces todo se desmadra. En cuestión de instantes, la entrada de la casa se convierte en un auténtico campo de batalla. Hart y yo nos refugiamos tras dos montones de nieve situados a ambos lados del camino, mientras Nate nos ataca a los dos por igual, corriendo de un lado a otro y riéndose como un auténtico maníaco.

—¡Esto es ridículo! —grita Hart desde detrás de su escondite. En lugar de responderle, aprovecho el instante en que su oscura cabeza asoma por encima del montón de nieve para lanzarle otra bola. No me quedo a comprobar el resultado; la maldición ahogada que se le escapa me basta como recompensa.

—Vaya, Nicko. Qué maduro eres. Vamos, se supone que hemos salido a quitar la nieve de la entrada... ¡Por el amor de Dios, Nate!

—¡Vamos, Xan, diviértete un poco! —se ríe Nate antes de echar a correr hacia mí cuando su mejor amigo por fin decide pasar al ataque.

—¡Ni hablar! ¡Búscate tu propia trinchera! —protesto. Pero ya se está agachando detrás de la improvisada muralla de nieve que he levantado.

—¿Aliados? —pregunta con una sonrisa, tendiéndome la mano. La observo con recelo unos segundos antes de estrechársela.

Debería haberlo visto venir. En cuanto nuestras manos se entrelazan, tira de mí hacia delante y me embadurna la cara con un

puñado de nieve. Lanzo un grito cuando la nieve se cuela por debajo de la bufanda y me resbala por el cuello hasta el pecho.

—¡Lo tengo, Xan! ¡Me he infiltrado en territorio enemigo! —grita mi hermano.

—¡Pero si eres mi hermano! —jadeo mientras consigo zafarme de él. Lo que sea que voy a decir a continuación queda sepultado cuando Hart atraviesa la entrada de la casa y se lanza sobre mí.

—¡Ay! —protesto cuando mi espalda golpea contra el suelo. Instintivamente giro la cabeza para apartarme del siguiente cargamento de nieve que intenta restregarme por la cara.

Alzo ambas manos y empujo el pecho de mi atacante, pero es inútil, ya está sentado a horcajadas sobre mí y trata de inmovilizarme los brazos. Cuando por fin lo consigue, me sujeta las muñecas por encima de la cabeza.

—Mírate —dice Xander con una sonrisa triunfal mientras toso y escupo la nieve que me ha metido prácticamente hasta la garganta —. Callado por primera vez en tu vida.

—¡Cállate tú! —resoplo. Entrecierro los ojos al ver aquella sonrisa enorme.

Tiene las mejillas encendidas por el frío y el esfuerzo, y en sus ojos azules brilla algo peligrosamente divertido.

Un escalofrío me recorre la espalda, y no tiene absolutamente nada que ver con la nieve derritiéndose bajo mi ropa.

Al impulsar las caderas hacia arriba, consigo pillarlo desprevenido. Hart suelta un grito cuando lo derribo y ambos rodamos por la nieve hasta que termino encima de él. Mis dedos entumecidos ya están buscando más nieve para lanzársela.

—¡Eh, pedazo de...! ¡No! ¡Nicko! ¡Ni se te ocurra...!

Echo la cabeza hacia atrás, riéndome, mientras su advertencia se pierde bajo mi renovado ataque. Aprieto las piernas a ambos lados de su cintura para no caerme.

***

Nos pasamos toda la mañana despejando la entrada. Nuestras chaquetas y botas empapadas están secándose en el cuarto de la

colada, y ahora estamos sentados en semicírculo alrededor de la chimenea, contemplando el baile de las llamas mientras comemos *gemberbolus* en pequeños cuencos de cristal.

Nate y Hart están intentando resolver el Wordle del día, mientras yo me entretengo observando a Hart luchar contra el pegajoso dulce holandés. Después de cada bocado se chupa los dedos y luego se los limpia discretamente en el pantalón de chándal antes de volver a concentrarse en la palabra de cinco letras.

—¿Qué te está pareciendo la cocina holandesa, Xander? —pregunta papá mientras se une a nosotros con otra porción en la mano.

—¡Está buenísima!

Pongo los ojos en blanco ante lo rápida que ha sido su respuesta. La culpa por haberse puesto morado a dulces prácticamente se le refleja en la cara.

—Me alegro. Cuando llegué a Estados Unidos echaba muchísimo de menos los pasteles caseros de mi *oma*. En Nueva Jersey hay una panadería holandesa increíble, pero no podía pasarme allí todo mi tiempo libre, así que aprendí a hacerlos yo mismo. —Papá prácticamente rebosa orgullo al decirlo.

—Los de la *oma* siguen siendo mejores —comenta Nate, llevándose a la boca el último trozo del rollo de jengibre.

—*Oma* significa «abuela» —aclaro al ver la expresión de desconcierto en la cara de Hart.

—¿Hablas holandés? —pregunta, mirándome con evidente sorpresa. Sinceramente, me siento ofendido.

—Pues claro que hablo holandés. Viví en los Países Bajos durante diez años —le recuerdo.

—De hecho, lo habla mejor que yo —admite Nate con un encogimiento de hombros. El cumplido me pilla desprevenido.

—Eso no es... —empiezo, pero Nate me corta enseguida, con una sonrisa burlona.

—Pero tardó años en perder el acento cuando nos mudamos aquí —añade.

—¡Oye! ¡Eso no es verdad! —protesto. Aunque sé perfectamente que sí lo es.

A pesar de haber crecido en una casa bilingüe y de haber aprendido inglés también en la guardería de Holanda, me costó años hablar sin acento. El ritmo del holandés siempre me ha salido de forma mucho más natural.

—Oh, yo me acuerdo —interviene papá con una risita cariñosa, y me revuelve el pelo al pasar camino del sofá—. Tenías problemas con las «v» y las «f».

Lo miro extrañado. Los dos sonidos que acaba de pronunciar me han sonado exactamente igual.

—Los niños del colegio se metían bastante contigo por eso.

—Eran unos imbéciles envidiosos porque yo patinaba mejor que ellos. —Pongo los ojos en blanco mientras me levanto del suelo.

—¿Quieres otro? —Extiendo la mano hacia Hart para llevarme el cuenco. Tiene un poco de azúcar pegado al labio inferior, y me entran unas ganas absurdas de quitárselo.

En lugar de responder, inclina ligeramente la cabeza hacia mí. Sus ojos inquietantes se quedan clavados en los míos durante unos segundos antes de asentir.

Tengo la sensación de que su mirada me sigue hasta la cocina mientras, a mi espalda, Nate recuerda con entusiasmo cómo recitaba poemas por mí en clase de Literatura.



CAPÍTULO 25

Nicko, 19 de diciembre

—Acaba de llamar Susan. Greg ha sufrido una fuerte caída patinando.

Levanto la vista del móvil. Estaba leyendo noticias de hockey y torturándome a mí mismo en busca de cualquier mención sobre mi futuro. Acaban de anunciar que todos los rumores sobre las negociaciones entre los Rebels y Autin no eran más que humo. Debería sentirme aliviado, pero en lugar de eso, la sección de comentarios está llena de aficionados descontentos hablando de los puntos débiles de la línea ofensiva de los Rebels. Mi nombre aparece varias veces, acompañado de referencias a mi lesión y al mal comienzo de temporada que tuve. No me sorprendería que los Rebels siguieran explorando otras opciones para reforzar la plantilla.

—Mierda —murmuro, prestando por fin atención a mi madre, sentada en el sofá—. ¿Está bien?

Susan y Greg son los vecinos mayores de mis padres. Todos los inviernos, en cuanto el estanque del parque cercano se congela, Greg es el primero en salir al hielo, siempre dice que alguien tiene que comprobar que sea seguro para los niños. A pesar de su edad, jamás desaprovecha una oportunidad para ponerse unos patines.

—Todavía no lo sabemos. Van a llevarlo al hospital para hacerle pruebas responde mamá con un suspiro. Yo ya me estoy levantando.

—Yo conduzco. —Ella niega con la cabeza.

—No, Nicko. Susan me ha preguntado si podrías quedarte con Coach mientras tanto. Quizá sacarlo a pasear. Nate, tú tendrás que ayudarme a llevar a Greg al hospital.

—¿Yo? —exclama mi hermano. Tengo que morderme el interior de la mejilla para no echarme a reír al ver la expresión de pánico que pone. —Mamá alza las manos con desesperación.

—Sí, tú. A menos que prefieras sacar a pasear a Coach.

—¡No! No, no, está bien. Pero yo no voy a conducir ese monstruo de camioneta tuya.

—¡Como si fuera a dejarte conducirla! —refunfuña ella mientras sale apresuradamente del salón.

Unos minutos después, la puerta principal se cierra tras ellos y Hart y yo nos quedamos solos en silencio.

Lanzo una mirada al reloj de la repisa de la chimenea y hago una mueca. Mi padre se ha encerrado en el estudio hace media hora para grabar un episodio especial de Navidad del pódcast, así que me espera toda una tarde atrapado con Hart.

—¿Quieres venir conmigo a sacar a pasear a Coach? —pregunto a regañadientes. La propuesta me vale una mirada de absoluta confusión.

—¿Sacar a pasear... a Coach? ¿Quién es Coach?

—El perro de nuestros vecinos —explico, incapaz de evitar una sonrisa.

—¿Tus vecinos llamaron Coach a su perro?

—Sí. Cuando era cachorro, Greg todavía entrenaba a la línea defensiva en un campus de hockey. Cada vez que alguien lo llamaba «coach», el perro se ponía como loco. Al final terminaron aceptando que ese era su nombre.

—Eso explica la reacción de Nate —concluye Hart, asintiendo despacio.

—Entonces, ¿qué? ¿Vienes? ¿O prefieres...? —Dejo la frase en el aire y señalo la televisión y el salón, indicándole que puede quedarse aquí si quiere. Probablemente prefiera eso. Yo tampoco tengo muy claro cómo comportarme con él después de todo lo que ha pasado estas últimas semanas. Sigo sintiendo una necesidad casi irresistible de poner los ojos en blanco cada vez que abre la boca. Pero también tengo ganas de besarlo, y después darle un puñetazo.

Lo de los besos es relativamente nuevo. En cualquier caso, me vendría bien una distracción para dejar de torturarme con las redes

sociales.

—¿Tenéis alguna chuche para el perro? —pregunta mientras se pone en pie.

Resoplo.

—Si te crees que vas a sobornar a mi perro para que te quiera más...

—Creía que era el perro de tus vecinos.

—¡No cambies de tema, Hart!

—Xander.

Me quedo clavado en el sitio cuando se detiene junto a la puerta. Hart se vuelve hacia mí y me sostiene la mirada con esos ojos azules imposibles.

—¿Qué? —pregunto sin pensar. Otra vez estamos demasiado cerca. Esta casa es enorme y, aun así, él siempre acaba a menos de medio metro de mí.

—Ibas a llamarme *Xander* —me recuerda. Una sonrisa apenas perceptible le curva las comisuras de los labios. Levanta una mano y me da un ligero toque en la frente para subrayar sus palabras.

Me quedo mirándolo mientras me guiña un ojo y desaparece por el pasillo.

—¡Y no te olvides de las chuches! —grita un instante después. Resoplo.

¡Qué tío!

***

Por desgracia, Coach es demasiado educado como para morderle un tobillo a Hart.

Hemos conducido hasta uno de los senderos forestales de la zona. Con la nevada reciente, todo el mundo está patinando o tirándose en trineo, y cuando llevamos casi veinte minutos sin cruzarnos con nadie, decido soltar a Coach de la correa.

—¿Así que aquello era verdad? —La voz de Hart suena algo áspera después del largo silencio que se ha instalado entre nosotros. No es que me haya olvidado de que está aquí. El sendero es tan estrecho que nuestros hombros chocan a cada paso.

—¿Eh? —pregunto sin apartar la vista del pastor alemán que avanza alegremente unos metros por delante de nosotros. Coach está acostumbrado a los paseos largos y frecuentes con Greg, y siempre me ha gustado ofrecerme para sacarlo cuando estoy en casa.

—Que de verdad te gustan los perros. No te lo inventaste —aclara Hart y yo resoplo.

—¿Y por qué iba a inventarme algo así? Si acaso, debería haber hecho un esfuerzo mayor por convencerte de que no fueras al refugio para mantener la farsa intacta —replico. Lo intenté, pero la perspectiva de pasar una hora paseando perros era demasiado tentadora—. Además, verte mangoneado por un animal de veinticinco centímetros compensó todo lo demás.

Hart me dirige una mirada cargada de escepticismo, pero la expresión apenas le dura un segundo. Coach acaba de darse la vuelta para enseñarnos, orgullosísimo, un nuevo palo que ha encontrado. Yo ya llevo tres de sus tesoros anteriores bajo el brazo, así que Hart se encarga de recoger este último mientras lo felicita como si hubiera descubierto petróleo.

—Volví al refugio, por cierto —dice cuando Coach vuelve a desaparecer entre los arbustos—. Lila y yo ya somos inseparables.

—Mentiroso. Mi chica jamás me traicionaría de esa manera. Linden me dijo que todavía te da miedo. —Le dedico una sonrisa de suficiencia que consigue que ponga los ojos en blanco.

—Dios los cría y ellos se juntan. Los dos sois bajitos y agresivos. Normal que conectarais tan bien.

—¡Idiota! —Le doy un empujón en el hombro. Hart pierde el equilibrio y se precipita hacia la maleza que bordea el sendero.

Se echa a reír mientras la nieve acumulada en las ramas le cae encima, cubriéndole el pelo oscuro y los hombros. El ruido alerta a Coach y su hocico negro aparece entre los arbustos.

—Ja, ja. Xander está haciendo el idiota otra vez —le informo al perro; por desgracia, no parece impresionado, se limita a darse la vuelta y desaparecer de nuevo entre la vegetación—. Y para que lo sepas, tengo una estatura perfectamente normal. Mido casi metro ochenta y tres.

—Según tus estadísticas oficiales, mides justo metro ochenta —corrige Hart con toda tranquilidad.

—¿Te has leído mis estadísticas? —Lo miro con los ojos entrecerrados y Hart se encoge de hombros.

—Por supuesto. Tenía que saber quién había sido seleccionado conmigo.

—Querrás decir quién fue elegido antes que tú.

—Solo son cinco puestos de diferencia en el *draft* —señala. Me cruzo de brazos inmediatamente.

—Son solo ocho centímetros.

Me refiero a la diferencia de altura entre los dos —porque, obviamente, también me sé sus estadísticas de memoria—, pero en cuanto las palabras salen de mi boca, una sonrisa burlona se dibuja en sus labios.

—Oh, deberías saber que son más de ocho centímetros.

Siento que las mejillas me arden al instante y, sin permiso alguno, los recuerdos me asaltan. Desde luego, no me pareció que midiera ocho centímetros cuando se la chupaba. Mareado, doy un paso hacia él mientras la nieve cruje bajo mis botas.

—Yo no lo recuerdo así —miento en voz baja. De pronto soy consciente de lo aislados que estamos. Del bosque que amortigua todos los sonidos y nos aísla del resto del mundo, como si estuviéramos encerrados en una esfera propia.

—Ah, ¿no? —Hart inclina la cabeza y su sonrisa se ensancha—. Quizá debería refrescarte la memoria.

A pesar del calor que me retuerce el estómago, un escalofrío me recorre la espalda. Mi cuerpo y mi cabeza parecen empeñados en llevarse la contraria. Los pensamientos se atropellan unos a otros, buscando desesperadamente una respuesta ingeniosa, pero lo único que encuentro son imágenes de lo ocurrido en el vestuario: la sensación de su polla caliente en mi boca, el embriagador olor de sus testículos mientras hundía mi nariz en ellos, la forma en que me tocó...

Trago saliva y doy un paso atrás. Necesito poner distancia entre nosotros antes de hacer alguna estupidez.

—Yo... —No llego a terminar la frase. Hart recorta el espacio que nos separa con dos zancadas largas.

Un segundo me está mirando fijamente, atrapándome con la intensidad de sus ojos azules; al siguiente, está encima de mí. Me sujeta la cara con ambas manos y une su boca a la mía con tanta fuerza que, durante un instante, no sé si pretendía besarme o empezar otra pelea.

Estoy decidido a apartarlo, pero cuando me muerde el labio inferior, mi boca se abre por puro reflejo. Todavía queda un leve rastro de jengibre y canela en sus labios, y ese sabor termina de destruir cualquier atisbo de resistencia. Los palos que llevaba bajo el brazo caen a la nieve cuando rodeo su cuello con los brazos y lo atraigo hacia mí; nuestras lenguas chocan en una lucha absurda por imponerse. Si no puedo resistirme, al menos pienso ganar.

Hart me obliga a retroceder sendero abajo y, muy a mi pesar, cedo terreno mientras refuerzo mi agarre sobre él. Si pretende empujarme cuesta abajo, pienso arrastrarlo conmigo.

Mi espalda choca contra el ancho tronco de un árbol y Hart aparta las manos de mi mandíbula. Nuestras bocas siguen unidas cuando me rodea los muslos con los brazos. Me levanta una pierna hasta apoyarla en su cadera y, un segundo después me alza del suelo como si no fuera un jugador de hockey adulto.

Suelto una exclamación de sorpresa que desaparece enseguida bajo otro beso.

Hart se acerca todavía más, dejándome atrapado entre su cuerpo y el tronco.

—Como me sueltes, te mato —resoplo cuando por fin nos separamos para tomar aire.

—No te preocupes, también te saco más de diez kilos. —Su voz suena amortiguada mientras me roza el cuello con la nariz, y ese simple contacto hace que se me cierren los ojos.

—Sí, pero no son diez kilos de músculo precisamente —puntualizo mientras le pellizco el estómago a través del abrigo y él deja escapar un gemido de protesta.

—¿Qué tengo que hacer para que te calles?

Coach decide intervenir por los dos cuando aparece entre los arbustos ladrando alegremente y corriendo hacia nosotros.

Por primera vez en toda la tarde, Hart parece genuinamente preocupado. Levanta las manos de inmediato cuando el pastor alemán se acerca dando saltos.

—No pensaba dejarlo caer. Jamás me lo perdonaría —le explica al perro con absoluta seriedad, y yo resoplo.

—Cree que estábamos jugando sin él. Ahora bájame al suelo, idiota.

—Mmm. Bueno... técnicamente no deja de tener razón.

Le lanzo una mirada de advertencia cuando vuelve a dejarme sobre la nieve y le doy un empujón en el pecho. Tengo las mejillas ardiendo, y con gesto incómodo, me froto el cuello.

Coach ya se ha tranquilizado y permanece sentado a unos metros, jadeando mientras nos observa con la cabeza inclinada. El silencio que se instala entre nosotros se pega como un chicle a la suela de un zapato.

Inspiro hondo y me meto las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Bueno. Supongo que deberíamos volver.

Se hace otra pausa y Hart asiente.

—Sí. Coach parece agotado.

—Y debe de estar congelándose.

—Sí, pobrecillo. Seguro que lo está pasando fatal.

—Puede que mamá y Nate todavía no hayan vuelto del hospital —comento mientras echo un vistazo despreocupado a mi reloj deportivo.

—Y tu padre ha dicho que no lo esperáramos para cenar —añade Hart.

Asiento mientras me agacho para quitarle algo de nieve del lomo a Coach y le doy una palmada cariñosa en el costado.

—¡El último que llegue al coche es idiota! —Lanzo el desafío un segundo después, sin molestarme siquiera en mirar atrás.



CAPÍTULO 26

Xander, 19 de diciembre

El pasillo de la casa de los Van der Hoff no es lo bastante largo para ir de un lado a otro todo lo que me gustaría. Ni mucho menos para sacarme de la cabeza lo que ha pasado en el bosque. Cuando llego a la puerta principal, me imagino empujando a Nicko contra ella igual que lo he hecho contra el árbol. Me imagino cómo me rodearía la cintura con las piernas, cómo le abriría la chaqueta (algo imposible allí fuera, rodeados de nieve), y me imagino que volvería a protestar para que no lo soltara, y que yo me inclinaría sobre él hasta arrancarle un gemido para que dejara de quejarse.

Estoy tan absorto en mis pensamientos que me sobresalto cuando la puerta de entrada se abre de golpe. Doy dos pasos por puro reflejo antes de quedarme clavado en el sitio, temiendo que sean Nate y su madre de vuelta del hospital.

Al principio, ver el pelo revuelto y las mejillas sonrojadas de Nicko me produce alivio. Después, una nueva oleada de calor me recorre la columna. Respira con dificultad, como si hubiera vuelto corriendo nada más dejar a Coach. No sé si realmente ha sido así, pero me permito pensar que él también tenía ganas de regresar para aprovechar el tiempo que tenemos a solas.

Ese simple pensamiento basta para que recorte la distancia entre nosotros. Y, a diferencia de lo que ocurrió en el bosque, esta vez Nicko también da un paso hacia mí. Una de sus manos sigue ocupada sacudiéndose la nieve de la chaqueta, pero la otra se aferra a mi jersey y arruga la tela entre los dedos.

Deslizo las manos por sus costados y lo empujo suavemente contra la pared. Mi boca roza su mandíbula antes de encontrar sus labios, ansiosa por volver a saborearlos.

Esta vez no hace falta ninguna mordida, sus labios se abren para mí de inmediato. Me quedo sin aliento cuando la lengua de Nicko encuentra la mía. Cuando su mano asciende por mi cuello, las mías vuelven a bajar hasta sus muslos. Pero antes de que pueda levantarlo, Nicko gira la cabeza y rompe el beso.

—¡Espera! —Apoya una mano en mi pecho y me empuja con insistencia—. Espera, espera. ¡Vamos a mi habitación! —ordena. Y yo cedo, permitiendo que me haga retroceder. Una habitación suena bien. Más privacidad y la promesa de una cama.

Lo sigo por el pasillo, aunque no del todo por voluntad propia, ya que tiene los dedos firmemente aferrados al cuello de mi jersey y me arrastra hacia las escaleras. Como si existiera la más mínima posibilidad de que fuera a ir a otro sitio cuando lleva el trasero justo delante de mí al subir los peldaños, invitándome a rodearle las caderas con las manos. Me dejo tentar y deslizo los dedos dentro de uno de sus bolsillos traseros.

Nicko ni siquiera reacciona.

Me conduce hasta la planta de arriba, pasando por delante de la habitación de invitados y de la que reconozco como la de Nate, hasta llegar a la última puerta del pasillo.

Todavía queda cierta agresividad en el ambiente cuando me empuja contra la puerta y la cierra con el peso combinado de nuestros cuerpos nada más entrar.

Siento el calor de su boca en mi cuello mientras desciende hasta el cuello del jersey. Resopla con frustración al comprobar que la tela no cede lo suficiente para darle más acceso. Con un gruñido de impaciencia, desliza las manos por debajo del dobladillo de mi camiseta interior, enredándolas con las mías.

Estoy a punto de quitarme la prenda cuando un pensamiento incómodo me atraviesa de repente.

—¿Y qué pasa con Michael? —Aparto las manos del jersey y le sujeto los brazos. Nicko ni siquiera se detiene y sigue tirando de la tela.

—¿Qué Michael?

Frunzo el ceño y vuelvo a apartarle las manos. Le sujeto las muñecas y espero hasta que me mira.

—Ese Michael con el que ibas a salir. Nate dijo que...

Nicko resopla y niega con la cabeza.

—Ah, eso. —Se mete una mano por debajo del propio jersey, se lo quita y me lo lanza. Se ríe cuando tardo demasiado en atraparlo y la tela me cubre la cara durante un instante—. A lo mejor era Nate quien quería salir con Michael. Yo, desde luego, no.

No responde realmente a mi pregunta, pero puedo fingir que sí. Por fin me quito el jersey y la camiseta de una sola vez.

—Entonces esto... —empiezo a decir mientras dejo la ropa junto a la cama de Nicko. Mis dedos se ocupan del cinturón mientras me quito los zapatos y me saco los calcetines con la punta de los pies.

—Es solo para quitarnos las ganas —me interrumpe Nicko. Ya en ropa interior, se inclina para desabrocharme los vaqueros. Sus dedos bajan la cremallera con rapidez y no duda en apretarme mi miembro por encima de los calzoncillos.

—Bien... —Debería sentirme aliviado al oírlo. Dentro de menos de un año será mi compañero de equipo. Mi llegada a la NHL ya promete ser bastante complicada incluso antes de haber pisado el hielo.

No puedo convertirme en el primer jugador abiertamente gay de la NHL y, además, en el que se acuesta con sus compañeros de equipo. Ningún agente querría lidiar con semejante pesadilla mediática, y mucho menos el responsable de relaciones públicas del club. Así que, sinceramente, espero que cualquier extraña atracción que exista entre nosotros desaparezca después de esto.

Aun así, siento un extraño vacío en el estómago.

Salgo de mis pensamientos cuando Nicko me empuja y caigo de espaldas sobre la cama. Se ríe al oír mi exclamación de sorpresa y acto seguido me quita los vaqueros, dejándolos caer a un lado.

—Vamos, Hart. Apaga ese cerebro de empollón durante un maldito minuto.

—*Xander* —lo corrijo una vez más, agradeciendo en silencio la interrupción. No es que fuera a contarle lo que estoy pensando. Si lo

hiciera, no me dejaría olvidarlo jamás.

Apoyándome sobre las manos, estiro las piernas, y Nicko acepta la invitación de inmediato. Se sube a la cama y se arrodilla entre ellas.

—Claro, *Alex* —resopla, poniendo los ojos en blanco.

Gruño y me lanzo sobre él. Lo agarro por la cintura de los calzoncillos y tiro de él hacia mí. Un movimiento rápido nos lleva peligrosamente cerca del borde de la cama, y Nicko acaba debajo de mí.

—Xander —insisto, rozando sus labios con la palabra, susurrándola contra su boca. Si esta es la única oportunidad que voy a tener de oírle gemir mi nombre, quiero asegurarme de que sea el correcto.

Nicko arquea las caderas contra las mías. Su lengua invade mi boca, empujando y acariciando. El calor aumenta entre nosotros mientras nuestros cuerpos se pegan el uno al otro, impacientes por acercarse aún más.

Deslizo una mano por su muslo, apretándolo suavemente, y luego le levanto la pierna hasta que rodea mi cintura. Vuelvo a mover las caderas despacio, dejando que la tensión entre nosotros aumente.

Nicko echa la cabeza hacia atrás con un jadeo ahogado.

Sonrío y repito el movimiento, incapaz de contener un gemido al sentir cómo la sensación me recorre de arriba abajo.

Una de las manos de Nicko se aferra a mi hombro con tanta fuerza que noto las uñas clavándose en la piel. Recorro con los labios la curva sensible de su cuello y continúo descendiendo hasta la clavícula. Cuando vuelvo a levantar la vista, mi mano ha seguido avanzando por su muslo hasta apoyarse en su cadera. Mierda, no puedo esperar a estar dentro de él, en hacerlo gemir en lugar de hablar. Pero antes de seguir adelante, necesito asegurarme de que él también quiere lo mismo.

—Ya has hecho esto antes, ¿verdad?

—¡Pues claro! —responde Nicko, alzando la barbilla. Sin embargo, algo me hace dudar. Su tono es tan arrogante como siempre y sus ojos brillan con ese desafío que parece retarme a llevarle la contraria. Pero ha respondido demasiado deprisa.

Si a eso le sumo la tensión que percibo en sus hombros y cómo se le marca la mandíbula al apretar los dientes, ya estoy empezando a

sospechar antes incluso de notar el escalofrío que le recorre el cuerpo cuando le pellizco el trasero.

Sus ojos verdes se abren de par en par y se encuentran con los míos apenas un instante antes de apartarse. Veo cómo traga saliva.

Por mucho que intente ocultar su falta de experiencia, mi intuición me dice otra cosa. Incluso en nuestra situación, no esperaría que estuviera tan preocupado por ser el pasivo.

Me muerdo la lengua, inclino la cabeza hacia su oído y le doy un suave mordisco juguetón en el lóbulo.

Cambio de planes.

—Perfecto —digo con ligereza, procurando ocultar mis propios nervios. Hace tiempo que no hago esto con otra persona y que tengo que arreglármelas por mi cuenta o con algún juguete, pero no pienso quitarle la virginidad a nadie por algo tan casual como «quitarnos las ganas». Al menos, no mientras siga siendo una suposición—. Entonces sabrás qué hacer.

Me doy la vuelta para quitarme los calzoncillos. Nicko sigue tumbado boca arriba y solo se incorpora cuando me coloco de rodillas a su lado. Su mirada se detiene un instante a la altura de mi cintura antes de volver a mis ojos. Tiene las mejillas ligeramente sonrojadas.

—¿Qué estás haciendo?

—¿De verdad necesitas que te dé una pista? —Apoyo una mano en el cabecero para mantener el equilibrio y separo las rodillas. Después, despacio y de forma deliberada, me llevo a la boca el índice y el dedo corazón de la otra mano.

Los ojos de Nicko siguen el movimiento y sus labios se entreabren. La intensidad de su atención me anima a continuar, abro un poco más las piernas y me rodeo el cuerpo con el brazo para deslizar los dedos por mi entrada.

La humedad de la saliva sobre la piel sensible me provoca un estremecimiento real, aunque exagero ligeramente la reacción y me muerdo el labio inferior mientras dejo escapar un gemido suave. Ahora la tensión es distinta, los nervios se mezclan con la excitación y con esa anticipación cada vez más intensa mientras presiono contra el músculo contraído.

Cierro los ojos durante un instante para olvidarme de que tengo público, aunque solo sea por un momento. Me afecta mucho más de lo que me gustaría reconocer estar montando este espectáculo erótico para Nicholas van der Hoff, de entre todas las personas posibles.

Que me hiciera una felación en el vestuario cuando los dos estábamos completamente excitados es una cosa. Esto es otra muy distinta.

Penetrarme con los dedos para su deleite, sabiendo que también quiero que me penetre, sitúa todo en un nivel completamente diferente.

Pero enseguida toda mi atención se concentra en el punto donde mi dedo roza la entrada. Respiro hondo varias veces y consigo relajarme lo suficiente como para introducir la punta.

—Vaya... —susurra Nicko a mi lado, mucho más cerca de lo que esperaba. Abro un ojo para dedicarle una sonrisa burlona.

—¿Ves por dónde van los tiros? —Me remuevo incómodo sobre las rodillas mientras introduzco el dedo poco a poco. La sensación me quema y me arranca otro jadeo. Retiro la mano, empapándome los dedos con más saliva antes de volver a intentarlo.

Por el camino, rozo sin querer la mano de Nicko, que permanece suspendida en el aire. Él se estremece y me lanza una mirada. Me encojo de hombros y me acerco un poco más, apoyándome sobre las rodillas, me incorporo hacia el cabecero y arqueo la espalda.

Aceptando la invitación tácita, desliza una mano por mi cadera. Suelta un leve gemido al agarrarme el trasero y separar ligeramente las nalgas justo cuando vuelvo a introducir el dedo. Dejo escapar un jadeo suave, la sensación de vulnerabilidad desaparece enseguida bajo esa mezcla cada vez más intensa de placer y escozor.

El pulgar de Nicko roza la parte superior del pliegue y mis caderas se impulsan involuntariamente hacia delante.

—Dios...

—Joder, qué sexi... —murmura. Su voz es tan baja que no estoy seguro de que pretendiera que lo oyera. Aun así, suspiro en respuesta y sigo avanzando despacio y presiono mi dedo hacia dentro hasta casi alcanzar el nudillo.

—Lubricante —consigo decir entre respiraciones profundas mientras intento acomodarme. Apoyo la frente sobre el otro brazo.

—¿Eh? Ah... —Nicko responde desde detrás de mí, y no puedo evitar soltar una risa suave. Espero a notar que se mueve antes de girar la cabeza para mirarlo. El rubor ya le ha subido por el cuello. Sus ojos van de un lado a otro: primero al cajón de la mesilla, después a mis manos moviéndose lentamente.

Finalmente, saca un tubo de lubricante y lo deja caer sobre la cama, a mi lado.

Pero, en lugar de volver enseguida como esperaba, se dirige a toda prisa hacia la bolsa que ha dejado junto al armario. Cuando regresa, lleva la cartera en la mano.

Me detengo con el tubo de lubricante abierto entre los dedos.

—Eeeh... No. Este es un servicio que ofrezco gratis —bromeo mientras froto el gel entre los dedos para calentarlo.

Nicko saca un sobre plateado que cruje al abrir el compartimento y arquea una ceja mientras me mira.

—Prefiero evitar una ETS, aunque sea gratis. —Lanza la cartera a un lado y vuelve junto a mí, arrastrando los pies por la cama.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a concentrarme en relajarme lo suficiente para introducir un segundo dedo. Esta vez la penetración resulta más sencilla, y puedo empezar a mover ligeramente las caderas mientras curvo los dedos en busca de ese punto sensible.

Ahora, con más decisión, la mano de Nicko recorre el pliegue entre mis nalgas. Vacila apenas un instante antes de que sus dedos, cálidos y resbaladizos, exploren mi entrada. Me estremezco cuando la yema de su índice roza el borde y luego se desliza dentro de mí junto a mis propios dedos.

—Dios mío...

Se me escapan más sonidos entrecortados a medida que el escozor del estiramiento se intensifica, cediendo solo poco a poco a un ritmo constante. Mis caderas responden por sí solas, empujando suavemente contra nuestras manos.

Nicko deja escapar un gemido grave. Entonces siento una punzada en el hombro cuando me clava los dientes con suficiente fuerza como para preocuparme por la marca que pueda dejarme después,

pero apoyo la cabeza contra la suya y me abandono a esa mezcla de dolor y placer.

Dobla el dedo antes de retirarlo lentamente.

La visión se me nubla.

—Mierda... Yo... Dios. ¡Nicko, ahora!

Repite el movimiento una vez más antes de apartarse del todo. Me derrumbo ante la ausencia repentina de su contacto, incluso aunque mi propia mano siga donde está. De pronto ya no es suficiente.

El envoltorio de aluminio cruje. Giro la cabeza justo a tiempo para ver cómo Nicko desenrolla el preservativo sobre su erección.

Vuelvo a hacerme con el lubricante, sin preocuparme esta vez por calentarlo entre las manos, y dejo caer una cantidad generosa sobre mi piel, resoplando al sentir el contraste del gel frío contra el calor de mi cuerpo.

Nicko aparta mis manos con suavidad. Lo dejo hacer mientras extiende el lubricante con movimientos lentos y firmes. Sus dedos vuelven a deslizarse en mi interior durante apenas un instante. Los dos gemimos al mismo tiempo, pero los retira demasiado deprisa.

Me invade una sensación de vacío hasta que vuelve a acercarse. Sus muslos rozan mi espalda y la punta de su erección presiona contra mi entrada.

Se me escapa el aire de los pulmones en un jadeo silencioso. Recuerdo perfectamente cómo la sentía en mi mano: la suavidad de esa piel, y esa carne dura. Pero esto es completamente distinto, ahora está detrás de mí. Encojo los hombros y apoyo ambas manos en el cabecero, preparándome para el dolor inicial. Sin embargo, Nicko no se mueve.

Una de sus manos se desliza sobre mi cadera mientras el pulgar acaricia distraídamente la base de mi espalda. El gesto resulta cálido, tranquilizador, y no puedo evitar arquearme ligeramente hacia él.

Retiro una mano del cabecero y la apoyo contra la pared para disimular el movimiento. Después asiento.

Nicko se inclina lo suficiente para que note el roce de su nariz contra mi piel cuando él también asiente. Su aliento me hace cosquillas en la espalda.

Intento acompasarme a su ritmo, relajándome poco a poco antes de volver a apoyarme contra él. Con una lentitud exasperante, la punta de su erección empieza a abrirse paso en mi interior.

La sensación es intensa, mucho más de lo que esperaba. Cierro los ojos con fuerza y tenso los hombros mientras intento concentrarme en otras cosas: el calor que me envuelve con su pene dentro, los sonidos contenidos que escapan de la garganta de Nicko, la presión constante de su cuerpo pegado al mío.

Cuando por fin queda completamente inmóvil, apoyado contra mí, noto cómo se remueve con impaciencia. Gruño y alargo una mano hacia atrás para agarrarle la pierna y obligarlo a quedarse quieto un momento más. Necesito tiempo. Necesito respirar.

Poco a poco, la incomodidad inicial empieza a disminuir. A modo de prueba, contraigo los músculos a su alrededor. Nicko responde con una sarta de maldiciones entre dientes que apenas llego a entender. Mi propia erección me produce un espasmo placentero.

Una sonrisa se dibuja en mis labios y repito el movimiento. Esta vez sus caderas reaccionan de forma involuntaria.

Antes de que tenga ocasión de burlarme de él por tercera vez, me sujeta con ambas manos por las caderas, entonces tira de mí hacia atrás y embiste. La fuerza del movimiento me hace perder el equilibrio y acabo chocando contra el cabecero de la cama.

—¡Mierda!

—Ya no estás tan chulo ahora, ¿eh? —me gruñe Nicko al oído.

Un escalofrío me recorre la espalda y me obliga a inclinarme hacia delante. Levanto las caderas para recibir su siguiente embestida. Sus dedos se clavan en mis costados, tirando de mí y guiándome, mientras encontramos un ritmo que nos deja a ambos sin aliento.

La siguiente acometida de Nicko es tan profunda que veo las estrellas. No voy a aguantar mucho más, pero tampoco quiero ser el primero en correrme. Me aprieto a su alrededor y empujo hacia atrás para romperle el ritmo. No me detengo hasta que llego al fondo y comienzo a moverme en impulsos cortos y constantes. Nicko resopla y me arrastra hacia él, sujetándome mientras sigue penetrándome. Es demasiado bueno, demasiado, demasiado...

—Estoy cerca...

—Yo... casi —gime contra mi cuello. Su aliento caliente y su voz ronca me ponen la piel de gallina.

—Bien —jadeo, tensándome a su alrededor, decidido a hacerlo rendirse antes que yo—. Sigue así... —La frase se rompe en un gemido cuando Nicko vuelve a golpear ese punto sensible una y otra vez, dándome exactamente lo que necesito.

—¡Joder, Xander!

La emoción de oírle gemir mi nombre, unida al mordisco de sus dientes en mi cuello, me atraviesa por completo. Con la siguiente embestida me corro sobre las sábanas. El orgasmo me sacude como una descarga eléctrica. Me quedo jadeando, incapaz de recuperar el aliento, mientras todo mi cuerpo tiembla.

Veo manchas danzando ante mis ojos y percibo vagamente el calor latiendo en mi interior. Nicko se queda inmóvil durante un instante y luego se deja caer sobre mi espalda.

Su pelo me roza la piel. Los brazos me tiemblan mientras intento sostener nuestro peso combinado. Finalmente, me dejo caer despacio hacia un lado y ruedo sobre la espalda. Nicko se desploma junto a mí con un gruñido satisfecho. Una parte de mí sigue flotando en algún lugar lejano, disfrutando de esa sensación de bienestar que llega después del orgasmo.

—Dios mío... —murmura Nicko. Sin pensarlo, le rodeo la cintura con un brazo y me giro despacio para quedar frente a él. Tiene el pelo pegado a la frente por el sudor y, casi por instinto, alargo la mano para apartarle un mechón de los ojos.

Durante unos segundos, lo único que se oye es nuestra respiración.

Cuando Nicko abre los ojos, me dedica una mirada extrañamente suave. El momento apenas dura un instante. Luego se aclara la garganta y vuelve la cabeza hacia otro lado.

—Deberíamos limpiarnos —se apresura a decir, incorporándose.

Me muerdo la lengua antes de hacer lo mismo.

—Sí, claro. Ahora voy.

Me inclino sobre el borde de la cama y recojo los calzoncillos de Nicko para limpiarme el abdomen.

—Listo, ya está casi —comento mientras lanzo la prenda, ahora inservible, hacia el cesto que hay detrás de la puerta.

—Qué cerdo —gruñe él, con la voz ligeramente temblorosa mientras se deshace del preservativo usado.

—No tienes ni idea —respondo con naturalidad. Aunque me cuesta más de lo que debería mantener un tono despreocupado mientras me pongo la ropa interior. Todavía noto una ligera molestia que me recuerda lo que acabamos de hacer. Sé que desaparecerá en un par de días y espero que, de paso, también se lleve consigo toda la tensión que existe entre nosotros.

Pero, de momento, mis movimientos son torpes mientras termino de vestirme.

Recojo el resto de mi ropa y me detengo junto a la puerta para escuchar, pero la casa permanece en silencio.

Aun así, cruzo el pasillo a toda prisa en dirección a la habitación de invitados.



CAPÍTULO 27

Nicko, 20 de diciembre

A la mañana siguiente, me despierto de una pesadilla espantosa sobre mi contrato sin firmar con los Rebels. La camiseta se me pega a la piel por el esfuerzo de perseguir en sueños unos documentos que se me escapaban una y otra vez. Cada vez que conseguía alcanzarlos, los directivos me los arrancaban de las manos e insistían en que antes tenían que volver a operarme de la rodilla.

Al despertar, gruño y me froto la cara con una mano, intentando borrar la pesadilla. Al parecer, ni siquiera acostarme con mi rival es suficiente para acabar con estas preocupaciones, lo cual, siendo sincero, no es algo en lo que debería estar pensando antes del desayuno. Aun así, me pregunto si Hart tendrá contacto regular con el equipo; quizá incluso haya recibido ya un borrador de su contrato. No es que pueda preguntárselo. Bastante malo es haberle hecho una mamada en el vestuario; no necesita otra cosa más de la que presumir.

Intento volver a dormirme, pero no lo consigo; doy vueltas de un lado a otro, inquieto, mientras los acontecimientos de ayer se repiten en mi cabeza.

La cena habría sido incómoda si Nate no nos hubiera entretenido con sus observaciones sobre la sala de urgencias del hospital.

No tengo una buena excusa para lo que pasó anoche. Mi borrachera y la confusión de Hart sobre mi identidad hicieron que fuera bastante fácil justificar aquel beso, igual que la rabia que nos hizo explotar en el vestuario. Pero no había ninguna razón lógica

para que volviera corriendo desde casa de los vecinos solo para arrinconar a Hart en el pasillo.

Quizá de verdad necesitábamos quitarnos esto de encima, como cuando sales a caminar para desentumecer un músculo agarrotado. Solo que... Cuando pienso en cómo mi polla entraba y salía de su culo provocador, me doy cuenta de que quizá tenga que caminar bastante para librarme de este «calambre» en particular.

Todavía está oscuro fuera cuando por fin me rindo y salgo de la cama. Me paso una sudadera de hockey por la cabeza y decido bajar al sofá para distraerme con alguna tontería en la televisión.

En cuanto salgo al pasillo, un ruido suave llama mi atención. Siguiendo el sonido, me desvío hacia la cocina. Parpadeo varias veces y me froto los ojos con una mano, pero la imagen que tengo delante no cambia.

Hart está plantado en medio de la estancia, en calcetines y con unos pantalones de deporte que le llegan hasta la rodilla. Los mechones negros de su pelo apuntan en todas direcciones y observa la placa de la cocina con el ceño fruncido. A su alrededor se amontonan sartenes y cazuelas de distintos tamaños sobre la encimera, además de un gran cartón de huevos.

—Tienes que tocarla —le indico al darme cuenta de que está intentando encender la placa. Es una cocina de inducción parecida a la que teníamos en los Países Bajos, ya que las de gas ponen nervioso a papá.

Hart da un respingo al oír mi voz ronca y se lleva una mano al pecho.

—Joder, Nicko —murmura.

—Podría ser Nate —replico para picarlo. La frase, sin embargo, me sale con una brusquedad que no pretendía.

Hart arquea una ceja y luego señala mi sudadera de B-Tech con un resoplido.

—Vale, tienes razón.

—De todas formas, también sé distinguirte sin ella, ¿sabes? —añade mientras se le arruga la frente.

—Sí, porque ya no intentamos engañarte. —Procuro mantener un tono despreocupado mientras me acerco y pulso la placa para

encender uno de los cinco fuegos.

Sé que no debería sacar el tema del intercambio de identidades cuando apenas hemos empezado a soportarnos, pero no puedo evitarlo: es como la tentación de tocar una superficie ardiendo sabiendo perfectamente que vas a quemarte.

—¿Lo hacéis mucho? —pregunta—. Eso de haceros pasar el uno por el otro. ¿Para tomarle el pelo a la gente?

Sé que esa no es la verdadera pregunta que quiere hacer, por eso me tomo mi tiempo antes de responder. Pongo en marcha la cafetera, una monstruosidad que solo prepara una taza cada vez y tarda una eternidad cuando hay invitados en casa. El ruido repentino de los granos moliéndose hace que Hart vuelva a sobresaltarse.

—Papá dice que el café para llevar es un robo —explico—. Le parece una tontería gastarse dinero en eso.

Hart se limita a asentir mientras permanece en silencio, observándome con los brazos cruzados sobre el pecho. Para entonces, la placa de inducción ya se ha apagado otra vez por falta de uso.

—No lo hemos hecho desde que empezamos la universidad —respondo por fin a su pregunta original con gesto impaciente—. Así que no tienes que preocuparte por haber sido amable conmigo sin querer antes.

Los hombros de Hart se desploman al instante y la tensión desaparece visiblemente de su mandíbula al asimilar la información.

—No... Eso no es... Quiero decir, ¿qué necesidad había de hacerlo, entonces? —suspira, alzando las manos.

Me encojo de hombros y me apoyo en la encimera mientras la cafetera llena la primera taza.

—Nunca hemos querido hacer daño a nadie con ello. Es verdad que, de vez en cuando, nos hacíamos pasar por el otro para algún examen o alguna presentación en el instituto, pero la mayoría de las veces era solo para gastar bromas a nuestros amigos y... Bueno, no me mires así. —Pongo los ojos en blanco cuando vuelvo a sentir al instante que me está juzgando. Me observa con el ceño fruncido.

—Lo que hacíais era básicamente hacer trampas. Lo sabes, ¿verdad?

Respiro hondo para evitar lanzarle un huevo a la cara.

—No, pero gracias por informarme. Según tú, ahora querrás que «haga lo correcto» y devuelva mi diploma de secundaria, ¿no? ¡Por Dios, Hart! No me digas que nunca hiciste ninguna travesura en la adolescencia.

—Por aquel entonces tenía otras preocupaciones.

Cierro la boca tan deprisa que mis dientes chocan entre sí de forma audible. Todo el mundo sabe que Hart fue adoptado por sus madres tras la muerte de sus padres, pero nunca ha hecho públicos los detalles; de hecho, es la primera vez que lo oigo mencionarlo. Probablemente ha sido un lapsus, porque se lleva la mano a la boca en un intento tardío de contener las palabras que acaba de pronunciar.

Me remuevo en mi sitio, muy consciente de que no tengo una buena respuesta y de que no hay nada que pueda hacer para que la situación resulte menos incómoda.

—Lo siento —exhalo tras otro instante de silencio, roto únicamente por la cafetera que va llenando la segunda taza—. Quiero decir, siento que tuvieras que pasar por algo así.

No lo digo por compromiso; estoy expresando lo que realmente siento. Ninguna rivalidad estúpida es tan importante como para desearle algo así a nadie, ni siquiera a uno de mis rivales.

—No te preocupes. Tengo dos madres maravillosas.

Parpadeo una vez y vuelve a ser el de siempre: postura recta y mirada penetrante, como si se estuviera preparando para un enfrentamiento. Pero hay un leve temblor en sus dedos cuando intenta alcanzar los huevos.

—Así que no hay motivo para que te comportes bien conmigo solo porque sientes lástima por mí —añade mientras rompe el primer huevo contra el borde de la encimera. Usa demasiada fuerza; la clara salpica la superficie y luego gotea lentamente hasta caer al suelo. Hart maldice y echa el huevo, junto con parte de la cáscara, a la sartén fría.

—¿Qué tiene de malo sentir pena por tu pérdida? Es una experiencia horrible —digo con cautela mientras lo observo intentar sacar los trozos de cáscara con los dedos.

—No hace falta que busques otra razón por la que los Rebels me preseleccionaron. Ya sabes, haber perdido a mis padres además de ser gay.

Resoplo, sorprendido por sus palabras.

—Nunca dije que te hubieran preseleccionado porque eres gay. Eso es lo que interpretaste en tu puta cabeza.

—¿Ah, sí? Porque estoy bastante seguro de que todavía podemos encontrar la entrevista en internet y... ¡Mierda!

Me muerdo el interior de la mejilla para no reírme. Hart ha pisado el pequeño charco de clara de huevo del suelo, lo que ha hecho que resbale y se golpee el dedo gordo del pie contra la isla de la cocina. Soltando otra sarta de improperios, se apoya en la encimera de enfrente y se frota el pie.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —pregunto por fin, señalando la cocina en un intento de escapar de todos los temas incómodos.

—Preparar el desayuno.

—Ah, me alegra saberlo. Parece más bien la escena de un crimen.

Hart me fulmina con la mirada mientras sigue haciendo equilibrio sobre un pie.

—Quería sorprender a tus padres para agradecerles que me hayan acogido durante las fiestas —resopla, con un rubor rosado en las mejillas.

Cojo una de las tazas de café, más que nada para ocultar mi sonrisa mientras doy el primer sorbo.

—Y yo que pensaba que intentabas impresionarme.

—¿El orgasmo que te di no fue lo bastante impresionante?

Me río con la boca llena de café y el líquido caliente me quema la lengua y la garganta. Hart suelta una risa por lo bajo, y yo le clavo una mirada asesina mientras toso, inclinado sobre el fregadero.

—En realidad, no te mereces esto —le informo un momento después, poniéndole la segunda taza de café en la mano y haciéndole un gesto para que me deje sitio.

Hart se aparta con una protesta silenciosa y se sienta en la encimera; sus largas piernas cuelgan a mi lado mientras observa mis movimientos con curiosidad.

—¿Sabes cocinar?

—Son solo huevos revueltos, Hart. No tienen ningún misterio. —Saco los últimos trozos de cáscara con la punta de un cuchillo antes de verter la yema solitaria en un cuenco. A pesar de mis palabras, no puedo evitar lucirme rompiendo el siguiente huevo con una sola mano.

—Engreído —resopla Hart, como era de esperar, y me da una leve patada que me arranca una sonrisa.

—¿Acabo de descubrir una debilidad de *Alejandro Magno* Hart? —pregunto con sorna.

—No me llames así.

—Ah, claro, nombres de pila. Solo Alex, entonces.

—*Xander* —me corrige con un gruñido, y de repente, recuerdo lo de ayer. Un escalofrío inesperado me recorre la espalda al evocar la facilidad con la que se movió sobre mí, sus caderas pegadas a las mías. Sacudo la cabeza para deshacerme de la imagen.

—¿Por qué eres tan pesado con el apodo? —pregunto mientras empiezo a batir los huevos.

Hart guarda silencio un instante, mordiéndose el labio inferior mientras me observa trabajar.

—Hay demasiados Alex —responde con un suspiro—. En la casa de acogida donde estuve después de que murieran mis padres había tres.

Me entran ganas de pegarme una patada por haber vuelto sin querer a ese tema.

—Así que tú... —empiezo, pero me quedo callado cuando echo los huevos en la sartén ya caliente, sobre la mantequilla derretida.

—Sentí la necesidad de diferenciarme. Preferí ser el cachorro con manchas en una camada marrón.

Me dedica una sonrisa ladeada, pero se me encoge el corazón al pensar en niños esperando ser elegidos como cachorros en un refugio justo antes de Navidad.

—¿Querías que te adoptaran? —pregunto, dándome cuenta de que no sé nada de sus orígenes. Uno pensaría que sí, que ese era el objetivo, pero cuanto más lo pienso, más espantosa me parece la idea de irte a vivir con completos desconocidos.

—Por lo que recuerdo, no; al principio, no. Era más bien... lo que todo el mundo esperaba que quisiera. —Hart se aclara la garganta. Sus ojos azules permanecen fijos en mis manos, ocupadas en remover los huevos con la espátula—. Cuando me fui a vivir con mis madres, tardé mucho tiempo en entender que estaba bien quererlas como a unas madres y que no estaba traicionando a mis padres biológicos.

Se me corta la respiración y tiro del cuello de mi camiseta. Esta no es la conversación que imaginaba tener con Hart esta mañana. Ni nunca. De algún modo, no consigo quitarme de la cabeza lo que ha dicho sobre la necesidad de diferenciarse de los demás; para destacar y agradar.

—Entonces tendré que ponerte un apodo completamente nuevo —digo tras un largo momento de silencio. Reparto la primera tanda de huevos revueltos en los platos y le paso a Hart una tabla de cortar y unos pimientos para que los pique.

—¿Por qué no puedes usar el apodo que ya tengo? —pregunta con un gruñido, y yo sonrío con suficiencia.

—Porque todo el mundo te llama así... y a mí también me gusta ser el único cachorrito con manchas.



CAPÍTULO 28

Xander, 26 de diciembre

Con una aparente tregua entre Nicko y yo, las vacaciones de Navidad han pasado volando.

Sacamos a Coach a pasear varias veces más, arrastrando a Nate con nosotros, aunque él siempre se quedaba rezagado, interactuando lo menos posible con el perro. Yo no puedo decir lo mismo. Le lanzo a Coach todos los palos que quiere y corro con él por la nieve, intentando tentarlo con chuches para que me preste más atención que a Nicko.

También despejamos la entrada un par de veces más, aunque ya sin guerras de bolas de nieve, porque empezó a hacer más frío y la nieve se congelaba durante la noche. De hecho, tuvimos que esforzarnos para que el señor y la señora Van der Hoff pudieran ir a trabajar sin problemas.

La Navidad llega rapidísimo. Pasamos la mañana como una típica familia estadounidense, intercambiando regalos.

Tengo una botella de vino para el señor y la señora Van der Hoff, junto con unos dulces de sirope de arce de Vermont. A Nate le regalo un libro nuevo y a su hermano también le doy un pequeño paquete. Cuando llega mi turno, Nate me regala un lector electrónico. El detalle es tan caro que me hace sentir incómodo.

El regalo de Nicko para mí es un sobre. Casi espero que sea una de esas tarjetas que reproducen música sin parar cuando las abres. Le lanzo una mirada rápida, pero está demasiado ocupado molestando a Nate, que ya se ha sumergido en su nuevo libro.

Abro el sobre. Es una tarjeta, pero no suena ninguna canción. No hay nota, solo un código para una suscripción a los juegos del *New York Times*. Lo que significa que voy a tener Wordle ilimitado durante todo un año. Me sorprende lo bien pensado que está el regalo y siento que los calzoncillos con el logotipo de los Rebels y el paquete de gominolas que le he comprado no están a la altura. Estoy a punto de decirlo en voz alta, pero al final me lo pienso mejor y me quedo callado.

Cuando la emoción de los regalos se disipa, nos acomodamos más o menos en silencio en el sofá. Nate y yo resolvemos el Wordle del día y luego nos maravillamos con todos los juegos nuevos que me ofrece la suscripción. Nos quedamos haciendo crucigramas hasta que llega la hora de cenar.

Me siento extraño celebrando la Navidad con otra familia. No sé si es por la conversación que tuve con Nicko el otro día, un tema que no deja de rondarme la cabeza, pero me cuesta no compararlo con la época en que acababan de adoptarme.

Me alegro cuando puedo excusarme de la mesa, llevarme mi plato y sentarme ante el escritorio de la habitación de invitados. La pantalla de mi portátil permanece en negro durante unos segundos antes de que la videollamada se conecte.

—¡Feliz Navidad! —gritan mis madres al unísono. Las dos están sentadas delante de un pequeño árbol decorado con lucecitas, bolas rojas y algunos adornos que reconozco al instante porque los hice yo mismo en el colegio.

Nuestro perro, Marigold, ladra emocionado ante tanto entusiasmo. Lleva puesto un gorro de Papá Noel durante medio segundo, pero luego se sacude y el gorro sale volando por los aires. Vuelve a ladrar y sale corriendo detrás de él.

Se me encoge el corazón mientras todos nos echamos a reír.

—Feliz Navidad, mamá —sonrío, guiñándole un ojo a mi otra madre—. Y feliz Navidad a ti también, mamá.

—¡Qué descarado! ¿Eso es lo que te enseñan en la universidad?

—¡Pareces más delgado! ¿Estás...?

—¡Sí, mamá, estoy comiendo bien! —la interrumpo—. De hecho, estoy comiendo muchísimo. ¡Mira! —Les enseño el plato, en el que

todavía queda la mitad de una cena increíble. Les describo lo que estoy comiendo y ambas asienten sonrientes.

—¡Suena maravilloso! Por favor, dales recuerdos a los Van der Hoff de nuestra parte. Esperamos que hayas pasado una Navidad estupenda.

—Sí, me lo estoy pasando genial —respondo con una sonrisa, tragando saliva con dificultad—. ¿Habéis recibido vuestros regalos?

—Sí —sonríe Bea, apartándose el pelo de la cara mientras coge los paquetes envueltos que les envié semanas atrás para asegurarme de que llegaran a la Costa Oeste a tiempo—. Queríamos esperarte para abrirlos.

—No es gran cosa —me apresuro a decir mientras ambas rompen el papel de regalo. Hay más dulces de sirope de arce y chocolates, una bufanda de colores para Bea y unos guantes de jardinería nuevos para Darla. Espero poder mimarlas como se merecen cuando reciba el bono por la firma de mi contrato.

Se entusiasman con los regalos antes de bombardearme con preguntas sobre las vacaciones, los exámenes, el hockey y mil cosas más con las que consiguen marearme.

Acabamos hablando tanto tiempo que no me doy cuenta de que la habitación ha ido quedando a oscuras hasta que tengo que entrecerrar los ojos para ver bien la pantalla. Me sobresalto cuando una silueta aparece reflejada en la ventana, justo detrás de mi portátil, recortada por la luz que se cuela por la rendija de la puerta.

—Me cago en... —Consigo reprimir a duras penas la palabrota que estaba a punto de soltar, pero aun así mis madres emiten un sonido de desaprobación desde la pantalla.

—Solo venía a decirte que bajes a por el postre antes de que Nicko se lo coma todo —explica Nate. Detrás de él se oyen varias protestas.

—¡Te he oído!

—¡Imposible!

Resoplo ante las discusiones de los gemelos.

—Estoy hablando con mis madres. El postre puede esperar.

—¿Lo ves? ¡Ni siquiera lo quiere!

El volumen de la conversación va disminuyendo a medida que bajan las escaleras. Sigo sonriendo cuando vuelvo la atención a la pantalla.

—Ve, Xander. Ya volveremos a hablar pronto —dice Bea con una amplia sonrisa.

—Vale. —Siempre cuesta colgar, pero la verdad es que quiero descubrir qué es exactamente y a qué sabe un «tronco holandés de Navidad».

—¡Buenas noches! ¡Hablamos pronto! ¡Felices fiestas! —repito, despidiéndome con la mano antes de cerrar la videollamada.

***

En nuestro último día de vacaciones, el señor Van der Hoff ha preparado otra comida increíble y hemos jugado una partida de cartas que he perdido, aunque no me importa porque ha sido divertido.

Mi cabeza no para mientras hago la maleta. Doblo camisetas que se han mezclado con mi ropa interior y mis calcetines. Probablemente sea un esfuerzo inútil y todo vuelva a parecer igual de caótico cuando deshaga el equipaje en la residencia, pero sé que no vale la pena intentar dormir mientras sigo dándole vueltas a todo lo que ha pasado estos últimos días.

No dejo de preguntarme si la frágil paz entre Nicko y yo sobrevivirá cuando regresemos a Vermont o si volveremos a pasarnos el día discutiendo.

Durante estos últimos días tampoco hemos tenido ocasión de comprobar si somos capaces de llevarnos bien sin Nate de por medio.

Al final me meto en la cama e intento dormir un poco. No sirve de nada. Doy vueltas y más vueltas durante lo que parecen horas hasta que termino hartándome de repetir las mismas preguntas una y otra vez.

Nicko y yo pensamos que podíamos dejar todo aquello como algo puntual, pero no consigo sacarme esa tarde de la cabeza. Como mínimo, quiero volver a hablar del tema. «Quizá...». Me interrumpo

a mí mismo a mitad del pensamiento. ¿Por qué seguir especulando cuando puedo limitarme a preguntárselo?

Me pongo unos pantalones de chándal sobre los calzoncillos, pero no me molesto en ponerme una camiseta. Me siento como un intruso al bajar las escaleras por la casa en silencio, todas las habitaciones están a oscuras hasta que llego al salón.

Como esperaba, la televisión sigue encendida. Con la poca luz que hay necesito mirar dos veces para asegurarme de que es Nicko quien está sentado allí, iluminado por el resplandor azulado de la pantalla. Está viendo repeticiones del Frozen Four del año pasado. Reconozco las camisetas amarillas de la Universidad de Boston contrastando con el rojo brillante de los Chicago Comets.

—Eh —susurro para no asustarlo. Aun así, se sobresalta y agarra el mando a distancia. A la luz de la televisión, sus ojos parecen casi azules cuando se vuelven hacia mí.

—¿Pero qué demonios...? —gruñe Nicko. Durante un instante veo cómo está a punto de llamarme por mi apellido antes de interrumpirse.

—Perdón —digo, aunque en realidad lo que quiero decir es «qué exagerado eres»—. ¿Puedo hablar contigo un momento?

—Tengo la sensación de que, aunque te diga que no, vas a hablar igualmente —replica con descaro, aunque baja el volumen mientras yo me siento en el borde del sofá. Luego me lo pienso mejor y me acerco un poco más para no tener que levantar la voz.

—Solo quería asegurarme de que estamos bien —empiezo despacio, atrapándome el labio inferior entre los dientes. Las palabras no son las mejores, pero espero que Nicko entienda a qué me refiero.

Él resopla y arquea las cejas.

—Ah, claro. ¿Y por qué no íbamos a estarlo?

—Porque nosotros...

—Por Dios, Alex... Xa... Xanxan.

—¿Ese es el mejor apodo que se te ha ocurrido? No parece muy digno de un cachorro especial con manchitas.

—Cállate. Además, ¿por qué te pones tan intenso? Tuvimos sexo, ¿y qué? —Las últimas palabras las susurra mientras lanza una

mirada por encima del hombro, como si esperara que recorrieran toda la casa como una alarma.

Intento no tomármelo como algo personal y lo intento de nuevo.

—Ya lo sé. Y no me estoy poniendo intenso, es solo que... Lo que pasó entre nosotros... Quiero decir... —Dios, odio tartamudear así. Me interrumpo, respiro hondo y me enderezo en el sofá.

No soy de esos que se sonrojan por cualquier cosa, ni tampoco de los que se enamoran de cualquiera con quien se acuestan, pero en este caso no siento que haya sido solo sexo.

Al fin y al cabo, he odiado a Nicko durante tres años, y no sin motivo. Pero luego, estos últimos días, he visto facetas de él que me recuerdan todos aquellos momentos tensos entre nosotros cuando pensaba que era Nate: las sensaciones distintas que despertaba en mí el que creía mi mejor amigo y las chispas que hacían que todo pareciera un desafío.

Quiero más de eso. Como mínimo, quiero asegurarme de que no soy el único que ve al otro de una manera distinta ahora.

Me giro para mirarlo de frente, sin dejarle margen para esquivar la conversación.

—A lo que me refiero... —empiezo de nuevo, con voz firme y un poco más alta que antes— es a que quería preguntarte...

Nicko se pone de rodillas y se inclina hacia mí hasta tener que apoyarse con una mano sobre mi pecho.

—Cállate, Xanxan —susurra, como si su repentina cercanía no me hubiera dejado ya sin palabras. Su boca roza la mía mientras me empuja hacia atrás.

Caigo sobre los cojines con el cuerpo de Nicko encima. Cedo bajo su peso y le rodeo la cintura con un brazo, mientras la otra mano encuentra el camino hasta enredarse en los finos mechones de su pelo. Inclina la cabeza y ambos jadeamos antes de volver a lanzarnos el uno sobre el otro.

Los dientes de Nicko chocan con brusquedad contra mi labio inferior. Le tiro del pelo en respuesta al dolor punzante de su mordisco.

Gruñe y, un instante después, su lengua se desliza dentro de mi boca, empujando contra la mía. Como siempre, lucha por tomar el

control.

Hago todo lo posible por resistirme, incluso cuando estoy en desventaja, con mis piernas atrapando las suyas y mis manos tirando de él para acercarlo cada vez más, en lugar de apartarlo o intentar darle la vuelta.

Sus caderas rozan las mías y me separo de su boca con un gemido áspero.

Los dos nos quedamos inmóviles, tensos, esperando escuchar cualquier ruido que indique que alguien nos ha descubierto.

La casa permanece en silencio.

Beso el suspiro de alivio que escapa de los labios de Nicko y lo sigo cuando se incorpora. Mis manos se deslizan por sus muslos, bajo el borde de su camiseta. No he llegado a formular la pregunta, pero el momento ya ha pasado. Su interrupción ha sido respuesta suficiente.

Si quiere que lo nuestro sea estrictamente físico, me parece bien. Y si de verdad iba en serio con aquello de «solo para quitarnos las ganas»... Bueno, yo todavía no me las he quitado.

—Subamos arriba. —Deslizo las manos por debajo de sus rodillas. Cuando me levanto del sofá, me lo llevo conmigo, con las piernas rodeándome la cintura.

Nicko suelta un jadeo brusco, luego se tapa la boca con una mano, mientras la otra se aferra a mi cuello.

—¡Eres un creído! —consigue decir mientras doy unos pasos y me dirijo hacia las escaleras. Subirlas con su peso añadido va a ser todo un reto.

—Más de diez kilos, ¿te acuerdas? —Sonrío con suficiencia, inclinándome para rozarle el cuello con la nariz. Lo tengo demasiado cerca como para desaprovecharlo, así que también le beso el punto donde le late el pulso, arrancándole otro gemido ahogado que, incluso amortiguado tras su mano, llega hasta mí.

—Sí, sí. Eres un chico grande y fuerte, pero si te destrozas la espalda, no podrás jugar al hockey —resopla Nicko. Se retuerce, pero yo le sujeto las piernas con más firmeza mientras subo los escalones.

Por suerte, la habitación de invitados es la más cercana, porque, aunque me guste presumir delante de él, Nicko tampoco es precisamente un peso pluma. Empujo la puerta con el pie para cerrarla detrás de nosotros y lo llevo hasta la cama.

—¡No te atre...! —La protesta de Nicko se interrumpe cuando lo dejo caer sobre el colchón.

Sonriendo, me dejo caer encima de él antes de que pueda seguir quejándose y lo hago callar con un beso.

Al principio gruñe y ladea la cabeza para esquivarme.

Sin inmutarme, deslizo los labios por su mandíbula mientras tarareo por lo bajo.

Nicko no tarda en perdonarme y tira de mí para darme otro beso. Sus dedos recorren mi pelo y luego descienden por mi espalda y mis costados. Cuando llegan a mis caderas, tira de mis pantalones.

No dejo que me meta prisa; en lugar de eso, me concentro en subirle la camiseta. Gimo suavemente al descubrir la piel tersa que queda expuesta y bajo la cabeza para cerrar los labios alrededor de su pezón izquierdo.

—¡Idiota! —me espeta Nicko. Se enreda con su propia camiseta y resopla antes de conseguir quitársela por fin y arrojarla a un lado.

Sonrío y sigo explorando su piel con la boca, lamiendo desde sus pectorales hasta los abdominales, arrastrando la lengua por los surcos que separan sus músculos. Cuando llego a los pantalones del pijama, se los bajo. Es una lucha, porque Nicko se retuerce impaciente, más estorbo que ayuda, pero al final consigo quitárselos y deslizar las manos por sus muslos, jugando con el borde de sus calzoncillos.

Levanta las caderas, esperando que también se los quite, pero en lugar de hacerlo me inclino para posar la boca sobre el bulto que crece bajo la tela. Su piel irradia calor incluso a través de la ropa interior.

—¡Deja de jugar! —protesta Nicko, moviendo las caderas otra vez y clavando los talones en el colchón para arquearse aún más. Sus manos se atascan intentando bajarse los calzoncillos. Me río y aprovecho los pequeños fragmentos de piel que deja al descubierto, pero no lo ayudo a librarse de la prenda—. ¡Hart! —protesta con

brusquedad, empujándome la cabeza con una mano. Resoplo y meto los dedos por debajo del elástico para bajarle los calzoncillos.

—Eres un malcriado —digo mientras sigo descendiendo por sus caderas y lo miro antes de hundir la nariz en la mata de vello de su pubis—. No debería recompensarte.

Aun así, dejo que mis labios recorran lentamente su erección y veo cómo echa la cabeza hacia atrás con un gemido. La imagen es tan erótica como estimulante, así que continúo, depositando besos breves en la cara interna de sus muslos antes de cerrar los dedos alrededor de la base de su miembro.

Paso la lengua por la punta y luego lo introduzco en mi boca.

—Oh, mierda... Dios mío —gime Nicko. Las piernas se le tensan mientras impulsa las caderas hacia mí.

Lo dejo acercarse y cierro los ojos para concentrarme en respirar por la nariz, inclinando ligeramente la cabeza para apoyarme en las manos que se enredan en mi pelo.

Sentirlo entrar y salir de mi boca mientras mueve las caderas me produce un ligero mareo. La respiración de Nicko es igual de irregular, mezclada con jadeos y gemidos que se vuelven cada vez más frustrados a medida que pierde el ritmo.

Emito un sonido suave cuando consigo llegar más hondo, ahora que por fin ha dejado atrás los movimientos bruscos.

—¡Joder, Xander! ¡Muévete!

Mis labios se curvan en una sonrisa burlona alrededor de él mientras evito deliberadamente hacer lo que me pide. En su lugar, me concentro en retirarme despacio, succionando la punta de su pene erecto.

Se arquea unas cuantas veces más, pero los músculos de sus muslos tiemblan junto a mi cabeza. Con un gemido frustrado, acaba desplomándose sobre el colchón; las caderas aún le tiemblan, pero ya no consigue levantarlas.

Mis manos ascienden por su cuerpo, recorriendo su silueta, mientras me retiro despacio para dejar un chupetón sobre el hueso de su cadera. Su erección tiembla.

—¿Ya te has cansado?

—¡Eres un...! —La protesta se interrumpe cuando vuelvo a cerrar los labios alrededor de él, ahuecando las mejillas mientras desciendo por toda su longitud.

Cuando roza el fondo de mi garganta, retrocedo de nuevo.

Inclinado sobre él, puedo marcar el ritmo ahora que Nicko está tumbado, jadeando y sin interrumpirme con el movimiento de sus caderas. Lo aprovecho al máximo, alargando cada movimiento para deslizarme lo más despacio posible, manteniendo los labios y las mejillas tensos a su alrededor. Luego vuelvo a subir, recorriendo con la lengua la parte inferior de su pene.

Respiro hondo una vez más y me deslizo hacia abajo de nuevo, esta vez llevándolo más lejos.

Se sobresalta bajo mis manos y deja escapar un gemido ahogado. Los dedos se le tensan en mi pelo. Debe de estar cerca del clímax.

Durante un instante juego con la idea de hacerle a Nicko lo mismo que me hizo él en el vestuario: dejar que termine en mi boca para luego obligarlo a probar su propio semen. Pero, a medida que sus gemidos se vuelven más intensos, la idea de tragármelo resulta demasiado tentadora. Parpadeo y cierro los ojos mientras lo siento deslizarse, caliente, por mi garganta. Su sabor y su olor me envuelven mientras emito un gemido grave y los dedos se me clavan en sus caderas. Se incorpora por última vez y su respiración entrecortada se interrumpe por completo cuando alcanza el orgasmo.

Trago por reflejo casi todo el semen, saboreando las últimas gotas saladas cuando me aparto. Me aseguro de no dejar nada, recorriéndolo lentamente con la lengua hasta que me aparta la cabeza con las manos y deja escapar un leve gemido.

Sin prestar demasiada atención a la tensión que me oprime la entrepierna, vuelvo a subir a la cama y me dejo caer pesadamente junto a Nicko.

Me deslizo una mano por dentro de los pantalones y gimo por lo bajo al cerrar los dedos alrededor de mi erección, en un gesto casi doloroso. La otra mano descansa sobre la cadera de Nicko, acariciándole la piel. Rozo una de sus mejillas con la nariz hasta encontrar sus labios.

Es un beso torpe y desordenado. Él sigue aturdido por el orgasmo y yo estoy al borde del mío. Apenas necesito unos cuantos movimientos más antes de correrme en mi mano y en los calzoncillos, dejando escapar un gemido suave que ahogo contra el hombro de Nicko.

De repente, todo mi cuerpo pesa una tonelada y el nerviosismo que me mantenía despierto hace apenas unos minutos se convierte en un recuerdo lejano.

—Ahora estamos en paz —murmuro, apenas consciente de lo que digo antes de quedarme dormido, disfrutando del calor de otro cuerpo junto al mío.



CAPÍTULO 29

Xander, 13 de enero

Han sido tres semanas difíciles desde Navidad, al menos en lo que respecta al hockey. Aunque ganamos por los pelos los dos primeros partidos del año, parece que nuestra racha de buena suerte ha llegado a su fin.

—Joder, colega, vaya regalo de cumpleaños de mierda —suspira Nate mientras se deja caer en el banco a mi lado, en el vestuario.

Resoplo en señal de acuerdo. Es una mierda perder el día de tu cumpleaños, pero no es la única razón de mi mal humor. La derrota de hoy me escuece especialmente. La última vez que jugamos contra los Grizzlies tuvimos una ventaja inesperada: Nicko. Duele no haber podido vencerlos sin él.

Me pregunto si ese pensamiento también le habrá pasado por la cabeza a mi mejor amigo mientras me deslizo hasta apoyar la cabeza en su hombro. Ambos estamos sudados, demasiado cansados siquiera para pensar en la ducha y en quitarnos de encima el partido, pero el contacto resulta familiar y reconfortante. Ya no siento ese cosquilleo extraño cada vez que nos tocamos. El malentendido del año pasado se ha aclarado por completo y lo hemos dejado atrás.

Y, sinceramente, es un alivio volver a tener a Nate como mi mejor amigo. También he hecho las paces con el hecho de que rompieran las normas, porque le debo mis vacaciones de invierno a aquel plan disparatado de Nate.

Aunque tampoco es que vaya a contárselo.

—Bueno, nada como una fiesta para animarnos —comenta Nate mientras rebusca en busca de una toalla.

Yo también me incorporo.

—Sí, claro, ¿no? —Consigo sonreír, aunque no estoy de acuerdo. Una fiesta es lo último que me apetece. Preferiría volver a la residencia, compartir comida para llevar y una cerveza con Nate, y luego meterme en la cama para apartar de mi cabeza cualquier pensamiento que me recuerde esta derrota.

—Déjame ducharme y cambiarme. Después soy todo tuyo esta noche. —Le guiño un ojo mientras me levanto del banco.

Nate se ríe y me devuelve el gesto.

—¡Oh, el sueño de mi vida! —se burla—. En fin, había pensado que podríamos pasarnos por la fraternidad Sigma y quizá encontrarnos con los chicos —añade, exponiendo su plan para la noche. Lo dejo explicarse, contándome adónde tenemos que ir y por qué, mientras voy soltando algún «ajá» de vez en cuando, me quito las protecciones y por fin me meto bajo el chorro de agua caliente.

***

Media hora después, estamos de vuelta en nuestra residencia. Me quedo unos minutos esperando en el coche de Nate, revisando mensajes directos de Instagram. Hace un rato me han llamado mis madres y todavía sonrío al pensar en nuestra conversación. Además, teniendo en cuenta el pésimo regalo de cumpleaños que ha sido perder el partido, me ha venido bien sentir su cariño y atención. Aunque solo haya sido por teléfono, ahora tengo la cabeza mucho más despejada.

—¿Nos vamos, cumpleañero? —Nate por fin ha terminado de cambiarse y corre hacia el coche.

—Vámonos.

Como es mi cumpleaños, Nate insiste en conducir. Su ritmo pausado al volante acaba adormeciéndome y termino cayendo en un sueño ligero. No me despierto hasta que el coche pasa por un bache y doy un respingo. Miro por la ventanilla y frunzo el ceño al no reconocer de inmediato dónde estamos.

—¿Dónde es esta fiesta?

—Aquí. —Nate sonríe mientras se baja del coche.

Alzo las cejas, pero lo sigo de todos modos. Me ha traído al centro de Bonham. Las luces brillan a nuestro alrededor y algunas incluso proyectan reflejos de colores sobre la acera. Observo las serpentinas y luego el nombre del local al que me ha traído.

Entonces me giro hacia él.

—¿La Cueva del Arcoíris? ¿En serio?

—Vamos, ¿de verdad pensabas que iba a arrastrarte a una fiesta de fraternidad el día de tu cumpleaños? —sonríe Nate mientras me empuja hacia las luces de neón. Se ríe al ver mi expresión, y su voz se multiplica cuando varios de nuestros compañeros aparecen por una esquina para reunirse con nosotros.

—¡Feliz cumpleaños! —gritan entre vítores, atrayendo la atención de varios grupos de personas.

Me sonrojo cuando Baker y Taylor me abrazan, celebrándolo como si hubiera marcado el gol de la victoria en lugar de simplemente... existir.

—Chicos, no hacía falta que montarais todo esto —protesto, intentando escapar de tanta efusividad.

—Vamos, Hart, como si fuéramos a desaprovechar una excusa para montar una fiesta —replica Baker. Lleva una bufanda de colores tan llamativa que parece robada del armario de su abuela.

Algunos de mis compañeros miran alrededor con cierta inquietud mientras nos dirigimos a la entrada, pero todos acaban entrando a rastras en la discoteca. Nos acomodamos en un reservado y Nate se sube a la mesa para proponer un brindis.

—Por nuestro *Alejandro Magno*. ¡Que tenga una larga vida, marque muchos goles y se acueste con alguien esta noche!

Los chicos gritan y silban mientras chocamos los vasos. Espero que nadie en esta discoteca sepa quién soy, porque noto cómo me pongo rojo de vergüenza con tanta atención.

Por suerte, en cuanto se han tomado un par de copas, todos se dirigen a la pista de baile y yo me dejo arrastrar.

La música ensordecedora borra todos mis pensamientos, y me encanta. El ambiente, la facilidad con la que la gente conecta, los

cuerpos que chocan entre sí más o menos adrede... Todo encaja y me permito relajarme.

De vez en cuando noto manos en mi espalda, en mis hombros o incluso en mis caderas. Pero, aunque sigo el juego y disfruto de la atención, algo falla. No siento ese cosquilleo en el estómago, ni esa chispa de emoción. Así que acabo rechazándolos a todos y me acerco más a mis compañeros para evitar nuevos intentos indeseados.

Esta noche quiero celebrarlo con ellos, no terminar en la cama con alguien.

En algún momento acabo al borde de la pista, sudoroso y algo achispado, esperando a que el camarero se gire hacia mí. Alguien se apoya contra mi espalda. Como doy por hecho que es Nate, le paso un brazo por la cintura antes de girarme para mirar.

Un desconocido me sonríe y retiro el brazo de inmediato.

—Oh... Eh, hola.

—¿Quieres tomar algo? —El chico me ofrece un vaso con una sonrisa que deja muy claras sus intenciones. Es guapo, con el pelo castaño ondulado y los ojos oscuros.

Mi mirada baja hacia su pecho bien definido y luego hasta sus abdominales impresionantes. Sin embargo, sus músculos están enmarcados por la camisa más fea que he visto en mi vida: una mezcla de colores imposibles formando estampados aleatorios sobre la tela desabotonada. Mirarla me marea, así que aparto la vista.

Él se esfuerza por dedicarme una sonrisa seductora y acerca las caderas a las mías.

Me muerdo la lengua, indeciso. Pero, otra vez, no hay chispa, no siento nada. Quiero disfrutar de la noche, pero no con él.

—No, gracias.

Levanto mi vaso y le dedico una sonrisa educada. Su expresión se ensombrece, pero alza su propia bebida antes de alejarse para probar suerte en otra parte.

Hay algo raro en el ambiente esta noche.

Doy un trago y tarareo al notar que mi mejor amigo me observa.

—¿Qué?

—¿No era tu tipo? —pregunta Nate, ladeando la cabeza antes de señalar al otro chico con la barbilla.

Sigo el gesto con la mirada, pero el tipo ya ha desaparecido entre la multitud, así que me limito a encogerme de hombros.

—No he venido a ligar con nadie —digo por fin. Aunque quizá me ayudaría a sacarme a Nicko de la cabeza, todavía no estoy preparado para sustituir mis fantasías—. Pero parece que Baker sí —añado, esperando distraer a Nate. Nuestro compañero está bailando con otro chico, aunque se ríe demasiado fuerte como para que parezca algo serio. Finjo no notar la mirada de Nate y regreso a nuestra mesa.

***

Ya ha pasado la medianoche cuando nuestro grupo empieza a dispersarse poco a poco. Los que quedamos nos subimos al coche de Nate, que nos lleva de vuelta a las residencias.

Incluso después de ducharme sigo notando el leve efecto del alcohol, pero no estoy borracho. No me había sentido tan relajado desde Navidad.

Voy a por el móvil para poner la alarma del día siguiente y hago una mueca al encontrarme con la pantalla negra. Busco el cargador en mi bolsa, pero no aparece por ninguna parte. Suelto un gruñido de frustración cuando tampoco lo encuentro en el escritorio.

—Oye, ¿me dejas tu cargador? —pregunto por encima del hombro mientras me acerco al escritorio de Nate.

—¡Claro! —responde mi compañero de habitación desde el pasillo.

Asiento distraídamente y abro uno de sus cajones. Con un suspiro, rebusco entre envoltorios pegajosos de barritas de proteínas y apuntes arrugados. Cuando cierro ese cajón y abro el siguiente, encuentro el cargador de Nate enterrado bajo un montón de folletos rosas y otros papeles. Voy apartándolo todo, pero algo llama mi atención. «Haz tu máster en Escritura Creativa», proclama uno de los folletos.

Parpadeo, atónito. Lo observo durante unos segundos, lo cojo y vuelvo a dejarlo sobre la mesa. Solo hay un código QR para una

sesión informativa y varias citas que elogian la accesibilidad y la eficacia del programa *online*.

—¿Lo has encontrado?

Me giro hacia Nate con el folleto todavía en la mano. Se detiene delante del espejo, se pasa una mano por el pelo y, al ver el papel, baja la mirada con una mueca.

—¿Estás pensando en hacer un máster? —La idea de que Nate siga estudiando es como una astilla de hielo clavándoseme entre las costillas.

—Bueno... Sí, más o menos. —Se encoge de hombros.

—Vale, pero... ¿y los Pioneers?

—Me eligieron en tercera ronda del *draft* —resopla Nate—. No hay ninguna garantía de que vaya a entrar directamente en la plantilla.

—Eso no lo sabes —replico de forma automática, pero enseguida bajo la cabeza y levanto una mano antes de que pueda protestar—. Perdona. Entonces... ¿vas a dejar el hockey? ¿Para siempre?

—¡No! Quiero seguir jugando. Es solo que... Cuando os veo a ti y a Nicko, no me siento preparado para la NHL. No quiero pasarme el tiempo calentando banquillo. Y menos aún que la gente piense que he llegado ahí porque mi padre jugó dos temporadas con los Pioneers.

Me estremezco al oírlo, pero Nate continúa, moviendo las manos frenéticamente como si intentara dibujar la idea en el aire.

—He hablado con mi padre. Este verano me ayudó a ponerme en contacto con el cuerpo técnico de la organización. Podría empezar en el filial. Quieren probarme en distintas posiciones y ver dónde podría encajar mejor.

—Espera. —Me llevo una mano a la frente porque siento que la cabeza me da vueltas con toda esta información nueva. De repente, me arrepiento de haber aceptado tantas bebidas de colores, pensar con claridad ahora mismo resulta imposible—. ¿Ya te habías reunido con ellos? ¿Durante el verano? Entonces no solo no había ningún ojeador cuando hiciste que Nicko se hiciera pasar por ti..., sino que además ya sabías que no ibas a jugar con los Pioneers.

—Ya te he explicado por qué lo hice, Xan. Sabía que no tenía nada que perder, pero Nicko necesitaba... ¡un empujón! ¡Y ha funcionado!

—Rechino los dientes y Nate levanta las manos, probablemente frustrado porque estamos teniendo esta misma discusión otra vez.

—¿No crees que esto es algo que Nicko habría querido..., no, más bien merecido saber?

—¡No! —La contundencia de la respuesta de Nate me hace dar un paso atrás. Niega con la cabeza mientras me arrebata el folleto de las manos y lo guarda dentro de su portátil cerrado, fuera de la vista de ambos.

—No lo entendería, Xan.

—¿Qué? ¡Vamos, Nate, es tu hermano! ¡Habláis todos los días! Estoy seguro de que él...

—¡No, Xan! —Nate me agarra del hombro y me sacude como si eso pudiera reorganizar sus palabras dentro de mi cabeza para que cobren sentido. No me resisto; simplemente me aferro a su brazo. El contacto resulta reconfortante.

—Mira, sé que Nicko juega mejor que yo. —Nate habla tan deprisa que no me da tiempo a interrumpirlo para insistir en que es tan bueno como él—. Sea lo que sea lo que ibas a decir, no lo digas. Todo el mundo sabe que Nicko es el mejor de los dos. Por algo fue uno de los diez primeros seleccionados en el *draft*. No hace falta que me mientas para no herir mis sentimientos —añade, lanzándome una mirada tan cortante que cierro la boca de inmediato—. Lleva soñando toda la vida con que juguemos juntos en la NHL, y yo también quiero eso, pero no va a pasar así de fácil. Necesito ese tiempo extra, y necesito un plan B por si no sale bien.

Suspiro mientras me libero de sus manos y me dejo caer en la silla del escritorio. Cierro los ojos un instante y me masajeo la sien.

—Vale, lo entiendo —respondo, aunque noto una punzada de decepción en el pecho. Me sorprende que no se lo haya contado a su hermano gemelo, pero me duele aún más que haya hecho todos esos planes sin confiar en mí—. Aun así, sigo pensando que deberías decírselo a Nicko.

—Lo haré. —Nate se endereza, con el ceño fruncido, y asiente para sí mismo, como si antes tuviera que convencerse—. Pero no mientras la temporada siga en marcha. Acaba de recuperar la confianza sobre el hielo y no quiero que juegue sus últimos partidos

sintiéndose culpable o algo parecido. Sé que Nicko no te causó precisamente la mejor impresión... —Suelto un resoplido al pensar en las distintas impresiones que Nicko me ha causado, sobre todo con sus manos y sus labios—. Pero debajo de toda esa coraza es una persona muy cariñosa. Tuvo que marcharse de St. Bernard por mi culpa.

Eso despierta de inmediato mi interés.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunto. Pero Nate me corta con un gesto y me sostiene la mirada.

—Prométeme que no se lo contarás.

Se me escapa una risa amarga.

—No es que tu hermano y yo tengamos una cita semanal para intercambiar confidencias.

Hay un brillo en los ojos de Nate que desaparece tan deprisa que termino convenciéndome de que lo he imaginado.

—Prométemelo, Xan.

—Te lo prometo —suspiro—. Pero sigo pensando que deberías hablar con él, cuanto antes.



CAPÍTULO 30

Nicko, 20 de enero

Miro el teléfono que tengo en la mano, incapaz de procesar la información que aparece en la pantalla. Parpadeo una vez, dos, y luego ladeo la cabeza, como si eso pudiera ayudar, pero no sirve de nada. Todo sigue igual.

—¿Va todo bien?

Me sobresalto al oír la voz de la fisioterapeuta y me doy cuenta de que me he quedado paralizado en mitad de la sala, con los pantalones cortos a la altura de los tobillos.

—¡Claro! —aseguro, quitándomelos de una vez para ponerme unos pantalones largos de compresión. La tela ajustada se pega a mis pantorrillas, justo donde Greta me ha aplicado el gel de fisioterapia. Los músculos de las piernas protestan y tengo que tirar con fuerza de la prenda para terminar de subírmela. Nuestro partido se fue a la prórroga ayer, y el dolor que siento es un recordatorio constante de esos minutos extra. Por eso Greta se ha pasado toda la sesión pinchándome, amasándome y torturándome los músculos hasta dejarme hecho polvo. Más allá de algún que otro estiramiento, ya casi no prestamos atención a mi rodilla.

En cada sesión me recuerda que, básicamente, estoy tirando el dinero. Aun así, todavía no estoy preparado para renunciar a estas sesiones privadas. En cierto modo, sigo atrapado en la idea de que, en cuanto deje de verla, mi cuerpo dejará de funcionar.

—A St. Bernard acaban de darle una paliza los Huskies de Connecticut —digo, sacando el móvil para agitárselo delante de la cara.

Mientras se seca las manos con una toalla, Greta estira el cuello para mirar la pantalla y deja escapar un silbido.

—Madre mía. ¿Han perdido 5-2 en casa? Eso escuece.

—Ya te digo —reafirmo con un suspiro, guardando por fin el teléfono para ponerme los pantalones cortos sobre los de compresión y la chaqueta.

—Entonces, ¿a qué viene esa cara larga? ¿No es una buena noticia para ti y para tu equipo?

Asiento. Es una noticia estupenda para los Badgers, teniendo en cuenta que los Bats han encabezado la clasificación de nuestra conferencia desde el comienzo de la temporada. Después de dos derrotas consecutivas en casa, han caído hasta la tercera posición. Si mañana ganamos, los adelantaremos.

Un cosquilleo de emoción me recorre el pecho al pensarlo. Hemos encadenado varios buenos partidos desde Acción de Gracias, pero sigo sin fiarme. La temporada pasada todo parecía perfecto hasta que mi mundo se vino abajo, así que me cuesta creer que las cosas puedan salir bien durante demasiado tiempo.

—Sí, es una buena noticia. Pero mi hermano juega en St. Bernard —le recuerdo.

Y Xander. Aprieto los labios cuando ese pensamiento aparece sin previo aviso y se instala en mi cabeza. Debería alegrarme de que hayan perdido; en lugar de eso, me imagino la expresión de derrota de Hart. Por lo que sé de Alexander Hart, probablemente se esté echando la culpa de todo.

—Vaya, lo siento, cariño. Pero yo soy de los Badgers, así que más te vale aprovechar la oportunidad mañana —se ríe Greta mientras me da un suave puñetazo en el brazo, imitando a una boxeadora.

***

Y sí que lo aprovechamos.

El domingo enviamos a los Bulldogs a casa con el rabo entre las piernas. Estoy exultante cuando regreso al Refugio tras una breve pero intensa celebración en el vestuario, que me ha dejado empapado del orgullo del equipo.

Me reciben con un pequeño cañón de confeti en cuanto abro la puerta. Cegado por una avalancha de papelitos de colores, me froto los ojos mientras una bocina festiva suena justo al lado de mi oído.

—¡Estáis como una cabra! —me río, mientras los brazos de mis compañeros de piso me rodean.

—Qué asco, Nicko, ¡apestas! ¿No tenéis duchas en la pista? —se queja Olli.

—Es el dulce aroma de la victoria —respondo con una sonrisa mientras me libero del abrazo de Linden y Marisol. Como Sasha está jugando un partido fuera de casa, todos han ido hoy a la pista y se han sentado junto a Nate. Gracias a sus carteles hechos por ellos mismos, ha sido ridículamente fácil localizarlos desde el hielo.

—¡Podrías habernos dedicado al menos uno de tus goles! —se queja Marisol haciendo un puchero mientras me acompaña hasta el salón. He pedido pizza para todos de camino a casa y, a juzgar por las cajas abiertas, parece que mis compañeros no han podido esperar.

—Perdonad por querer quedarme los tres goles para mí solo. —Me río al decirlo en voz alta, porque todavía me parece una locura haber conseguido un *hat trick*. ¡Mi primer triplete de la temporada! Hace un año, mi mayor logro consistía en llegar al baño con las muletas sin matarme por el camino.

—Nicko nunca le dedica sus goles a nadie. Ni siquiera a mí —suspira Oliver mientras se deja caer en el sofá con un trozo de pizza en la mano.

—Lo dices como si te lo merecieras —resopla Linden.

—¡Por supuesto que me lo merezco! Siempre he creído en él —protesta antes de guiñarme un ojo desde el otro lado del salón.

Abro la boca para protestar y vuelvo a cerrarla. La verdad es que tiene razón.

—Ay, qué monos —murmura Marisol mientras se acomoda en el brazo del sofá—. Pero yo sigo teniendo un montón de preguntas sobre el hockey. La primera: ¿por qué tu rutina de calentamiento parece una pelea a muerte contra el hielo?

***

¡Felicidades!
Ese último gol ha sido increíble.
Y yo sí habría metido ese tiro.

Estoy tumbado en la cama, con el estómago lleno de pizza. Mis ojos recorren los viejos mensajes de Xander por tercera vez. Hasta ahora ni siquiera había visto los mensajes que me envió antes de Navidad. Las comisuras de mis labios se curvan en una sonrisa al leer los mensajes directos que me mandó justo después de que me hiciera pasar por mi gemelo. No puedo evitar reconocer su habitual tono de sabelotodo; incluso me envió una captura de pantalla del reglamento de la NCAA.

Pero no veo nada que diga que esté prohibido hacerse pasar por tu hermano gemelo, así que la borro.

¿De qué hablas?

¿De tu asistencia a Zollweg en el tercer periodo?
Yo habría metido ese gol.

Resoplo al leer su respuesta y me giro para quedar de lado. Tres pequeños trozos de confeti húmedo caen de mi pelo. Atrapo uno entre el índice y el pulgar y empiezo a enrollarlo distraídamente mientras pienso en una respuesta.

Muy atrevido por tu parte decir eso,
cuando ni siquiera fuiste capaz de marcar
tus propios goles.

No me hiciste tú las asistencias.

¿Así que estás diciendo que no fallarías si te diera una asistencia?

No he fallado ni una sola hasta ahora.

Al principio me río, pero me detengo en cuanto me doy cuenta de que tiene razón.

En los dos partidos en los que jugué haciéndome pasar por Nate, Xander no falló ni uno solo de mis pases.

¿Así que has visto mi partido?

Lo han dado por la NESN.

Me ha servido de ruido de fondo.

Casi me quedo dormido.

Resoplo al leer eso y pongo los ojos en blanco.

¡Sí, claro! Así podías soñar con marcar un triplete.

Xander tarda un poco en responder y, durante un instante, me preocupa haberme pasado de la raya. O quizá se ha puesto a escribir uno de sus interminables ensayos de historia.

De esos que conseguían dormirme cuando me hablaba de ellos después de los entrenamientos.

Le has dicho al periodista que tienes ganas de jugar conmigo.

El comentario me hace sonrojar. Así que también ha visto las entrevistas posteriores al partido. Mucho ruido de fondo, pero bien que estaba atento. Ha sido la primera entrevista que he dado desde mi lesión. Los nervios vuelven a revolotearme en el estómago al recordar al periodista plantándome un micrófono delante de la cara mientras yo todavía estaba jadeando después del partido.

Si acabo jugando con los Rebels.
Énfasis en el SI...

¿Piensas presentarte como agente libre?

Vuelvo a girarme y me quedo mirando al techo. Desde luego que no pienso presentarme como agente libre, pero si los Rebels no me ofrecen un contrato, eso es exactamente lo que ocurrirá. No espero que ningún otro equipo de la NHL me fiche si lo de los Rebels se viene abajo. Mi mejor opción probablemente sería acabar en un equipo filial. O quizá en alguna liga europea.

No quiero ninguna de las dos cosas.

No.

Mejor.

Porque yo también tengo ganas de jugar contigo.



CAPÍTULO 31

Nicko, 1 de febrero

Seguimos jugando increíblemente bien. A veces nuestros goles son pura suerte y otras nuestra línea funciona como un reloj bien engrasado. A pesar del éxito, echo de menos la conexión natural que sentí al compartir el hielo con Xander. En mi equipo, cuando el entrenador termina de machacarnos en los entrenamientos, Kristiansson, Zollweg y yo solemos quedarnos una hora más practicando pases y tiros.

Desde que terminó la temporada de fútbol americano, Micah ha tomado el control absoluto de nuestra dieta y nos alimenta a base de carbohidratos saludables y proteínas magras, lo que me ha ayudado mucho a recuperar peso. Bueno, eso y todo el chocolate que me zampo entre clase y clase. Pero, entre las carreras matutinas y las sesiones extra de gimnasio con Sasha, mi estómago sigue pareciendo un pozo sin fondo.

Igual que mi bandeja de entrada.

No importa cuántos partidos hayamos ganado estas últimas semanas: sigo sin tener noticias de los Rebels. Estoy tentado de llamar a mi padre y preguntarle si ha oído algún rumor sobre que hayan desistido, pero no quiero darle la razón a Xander con lo de ser un «nepobaby».

—Podrías preguntarle a Hart si ya sabe algo de su contrato —sugiere Linden una noche cuando le confío mis preocupaciones.

—No —protesto mientras me dejo caer sobre la alfombra del salón y luego ruedo despacio hasta quedar boca abajo para empezar mi

rutina de estiramientos—. Si hago eso, sabrá que yo no sé absolutamente nada.

—¿Y qué? —Linden frunce el ceño por encima de su libro de Biología—. Si los Rebels no piensan ficharte, se enterará igualmente cuando empiece el campus de pretemporada.

—Ya lo sé, pero no quiero ver su estúpida sonrisa de suficiencia cuando se lo pregunte. —Linden se ríe entre dientes y niega con la cabeza.

—Creía que os llevabais bien después de pasar juntos las vacaciones de Navidad.

Pienso en cómo Xander me la chupó en la habitación de invitados y se tragó mi orgasmo mientras yo le hundía los dedos en el pelo.

—Siento decepcionarte.

—Pero ahora os escribís.

Técnicamente es verdad, pero nuestras conversaciones se limitan casi exclusivamente a los días de partido. Básicamente, nos dedicamos a decirnos en qué jugadas la hemos cagado. También mantenemos una discusión permanente sobre razas de perros y sobre qué cachorro tendríamos si alguna vez pudiéramos tener uno.

Xander está empeñado en que tendría un pitbull, cuando está clarísimo que un chihuahua sería la opción ideal para él.

Si los Rebels no me fichan, al menos espero poder ganarle en lo del perro.

***

El sábado por la mañana viajamos para disputar dos partidos como visitantes, así que tengo algo de tiempo libre para asistir al partido de Nate en casa el jueves por la noche. Dependiendo de la posición de nuestro equipo en la conferencia, mantenemos o abandonamos esa rutina cuando llega la fase final de la temporada. Los equipos de hockey de los Bats y los Badgers se han llevado bastante bien en los últimos años, pero hasta la amistad más estrecha puede romperse cuando hay una plaza en los Frozen Four en juego.

Los Bats saltan al hielo con la confianza por los suelos tras una derrota en el último minuto el martes, un partido que los obligó a

jugar a la defensiva desde el principio. Quiero de verdad que pongan fin a su mala racha. Mi razonamiento no es del todo altruista: si vencen a Maine, podríamos adelantarles en la clasificación el sábado.

—¡Vamos, Nate! —golpeo el metacrilato con el puño cuando mi hermano patina hacia el túnel al final del primer periodo. Pero, en lugar de mi gemelo, es el número 48 quien se detiene delante de mí, arqueando una ceja.

Sigo odiando que sea capaz de hacer eso.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Hart mientras sus compañeros pasan a su lado camino del vestuario.

—He venido a presenciar otra de tus derrotas —respondo con toda naturalidad, aunque una pequeña sonrisa tira de las comisuras de mis labios—. ¿No te ha salido el Wordle de hoy o a qué viene este desastre?

Xander pone los ojos en blanco, dispuesto a seguir a su equipo, pero lo detengo con otro golpe contra el cristal.

—¡Espera! Ahora en serio: tienes que fijarte en el defensa del lado izquierdo. Está lesionado o algo. Siempre se gira para evitar el contacto.

—Gracias, entrenador Van der Hoff, pero hemos analizado horas de vídeo y...

—Eso no es algo que se vea en vídeo, Xander, ¡vamos! Creo que Nate le dio un golpe bastante fuerte. Pero si siguen sacándolo al hielo, tenéis que cargar por su lado.

Xander ladea la cabeza y me observa con los ojos entrecerrados.

—Esa es una táctica bastante sucia, Hoff.

—Se llama hockey. No te van a dar puntos por comportarte como un santo.

—Y tú no tendrás ninguna posibilidad de escalar puestos en la clasificación si perdemos esta noche.

Me encojo de hombros ante su conclusión, cojo un puñado de palomitas y me acomodo en mi asiento.

—Nunca he dicho que estuviera de tu lado, Xanxan.

No sé qué hace el cuerpo técnico para convencer a la Madre Teresa del hockey, pero a los pocos minutos del segundo periodo

Xander estrella al defensa izquierdo contra las vallas sin el menor reparo. Me estremezco por pura empatía con el pobre defensa, pero la sensación dura poco, ya que Nate recibe el disco y lo envía de un golpe hacia la portería. Rebota en el poste, pero consigue romper el gafe.

Con un minuto por jugarse del segundo periodo, los Bats vuelven a sacar a su primera línea. El pívot de Maine falla un pase y el disco acaba en el palo de Nate. Este se lo envía a Xander, que sale disparado al contraataque. El defensa de Maine se le echa encima de inmediato, pero Nate y Baker están demasiado lejos para recibir un pase.

Me muerdo el pulgar con fuerza, al borde del asiento. Un jugador tan conservador como Xander no va a disparar desde esa posición, pero está a punto de perder el disco y...

—¡TIRA! ¡Tira, por lo que más quieras! ¡TIRA DE UNA VEZ!

No hay manera de que Xander me haya oído por encima del rugido del pabellón, pero, en cuanto las palabras salen de mi boca, levanta el palo y golpea el disco con todas sus fuerzas. Suena la bocina y la grada teñida de verde a mi alrededor estalla.

Durante un instante, Xander parece completamente desconcertado por su propio gol. Se queda inmóvil, sujetando el palo con una sola mano mientras contempla la red, hasta que sus compañeros se le echan encima entre abrazos y palmadas.

Me río, sorprendido y todavía incrédulo, cuando patina hacia el cristal frente a mí y golpea el plexiglás con el puño.

—¡La palabra del Wordle de hoy es... PUNTO! —grita con la voz amortiguada por el protector bucal.

Me echo a reír cuando retrocede unos metros y tiene la desfachatez de señalarme con el palo.

***

El tercer periodo transcurre con una lentitud desesperante. El juego se desarrolla casi por completo en la zona defensiva de los Bats, que resisten con fiereza para conservar la ventaja, mientras Maine se vuelca al ataque con todo lo que tiene. Al final, St. Bernard se lleva

la victoria. No ha sido un triunfo bonito, pero los dos puntos cuentan igual.

Estoy esperando a Nate en el aparcamiento cuando Xander se deja caer en el asiento del copiloto.

—Claro, siéntete como en casa, ¿por qué no? —rezongo con sarcasmo.

—Nate va a salir ahora —me dice Xander, estirando sus largas piernas con un suspiro mientras se pone cómodo.

Miro a mi hermano, que está metiendo sus dos bolsas en el maletero.

—Bueno, hay una fiesta en la fraternidad Delta. Te diría que vinieras, pero sé que...

Le hago un gesto para que se detenga antes de terminar la frase. En mi último semestre tengo los viernes por la mañana llenos de clases.

—¡No bebas demasiado! —le grita Xander a mi hermano cuando Nate se baja del coche unos minutos después.

Nate le hace un saludo militar de broma y cruza el césped hasta la casa de la fraternidad. El silencio cae sobre nosotros como una cortina pesada mientras lo vemos desaparecer en el edificio.

Me muerdo el interior de la mejilla al darme cuenta de que es la primera vez que Xander y yo estamos solos desde Navidad. De pronto, todos los mensajes que hemos intercambiado estas últimas semanas parecen no servir de nada, porque ninguno de los dos consigue decir una palabra.

—¿Sabes llegar a las residencias desde aquí? —pregunta en cuanto pongo el coche en marcha. Tiene la voz ronca, probablemente de gritar instrucciones a sus compañeros sobre el hielo. Sin embargo, me recuerda a sus gemidos cuando lo penetraba por detrás.

—Sí —murmuro. Entonces carraspeo y repito, más alto—: Sí.

—Bien.

La respuesta es cortante como un trozo de cristal roto. Xander mantiene la cabeza girada hacia el otro lado mientras recorro las oscuras calles del campus de St. Bernard. Cada vez que se mueve en el asiento, el olor de su champú llena el aire. Por alguna razón, ese

suave aroma cítrico siempre me recuerda al viaje en autobús después del partido contra los Grizzlies.

—¿Puedo preguntarte algo?

Parpadeo para volver a la realidad y pongo los ojos en blanco.

—¿Por qué siempre dices eso antes de hacer la pregunta que quieres hacer? —Resoplo al detenerme en una intersección para dejar que cruce un grupo de estudiantes.

Una de las chicas se tambalea peligrosamente, aunque no sé si por culpa del alcohol o de los tacones.

—Es de buena educación no atacar a la gente de golpe. Normalmente, la otra persona responde «sí, claro», y entonces puede surgir una conversación —explica con la paciencia de un profesor de secundaria.

Ese tono me saca de quicio cada puta vez que lo usa. Por mi estabilidad emocional, debería estar prohibido ser tan exasperante y tan sexi al mismo tiempo. Así no me encontraría atrapado en la disyuntiva de tirarlo del coche o tirarle de los pantalones para quitárselos.

—Entendido, profesor.

—Eres un crío maleducado, Hoff.

—No, solo me hace gracia que me des tiempo para prepararme para tus preguntas y luego te lances sobre mí sin previo aviso en mitad del bosque.

Xander tose, sorprendido, y por fin gira la cabeza hacia mí.

—No hagas que suene como si tú no hubieras querido.

Aprieto los labios para no responder. La triste verdad es que volvería a ese bosque ahora mismo para que todo ocurriera otra vez. Lo que fuera que empezó cuando irrumpió en nuestro vestuario, o quizá incluso con aquel beso en la fiesta de Halloween, sigue sin habérseme borrado de la piel. Incluso ahora que el hockey ha vuelto a ocupar por completo mi vida, esos recuerdos siguen siendo mi entretenimiento favorito bajo la ducha.

—¿Por qué decidiste no venir a St. Bernard?

—¿Qué? —Ninguna introducción educada podría haberme preparado para esa pregunta.

Un coche toca el claxon detrás de nosotros. Seguimos parados en la intersección, aunque lleva un buen rato completamente vacía.

—Tendría sentido, ¿no? Nate y tú jugando juntos. Vienes a sus partidos. Habláis todos los días. Incluso podríais haber compartido habitación.

—Podríamos haber compartido habitación igualmente, pero Nate decidió que prefería quedarse en el campus —le recuerdo, incapaz de ocultar el deje amargo de mi voz. Mis compañeros de casa son unos entrometidos incapaces de respetar los límites ajenos o los turnos de limpieza, pero también se han convertido en mis amigos más cercanos. Aun así, yo esperaba que Nate se mudara al Refugio con nosotros cuando Linden y yo recibimos la oferta. En lugar de eso, decidió quedarse con Xander.

—Vivir en las residencias es más barato —señala, frunciendo el ceño, como si eso hubiera sido un factor decisivo para Nate.

—Sí, y tú estabas allí.

Xander arquea una ceja y ladea la cabeza.

—¿Por eso no viniste a St. Bernard? ¿Porque yo estaba allí?

No puedo evitar echarme a reír.

—Por Dios, Xanxan, controla un poco ese ego. El mundo no gira a tu alrededor.

—Claro, porque está demasiado ocupado girando alrededor de tu rodilla, ¿no?

Tomo la siguiente curva para entrar en el aparcamiento de la residencia de Xander. Cuando apago el motor, la luz interior se enciende e ilumina sus facciones. Una leve sonrisa juega en sus labios, suavizando el tono agresivo de sus palabras.

Aun así, entrecierro los ojos y adopto una expresión de fastidio.

—Idiota. Puede que no fueras la razón por la que no vine a St. Bernard, pero aún podrías ser la razón por la que acabe en la cárcel.

Xander me hace un gesto para que no salga del coche.

—Pero si no fue por mí, ¿entonces por qué?

Me muerdo el labio. No le falta razón al hacerme esa pregunta.

—¿Sabías que habríamos sido compañeros de habitación en primero?

—¿¡Qué!? ¡No! —Hart se queda boquiabierto, y me río al ver cómo se le abren los ojos de sorpresa. Su cara es increíblemente expresiva cuando no intenta encarnar a la perfección el papel de ciudadano ejemplar.

—Sí. «Hart» va justo antes que «Hoff»; no había nadie entre los dos —explico entre risas mientras paso los dedos por el contorno de la llave del coche, intentando decidir si voy a contarle toda la verdad.

Pero «Nathaniel» va antes que «Nicholas».

—La universidad no quería que compartiéramos habitación. Supongo que pensaron que así nos obligarían a relacionarnos con más gente.

—Está claro que no conocían a Nate.

Me río por el comentario de Hart. Probablemente mi hermano conoció a más gente durante su primer semestre en la universidad de la que yo querría conocer en toda mi vida.

—No, desde luego que no lo conocían. Al principio pensaban ponerlo con un jugador de fútbol americano que se marchó la primera semana. ¿Hancock, creo? Y a mí me había tocado Hart, Alexander.

Xander arruga la nariz al oír su nombre completo.

—Entonces sí que fui la razón —insiste tras unos segundos de silencio. Las luces interiores vuelven a apagarse, dejándonos sumidos en la oscuridad.

—Y sigues hablando desde tu gigantesco ego.

—¿Y bien?

Suspiro cuando insiste y cierro los ojos un momento. He perdido demasiado tiempo imaginando cómo habrían sido estos últimos años si hubiera tomado una decisión distinta. Puede que nunca hubiera sufrido la lesión del año pasado si hubiera jugado con los Bats, porque no habría estado sobre el hielo aquella noche en concreto. O quizá habría acabado en la cárcel por estrangular a Xander mientras dormía durante nuestro primer semestre. O tal vez nos habríamos hecho amigos de verdad y aquella maldita entrevista nunca habría sucedido. Aunque seguramente habría encontrado cualquier otra cosa de la que quejarme.

También habríamos jugado juntos, y ese pensamiento basta para que un escalofrío me recorra la espalda.

—Mi madre pensaba que no sería bueno para la carrera de Nate seguir jugando conmigo en el mismo equipo —le confieso a regañadientes.

—¿¡Qué!? ¿Te dijo eso a ti?

Me remuevo en el asiento, con la mirada perdida en la oscuridad. Un pequeño grupo de estudiantes vestidos de verde pasa junto al coche portando una pancarta. Cuando atraviesan el círculo de luz de una farola, distingo el dibujo de un murciélago con las alas desplegadas y los ojos amarillos brillando con ferocidad.

—¿Nicko? —pregunta Xander con una suavidad inesperada. Al instante recuerdo cómo me ayudó a subir las escaleras de la residencia y cómo consiguió tranquilizarme cuando me asusté por mi rodilla. Pensándolo ahora, aquella reacción me da ganas de esconderme debajo del asiento.

—No. —Respiro hondo antes de continuar—. La oí hablar con Nate una noche. Le decía que tenía que desarrollar su propio estilo de juego y no dejar que yo...

—¿Que lo eclipsaras?

Levanto la cabeza de golpe cuando repite exactamente las mismas palabras que le oí decir a mi madre.

Xander resopla al ver mi reacción.

—Vamos, Nicko, no hace falta andarse con rodeos. Todo el mundo sabe que juegas mejor que tu hermano. Hasta Nate sabe que juegas mejor que él.

—Pero me sabe mal decirlo —murmuro. No tengo ningún problema en soltar pullas sobre el hielo ni en burlarme de Xander en particular, pero cuando comparo mi forma de jugar con la de Nate siempre siento que le estoy quitando algo.

—Es un hecho. Tú eres mejor jugador de hockey. Él es mejor persona.

—¿Siempre eres así de adulador con todos tus ligues?

El silencio cae sobre nosotros mientras mis palabras quedan suspendidas en el aire, pesadas y asfixiantes. Menuda forma de demostrar que no me lo he sacado de la cabeza. Cada vez que se

mueve, ese maldito aroma cítrico hace que mi mente reproduzca una recopilación de los mejores momentos de nuestras vacaciones de Navidad. Juraría que la temperatura dentro del coche ha subido varios grados y deseo que Hart salga de una vez.

—Solo con los que no soporto —responde por fin Xander. Su voz es apenas un susurro divertido.

Como no se me ocurre qué contestar, extiende una mano por encima de la consola central y la apoya sobre mi rodilla lesionada. Aprieta despacio y yo contengo la respiración. Hasta ahora, cada vez que nos habíamos tocado había sido a base de empujones y tirones, ya fuera por rabia o por deseo, pero siempre con prisas, siempre de forma impulsiva. Nunca me había puesto la mano encima de una manera tan cuidadosa; no, al menos, siendo plenamente consciente de quién era yo.

—¿Y qué se suponía que ibas a conseguir con eso? ¿Darle a Nate espacio para desarrollarse como jugador? ¿Ahorrarle las comparaciones contigo?

—Algo así —gruño. No puedo pensar con su mano sobre mi rodilla, sobre todo porque tengo que concentrarme para quedarme quieto mientras un calor suave se extiende por mi muslo derecho.

—¿Y supongo que no le preguntaste antes de tomar esa decisión?

—No.

—Claro que no. ¿Por qué ibas a hacerlo?

La vista ya se me ha acostumbrado a la oscuridad, así que veo perfectamente cómo pone los ojos en blanco.

—En Bonham Tech no hay ni Escritura Creativa ni Literatura. No podía matricularme allí sin más; habría tenido que irme a una universidad fuera de la ciudad —explico mientras dejo caer las manos sobre el regazo. Mis dedos siguen aferrados al llavero para no sentir la tentación de intentar tocarlo.

—Él no habría hecho eso —concluye Xander tras unos segundos, frunciendo el ceño. Normalmente, eso bastaría para sacarme de quicio, pero ahora mismo lo único que me apetece es alisar esa arruga de preocupación con la yema de los dedos.

—No, él no me habría hecho eso —digo con voz ronca. Nate siempre ha sido mucho más independiente que yo. Habría estado

perfectamente bien a mil millas de Bonham. Pero nunca me habría dejado atrás—. Así que, si no quería arruinarle la carrera a mi hermano, era la única solución. Y míralo ahora: va a jugar con los Pioneers la próxima temporada, y yo... —Cierro la boca justo a tiempo, antes de que se me escapen más verdades.

Xander me mira con una expresión extraña, abre la boca, pero vuelve a cerrarla sin decir nada. Durante unos segundos ninguno de los dos habla, pero tampoco aparta la mano de mi rodilla. Su pulgar traza pequeños círculos sobre la tela de mis pantalones deportivos. Tiene la mirada perdida, así que no estoy seguro de que sea consciente de lo que está haciendo.

—¿Alguna vez has pensado en cómo habría sido? Me refiero a jugar juntos —pregunta en voz alta. Trago saliva con dificultad porque, después de haber jugado dos partidos con él, es el único escenario que no consigo sacarme de la cabeza. Bueno, ese y algunos otros, con bastante menos ropa.

—No —respondo, porque es lo más sensato, pero él se ríe con una risa grave y áspera.

—Mentiroso.

—Probablemente habría intentado matarte.

—Sí, pero después de eso habríamos ganado el Frozen Four.

La idea es completamente absurda y, aun así, me sorprendo sonriendo.

—Eso es ridículo.

—Puede... —murmura Xander, inclinándose hacia delante. Su torso queda tan cerca que el aire entre nosotros parece cargarse de electricidad—. Quizá la próxima temporada ganemos algo grande. Como la Copa Stanley...

Hago lo único sensato y lo agarro por el cuello de la chaqueta del equipo.

La esperanza que encierran sus palabras choca contra el recuerdo de mi bandeja de entrada vacía. A estas alturas, lo más probable es que no volvamos a jugar ni un solo partido juntos, así que solo está intentando levantarme el ánimo. Pero si existe la más mínima posibilidad de que ocurra, no quiero ni oírlo para no gafarla.

Xander suelta una exclamación de sorpresa cuando tiro de él hacia mí, y me trago el sonido con un beso. Su mano abandona mi rodilla para apoyarse en el asiento y mantener el equilibrio mientras se inclina por encima de la consola central. Su boca es tan codiciosa como la mía; su lengua recorre mis labios antes de abrirse paso entre ellos.

Busco a tientas la cremallera de su chaqueta. Mi mente, acelerada, piensa en lo fácil que sería pasar al asiento trasero cuando, de pronto, rompe el contacto.

Al principio creo que solo está buscando una postura mejor, pero cuando mi cuerpo lo sigue por puro instinto, me detiene apoyando una mano sobre mi pecho.

—No, Nicko —susurra, y yo parpadeo.

—¿No? —repito, confundido. Hace un momento me estaba besando, se abalanzó sobre mí en el bosque y vino a buscarme la noche antes de que volviéramos a la universidad, así que no esperaba precisamente que me rechazara.

—Querías quitarte las ganas por última vez en Navidad. Si vamos a seguir con esto, primero tienes que invitarme a tomar algo.

—Invitarte a tomar algo —repito, atónito. Eso suena sospechosamente a cita, y algo dentro de mí se estremece solo de pensarlo, el pulso se me dispara como un conejo perseguido por un zorro. Entonces me doy cuenta de que mis manos siguen suspendidas entre nosotros, temblando ligeramente—. Sí. Invítame a tomar algo. Quizá incluso con cena incluida —asiente Xander mientras toma mis manos entre las suyas y las aprieta—. No te estoy pidiendo que salgas del armario ni que me propongas matrimonio. Solo quiero que pasemos un rato a solas antes de que intentes acostarte conmigo otra vez.

Me guiña un ojo y se me escapa una risa breve.

—Ni siquiera sé si me gustas.

—Lo mismo digo. Pero ahora que tengo menos ganas de darte un puñetazo, me gustaría averiguar si podrías llegar a gustarme. Vamos a jugar juntos en otoño y quiero saber algo más de ti que tus estadísticas de hockey y a qué sabe tu semen. —Xander me sonríe con cautela y yo cierro los ojos para darle vueltas a sus palabras.

Sus manos siguen envolviendo las mías mientras pienso en las últimas semanas: en cómo su cuerpo cálido me rodeó después de dejarme literalmente sin sentido el último día de las vacaciones; en la chispa que sentí cuando me señaló con su puto palo después de marcar un gol hace apenas una hora. Sigue sacándome de quicio con su actitud de sabelotodo y sus miradas críticas, pero no puedo negar que se me eriza la piel cada vez que me toca. Ni que siento un cosquilleo en el pecho cuando recuerdo cómo me levantó como si no pesara nada.

—Vale. Te invito a tomar algo, entonces.

—Ufff. Si así es como ligas, entiendo por qué Nate se preocupa por tu vida amorosa, Hoff.

—Muy bien... —Echo la cabeza hacia atrás contra el asiento y respiro hondo, reuniendo un poco más de valor. Por supuesto, tenía que elegir este momento para recordarme por qué lo odio—. Te invito a salir, a tomar algo y a cenar. ¿Aceptas?

Cuando nuestras miradas vuelven a encontrarse, una sonrisa suave le curva las comisuras de los labios, y entonces se inclina hacia mí hasta apoyar la frente contra la mía.

—Sí. Y ahora, ¿hay alguna forma elegante de pasarme al asiento trasero? —Lo pregunta con picardía, y yo resoplo, sorprendido.

—Pensaba que querías que te invitara a una copa primero.

Las manos de Xander recorren mi mandíbula y su aliento cálido me hace cosquillas en la piel mientras me cubre la cara de besos.

—Tendrá que bastar con la promesa, de momento.



CAPÍTULO 32

Xander, 10 de febrero

—Necesito hablar contigo.

—¿Eh? Claro, colega, ¿qué pasa? —Nate levanta la vista de su libro e inclina la cabeza hacia mí. Mi determinación se desinfla como uno de esos muñecos hinchables que siempre hay delante de los concesionarios de coches.

—Eh... No es nada importante. Solo... algo que quería contarte. —Odio tener que andar con rodeos con este tema; no me parece bien que, otra vez, algo relacionado con Nicko se interponga entre Nate y yo.

Nate arquea las cejas y espera a que continúe.

—Yo... eh... mmm... —balbuceo, sin saber por dónde empezar. Sería más sencillo si antes de las vacaciones de Navidad no hubiera jurado que no tenía ninguna intención con su hermano... Antes de tirar esa determinación por la borda en cuanto se me presentó la oportunidad. Ni siquiera sé por qué lo dije. Simplemente no quería acabar atrapado en una especie de acuerdo ambiguo de amigos con derecho a roce con Nicko.

Pero la verdad es que no consigo sacármelo de la cabeza; todavía recuerdo su sabor y sigo sintiéndolo en la boca, aunque una parte de mí continúe preocupada por la posibilidad de que me salte a la yugular si doy un paso en falso.

Y, hasta ahora, ni siquiera me había planteado dónde encajaba Nate en todo esto.

Me pareció correcto no decirle nada mientras no hubiera nada serio entre su hermano y yo. Pero ahora tenemos una cita, una cita

de verdad. Ahora es algo más que un simple juego.

—¿Sí? —pregunta Nate, y me doy cuenta de que llevo demasiado tiempo sin decir nada. Me encojo de hombros y noto que cada vez estoy más lejos de encontrar las palabras adecuadas.

—Ehhh... Tengo una cita.

—Me alegro por ti, amigo —dice Nate, aunque su tono resulta demasiado neutro para que me lo crea. Su mirada es penetrante—. ¿Quién es el afortunado?

Va a obligarme a decirlo. Me muerdo la lengua y me froto la nuca, moviéndome inquieto de un lado a otro. Mis ojos recorren la habitación, pero ni mi cama ni las estanterías me ofrecen ninguna ayuda. Lanzo una mirada hacia la ventana. Quizá haya alguien fuera sosteniendo una pancarta con el texto que necesito leer.

Finalmente, Nate deja escapar un sonido de exasperación.

—Ay, por Dios, ya sé que te estás acostando con Nicko.

—¿Lo sabes?

—Sí. —Nate hace una mueca—. Desde Navidad. Fui a buscarte para salir a correr antes de irnos y tenías a Nicko babeándote encima, así que os dejé dormir y supuse que me lo contarías cuando estuvieras preparado. —Hay un reproche silencioso en su voz, y también un poco de tristeza.

Cierro los ojos con un suspiro. Estaba convencido de que nadie se había dado cuenta.

—Lo nuestro... No se suponía que iba a ser nada serio —empiezo a decir, bajando la cabeza y levantando una mano cuando Nate frunce el ceño—. De verdad. Pensábamos que solo teníamos que quitárnoslo de encima y que se nos pasaría, pero...

No puedo evitar que las comisuras de mis labios se curven al recordar la noche anterior: los sonidos que hacía Nicko tumbado en el asiento trasero de su coche, cómo le brillaban los ojos en la penumbra que nos envolvía y la avidez con la que su boca recibió la mía cuando me acerqué.

—Uf —gruñe Nate. Noto cómo se me calientan las mejillas cuando veo que arquea las cejas. Aun así, no me siento especialmente culpable por ello. Nicko llegará dentro de un par de horas para

recogerme para nuestra cita; hasta entonces, Nate puede hacer todos los comentarios que quiera.

—¿Es... es un problema? —pregunto con cautela. No voy a dejar que Nate tome decisiones por mí, aunque por un instante me pregunto si Nicko se dejaría convencer para dejar de verme. No quiero que esta situación se complique todavía más.

Nate me observa en silencio, estudiándome como si necesitara ordenar sus ideas antes de responder. Finalmente, se encoge de hombros y frunce el ceño.

—No lo sé, tío —resopla, llevándose las manos a las caderas.

—¿Qué quieres decir? No es como si...

—¡Es que no lo entiendo, Xan! —me interrumpe—. Te has pasado tres años odiando a Nicko y, de un día para otro, ¿qué? Lo besaste sin saber siquiera que era él, luego te acostaste con él y ahora vais a tener una cita. ¡No entiendo una mierda!

Me cuesta, pero me trago el enfado y las ganas de corregirlo.

—Yo tampoco lo entiendo —murmuro, negando con la cabeza—. Solo... —Me encojo de hombros, incapaz de encontrar una explicación mejor. Quiero sacarme a Nicko de la cabeza. Quiero dejar de pensar en cómo su boca encaja perfectamente con la mía hasta que decide morderme. Y, desde luego, quiero dejar de pensar en cómo ese gesto estúpido hace que el corazón me dé un vuelco cada vez.

Tampoco quiero sentir que me está desafiando constantemente. Y ojalá eso no me hiciera querer demostrarle una y otra vez que se equivoca.

—Hay algo en él que es... atractivo —acabo diciendo. Es la mejor explicación que consigo encontrar.

Nate sigue mirándome con el ceño fruncido, pero ahora se ha acercado un paso más. Me fulmina con la mirada de tal manera que levanto la cabeza y enderezo los hombros casi por instinto.

—Si esto es solo... algún tipo de plan maquiavélico para vengarte de él...

—¿Qué? Nate, por fav...

—¡Si no te lo tomas en serio, como te lo tomarías con cualquier otra persona, te juro, Xan, que...! ¡Júrame que esto va en serio para

ti!

—Te lo juro. —Le sostengo la mirada con gesto irritado, enfadado no solo con Nate, sino también conmigo mismo. Si fuera cualquier otra persona, no tendría que justificar mi interés. Ni ante Nate ni ante mi propia conciencia. Pero, tal y como están las cosas, me veo obligado a contemplarlo desde otra perspectiva.

No voy a salir con Nicholas van der Hoff, el tipo con el que me he pasado tres años discutiendo y gritándome cada vez que se presentaba la ocasión; el mismo al que le he dicho que dejara de quejarse o que abandonara el hockey de una vez por todas. No. Voy a salir con Nicko, a quien siento que apenas he empezado a conocer hace unas semanas; alguien del que estoy descubriendo una faceta que nunca me había permitido ver.

Algo en mis ojos o en mi voz debe de convencer a Nate porque, al cabo de unos segundos, da un paso atrás y relaja el ceño, aunque sigue con las manos firmemente apoyadas en las caderas.

—Bien —dice antes de inspirar hondo—. ¿Y qué te vas a poner? Suena como una oferta de paz y la acepto encantado.

—Unos vaqueros oscuros y la camisa...

—No.

—¿No?

—No. Bajo ningún concepto puedes llevar nada con botones en una cita con mi hermano. —Nate pone los ojos en blanco como si fuera lo más evidente del mundo. Inclino la cabeza, esperando una explicación—. Uf, por Dios. ¿En serio, Xan? ¿No te has fijado nunca en cómo viste Nicko? —Nate se levanta del escritorio, se dirige a mi armario y empieza a sacar ropa mientras sigue hablando—. ¡El día que salga de casa sin unos pantalones de chándal será el día que se congele el infierno! Además, apenas tiene otra cosa que no sean pantalones deportivos y sudaderas de los Badgers. Créeme, ¡tuve que convivir con eso durante dos semanas! —Asoma la cabeza por detrás de las puertas del armario sujetando un jersey que estoy bastante seguro de que no ha visto la luz del día en al menos un año.

Niego con la cabeza y, por suerte, él hace lo mismo antes de dejarlo caer al suelo sin ningún miramiento. Me muerdo la lengua

para no agacharme a recogerlo, aunque enseguida me doy cuenta de que es inútil intentar poner orden antes de que Nate termine.

—Normalmente no me fijo en la ropa que lleva puesta —murmuro. Nate vuelve a asomar la cabeza y me fulmina con la mirada. Levanto las manos al instante—. ¡Lo siento!

—Más te vale. —Me enseña otro jersey, uno azul que suelo ponerme en primavera y otoño. Frunzo el ceño, pero lo acepto de todos modos. Es suave y cómodo, aunque no precisamente lo que uno se pondría para una cita. El cuello está algo dado de sí y las mangas siempre me han quedado demasiado largas. Aun así, lo dejo doblado sobre la barandilla de la cama.

—Está bien que lleves vaqueros, pero ponte los negros. Te quedan bien, es como si... te abrazaran las piernas —continúa Nate, gesticulando vagamente en mi dirección mientras rebusca en el armario.

Cuando por fin reaparece, me observa fijamente. Se acerca para entregarme los pantalones, pero no los suelta.

—Solo para que quede claro: si le haces daño a mi hermano, te voy a dar una paliza, Xan.

Acepto la amenaza con un leve asentimiento. Todavía no he decidido si Nicko es un imbécil o no, pero no tengo ninguna intención de hacerle daño.

—¿Y si tu hermano me hace daño a mí? —pregunto, ladeando la cabeza con una sonrisa tímida.

Nate deja escapar algo parecido a una carcajada.

—¡Entonces os daré una paliza a los dos! —promete con un resoplido, antes de darme una palmada en el hombro.

***

Dos horas después, Nicko pone a prueba la promesa que le he hecho a mi mejor amigo.

Pasa a recogerme y vamos en coche hasta la ciudad, donde aparca en uno de los grandes centros comerciales. La sala recreativa a la que lo arrastro parece sacada de otra época, aunque está diseñada precisamente así: para despertar la nostalgia que

prometen sus juegos y sus alfombras de estampados imposibles. A pesar de que Nicko insiste en que nunca juega, me ha ganado en todos los juegos que he elegido.

Y ahora está a punto de volver a hacerlo en el hockey de aire.

—Pero qué demonios... —suelto entre risas cuando golpea el disco de plástico con tanta fuerza que me hace estremecerme y lo cuela de lleno en mi portería.

—¡Deberías saber que puedo ganarte a cualquier modalidad de hockey, Hart!

—¡Todavía no! —Señalo la cuenta atrás parpadeante que indica que aún me quedan treinta segundos para marcar cinco puntos. Al otro lado de la mesa, unos ojos verdes brillan ante el desafío.

Consigo marcar dos goles, pero cuando faltan apenas tres segundos, Nicko vuelve a anotar. Me inclino hacia delante y le sonrío por encima de la mesa.

—¿La revancha?

—¿Tantas ganas tienes de volver a perder, Hart? —se burla mientras saca otra ficha del bolsillo. Levanto una mano y me apresuro a quitarme la parka. Sin embargo, cuando me saco una manga, recuerdo lo que llevo puesto. Puede que solo estemos en una sala recreativa rodeados de veinteañeros, padres agotados y niños hiperactivos, pero aun así me siento mal vestido. Al fin y al cabo, esto es una cita, y llevo un jersey que se me escurre por las clavículas y tiene las mangas deshilachadas.

Nunca debí haber hecho caso a...

—¡Oh, Dios mío! ¡No debería haberle hecho caso a Olli! —gime Nicko. Levanto la vista hacia él. Se ha quedado a medio camino de desabrocharse la chaqueta y sus ojos me recorren de arriba abajo. Un instante después resopla, se quita el abrigo y lo deja caer al suelo. Lleva una camisa impecablemente planchada, metida por dentro de unos pantalones oscuros. Ver los pliegues perfectos de la tela me hace sentir aún más cohibido. Y, al mismo tiempo, una cálida sensación se extiende por mi pecho.

El día que salga de casa sin sus pantalones deportivos... De pronto me doy cuenta de que Nate tenía razón. No sé por qué Nicko actúa como si le tuviera alergia a la ropa decente, porque la tela gris

oscura se ajusta a la perfección a sus pectorales. Lleva dos botones desabrochados, dejando al descubierto parte de su piel pálida, lo justo para que se me haga la boca agua.

—¿Le... le has preguntado a tu compañero de piso qué ponerte? —consigo articular, apartando también la vista del brillo de la tela bajo las luces de la sala recreativa.

—Pues sí. Me ha dicho que no podía venir con «pinta de vagabundo». —Nicko dibuja las comillas en el aire.

—Te... te queda bien. Muy bien.

—Sí, pero ahora me siento como un idiota. —Sus ojos recorren mi cuerpo fugazmente.

Yo también bajo la mirada y suelto una risa ahogada mientras me ajusto el cuello del jersey para que vuelva a quedar bien colocado sobre las clavículas.

—Nate me ha obligado a ponerme esto. —Me inclino hacia delante sobre la mesa, dejando que vea la manga desgastada que se desliza por mi muñeca mientras busco el mazo del air hockey para continuar la partida.

Nicko clava los ojos en el jersey y luego vuelve a mirarme. Tiene las mejillas sonrojadas y hay un calor en su mirada que me estremece. Lo observo un instante de más y no me doy cuenta de cuándo introduce la ficha, lo que me deja en clara desventaja cuando golpea el disco hacia mi portería.

—¡Eso es trampa! —lo acuso. Pero, en cuestión de segundos, estoy demasiado absorto en nuestra vertiginosa contienda como para que me importe. El disco se desliza sobre la superficie de la mesa, chocando contra los laterales y nuestros mazos. Cada vez que anota, Nicko me dedica una sonrisa.

Al final, las luces de neón parpadean a su lado y me veo obligado a admitir que es un maestro del air hockey.

—¡Oh, sí! ¡Así se hace! ¡Dilo, Xanxan! —me anima, dando vueltas alrededor de la mesa con una sonrisa de oreja a oreja. Pongo los ojos en blanco, fingiendo estar molesto, pero su sonrisa radiante me acelera el corazón.

—Eres un maestro del air hockey, Nicholas van der Hoff.

—¡Claro que sí! —Asiente con satisfacción y luego sigue avanzando, observando las máquinas cercanas. Cuando se detiene junto a una con dos asientos y volantes, niego con la cabeza y lo arrastro del brazo para que continúe.

—¡Rotundamente no!

—¿¡Por qué no?!

—¡Porque ya me has ganado en tres de estas! No. Mejor probemos esa. —Señalo una pantalla con un patrón de flechas en el suelo. Nicko se detiene en seco.

—No.

—¡Vamos!

—¡Ni hablar! Se me da fatal bailar, Xan. Mejor volvamos a disparar zombis o...

—Yo tampoco sé bailar. Mira. —Meto una ficha en la ranura y le lanzo mi parka para que la sujete—. Te lo voy a demostrar.

Nicko se cruza de brazos y se queda a un lado.

Es un juego para dos jugadores, y tengo que admitir que me siento ridículo saltando yo solo sobre los cuadrados que se iluminan y se apagan.

A pesar de mis mejores esfuerzos, el público virtual me abuchea cuando termina la canción. No me importa, porque puedo oír a Nicko partiéndose de risa detrás de mí. Está doblado por la mitad, apenas capaz de mantenerse en pie, cuando por fin me giro y le hago una reverencia exagerada.

Echa la cabeza hacia atrás y respira hondo.

—Sí, realmente impresionante. Creo que jugar a esto ya ha sido una derrota en sí misma.

Resoplo y le doy un golpecito con el hombro, sin estar del todo de acuerdo en que haya sido un fracaso absoluto.

—Vamos a comer algo. Conozco un sitio estupendo.

***

Salimos del centro comercial y encabezo el camino con seguridad hacia el muelle, que está a unas pocas calles. Desde allí hay muy poca distancia hasta El Puesto de las Gaviotas, un pequeño

restaurante de marisco. Le sostengo la puerta y miro por encima del hombro cuando Nicko se detiene.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta el marisco?

—No, no. Está bien —me asegura antes de seguir avanzando.

Es un poco tarde para cenar, pero aun así conseguimos una mesa en un rincón. Nicko se ha quedado callado y parece tenso, así que espero que estar apartados ayude a aliviarle los nervios.

Echo un vistazo alrededor antes de desabrocharme la parka y sentarme deprisa, con la esperanza de ocultar el jersey desgastado que Nate eligió para mí.

Al menos el camarero nos deja tranquilos después de acompañarnos a la mesa, aunque tengo la sensación de que me está juzgando desde la otra punta del restaurante. Me toco el cuello del jersey. Nicko encaja mucho mejor en aquel lugar con su camisa impecablemente planchada, y tengo que obligarme a apartar la vista de su cuello una vez más.

—Me gusta mucho este sitio. Traje aquí a mis madres cuando vinieron de visita la primavera pasada. La comida está increíble —comento para distraerme mientras observo la decoración de temática marinera. Las paredes están cubiertas de redes de pesca y anclas, y sobre las mesas hay enormes conchas marinas a modo de centro.

Observo cómo Nicko recorre con los dedos las estrías de una de las conchas que adorna nuestra mesa. Incapaz de resistirme, apoyo mi mano sobre la suya.

Su mirada se posa sobre mi mano y luego gira la cabeza para observar a los comensales de las mesas cercanas, ninguno de los cuales parece prestarnos la menor atención. Su mano está cálida bajo la mía. Tarareo suavemente y le acaricio los nudillos con el pulgar, sonriendo ante aquel contacto delicado que resulta nuevo para los dos.

—¿Qué vais a tomar para beber? —La voz del camarero nos sobresalta. La mano de Nicko desaparece de inmediato bajo la mesa y yo reprimo el impulso de gruñir.

—Necesitamos un minuto más, gracias.

Espero a que se aleje entre las demás mesas antes de inclinarme de nuevo hacia delante. Nicko vuelve a mirar alrededor, con el ceño fruncido y la mandíbula tensa.

—Los mejillones están buenísimos. Los sirven en una olla grande con patatas fritas. Si quieres, podríamos pedir una ración para compartir —propongo. Los labios de Nicko se mueven, pero no sale ningún sonido—. ¿Eh?

Hace una mueca, mira al techo y cierra los ojos durante un segundo. Yo no pensaba que fuera a oponerse tanto a compartir la comida.

—Tienen otras...

—Soy alérgico al marisco.

Las palabras salen demasiado deprisa y en un tono demasiado alto, pero en cuanto las proceso siento que las cejas se me disparan hacia arriba.

—¿En serio? Pero Nate no es... —Me interrumpo antes de decir una estupidez. Son dos personas distintas, y ya sé que difieren en muchas cosas—. Mierda, ¿por qué no lo has dicho antes? —pregunto. Ahora la tensión en sus hombros cobra sentido. Comer allí podría incluso... ¿matarlo?—. ¿Hasta qué punto eres alérgico? ¿Reaccionas al... olor? ¿O solo si lo comes...? —Miro alrededor. En las mesas más cercanas ya han terminado de cenar.

—No, no es tan grave —resopla Nicko, removiéndose en la silla—. Pero desde luego no podría compartir los mejillones contigo.

—Ah, claro —murmuro. Luego niego con la cabeza y me pongo en pie—. De acuerdo. Vamos a otro sitio.

—¿Qué? Pensaba que te gustaba este restaurante. Podría... verte comer.

Resoplo y lo miro mientras me pongo el abrigo.

—Nicko, por favor. Sí, me gusta este sitio, pero no voy a obligarte a verme comer. Además... —Me muerdo la lengua y espero hasta que salimos al aire frío de la noche. Nicko parece más relajado, aunque sigue observándome con cierta inquietud. Suspiro y doy un paso hacia él hasta apoyar el hombro contra el suyo. El contacto cálido termina de borrar el sobresalto que me había provocado su

confesión—. Más tarde quiero besarte y preferiría que nuestra cita no acabara en Urgencias. Así que... ¿qué te apetece?

—Es bastante presuntuoso por tu parte asumir que voy a dejarte besarme —bromea, mientras una sonrisa asoma a sus labios—. ¿Qué tal unas hamburguesas?

***

—¿Por qué has dejado que te trajera a un restaurante de marisco si eres alérgico? —pregunto. Ahora ya puedo reírme de la situación mientras paseamos por el muelle que bordea el lago. Cada uno lleva una hamburguesa y una ración de patatas fritas compradas en un puesto de comida callejera cercano. A nuestro lado, el agua permanece tranquila y casi negra bajo la oscuridad, mientras las luces de la ciudad se reflejan sobre su superficie.

—Porque esto es una cita, Xanxan. ¿No te habías dado cuenta? —responde con sarcasmo antes de golpearme la nariz con una patata frita. Su descaro me hace resoplar, aunque el énfasis que pone en la palabra «cita» provoca una cálida sensación de felicidad en mi pecho.

—¿Ah, estamos en una cita? Maldita sea, casi se me olvida —murmuro, riéndome cuando Nicko me empuja hacia unos arbustos.

—Imbécil —gruñe.

—Creo que —continúo, una vez que me he quitado unas cuantas hojas del pelo y de la hamburguesa— el objetivo de una cita no es tener una reacción alérgica a la comida, sino conocerse mejor. —Miro a Nicko de reojo.

—Dios, Xanxan, eres tan anticuado —gime Nicko, pero puedo ver un ligero rubor que se extiende por sus mejillas. Me encojo de hombros de nuevo, sin inmutarme por su comentario. Al menos la tensión se ha disipado.

Encontramos un banco y nos sentamos a comer. Nicko ya se ha comido la mitad de sus patatas fritas cuando me acerco para robarle una. Me fulmina con la mirada.

—Te compraré más con mi primer sueldo de los Rebels —prometo con toda naturalidad. Solo me doy cuenta de lo presuntuoso que ha

sonado cuando Nicko se atraganta. Clavo la vista en mi hamburguesa, como si estuviera decidiendo dónde darle el siguiente bocado—. Además, vamos a jugar juntos. No creo que un titular del tipo «Jugador de hockey le compra patatas fritas a su compañero en un gran gesto gay» vaya a levantar demasiado revuelo.

Nicko resopla de nuevo y niega con la cabeza, pero cuando vuelve la vista hacia el agua, se encoge de hombros. Da un par de bocados más a la hamburguesa y, justo cuando está a punto de meterse dos patatas fritas en la boca, se queda inmóvil.

—¿Crees que esta vez será diferente?

—¿El qué?

—Jugar juntos —dice, gesticulando con una patata frita en la mano antes de mirarme. No hace falta que mencione todo lo que podría interponerse entre nosotros sobre el hielo esta vez.

—Bueno... Todavía me odiabas cuando jugábamos contra los Grizzlies, ¿no? Y los destrozamos. Juntos. —Le robo otra patata frita y me quedo mirándola mientras sigo hablando—. Y... me gustó que me echaras la bronca por no abrir el juego por las bandas. Y cuando me criticabas el revés. —Le doy por fin un bocado y vuelvo la vista hacia Nicko. Me observa fijamente, como si se hubiera olvidado de la comida.

Le dedico una sonrisa que consigue sacarlo de su ensimismamiento.

—No puedes comparar los equipos de la NHL con los universitarios.

Asiento mientras hago una bola con el envoltorio de mi hamburguesa.

—Por supuesto que no. Y eso suponiendo que los Rebels nos pongan en la misma línea, pero creo que formamos un gran equipo y que podemos aprender mucho el uno del otro. ¡Y entonces seremos absolutamente imparables! —sonrío, moviendo las cejas—. ¡Incluso podríamos ganar cierta copa!

—¿Otra vez con eso? Tú lo que quieres es que te cierre la boca. —Nicko arquea las cejas. Percibo cómo sus ojos se deslizan hacia mis labios durante un segundo.

—Tal vez...

—Qué predecible, Hart —responde Nicko con indiferencia mientras termina sus patatas fritas. Él también arruga el envoltorio y luego me lo lanza a la cabeza. Riéndose de mi expresión desconcertada, se pone en pie de un salto—. ¡Entonces ven a buscar lo que quieres!

Con un bufido, me levanto de inmediato y me detengo un momento para tirar los envoltorios vacíos en la papelera más cercana antes de salir tras él.

Corremos a toda velocidad por el muelle. Tengo las piernas más largas, pero Nicko es increíblemente rápido. Lo he notado sobre el hielo, e incluso corriendo consigue mantenerse varios pasos por delante de mí durante un buen rato. Ya casi hemos llegado al lugar donde tiene aparcado el coche cuando por fin lo alcanzo. Lo agarro por los brazos y lo arrastro hacia la oscuridad de un callejón cercano.

Los dos jadeamos, con el pecho subiendo y bajando con fuerza, cuando lo acorralo contra la pared de ladrillo. Respiro demasiado agitado como para retener sus labios mucho tiempo, pero aun así vuelvo a buscarlos una y otra vez.

—Vale... —jadea Nicko, todavía sin aliento y aun así capaz de soltar una ironía—. ¿Por qué me hiciste invitarte a salir si ya estábamos haciendo esto?

Vacilo, porque me resisto a admitir que quiero ser algo más que su pequeño secreto; esa fue mi razón personal para querer salir en público de una forma tan evidente. No es que quisiera obligar a Nicko a salir del armario, pero ir a la sala recreativa y al restaurante me pareció un gran paso hacia algo más oficial.

Debe de haber leído la respuesta en mi cara, porque vuelve a gemir, luego se ríe y gira la cabeza para apoyar la nariz contra mi mejilla.

—Eres toda una chica, Xanxan.

—Eso ni siquiera tiene sentido —resoplo. Sacudo la cabeza y vuelvo a buscar sus labios—. ¿Y por qué no? ¿Por qué no tener citas de verdad? —pregunto con sinceridad. Escaparme con Nicko durante las vacaciones de Navidad era distinto, ya que había sido mi rival durante tres largos años. Joder, la primera vez que coincidimos en el vestuario estaba convencido de que acabaríamos a puñetazos. Pero ahora que eso ha cambiado, no puedo evitar imaginar cómo podrían

ser las cosas el año que viene. Al fin y al cabo, ya sabemos que jugaremos en el mismo equipo y viviremos en la misma ciudad.

¿Por qué no íbamos a darnos una oportunidad?

Nicko suelta una risita, pero cuando nuestras miradas se encuentran se remueve incómodo contra mí y niega con la cabeza.

—No podemos...

Sé exactamente lo que va a decir. Noto cómo se me encoge el estómago ante la respuesta evidente: será demasiado complicado, demasiado arriesgado en nuestra primera temporada. Y quizá eso también signifique que Nicko no quiere nada más que sexo. No quiero pensar en un futuro en el que no pueda besarlo, tocarlo o simplemente picarme con él cuando ahora mismo puedo hacer todas esas cosas.

Con un gruñido bajo, le recorro la mandíbula a mordiscos hasta llegar al cuello y apoyo todo mi cuerpo contra el suyo. Le aparto hacia atrás los mechones de pelo con ambas manos.

—Podemos hacerlo ahora mismo —murmuro contra su piel, besando el punto donde le late el pulso. Siento el ritmo de sus latidos bajo los labios, acompasado con el mío—. Y mañana. Y la semana que viene. Todavía no estamos en la NHL —le recuerdo mientras desciendo con la boca por su cuello.

Las manos de Nicko se abren paso sobre mi pecho, apartando mi abrigo. Entonces nos gira hasta dejarme a mí contra la pared.

—Vale —dice, con una determinación nueva brillándole en los ojos —. Hasta el final de la temporada.

Sus palabras apenas son un susurro, pero tienen la misma solidez que los ladrillos que noto a mi espalda. Se acerca un poco más, hasta que ya no queda espacio entre nosotros.

—¿Hasta el final de la...? —empiezo a decir, pero Nicko me roba las palabras con un beso.



CAPÍTULO 33

Nicko, 25 de febrero

—Nate acaba de escribir. Está de camino a la residencia.

Las palabras de Xander me detienen a mitad de un bocado, y me quedo con la boca abierta, a escasos centímetros del perrito caliente. Ahora que se acerca el final de la temporada, nuestro equipo ha añadido sesiones extra de entrenamiento los domingos en los que no jugamos, eso significa que hoy he tenido que saltarme una comida después del entrenamiento para llegar a tiempo al partido de Milo. Hasta ahora he cumplido mi palabra y he asistido a todos y cada uno de los encuentros que no coincidían con mis horarios. Aunque eso implicara llevarme también a Xander para poder pasar tiempo con él.

Después de nuestra primera cita, vino una segunda. Y una tercera. Además, seguimos viéndonos entre una y otra.

No estoy muy seguro de qué está pasando exactamente entre nosotros, solo sé que hay una fecha de caducidad flotando sobre nuestras cabezas. Ambos nos graduaremos este verano y, después, cada uno seguirá su camino... o nos convertiremos en compañeros de equipo. Más allá de lo que decidan los Rebels conmigo, no veo cómo podría funcionar esto. Todavía me pongo demasiado nervioso cada vez que estamos juntos en público.

—Pensaba que esta noche se quedaría en casa de alguna chica. —La voz me sale ronca y apenas audible, lo que hace que Xander resople.

—Ya te dije que te quedarías sin voz de tanto gritar —me reprende. Me encojo de hombros. No sé quedarme callado cuando

hay acción sobre el hielo. Da igual que sea la final de la Copa Stanley o un partido cualquiera de hockey escolar.

—¿No eras tú el que quería hacerme callar?

—Eso es verdad, pero ahora que Nate va a estar por aquí tendré que pensar en alguna forma de cerrarte la boca apta para todos los públicos.

Arrugo la nariz al imaginar que mi hermano nos sorprenda a Xander y a mí a solas. Ya fue bastante embarazoso que nos descubriera en Navidad. Desde luego, no pienso quedarme a dormir con mi gemelo a pocos metros mientras Xander y yo nos dedicamos a intercambiar arrumacos cada cinco minutos.

Xander parece compartir mi opinión, porque deja escapar un suspiro suave y el aire sale de su boca en pequeñas nubecillas blancas.

—¿Te apetece dar un paseo antes de volver? —propone, y asiento de mala gana. Me cuesta reconocerlo, pero llevaba toda la semana esperando esta noche.

Xander es muy distinto de la imagen que me había formado de él sobre el hielo o de las miradas sarcásticas que me lanzaba desde el otro lado de la habitación de Nate en la residencia. Sí, sigue siendo desesperante cuando me echa la bronca por pasarme un poco con el acelerador o me fulmina con la mirada porque no recojo el equipo de hockey nada más llegar.

Pero también está la forma en que se deja mangonear por una chihuahua diminuta cada vez que vamos a la protectora a sacar a pasear a Lila y Violet. Me mata la ternura con la que les acaricia la cabeza y les rasca el lomo. La sonrisa que se le dibuja en la cara cuando una de las perritas se acurruca a su lado es muy parecida a la que aparece cuando resuelve uno de sus absurdos juegos de palabras o descubre algún dato histórico que no le interesa absolutamente a nadie más.

Durante estas últimas semanas también he descubierto que siente una auténtica fascinación por la historia europea y que incluso tiene una lista de lugares que quiere visitar. ¡Escrita a mano! Pasamos una tarde entera viendo fotos del último viaje que hice con mi familia a

los Países Bajos y Xander me hizo tantas preguntas que terminé con la mandíbula dolorida de tanto hablar.

Y, para mi enorme satisfacción, también descubrí que echar agua hirviendo sobre unos fideos instantáneos representa el límite absoluto de sus habilidades culinarias. Sus madres lo malcriaron tanto que le preparaban la comida hasta que terminó el instituto. Es una de mis armas favoritas cada vez que se le ocurre llamarme «mocoso malcriado».

—Podrías venir a mi casa.

Mi estómago ruge para recordarme cuáles son las verdaderas prioridades de la vida, y le doy un mordisco enorme al perrito caliente.

—¿Lo dices en serio? —Xander me mira como si acabara de proponerle que pasemos la noche acampados en el muelle.

Me río por lo bajo y asiento, demasiado ocupado masticando para responder.

—Va... vale. —Frunce el ceño—. ¿Pero tus compañeros de piso lo saben?

—Sí —murmuro distraído entre bocado y bocado. Toso cuando una miga de pan se me va por mal camino. Xander levanta una mano para darme unas palmadas en la espalda, pero la aparto—. Espera, ¿a qué te refieres con eso de si lo saben?

—Quiero decir, ¿saben que estamos saliendo? ¿Saben que eres bisexual? ¿Tendremos que fingir que estamos estudiando juntos cuando estemos allí? Porque no me siento cómodo mintiendo...

Lo miro extrañado cuando empieza a encadenar preguntas hasta quedarse prácticamente sin aliento.

—Eh, Xanxan, tranquilízate un momento. Claro que mis compañeros de piso saben que soy bisexual.

—Pues claro que lo saben —repite Xander con sequedad—. Pensaba que no habías salido del armario.

—He salido del armario con la gente que me importa, no en Instagram. —Me encojo de hombros. No lo digo con mala intención, pero la expresión de Xander se ensombrece al instante, así que me apresuro a añadir—: Pero no todos saben que llevamos un tiempo viéndonos. —Y desde luego no será porque no hayan intentado

averiguarlo. Se dieron cuenta enseguida de que pasaba algunas noches fuera de casa—. Linden lo sabe —le recuerdo cuando su ceño se frunce todavía más. Me llevo el último trozo del perrito caliente a la boca y me limpio los dedos en el pantalón de chándal. Como era de esperar, Xander hace una mueca de desaprobación y yo sonrío. El corazón me late tan fuerte que casi me retumba en los oídos al pensar en lo que estoy a punto de hacer.

—Y los demás se enterarán esta noche —añado mientras le cojo la mano.

***

A pesar de toda mi valentía, esperaba que al menos alguno de mis compañeros hubiera salido esta noche. Sin embargo, hay coches aparcados por toda la entrada cuando llegamos al Refugio. Xander observa la casa con cautela, como si esperara que diera media vuelta y condujera hasta el campus de St. Bernard para hacerme pasar por Nate y colarme en su habitación de la residencia.

En lugar de eso, apago el motor. Permanecemos sentados en silencio durante unos segundos, hasta que Xander se aclara la garganta.

—No he traído el cepillo de dientes.

—No hace falta que busques una excusa para volver.

Las comisuras de sus labios se curvan en una sonrisa contenida.

—Quizá estoy buscando una excusa para no tener que entrar.

Niego con la cabeza mientras le abro la puerta. Sé que nuestra llegada va a provocar un aluvión de preguntas, y ya me da pánico tener que responderlas. Pero también sé que esto es importante. Más que para mí, para Xander y para mis amigos. Y, aunque dentro de unos meses todo esto no sea más que un recuerdo, sé que con ellos estará a salvo.

Lo primero que oigo al entrar es el marcado acento sureño de Micah. Está cantando una canción sobre tomar una curva demasiado rápido en un viejo Corvette.

—¡Si ni siquiera tienes un Corvette! —grito desde el recibidor. Me quito los zapatos y luego busco la mano de Xander. El corazón me

late tan deprisa que empiezo a sentirme mareado.

—¿Nicko? Pensaba que estabas en una ci... —Olli asoma la cabeza desde el salón y se interrumpe a mitad de frase al vernos. Parpadea una vez, sus ojos bajan hasta nuestras manos entrelazadas y, por instinto, aprieto los dedos alrededor de los de Xander.

—Ah. —Y, tras un instante—: ¡Ah! Así que tu cita misteriosa era el señor Blandito.

—¿Qué? —frunzo el ceño, desconcertado, mientras Xander se aclara la garganta a mi lado.

—Hola, Yardley.

—¿Os conocéis? —Me quedo boquiabierto, provocando una risita por parte de mi compañero de piso.

—Todos los gays nos conocemos, Nicholas. ¿Es que no te he enseñado nada?

Xander pone los ojos en blanco antes de volver la vista hacia mí.

—Los dos formamos parte de la Alianza LGBTQIA+ de Bonham College —explica, y yo dejo escapar un suspiro.

—Claro. Por supuesto.

—Y lo llamo señor Blandito porque es justo lo contrario de du... —empieza Olli con entusiasmo, pero levanto una mano para cortarlo.

—No, no, por favor. No quiero saberlo.

La cena resulta sorprendentemente divertida. Micah cocina como una auténtica abuela sureña que espera a toda la familia por Navidad, así que hay comida de sobra para todos. La presencia de Xander apenas provoca unas cuantas miradas insistentes y algún que otro susurro de «¿pero no se suponía que era el enemigo?» por parte de Marisol.

Aun así, noto cómo los hombros se me relajan cuando por fin subimos a mi habitación. Mis compañeros de piso han decidido quedarse todos abajo para una improvisada noche de cine, con el volumen de la televisión tan alto que parece que quieran despertar a todo el barrio, y muy significativamente, no nos han invitado.

—¿Qué crees que intentan decirnos? —se ríe Xander cuando cierro la puerta y dejamos atrás la ráfaga de disparos ficticios que llega desde el salón.

Me froto la nuca, algo avergonzado, mientras saco el móvil para enviar un aviso al chat del grupo antes de que aparezca la policía para echar abajo la puerta.

—Creo que están intentando apoyarnos.

—¿Hacen esto cada vez que traes a alguien a casa?

Xander ya está curioseando por la habitación, examinando con atención las estanterías y el escritorio. Todo está bastante ordenado, aunque eso se debe principalmente a que no tengo demasiadas cosas. No me interesan especialmente los libros ni las películas. Nunca he tenido paciencia para terminar una serie o pasarme un videojuego entero. Mi principal afición es el hockey, y eso salta a la vista.

—¿Estás intentando sonsacarme información de forma sutil? —resoplo ante su descarado intento de averiguar con cuánta gente he salido.

—¿Y qué esperabas? Eres tremendamente reservado con todo lo relacionado con tu sexualidad, pero tienes Grindr y todos tus compañeros de piso lo saben —replica mientras se inclina para observar la pequeña colección de medallas que cuelga de una estantería.

Me acerco a él con las manos metidas en los bolsillos del pantalón de chándal. Lo observo girar las medallas entre los dedos para que el metal refleje la luz de los focos del techo.

—Quería salir del armario cuando llegara a la universidad —le explico mientras deslizo una mano hasta su espalda y recorro despacio la línea de sus omóplatos—. Pero tampoco tenía claro qué... etiqueta encajaba conmigo.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Xander, que ha soltado las medallas, pero sigue sin volverse.

—Bueno, es que me di cuenta de que también me gustaban los chicos en el último curso del instituto. Así que, cuando llegué aquí, tenía curiosidad y quería... experimentar, supongo. Pero no soy mucho de fiestas ni de ese ambiente. Se lo conté a algunos compañeros del equipo y tuve algún que otro encontronazo. Y justo antes del *draft* ocurrió todo aquel desastre de la Noche del Orgullo.

Los hombros de Xander se tensan bajo mis manos al recordar aquel evento benéfico que acabó eclipsado por las declaraciones repugnantes de quien entonces era la gran estrella de los Rebels.

—¿Eso te asustó?

Rodeo la cintura de Xander con los brazos y apoyo la frente contra su espalda mientras me tomo un momento para pensar la respuesta. Respiro hondo, aspirando el aroma cítrico que mi cerebro asocia automáticamente con tantos recuerdos de él.

—Me gustaría decirte que no —admito mientras se gira para abrazarme.

—No te preocupes, yo también tuve miedo. Cuando vi aquel vídeo...

—¿El de Resnikoff y Jameson diciendo que McCoy era «una vergüenza para el hockey» por organizar la Noche del Orgullo?

—Sí —suspira—. Llegué a plantearme retirar mi candidatura al *draft* por eso.

—¿En serio? —Me aparto un poco para verle mejor. La expresión de Xander se ensombrece, tiene los labios apretados en una línea tensa mientras asiente apenas y vuelve a atraerme hacia él—. Yo tampoco tenía claro qué habría sido peor: si jugar contra ellos o compartir vestuario con alguno —confieso con amargura.

Recuerdo estar sentado con Nate, pegado al móvil, viendo cómo dos hombres adultos se dedicaban a despreciar a todo un colectivo una y otra vez, hasta que mi hermano terminó quitando el vídeo.

Xander deja escapar una risa breve y temblorosa.

—Sí. Yo pensé exactamente lo mismo.

—Pero no te retiraste.

—No. Y me alegro de no haberlo hecho. Al fin y al cabo, una semana después los Rebels echaron a Resnikoff —me recuerda Xander, y yo asiento mientras me paso la lengua por el labio inferior. Resulta reconfortante saber que ese imbécil nunca volvió a jugar en un equipo profesional. Aun así, Resnikoff sigue aprovechando cualquier ocasión para proclamar a los cuatro vientos que fue víctima de lo que él llama una «caza de brujas».

Un año después, el equipo de Jameson no le renovó el contrato.

Sin embargo, no soy tan ingenuo como para creer que el problema está resuelto. Si no los hubieran grabado durante una fiesta privada, el público nunca se habría enterado de nada. Jameson incluso tenía previsto participar en el evento benéfico. Mierda, Resnikoff podría haber seguido jugando para los Rebels y habría sido compañero de equipo de Xander y quizá también mío la próxima temporada.

La sola idea me hace estremecer, lo que Xander aparentemente interpreta como que tengo frío, porque me abraza con más fuerza y me acaricia la espalda.

—¿No sientes que los Rebels... te utilizaron como una especie de ofrenda? ¿Como si fueras un sacrificio? —Jamás pensé que haría esta pregunta después de nuestra horrible entrevista, pero necesito saber qué convenció a Xander para ayudarlos después de semejante metedura de pata.

Por la forma en que me mira con el ceño fruncido, no estoy seguro de que haya entendido lo que quiero decir.

—No estoy diciendo que te ficharan solo porque eres gay —me apresuro a aclarar. Nunca quise decir eso, ni entonces ni mucho menos ahora. Pero también soy pésimo expresándome y vuelvo a trabarme. A diferencia de hace tres años, no hay presentador ni público en directo. En cambio, Xander me da tiempo para explicarme, mientras su mano sigue acariciándome la espalda con gesto constante—. Lo que quiero decir es que te pusieron en el punto de mira, Xan. Todo el mundo sabe que Resnikoff y Jameson no podían ser los únicos imbéciles de la liga, pero te presionaron para participar en su campaña para lavar la imagen del equipo. Se aprovecharon de un jugador joven.

—Yo no lo veo así —objeta Xander. Su frente se ha relajado de nuevo y está levantando la barbilla para intentar apoyarla sobre mi cabeza.

—¡Eh! —protesto—. No hagas eso. No soy tan bajito, joder.

Pero él me sujeta la nuca y la guía hacia abajo hasta que descansa sobre su pecho, y de alguna manera encajamos a la perfección.

—Nunca tuve intención de ocultar mi sexualidad y, aunque todo esto me pilló por sorpresa, también sabía que habría imbéciles. Así es la vida. Cuando los Rebels se pusieron en contacto conmigo, me

dieron la oportunidad de contar mi historia y alzar la voz en lugar de dejar que otros hablaran por mí.

—Vale —suspiro, obviamente sin estar del todo convencido. Sé que los Rebels no tenían malas intenciones con Xander, pero también me preocupa cómo lo recibirá la liga la próxima temporada. Por supuesto, lo está haciendo muy bien, pero una pequeña parte de mí no le da demasiada importancia a eso.

No cuando eso significa que algunos imbéciles van a atacarlo con golpes bajos por ser quien es.

—No has respondido a mi pregunta —señala Xander, y me cuesta un momento entender a qué se refiere.

Suelto una risita cuando me doy cuenta de que está intentando desviar la conversación de ese tema tan serio y sacarme de mis propios pensamientos.

—¿Cuántas citas les he presentado a mis compañeros de casa? Cero. Ninguna.

—¿Cero chicos o cero citas? —pregunta Xander, y yo me río entre dientes ante su insistencia.

—¿Qué pasa? ¿Estamos jugando a las veinte preguntas, Xanxan? Cero personas.

Me echo a reír cuando levanto la cabeza y veo a Xander mirándome boquiabierto, como si acabara de decirle que he vivido como un monje durante toda la universidad.

—No te preocupes, no soy célibe.

—Desde luego, esa no fue la impresión que me llevé cuando lo hicimos en el asiento trasero de tu coche.

—¡Cállate! —Le doy un manotazo mientras noto que me arden las mejillas—. Nunca me he acostado con nadie con quien me sintiera lo bastante cómodo como para invitarlo a mi casa. Mis compañeros de piso son geniales, ¡y ni se te ocurra decirles que he dicho eso! Pero también son... un poco peculiares a veces. No me gustaría que algún deportista imbécil se burlara de Linden o de Oliver, porque entonces tendría que darle una paliza y se montaría un buen lío. ¿Entiendes?

Los labios de Xander se curvan y yo lo miro con los ojos entrecerrados.

—Lo entiendo —responde. Pero ahora tiene una sonrisa enorme que le ilumina toda la cara. Sus manos me atrapan antes de que pueda protestar, y lo siguiente que sé es que me está cubriendo la cara de besos.

—¡Pero qué demonios...! ¡Quítate de encima! —me río, aunque por suerte no me hace ni caso.



CAPÍTULO 34

Xander, 8 de marzo

Toco el timbre y me apresuro a levantar las bolsas de patatas fritas y palomitas. Menos mal, porque Nicko abre la puerta de golpe apenas unos segundos después.

—¡Ya ha empezado el calentamiento! —me grita, antes de salir disparado hacia el interior de la casa. Tras dar dos pasos, se detiene, da media vuelta y me arranca las palomitas de las manos.

—Hola a ti también —resoplo, negando con la cabeza mientras cierro la puerta.

El resto del equipo ha decidido ver juntos el último partido de la temporada regular. Para eso habría llegado justo a tiempo. Sin embargo, prefiero esto, incluso aunque Linden y Yardley también estén sentados en el salón. Nicko se ha adueñado de un sofá de dos plazas junto a la ventana, con la bolsa de palomitas abierta sobre el regazo, y está completamente absorto en las entrevistas que aparecen en la pantalla.

Me dejo caer a su lado.

—Hola, Xander —saluda Linden con una sonrisa tímida, y yo le devuelvo el saludo encantado. Desde que me he convertido en un visitante habitual del refugio, me ha perdonado mis comentarios de antes. Sigo sacando a Lila a pasear siempre que puedo, aunque a estas alturas ya me ha presentado a otros perros.

—¿Preparado para que decidan tu destino por ti, señor Blandito? —se burla Yardley. Coge un puñado de palomitas de la bolsa de Nicko y se las mete en la boca de golpe.

Lo miro con una ceja arqueada y me como un par de patatas fritas antes de responder.

—Esto no va a decidir nada por mí. Hice todo lo que pude, ahora ya no está en mis manos...

—¡Shhh! ¡El partido está a punto de empezar! —nos interrumpe Nicko, extendiendo una mano para taparme la boca. Intento protestar, pero al final cedo cuando me mete un par de palomitas entre los dientes.

El partido es aburrido a más no poder. La Universidad de Boston presiona desde el primer minuto y marca en los diez primeros minutos. Gruño y dejo caer la cabeza sobre el hombro de Nicko. No esperaba otra cosa. La Universidad de Boston lleva toda la temporada pisándonos los talones, esperando el momento oportuno para adelantarnos. Teniendo en cuenta nuestras últimas derrotas, por fin han encontrado la ocasión perfecta.

Por otro lado, los Wildcats de New Hampshire han encadenado una racha desastrosa desde que les ganamos y ocupan el último puesto de la clasificación de la conferencia.

Nada más terminar la celebración del gol, la Universidad de Boston se repliega y adopta una postura completamente defensiva. Los Wildcats, por su parte, parecen congelados sobre el hielo. Apenas se mueven, concentrados únicamente en impedir que nadie vuelva a atravesar su férrea defensa. Por desgracia, eso también elimina cualquier posibilidad de que pasen al ataque.

—¿De verdad os quedáis fuera del torneo si ganan? —pregunta Linden a mitad del tercer periodo. Habla en voz baja, como si temiera herirme con la pregunta.

Giro la cabeza para mirarlo. De todas formas, no está pasando gran cosa. Quedan menos de diez minutos y los de Boston tienen el disco bajo control; se limitan a dejar correr el reloj. En teoría es una estrategia sólida, pero también significa que casi todo está decidido. El partido parece sentenciado y, con él, las opciones de los Bats de llegar a la Frozen Four.

—Sí. Solo los dos primeros de cada conferencia pasan a la fase regional. Y ahora mismo —señalo la televisión con la cabeza— Boston está por delante de nosotros en la clasificación.

—Ah... Lo siento. —Linden baja la vista.

A su lado, Yardley resopla.

—Vamos, Lind. El señor Blandito ya es mayorcito, estoy seguro de que lo superará, ¿verdad?

Frunzo el ceño y miro a regañadientes al otro compañero de casa de Nicko. No tengo ni idea de por qué le cae tan bien Yardley cuando todo en él resulta irritante, especialmente su personalidad. Es algo que conozco de sobra por las reuniones de la Alianza.

—Claro que sí. Pero también puedo sentirme decepcionado, ¿no?

—Deberíais haberlo hecho mejor cuando tuvisteis la oportunidad.

—Olli, basta —interviene Linden, apoyando una mano sobre el brazo del otro.

No sirve de nada.

—¡Lo hemos intentado! ¿Qué sabes tú de hockey?

—Eh, sé que la cosita redonda esa tiene que entrar en la portería. —Yardley saca la lengua.

Niego con la cabeza.

—Eres idiota.

—¡Tú has preguntado!

—Porque tú...

—¡HAN MARCADO!

Todos damos un respingo cuando Nicko grita y se pone en pie de un salto, desparramando palomitas por todas partes. Una punzada de decepción me atraviesa el pecho. Estaba convencido de que la Universidad de Boston acabaría bajando el ritmo y que los Wildcats aprovecharían para empatar, hasta que me vuelvo hacia la pantalla.

La televisión muestra a la grada rugiendo de emoción. Pero tienen la cara pintada... ¿De rojo?

—¿Qué?

—¡Mira, mira! —Nicko señala la pantalla dando saltitos.

Por fin aparece la repetición. El extremo derecho de los Wildcats intercepta un pase impreciso del centro de la Universidad de Boston y sale disparado hacia delante. Es una mancha escarlata sobre el hielo. Los defensas se le echan encima, pero el disco ya está en movimiento y pasa zumbando junto al atónito portero. La realización cambia para mostrar un primer plano del disco golpeando la red, el

rostro eufórico del jugador y, después, el estadio entero enloquecido.

—¡Dios mío!

—¡No me lo puedo creer! ¡Han empatado! ¡El partido se va a la prórroga!

Durante los minutos siguientes, nos quedamos hipnotizados frente al televisor, apenas atreviéndonos a respirar. De pronto, el partido cobra vida. Los jugadores recorren el hielo de un lado a otro. Los Wildcats abandonan su férrea defensa y pasan al ataque. Mientras tanto, la Universidad de Boston tiene problemas para seguirles el ritmo.

—¡Vamos, vamos, VAMOOOS! —gritamos Nicko y yo al unísono cuando el centro de los Wildcats esquiva por los pelos una carga, tropieza con el palo de un defensa, pero consigue lanzar el disco antes de caer y...

—¡SÍ!

Aplaudimos a voz en grito, ahogando el rugido de la grada que llega desde la televisión. Instantes después, suena la bocina final con un resultado que ni siquiera me había atrevido a imaginar: ¡New Hampshire acaba de derrotar a la Universidad de Boston, que cae al tercer puesto! ¡Los Bats vuelven a colocarse segundos! ¡Vamos a los regionales!

—¡VAMOS! —grito otra vez, poniéndome también en pie de un salto. Las manos de Nicko encuentran las mías y nos ponemos a brincar como si hubiéramos sido nosotros quienes acabáramos de marcar el gol de la victoria.

—¡Enhorabuena! —dice Linden, pero apenas le presto atención mientras abrazo a Nicko. Ya tendremos tiempo de preocuparnos por la posibilidad de enfrentarnos el uno al otro. Ahora mismo estoy demasiado emocionado para pensar en eso.

Nicko, por lo visto, no necesita tiempo para hacerse a la idea.

—¡Estoy deseando destrozaros a ti y a Nate! —proclama alegremente antes de dirigirse a la cocina dando saltitos.

Resoplo y niego con la cabeza. Alzo las cejas al ver que sus compañeros de casa van detrás de él. Yardley me dedica una sonrisa y Linden me saluda brevemente con la mano.

Saco el móvil, que no deja de vibrar, para no escuchar a escondidas lo que puedan estar comentando en la cocina. Tengo un sinfín de mensajes de Nate, todos llenos de signos de exclamación, junto con una avalancha de fotos borrosas de él y del resto del equipo celebrándolo. Sonrío y le respondo con unos cuantos emojis y GIF.

Nicko todavía no ha vuelto cuando Nate me envía otra tanda de mensajes eufóricos, así que me hago un selfi rápido con los Wildcats celebrando en la pantalla del televisor al fondo. Me recuesto en el sofá y abro Instagram. Sonrío al ver las publicaciones de Nate y de los demás en la parte superior de mis notificaciones. Subo la foto y escribo un texto breve.

¡Enhorabuena, @NHWildcats, por darle una paliza a Boston!
¡Los #StBBats os debemos una! ;)

Añado un *sticker* de un murciélago antes de publicar la foto en mi historia.

—¿Estás intentando ganar más seguidores, Xanxan? —pregunta Nicko con una sonrisa burlona al volver de la cocina. Se inclina sobre el respaldo del sofá y le enseño la publicación. Suelta una risita.

—Sí, porque no lo habríais conseguido sin tanta suerte. Y, por supuesto, tampoco sin mí.

Me río de su comentario y echo la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Querrás decir sin Nate. —Le guiño un ojo, alargo una mano para agarrarlo por la nuca y tirar de él hacia abajo. Su aliento me hace cosquillas en la garganta cuando sus labios rozan los míos.

Nuestras lenguas se encuentran mientras sus manos recorren mi pecho. Sus dedos bajan hasta mi cintura y, antes de que puedan seguir avanzando, le sujeto la muñeca. Nicko tira para soltarse, pero acaba cediendo y se echa hacia atrás lo justo para mirarme a los ojos.

—Deberíamos subir.

—Claro —respondo, aunque antes lo atraigo hacia mí para robarle otros dos besos rápidos. Al final, resopla y da un paso atrás, apartándose del sofá.

—¡Vamos!

Me levanto y lo sigo hacia las escaleras, apagando la televisión y las luces a mi paso.

—Ahora vuelvo —murmura Nicko cuando llegamos arriba, frente a la puerta de su habitación. Inclino la cabeza, pero él mira hacia el pasillo. Lo sigo con la vista unos instantes antes de entrar en su habitación y sentarme en el borde de la cama.

Tras unos minutos de espera, saco el móvil. Cuando vuelvo a abrir Instagram, me quedo boquiabierto al ver que ya tengo decenas de notificaciones. Me tumbo en la cama, me acomodo sobre una almohada y respiro hondo antes de abrir los mensajes directos. Cierro los ojos un instante cuando ocurre exactamente lo que esperaba: un aluvión de mensajes de odio ahora que los Bats, y no la Universidad de Boston, serán uno de los equipos que lucharán por un puesto en los Frozen Four.

@brad.hdp420: ¿Qué tal tienes el culo después de comerte toda la polla del árbitro?
@piel-de-ballin: Espero que los Rebels no te fichen, pedazo de maricón de mierda.
@katie.ladivina: ¡Ni siquiera mereces pisar el hielo! ¡Boston merecía estar en los F4!
@golde2000metros: ¡Seguro que te has tirado al árbitro, maricón asqueroso! ¡Eres una vergüenza para el hockey!

Me muerdo la lengua y respiro hondo. Cada vez que publico algo, recibo cientos de mensajes como esos. Normalmente los borro sin siquiera leerlos y, desde luego, nunca respondo a ese tipo de comentarios retrógrados. Aun así, siguen doliendo. Algunos ya acumulan decenas de «me gusta».

—Vale, ya... ¿Qué pasa?

Por supuesto, Nicko elige ese momento para volver y cerrar la puerta tras de sí. Parece preocupado, pero niego con la cabeza antes de que pueda inquietarse más.

—No es nada —murmuro mientras me aparto para dejarle sitio.

Ignora todo el espacio libre que tiene alrededor y se deja caer encima de mí.

—Mentiroso.

Resoplo, dudando si enseñárselo o no, pero al final le tiendo el móvil. Entrecierra los ojos al leer el último comentario que he abierto y separa los labios para decir algo. Vuelvo a negar con la cabeza y le tapo la boca con la mano. Ahora mismo no tengo fuerzas para lidiar también con su indignación.

Las cejas de Nicko casi se juntan cuando frunce el ceño, pero al final asiente y se aparta.

Suspiro, bloqueo la pantalla otra vez y dejo caer el móvil sobre el pecho.

—Siempre habrá imbéciles como esos —digo en el sofocante silencio que se instala entre nosotros. Es lo que me repito a mí mismo. Aun así, me siento peor precisamente porque hace apenas unos minutos estaba celebrando la victoria de New Hampshire.

—Sí, supongo —murmura Nicko mientras se tumba a mi lado. Su hombro presiona contra el mío, pero el tema sigue flotando entre nosotros, incómodo y pesado.

Sigo borrando mensajes como si así pudiera borrar también el problema.

Entonces Nicko saca su propio móvil y resopla al mirar la pantalla. Me enseña las decenas de notificaciones de mensajes de Nate. Me río y abro mi aplicación de mensajería para enseñarle los que yo he recibido antes.

Nicko emite un sonido pensativo y vuelve a mirar su teléfono. Da un par de toques en la pantalla y, de pronto, su expresión se ensombrece.

—¿Pero qué coño...? —suelta.

Me incorporo un poco para ver qué le ha molestado tanto y parpadeo al reconocer mi propia historia de Instagram. Alguien la ha compartido acompañándola de insultos y una colección de emojis de mierda.

—Nicko, ya te lo he dicho. Siempre habrá imbéciles. No deberías...

—¡Sí, unos cuantos imbéciles! ¡Pero a este le conozco!

Frunzo el ceño y me acerco más para mirar la pantalla. No está señalando la publicación, sino los «me gusta» que aparecen debajo. «Le gusta a BadgerXL». Inclino la cabeza. Nicko resopla y pulsa el nombre para abrir el perfil del tipo, y de repente yo también estoy mucho más cabreado que cuando los insultos venían de completos desconocidos. Linus Zollweg, vestido con el uniforme naranja de los Badgers, sonríe con suficiencia en casi todas las fotos de su perfil.

—¡¿Mi capitán de mierda?! Y después de que yo... —Nicko se interrumpe de golpe, mordiéndose el labio con tanta fuerza que me preocupa que llegue a hacerse sangre. Siento que se me revuelve el estómago y cierro los ojos un instante.

No me afecta tanto a nivel personal, pero me da náuseas pensar en nuestro último encuentro. El tipo que me sonrió a la cara mientras me estrechaba la mano antes del partido resulta que dedica su tiempo libre a dar «me gusta» a publicaciones con emojis de mierda superpuestos sobre mi cara.

—¡Qué capullo! —Nicko aprieta los ojos con fuerza. Le quito el teléfono antes de que lo estrelle contra la pared, bloqueo la pantalla y lo dejo sobre la mesilla de noche. Cuando vuelvo a mirarlo, tiene el antebrazo apoyado sobre la frente.

—Lo siento. Sé que esto es una mierda.

—No. No, no tienes ni idea. —Inspira hondo y gira la cabeza para mirarme—. ¿Recuerdas que no se lo he contado a casi nadie? Lo de que soy bisexual. —Traga saliva con dificultad y vuelve a esconderse tras la mano—. A Linus sí se lo conté.

Me muerdo la lengua y siento que el corazón se me encoge por él.

—Lo siento muchísimo, Nicko. —Me acerco un poco más, aunque no estoy seguro de si le apetecerá que lo toque por lo que acabamos de hablar. Pero no se aparta, así que le paso un brazo por la cintura—. Pero... —empiezo, intentando encontrar las palabras adecuadas— dentro de unos meses te habrás librado de él. Jugaremos juntos en los Rebels y no tendrás que volver a aguantar a ese hijo de puta de Linus.

—¿De verdad crees eso?

—¿Qué quieres decir?

Al principio no responde. Solo se muerde el labio inferior.

—¿Nicko? —pregunto, con el pecho oprimido por una sensación de inquietud.

—¿Y si los Rebels no me fichan?

Casi me río al oírlo.

—¡Claro que van a ficharte! Nicko, eres uno de los diez primeros del *draft*. ¡Los Rebels serían unos completos idiotas si te dejaran escapar!

—Yo... —Nicko emite un sonido extraño, como si se le hubiera quedado el aire atascado en la garganta. Me incorporo y me apoyo sobre los codos para mirarlo, pero vuelve a taparse la cara con las manos.

—Cuéntamelo.

Vuelve a hacer el mismo ruido y yo suelto un suspiro. Me inclino hacia él y le deposito un beso rápido sobre los nudillos.

—No tienes por qué decirme nada, pero no... —Frunzo el ceño mientras elijo las palabras con cuidado—. No dejes que Zollweg te afecte. Concéntrate en terminar la temporada, juega unos partidos increíbles y... —Y entonces me quedo sin saber qué decir. O, mejor dicho, sé perfectamente lo que va a pasar después, pero me niego a dejar que ese pensamiento ocupe espacio en mi cabeza.

—¡No he vuelto a saber nada de ellos desde la operación! —consigue decir Nicko al fin, con la voz ronca y quebrada.

No era la respuesta que esperaba, así que necesito varios segundos para asimilarla. No puedo ni imaginar la presión con la que ha estado cargando todo este tiempo: la recuperación de la rodilla, la incertidumbre y el miedo a que los Rebels hayan dejado de contar con él.

Trago saliva.

—Eso... eso fue hace más de un año.

—¡No me digas, Sherlock!

Bajo la mirada. Necesitaba decirlo en voz alta para ordenar mis ideas.

—¡Pero has jugado partidos increíbles, Nicko! Quizá simplemente están esperando a que termine la temporada. Creo... creo que suele funcionar así.

—¿Has tenido contacto con ellos?

—Sí..., algo —admito—, pero la mayor parte fue por el aniversario de la Noche del Orgullo.

Los dos nos estremecemos al mismo tiempo.

De alguna manera, siempre acabamos volviendo a esa maldita entrevista, el punto de partida de casi todos nuestros malentendidos. Y es difícil admitir que algunas de las acusaciones que me lanzó Nicko no eran del todo infundadas: por lo visto, sí es cierto que los Rebels me han prestado más atención que a él.

Me muerdo el labio, me giro con cuidado hacia un lado y apoyo la cabeza en la mano. La otra descansa sobre su cadera.

—Ellos no se han puesto en contacto contigo, pero ¿tú...? —Empiezo a decir, hasta que Nicko arquea una ceja y me lanza una mirada significativa—. Vale, sí, perdona. ¿Y tu padre tampoco ha conseguido hablar con ellos?

—¿Para que vuelvas a acusarme de enchufado?

—Nunca te acusé de eso, fuiste tú quien lo interpretó así —replico, alzando la voz cuando Nicko aparta las manos de la cara para fulminarme con la mirada—. Además, yo también aprovecharía cualquier recurso que tuviera a mi alcance. Nunca quise criticar a nadie por tener esas oportunidades. Solo intentaba señalar que algunas personas parten con ciertas ventajas que otros, como yo, no tenemos.

Lo miro y suspiro cuando veo que sigue frunciendo el ceño, claramente poco convencido por mi explicación.

—Mira, cuando dije aquello, no quería decir que estuviera mal que unos padres ayudasen a sus hijos a mejorar en un deporte que les gusta y disfrutan. Lo único que intentaba decir es que debería haber más oportunidades así para todo el mundo. Yo no habría empezado a jugar al hockey si no hubiera sido por el programa deportivo para niños en acogida. Me dieron todo el equipamiento. Si no hubiera contado con esa ayuda, puede que nunca hubiera superado esos primeros obstáculos.

»Eso era lo único que quería decir en aquella entrevista: que todo el mundo debería tener acceso a ese tipo de apoyo y... —Trago saliva e inspiro hondo—. Nunca quise insinuar que no merecieras

que te seleccionaran. Porque te lo mereces —concluyo, esperando haber conseguido explicarme de una vez.

Nicko resopla, pero luego se frota los ojos y deja escapar un suspiro.

—Bueno... Eso sí tiene sentido.

Asiento, aliviado de que por fin hayamos conseguido desmontar ese malentendido. Me inclino para darle un beso en la mejilla, pero me detiene apoyando una mano sobre mi pecho.

—Pero podrías haber dicho todo eso sin hacer que pareciera un mocoso malcriado delante de media ciudad en un programa de radio en directo.

Resoplo y me acerco aún más.

—Para eso no me necesitas a mí —le recuerdo.

—Idiota —gruñe, aunque ya no queda ni rastro de enfado en su voz. Su mano sigue descansando sobre mi corazón.

Le quito las gafas con cuidado y, después de dejarlas sobre la mesilla de noche, le acaricio la mejilla. Busco su mirada y me aseguro de que no la aparta.

—Lo siento. Nunca quise dejarte en mal lugar. Y mucho menos en directo.

—Sí, sí, ahora lo dices —protesta Nicko. Pero su mano ya ha subido hasta mi cuello y sus labios encuentran los míos. El beso es suave. Tranquilo. Reconfortante. Sonrío cuando nos separamos y, esta vez, Nicko no necesita que se lo pida para acomodar la cabeza en el hueco entre mi cuello y mi hombro.

Permanecemos así un buen rato, tumbados el uno junto al otro, cómodos en el silencio. Es Nicko quien acaba rompiéndolo.

—Había pensado en irme a Europa si... —empieza a decir, aunque deja el resto de la frase suspendida en el aire.

Parpadeo varias veces; todavía no he procesado del todo sus palabras y, sin embargo, ya siento una punzada incómoda en el pecho. Si Nicko firma en Europa, estará a horas de distancia no, a un océano de distancia. ¿Era por eso por lo que insistía tanto en que no teníamos futuro? ¿Por eso parecía tan convencido de que lo nuestro tenía fecha de caducidad?

—Pero bueno, al menos habrá un Van der Hoff en la NHL —continúa. Me mira, y yo solo consigo seguir parpadeando—. Nate. Al fin y al cabo, va a jugar con los Pioneers.



CAPÍTULO 35

Xander, 8 de marzo

Me muerdo la lengua para no decir nada que me delate. Nate todavía no se lo ha contado. En cuanto caigo en la cuenta, noto cómo se me encoge el estómago.

—Sí. Claro. Por supuesto.

Para aliviar un poco la tensión y cambiar de tema, me giro hacia Nicko. Apoyo el peso sobre los codos y me inclino hasta rozarle las mejillas con la nariz. Le presiono los labios contra el lóbulo de la oreja para mantener la voz en un murmullo apenas audible.

—De todas formas, los Rebels son unos idiotas.

Nicko me mira con esos ojos verdes, todavía enrojecidos por la frustración.

Se me sube el corazón a la garganta.

—Apuesto a que cada vez que marcas un gol hay alguien en las oficinas preguntándose por qué demonios aún no te han enviado el contrato.

Nicko resopla. Inclina la cabeza, pero no se aparta.

—¿No deberías estar más preocupado por ganar el campeonato, Xanxan?

—No —respondo con una sonrisa—. Pero te dejaré tocar el trofeo cuando lo gane.

—¡Eres un... caraculo! —Nicko me empuja con una mano en el pecho, aunque aun así alza la barbilla para encontrarse conmigo a medio camino cuando me inclino para besarlo.

—También te dejaré tocarme eso a mí —le suelto riendo cuando capta el doble sentido—. Aunque, siendo justos, tú deberías dejarme

tocar el tuyo primero.

—¿Qué?

—Quiero decir que tú ya conoces el mío.

—¡Dios mío, eres horrible! —se ríe Nicko, aunque las mejillas se le tiñen de rojo.

—A no ser que ya sepas que no te gusta.

—¿Qué?

Me encojo de hombros.

—No creo que fueras del todo sincero conmigo en Navidad. Y no pasa nada si no quieres ser el pasivo; solo quiero que me lo digas en lugar de obligarme a adivinarlo. —Me alegro de haber seguido mi instinto aquella noche. De lo contrario, podríamos haber tachado eso de la lista allí mismo. Y, aunque me gusta pensar que no soy malo en la cama, tampoco creo que nadie deba descubrir si algo le gusta o no simplemente haciéndolo. Al menos no sin hablarlo antes.

—Yo... Esto... Uf. —Nicko vuelve a esconderse, aunque esta vez solo se tapa parte de la cara con una mano, así que todavía puedo ver cómo el rubor le sube por las mejillas. Suelto una risita y le rozo la mandíbula con la nariz.

—No te preocupes, todo el mundo tiene una primera vez para estas cosas. Y hay gente a la que no le gusta ser el pasivo en absoluto, que también es perfectamente válido.

—No es que no quiera... Es que... —Hace una mueca detrás de la mano y luego suspira antes de retirarla para gesticular en el aire. Mantiene la vista fija en algún punto del techo en lugar de mirarme —. No quería que le dieras tanta importancia. Es que soy...

—¿Virgen?

—¡No soy virgen! —Me suelta un manotazo en el hombro.

Le atrapo la mano, le beso la palma y entrelazo los dedos con los suyos.

—Vale, vale. No eres virgen. Pero nunca has practicado sexo anal.

—Eh... ¿Y lo de Navidad qué fue entonces?

—Quiero decir que nunca has sido el pasivo.

Nicko hace una mueca ante mi falta de rodeos, pero acaba asintiendo despacio.

—¿Te gustaría? —pregunto con cautela, aunque no sin cierta curiosidad.

—Uf, después de esta maravillosa conversación de alcoba, no estoy muy seguro. —Nicko me dirige una mirada de reojo. Sigue teniendo las mejillas encendidas, pero no pienso dejar que eso me desanime.

—Claaaro —respondo, siguiéndole la corriente mientras deslizo una mano por su costado y le acomodo una pierna sobre mi cadera. Mi mano continúa bajando por su muslo hasta detenerse en la curva de su trasero. El roce de nuestras caderas basta para percibir la tensión que hay entre nosotros—. Ni una pizca de curiosidad.

—Bueno, haces que suene bastante interesante, así que... —Nicko resopla, me agarra de la nuca y tira de mí para besarme. Le dejo tomar la iniciativa cuando nos da la vuelta y me río por lo bajo al ver la expresión triunfal que pone.

—Mmm, lo es —murmuro. Contraigo el abdomen para incorporarme hasta quedar sentado y rodeo a Nicko con los brazos para mantener el equilibrio. Él se desliza un poco hacia atrás hasta que puedo apoyar la espalda en el cabecero, acomodándose sobre mis piernas.

Seguimos intercambiando besos breves, acariciándonos los brazos, las piernas y el pecho. Las manos se cuelan bajo las camisetas y juguetean con la cintura de la ropa interior en gestos cargados de intención. No hay prisa, solo queremos disfrutar del contacto, de la cercanía y de la sensación de tener al otro entre los brazos.

Al final, soy yo quien da el primer paso y se quita la camiseta. La dejo caer a un lado y deslizo las manos bajo la de Nicko para ayudarle a quitársela también. Él refunfuña por lo bajo, pero suspira contra mis labios en cuanto queda libre y vuelvo a inclinarme hacia él.

Cuando por fin nos hemos deshecho también de los pantalones, Nicko ya se mueve inquieto contra mí, y la excitación es claramente visible en el bulto que presiona bajo mi vientre. Lo dejo hacer mientras recorro sus muslos con las manos y deslizo los dedos bajo la cintura de sus calzoncillos. Apoyo una mano sobre una de sus

nalgas y él se incorpora sobre las rodillas con un breve resoplido. Mis manos ascienden hasta posarse sobre sus caderas.

—No tenemos por qué hacerlo... Hoy, quiero decir.

—¿Otra vez con las excusas, Xanxan? Cállate. —Nicko gime y vuelve a besarme antes de empujarme la cabeza hacia atrás. Obediente, alzo la barbilla mientras sus labios recorren mi cuello. El roce de sus dientes sobre la piel me arranca un gemido. Mis manos se tensan sobre su cuerpo antes de deslizarse por la curva de su espalda y las hendiduras a ambos lados.

Se estremece cuando mis dedos continúan descendiendo y se detienen en la parte baja de la espalda y jugueteo en la parte superior de su raja.

—¿Estás nervioso?

—Mmm, sí —admite tras unos segundos, inclinando ligeramente la cabeza—. Pero no es algo malo —añade; asiento y le doy un suave empujón bajo la barbilla con la nariz.

—No, no lo es. —Muevo los dedos despacio, deliberadamente, para que se acostumbre al contacto—. Y, si quieres que pare, solo tienes que decírmelo.

—Siempre es fantástico hablar de parar incluso antes de haber empezado —bromea Nicko una vez más. Aun así, noto cómo se le relajan un poco los hombros; suelto una risita y le doy un golpecito juguetón.

—Vale, me callaré si te quitas esto.

Nicko gruñe y se aferra a mis hombros mientras termina de quitarse la ropa interior. Por la expresión de sus ojos, diría que está tentado de lanzármela a la cara, pero al final se limita a arrojarla a un lado. Cuando vuelve a buscar mis manos, le sujeto las muñecas.

—Después.

Nicko pone morros, algo tan poco habitual en él que me arranca una sonrisa.

—Quiero centrarme en ti —añado, susurrándole las palabras contra los labios.

—Pfff, empiezo a entender por qué Olli te llama el Sr. Blandi...

—Ni un solo comentario sobre Yardley mientras estemos en la cama —gruño con fingida severidad. Mis dedos interrumpen sus

bromas al deslizarse un poco más abajo, y el siguiente sonido que se le escapa es un jadeo de sorpresa. La reacción me resulta extrañamente tranquilizadora y recorro despacio la piel sensible hasta detenerme en su entrada.

Las uñas de Nicko se clavan en mi piel, pero no me detengo. Mantengo los movimientos lentos y suaves. Solo me aparto un instante para llevarme a la boca los dos primeros dedos de la mano derecha.

Cuando vuelvo a rozarle la piel con los dedos húmedos, Nicko deja escapar un suspiro tembloroso contra mi cuello. Gime, y yo giro la cabeza para hundir la nariz en su cabello rubio. Repito el gesto varias veces hasta que noto cómo su respiración se estabiliza.

Con la mano libre, me inclino hacia la mesilla y abro el cajón a tientas. Ya me lo esperaba, así que no me sorprende encontrar un bote de lubricante. Separo un poco más las piernas para acomodar también las de Nicko. Él exhala un sonido que decido ignorar, concentrado en rodearlo con un brazo para echar lubricante sobre mis dedos.

Al oír el clic de la tapa, se tensa brevemente. Le doy un pequeño empujón con la nariz mientras extiendo el gel entre los dedos.

—Te prometo que voy a hacer que te sientas muy bien. —Me inclino para susurrárselo al oído, y otro escalofrío le recorre el cuerpo.

—Que no sean solo prome... Oh...

Una cálida sensación de satisfacción me atraviesa cuando vuelvo a interrumpir sus palabras al rozarlo con los dedos resbaladizos sobre su ano.

Sus muslos se tensan alrededor de los míos.

Dejo el lubricante sobre la cama para liberar una mano; la deslizo por su pierna y le sujeto una nalga, guiándolo un poco más para tener espacio suficiente. La yema del índice ejerce una presión suave y constante. Al mismo tiempo, el pulgar acaricia con delicadeza la zona situada justo detrás de sus testículos.

Nicko da un respingo y se incorpora sobre las rodillas impulsándose con los muslos. Gime y luego toma aire entrecortadamente.

—¿Qué... qué demonios...? —jadea al cabo de unos segundos y no puedo evitar reírme. Echo la cabeza hacia atrás para mirarlo y me inclino para rozarle un pezón con la lengua.

—Intenso, ¿eh?

—Sí, sí... —Parpadea mientras intenta girar la cintura, como si pudiera ver lo que está pasando. Luego parece pensárselo mejor y se acomoda sobre mi regazo.

Su erección roza mi abdomen y deja una estela de calor que se extiende hasta la ingle.

Gimo y alzo ligeramente las caderas para acercarme más a él. Sus manos me rodean la cabeza y cierro los ojos, separando los labios sin resistencia cuando su boca encuentra la mía.

Su lengua se abre paso con insistencia. La urgencia de ese beso me recorre la espalda como una descarga de calor. Cedo al impulso y me aprieto contra él. Jadeando, me aparto unos centímetros y dejo escapar otro gemido cuando, a regañadientes, me libera la boca. Entonces desliza los labios por mi mandíbula hasta que sus dientes tiran suavemente del lóbulo de mi oreja.

—Mierda, Nicko...

La sensación es demasiado placentera como para detenerse, pero, al fin y al cabo, todo esto persigue otro objetivo. Cuando Nicko vuelve a apoderarse de mi boca, presiono una vez más la yema del dedo contra su entrada.

Tras un instante de resistencia, se desliza dentro.

Nicko se sobresalta, pero no se aparta. Me muerdo el labio y, sin querer, también le muerdo el suyo cuando siento cómo se contrae a mi alrededor. Me quedo quieto, permitiéndole acostumbrarse al ligero estiramiento. Se mueve sobre mi regazo, inclinándose hacia delante para frotar su erección contra la mía, y después hacia atrás, contra mis manos.

—Oh... —exhala cuando mi dedo se hunde unos centímetros más.

—Eso es —susurro, girando la muñeca. La otra mano se desliza hacia la parte delantera de su cuerpo, acariciando lentamente su erección para distraerlo de lo que estoy haciendo detrás. En cuanto lo toco, Nicko se inclina hacia delante y resopla cuando dejo caer la

palma cerca de su pene. Paso el pulgar por la punta y empiezo a mover despacio el resto de los dedos arriba y abajo.

Gime, primero en voz baja, luego con más intensidad cuando doblo el dedo y lo introduzco más allá del primer nudillo. Apoyando una mano en el cabecero de la cama, Nicko se echa hacia atrás.

Observo cómo se le abren los ojos de par en par, ese verde intenso enmarcado por unas pestañas larguísimas. Mi mirada baja enseguida a su boca, entreabierta y brillante, de la que no sale ni un sonido.

Nicko se deja caer hacia delante y esconde el rostro en mi cuello. Se arquea y echa las caderas hacia atrás apenas un poco, pero lo suficiente para que lo note.

Cojo el lubricante con la mano libre, sin sacar los dedos; simplemente dejo caer el gel sobre la parte superior de la raja de su culo.

Da un pequeño grito y me muerde el cuello por la sensación fría de la humedad. Sonrío y extiendo el lubricante por su piel, dejando que resbale sobre mis dedos y alrededor de su entrada. Me tomo unos instantes para tranquilizarlo y luego levanto el dedo corazón para colocarlo junto al índice.

—Oh, mierda... —jadea Nicko, balanceándose contra mí con movimientos cortos y superficiales. Poco a poco me adapto a su ritmo y empiezo a mover los dedos dentro de él.

Se retuerce en mi regazo hasta que separo aún más las piernas, mientras paso la otra mano por su cadera para guiarlo. De vez en cuando lo sujeto para introducir los dedos más adentro y separarlos despacio. Su erección gotea contra mi estómago. Puedo notar la humedad acumulándose en la parte delantera de mis calzoncillos, pero ahora mismo lo único que me importa es su placer.

Sus gemidos entrecortados y su respiración agitada son lo único a lo que presto atención. Con los dedos curvados, escucho atentamente para percibir el instante exacto en que encuentro ese punto sensible. Bastan unas pocas embestidas para que Nicko se impulse hacia arriba tan de repente que casi se golpea la cabeza contra mi barbilla. Arquea la espalda y abre la boca en un gemido. Retiro los dedos apenas un instante antes de volver a presionar.

—¡Oh, Dios! ¡Dios!

Todo su cuerpo se estremece. Sus piernas se cierran alrededor de las mías mientras los músculos se contraen también en torno a mis dedos. Mi erección palpita con deseo y con el arrepentimiento de no estar dentro de él. Pero, por ahora, esto es suficiente.

—Vamos, Nicko —lo animo, frotando la mejilla contra su pecho, su cuello y cualquier parte de él a la que pueda llegar mientras lo abrazo.

Lo estimulo una y otra vez, gruñendo suavemente. Tengo unas ganas terribles de verlo correrse, de verlo deshacerse por completo. Lo deseo casi tanto como correrme yo mismo.

—¡Ah...! Xan... ¡Ahhh! ¡Le-Lexi! —grita, casi gimoteando. Estiro el cuello hasta alcanzar su garganta y le rozo con suavidad los tendones tensos con los dientes.

—Quiero ver cómo te corres —gruño contra su cuello mientras vuelvo a mover los dedos dentro de él.

Se estremece entre mis brazos, echando la cabeza hacia atrás. Frunce el ceño durante un instante mientras todos sus músculos se tensan y, al momento siguiente, se abandona por completo.

Su orgasmo me salpica el pecho y el estómago, resbalando por mis abdominales, pero apenas le presto atención. Estoy concentrado en Nicko, en cómo su pecho sube y baja cada vez más despacio hasta que recupera una respiración normal. El rubor que le tiñe las mejillas se atenúa hasta convertirse en un suave tono rosado. Sus pestañas revolotean cuando abre los ojos y deja al descubierto ese precioso color verde, todavía algo empañado por los restos del orgasmo.

—Joder... —susurra, y no puedo evitar soltar una risita.

Es como si me hubiera dado permiso para moverme de nuevo, aunque espero a que recupere del todo el equilibrio. Entonces retiro la mano poco a poco, haciendo una mueca al ver la expresión de desagrado que cruza su rostro.

—Lo siento. —Sé que esa parte resulta incómoda; debería habérselo advertido.

—Sin duda vamos a repetirlo —dice con ligereza, bajando la mirada. Sus ojos se abren un poco más cuando vuelve a recorrerme

de arriba abajo.

Yo también bajo la vista y descubro el pecho y el estómago cubiertos de su semen, un poco ha manchado incluso la parte delantera de mis calzoncillos, ya bastante tensos. Me aclaro la garganta y me encojo ligeramente de hombros.

—No pasa nada —digo. Pero Nicko arquea las cejas y desliza la mano por dentro de mi ropa interior.

El contacto basta para arrancarme un gemido. Lo rodeo con ambos brazos y escondo el rostro contra su pecho. Apenas hay espacio entre nosotros para que pueda mover la mano, pero necesito el calor de su piel. Desde tan cerca puedo percibir el olor de su sudor, el aroma de su orgasmo y el leve rastro de la loción para después del afeitado con aroma a sándalo que utiliza.

Unas pocas caricias y apretones de la mano de Nicko bastan para que me corra y me vacíe sobre sus dedos.

—Dios, Nicko... —jadeo cuando noto que no se aparta, sino que me exprime hasta arrancarme la última gota de placer. Sus dedos recorren la punta de mi polla antes de soltarme por fin. Luego se lleva la mano a la boca y me sostiene la mirada mientras se la limpia con la lengua. Mi polla da un pequeño espasmo.

—No me copies las jugadas —le reprocho mientras me dejo caer contra el cabecero de la cama.

Nicko se ríe entre dientes y se inclina hacia la mesilla de noche para alcanzar unos pañuelos. Nos limpia a los dos antes de que yo lo rodee con un brazo y hunda la nariz en su pelo. Me permito cerrar los ojos y escuchar la respiración tranquila de Nicko.

Por suerte, el cabecero resulta demasiado incómodo como para quedarme dormido; se me clava en el hombro, así que apenas aguanto unos minutos.

Nicko emite un sonido de protesta cuando le doy un pequeño empujón y se gira para esconder la cara contra mi clavícula.

Me río por lo bajo, pero vuelvo a hacerlo.

—Vamos a recoger un poco y luego podremos dormir.

Se oyen varios gruñidos más, pero al final Nicko se desliza fuera de la cama y se pone en pie. Hace una mueca de incomodidad antes de mirarme.

—Sí, eso lo vas a notar durante un rato —admito, tendiéndole la mano.

Hace otra mueca, pero entrelaza los dedos con los míos.

—Es una sensación rara —añade después de dar unos pasos.

—¿Rara para mal o rara para bien? —pregunto mientras abro la puerta para echar un vistazo al pasillo. Hay suficiente silencio como para asumir que podemos arriesgarnos a cruzar hasta el baño medio desnudos. Nicko parece llegar a la misma conclusión, porque se adelanta rápidamente y me abre la puerta. Suelto una risita mientras paso a su lado.

Cojo el cepillo de dientes que dejé aquí la última vez que vine y se lo tiendo a Nicko para que le ponga pasta.

—Es como... una sensación de vacío —responde tras unos segundos, todavía de pie con el cepillo en la mano.

—Se te pasará. Si tienes aloe vera, puedes ponerte un poco para aliviar la molestia. Suele ayudar. —Levanto la vista después de escupir la pasta de dientes. Los ojos de Nicko, que me estaban recorriendo de arriba abajo, se alzan de golpe. Inclino la cabeza, pero él se limita a empezar a cepillarse los dientes mientras niega levemente con la cabeza.

Cuando volvemos a su habitación, Nicko se deja caer boca abajo sobre la cama y luego se gira de lado con un suspiro. Me río entre dientes, pero me aseguro de cerrar la puerta del dormitorio y apagar la luz antes de tumbarme a su lado.

—No te duele, ¿verdad? —murmuro en voz baja, tirando de la sábana para sacarla de debajo de él y taparnos a los dos.

—Mmm —masculla Nicko vagamente, ya medio dormido.

—¿Seguro?

—Uf, deja ya de preocuparte. —Sus ojos brillan un instante en la penumbra antes de volver a darse la vuelta—. Me dolía más después de los entrenamientos.

Con un murmullo tranquilizador, cambio de tema.

—Al final has encontrado un apodo digno de un cachorro con manchas, ¿eh?

Nicko suspira. Apenas gira la cabeza, pero al cabo de un momento se le curvan ligeramente los labios.

—Supongo que sí —bosteza, acurrucándose un poco más—. Buenas noches, Lexi.

—Buenas noches, Nicko —murmuro.

Se me forma un nudo en el pecho. He estado luchando contra esta realidad, pero ya no puedo seguir negándola: no consigo sacarme a Nicko de la cabeza.

Lo deseo mucho más de lo que debería y mucho más de lo que él está dispuesto a ofrecerme. Quiero enseñarle cosas nuevas. Quiero ser el motivo de sus miradas de sorpresa y de sus risas. Y, aunque me saca de quicio como nadie en el mundo, quiero que me diga que mi revés es una mierda. Quiero perseguirlo por el hielo solo para oírle decir que siga intentándolo.

Me limito a deslizar la mano sobre su cadera y la dejo descansar allí con cuidado. Nunca había temido tanto el final de una temporada.



CAPÍTULO 36

Nicko, 13 de marzo

Los días siguientes pasan volando y se difuminan en mi memoria.

Hace años que los Bats y los Badgers no se enfrentan en el torneo, y el campus está rebosante de emoción. Desconocidos se me acercan para felicitarme por haber terminado en lo más alto de nuestra conferencia y por habernos clasificado para la fase regional. La gente me ofrece el puño para chocarlo cuando paso a su lado. Un grupo de chavales insiste en invitarme a comer. Algunas chicas me deslizan números de teléfono en la mochila sin que me dé cuenta. El encargado de redes sociales del equipo ya no se deja intimidar por mis malas caras y me convence para participar en un baile absurdo de TikTok.

Mamá escribe en el chat familiar para decirnos lo orgullosa que está y, en un mensaje privado, me recuerda que no fuerce demasiado la rodilla, porque mi carrera a largo plazo es más importante que ganar un campeonato. Papá nos pregunta si queremos ir a Ámsterdam en verano y cuándo tenemos que incorporarnos a los respectivos campus de pretemporada para entrenar con nuestros futuros equipos.

Vivo todo eso como si estuviera lejos, separado del resto del mundo por una barrera invisible, como si el ruido a mi alrededor llegara amortiguado por un único pensamiento: dos victorias más y estaremos en los Frozen Four. Dos partidos más en los que podría enfrentarme a Xander y a Nate. A partir de ahora, cada encuentro podría marcar el final de la carrera que siempre había imaginado para mí. Si los Rebels no me ofrecen un contrato, tendré que buscar

equipo en el extranjero o averiguar cómo sacar partido a mi título universitario.

Si alguna vez hubo un mal momento para sentirme completamente agotado, es este. Necesito dar mi mejor versión, estar más concentrado que nunca; sin embargo, siento los huesos pesados como el plomo cuando me levanto del banco del vestuario y me cuelgo la bolsa al hombro.

En el pasillo, Zollweg posa junto a la vitrina de trofeos mientras el equipo de redes sociales le pide una y otra vez que repita los mismos movimientos para la cámara. Él levanta una mano a modo de despedida silenciosa y yo le respondo con una breve inclinación de cabeza al pasar a toda prisa a su lado.

No sé qué esperaba después del revuelo que se montó en redes sociales durante el fin de semana, pero cuando entré en la pista al día siguiente, todo estaba... normal.

Zollweg no soltó ningún comentario homófobo ni ningún insulto. Ni siquiera me miró de forma extraña. De hecho, me chocó el puño, me dio una palmada en la espalda y luego se puso a animar al equipo como siempre.

Ahora me pregunto qué fue exactamente lo que vi aquel día. Quizá el «me gusta» pertenecía a otra cuenta con un nombre de usuario parecido. O tal vez le dio por accidente mientras deslizaba publicaciones en Instagram. Un simple movimiento equivocado del pulgar, de esos que cualquiera puede hacer sin darse cuenta.

Seguramente le he dado más importancia de la que tiene, pero una incómoda sensación de inquietud sigue acompañándome cada vez que nuestras miradas se cruzan.

Cuando por fin llego al coche, lanzo la bolsa de deporte al maletero antes de dejarme caer en el asiento del conductor. Cierro los ojos un instante y respiro hondo por la nariz, intentando no pensar en todas las partes del cuerpo que me duelen. Ahora mismo no deseo nada más que la comodidad de mi cama, donde sé que todavía permanece el ligero aroma cítrico que se ha quedado impregnado en la almohada y las sábanas. Pero antes tengo que prepararme una comida decente y completar toda una serie de ejercicios de movilidad. Si estos van a ser mis últimos partidos de

hockey antes de acabar en una liga menor, no puedo permitirme el lujo de no estar al cien por cien.

Meto la mano en el bolsillo y saco el móvil para comprobar si tengo mensajes nuevos. Con los horarios tan apretados que llevamos, Xander y yo apenas tenemos ocasión de vernos durante la semana. Aun así, no puedo evitar sonreír cuando veo su nombre en la pantalla. Me muerdo el labio inferior, pero no sirve de nada; la sonrisa es tan amplia que me duelen las mejillas. Xander me ha enviado un mensaje corto contándome que ha pensado en mí durante el entrenamiento cuando su entrenador le ha obligado a trabajar el revés. Lo lógico sería que mi primera reacción fuera soltar algún comentario sarcástico, así que cierro el chat hasta que se me ocurra algo mínimamente burlón que responder.

Estoy a punto de guardar el teléfono cuando veo más de una docena de mensajes sin leer en el chat familiar. Lo tengo silenciado porque Nate suele contarme todo lo que se habla allí, así que normalmente recibo la misma información por partida doble.

Mi primera reacción es pensar que ha pasado algo malo, quizá Greg se ha vuelto a caer o mis abuelos no se encuentran bien. Pero cuando abro la conversación no hay malas noticias. En su lugar, mamá ha compartido un enlace de Twitter acompañado de varios signos de interrogación. Mi pulgar se queda suspendido sobre la pantalla. Ya noto cómo se me revuelve el estómago. Es esa sensación que precede a un accidente: el instante en que sabes que algo terrible, algo capaz de cambiarte la vida, está a punto de ocurrir. Todos mis instintos me dicen que ignore el mensaje y guarde el móvil en el bolsillo; aun así, pulso el enlace azul y la pantalla me lleva al perfil en redes sociales de un equipo de la AHL.

Frunzo el ceño cuando se abre la página de los Utonagans de Utica. Mis ojos recorren el tuit más reciente y mi cuerpo reacciona antes que mi cerebro. Los dedos me tiemblan mientras releo el breve mensaje en el que felicitan a mi hermano gemelo por haber pasado a la siguiente fase del torneo y le desean suerte a su nuevo fichaje en los próximos partidos.

Los Utonagans.

Un equipo filial.

¿Han fichado a Nate?

—¿Qué demonios significa esto? —susurro mientras intento volver a abrir a toda prisa el chat familiar. De repente, mil preguntas sin respuesta empiezan a dar vueltas en mi cabeza.

***

—¡¿Qué MIERDA es esto?!

Entro en la habitación de Nate como un huracán. La puerta se abre de golpe con tanta fuerza que rebota contra la pared. Estoy tan enfadado que se me ha olvidado fingir que soy mi hermano cuando he pasado hecho una furia por delante de Marv.

Nate está sentado frente al portátil, en su escritorio, y alza la vista hacia mí con los ojos como platos. Lleva el pelo húmedo, despeinado y ondulado, señal de que acaba de salir de la ducha. También tiene puestas las gafas. No se me escapa la ironía de que, ahora mismo, probablemente nos parezcamos más que nunca.

Durante un instante ninguno de los dos dice nada. Nate es el primero en reaccionar cuando comprende por qué estoy allí. Se levanta despacio y avanza hacia mí con cautela, levantando ambas manos como si intentara tranquilizar a alguien que le está apuntando con un arma.

—Nicky, déjame explicártelo...

Sus palabras quedan ahogadas por una carcajada aguda que se me escapa.

Suena casi histérica incluso para mis propios oídos, un reflejo perfecto del pánico que me retuerce por dentro.

—¿Explicármelo? ¿¡Explicármelo!? ¡Claro que vas a explicármelo! ¡Joder!

—¿Nicko? ¿Eres tú? —La voz de Xander llega desde detrás de mí. Me giro de forma automática y lo veo salir del baño con una toalla anudada a la cintura, y el pelo mojado le gotea sobre los hombros desnudos. Tiene una sonrisa en los labios que desaparece en cuanto percibe la furia y el dolor que debo de llevar escritos en la cara—. Eh... —dice tan suavemente que me dan ganas de taparle los oídos a Nate para fingir que solo me habla así a mí—. ¿Qué ha pasado?

Lo tengo en la punta de la lengua, apenas puedo contenerlo. Toda la confusión, el miedo y la rabia que me han invadido al comprender (comprender de verdad) ese maldito tuit, con todas sus implicaciones y consecuencias: Nate no va a jugar en los Pioneers de Nueva Jersey la próxima temporada.

No va a llegar a la NHL. No volveremos a encontrarnos sobre el hielo. En lugar de eso, estará a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia. Y quizá ningún Van der Hoff vuelva a jugar jamás en la NHL. Hay tantas posibilidades horribles que no consigo decidir cuál detesto más.

Pero entonces algo cambia en la expresión de Xander. Sus ojos se desvían rápidamente hacia Nate y en ellos reluce una mezcla de comprensión y culpa.

Todas esas palabras vuelven a quedarse atascadas cuando la rabia se apodera de mí.

—¡¿Lo sabías?! —le grito. Xander se encoge ligeramente, y de repente parece más pequeño. Me arrepiento al instante del tono que he utilizado, pero, igual que una excavadora en marcha, mis emociones desbordadas no son fáciles de detener.

—Yo... —empieza a decir, pero ya estoy negando con la cabeza.

—Qué pregunta más estúpida. ¡Claro que lo sabías!

—Solo... cálmate un segundo y escucha, ¿vale? —Nate ha dado otro paso hacia mí, con las manos todavía levantadas.

—¡No me digas que me calme, joder, Nate! —esputo mientras retrocedo hacia el lado de la habitación de Xander para no tener que estar cerca de ninguno de los dos—. ¿Cuándo negociaste con los malditos Utonagans? ¿Por qué no me lo contaste? ¿Qué ha pasado con los Pioneers?

Nate deja escapar un largo suspiro y se aprieta las palmas de las manos contra los ojos.

—No te va a gustar, pero hablamos del contrato en otoño y...

Me quedo boquiabierto y rezo por haber oído mal.

—¿¡En otoño!? ¿Hace medio año?

En lugar de corregirse y decirme que no lleva meses ocultándome algo así, Nate hace una mueca mientras se pasa las manos por el pelo.

—¡Pensaba decírtelo, Nicky! Simplemente... todavía no. No antes de que terminara la temporada. No sabía que iban a publicar ese tuit y ahora...

—¡Creía que los ojeadores de los Pioneers estaban yendo a tus partidos! ¡Tú me dijiste que estaban contentos con tu rendimiento!

—Bueno, estoy seguro de que habrían estado contentos con tu rendimiento, Nicky —resopla Nate, con un deje de amargura en la voz.

—¡Deja de llamarme así cuando estoy enfadado contigo! —Sé perfectamente lo que está intentando hacer: camelarme y hacer que parezca completamente razonable que me haya mentido—. Me dijiste que teníamos que hacernos pasar el uno por el otro porque los ojeadores de los Pioneers iban a verte jugar. ¿Y ahora resulta que para entonces ya habías decidido no ir a la NHL?

Nate se estremece ante mis gritos. Estoy demasiado furioso como para preocuparme de si alguien puede oírme, pero Xander tiene la sensatez de cerrar la puerta.

—Te dije lo que necesitabas oír.

—¡¿Perdón?!

Nate se aclara la garganta y luego endereza los hombros mientras nuestras miradas se encuentran. En sus ojos se adivina una terquedad poco habitual.

—Te dije lo que necesitabas oír —repite, esta vez con más firmeza.

—¿Lo que necesitaba oír? ¡Que te den, Nate! Lo que necesitaba oír era la verdad, no una mentira que ha puesto mi vida patas arriba y ha puesto en riesgo nuestras carreras deportivas. ¿Por qué demonios harías algo así sin ningún motivo?

—Nicko, todos te decíamos la verdad, pero no eras capaz de aceptarla. Todos sabíamos que estabas completamente recuperado, pero te estabas dejando dominar por tus miedos y cuestionabas cada uno de tus movimientos. Así que no me hables de poner en riesgo tu carrera. ¡Estuviste a punto de cargártela tú solo!

Es como si me hubieran echado un cubo de agua helada encima. Nate nunca me había hablado así, y aunque mi cerebro sigue intentando procesarlo, mis extremidades ya tiemblan por una mezcla de sorpresa y rabia.

—No tienes ni idea... —empiezo a decir, pero esta vez Nate reacciona más rápido y su estallido ahoga mis palabras.

—No, tú eres el que no tiene ni idea, Nicko. ¡No tienes ni idea de lo que se siente al ser siempre el segundo mejor en todo! Asistencias, goles, puntos, jugadas, habilidad, talento, ¡hasta en los estudios! No tienes ni idea de lo que es que te elijan en la tercera ronda del *draft*, ni de la impotencia que supone ver a tu hermano desperdiciar sus propias oportunidades.

Me aparto de él bruscamente ante aquella bofetada verbal. Mi espalda golpea el marco de la ventana de Xander cuando ya no me queda espacio para retroceder. Me duele el estómago y, al mismo tiempo, la culpa ahoga todas las demás emociones, como siempre ocurre cuando alguien compara de forma tan directa mis habilidades en el hockey con las de mi hermano.

—Lo siento —le digo, porque no se me ocurre ninguna otra cosa que decir. No hay nadie con quien quisiera compartir ese sueño o, al menos, no lo había hasta hace muy poco. Cambiaría encantado la mitad de mis goles por las uñas mordidas de Nate, y la mitad de mis asistencias por poder aliviarle los retortijones de ansiedad antes de los partidos.

Pero también me duele que ignore los problemas que tuve el año pasado, como si todo hubiera ocurrido únicamente en mi maldita cabeza, como si no hubiera tenido que enfrentarme de verdad a la posibilidad de que mi carrera terminara antes de tiempo.

—Nunca he querido quitarte nada. Pero que te eligieran en tercera ronda no significa necesariamente que no tengas nivel para jugar en la NHL. ¡McCoy salió en tercera ronda y ahora es una leyenda!

—¡Cállate! —me grita Nate, tirándose del pelo con fuerza, como si quisiera arrancárselo—. No todo el mundo es un puto niño prodigio como tú o McCoy. ¡Y no quiero que te avergüences de tu talento! ¿Que me gustaría jugar como tú? Claro que sí. Pero nunca te he culpado por tener más talento. Igual que tampoco quería que eligieras otra universidad por mi culpa.

Abro la boca para protestar, pero me lo pienso mejor y aprieto los labios con fuerza. Mi mirada fulmina a Xander, que levanta las manos de inmediato.

—¡Venga ya! —resopla Nate al darse cuenta de adónde estoy mirando—. ¿De verdad crees que no sabía por qué, de repente, te morías de ganas de ir a B-Tech después de que mamá no dejara de repetirme que tenía que salir de tu sombra? No soy idiota, Nicko. Elegiste un equipo mediocre para darme una oportunidad.

Me avergüenza muchísimo cuando lo plantea de esa forma.

—No somos mediocres —protesto con obstinación. Aunque tiene razón. Los Badgers no pisan una Frozen Four desde la época dorada de McCoy. El año pasado estuvimos cerca, pero nos eliminaron en la primera ronda de los regionales. Aun así, me gustaba la idea de formar parte de un equipo infravalorado, aunque nunca haya terminado de encajar en él—. Pensé que era lo que querías. ¡La NHL! Era... una inversión para alcanzar nuestro sueño.

Nate resopla y cruza los brazos sobre el pecho.

—A lo mejor deberías habérmelo preguntado antes, ¿no te parece? ¡Habría preferido jugar contigo en la misma línea durante los últimos cuatro años antes que verte atrapado en un equipo que ni siquiera te gusta!

—¿Ah, sí? ¿Igual que cuando me consultaste lo del cambio de roles? Ah, no, espera, que no lo hiciste. ¡Hasta me mentiste porque pensabas que...! ¡Ni siquiera sé qué demonios pensabas, Nate! —Golpeo el escritorio de Xander con el puño y varios lápices caen al suelo.

—Eso era diferente. ¡Estabas completamente bloqueado! Sabía que lo único que necesitabas era librarte de la maldita presión que te estabas imponiendo a ti mismo, y tenía razón. ¡En cuanto pensaste que me estabas haciendo un favor, volviste a rendir al máximo sobre el hielo!

Me quedo mirando a Nate, atónito ante su lógica retorcida. Por mucho que la rabia me hierva en el estómago, sé que jamás haría nada para hacerme daño a propósito. Pero eso no significa que tuviera derecho a decidir por mí.

—¿Así que ahora el fin justifica los medios? ¿Y si alguien se hubiera enterado?

—Les habría contado la verdad: que fue idea mía y que te convencí para que aceptaras. No te habría pasado nada. —No hay el

menor rastro de arrepentimiento en el rostro de Nate mientras me sostiene la mirada, completamente convencido de que hizo lo correcto.

Los brazos se me quedan colgando a ambos lados del cuerpo cuando me doy cuenta de algo, por primera vez en toda nuestra vida, mi hermano gemelo no me entiende.

Un silencio denso y asfixiante se instala entre nosotros. Los ojos de Xander van de Nate a mí una y otra vez mientras yo sigo pegado a la ventana, con el marco clavándoseme en la espalda.

Intento imaginar a Nate con la camiseta de los Utonagans y siento que el estómago se me retuerce. ¿A cuánta distancia está exactamente Utica de Nueva York?

¿Nos veremos siquiera durante la temporada? No solo vamos a jugar en equipos distintos, sino también en ligas diferentes. ¿Querrá verme siquiera o esta es su manera de escapar de mi supuesta sombra?

Quizá simplemente me deje atrás y se dedique a escribir su libro. Quizá quiera averiguar quién es Nate sin Nicko.

—No es para siempre, Nicko. Yo... solo necesito más tiempo para intentar que esto funcione. Y, si no funciona, tampoco será el fin del mundo —explica Nate, leyendo mis pensamientos con la misma facilidad con la que pasa las páginas de un libro.

Pero sus palabras no me aportan ningún consuelo, ningún alivio.

De repente, siento la camiseta demasiado ajustada sobre el pecho y la habitación se vuelve demasiado pequeña para los tres.

Necesito aire. Necesito aclararme las ideas. Necesito salir de aquí.

—¡Nicko! —La voz de Xander suena alarmada y entonces me doy cuenta de que estoy respirando a trompicones. Me siento como después de una sesión interminable de ejercicios ofensivos, cuando necesito encontrar un cubo antes de vomitar.

—Tengo que irme —balbuceo. Las manos de Xander intentan alcanzarme mientras me tambaleo hacia la puerta, pero me las sacudo de encima y echo a correr. Soy vagamente consciente de que alguien me llama, pero sigo corriendo. Bajo las escaleras a toda velocidad, saltando los peldaños de dos en dos, atravieso el pasillo y

no paro hasta que el aire frío de la noche me llena por fin los pulmones.



CAPÍTULO 37

Xander, 13 de marzo

Se me pone la piel de gallina mientras bajo a toda prisa los escalones de arenisca. El aire frío golpea mi piel desnuda, pero aprieto con más fuerza la toalla que llevo anudada a la cintura. Ignoro las miradas y los silbidos de los demás estudiantes cuando paso corriendo junto a ellos.

—¡Nicko, espera!

—¡Déjame en paz! —grita por encima del hombro, aunque afloja el paso y acaba deteniéndose en mitad de la explanada de césped que rodea el edificio.

—Por favor, Nicko, no...

—¡Lo sabías! ¡Lo sabías y no me dijiste nada! —Se gira bruscamente para fulminarme con la mirada.

Levanto una mano, porque necesito la otra para asegurarme de no enseñar más de la cuenta ni a él ni a cualquiera que pase por aquí.

—Lo sabía y lo siento —respondo, alargando la mano hacia su brazo y soltando un suspiro cuando se aparta antes siquiera de que llegue a tocarlo—. Solo... solo escúchame un minuto, ¿vale?

Aprieta los labios, pero al menos no echa a correr. Señalo con la cabeza hacia un rincón al doblar la esquina del edificio. Cuando veo que no se mueve, camino hasta allí yo solo, quedando fuera de su vista. Unos segundos después viene detrás de mí, y eso basta para aliviarme un poco.

Al menos no se está encerrando en sí mismo. Al menos no me está apartando.

—Sí, lo sabía —empiezo. Hago una mueca cuando la expresión de Nicko se contrae al instante y el ceño se le frunce todavía más. Inclino la cabeza para buscar sus ojos y sostenerle la mirada, aunque en ellos se agitan la rabia y la sensación de traición—. Nate me lo contó en enero, pero solo porque encontré un folleto de un máster a distancia. —Dejo que haga las cuentas. Sí, fue hace un tiempo, pero no desde el otoño pasado.

—Deberías habérmelo contado —insiste, y yo emito un sonido suave y alargo la mano para acariciarle la mejilla. Mi palma se desliza sobre su piel cálida y la ligera aspereza de su mandíbula. Esta vez me permite tocarlo, pero solo durante un segundo, después vuelve a apartarse.

—Quería decírtelo. De verdad. —Me muerdo la lengua y noto cómo la culpa me revuelve el estómago al recordar aquella noche en la que estuve a punto de hacerlo y, al final, me callé—. Pero Nate es mi mejor amigo y me hizo prometerle que no diría nada. Y..., bueno, pensé que era algo entre vosotros y que no me correspondía a mí quitarle la oportunidad de hablar contigo. ¡Porque quería contártelo! —me apresuro a añadir, sintiendo la necesidad de defender a mi mejor amigo—. Solo que no quería distraerte durante la temporada. No estoy diciendo que hiciera bien, pero ya sabes cómo es.

Nicko se muerde el labio y me entran ganas de pasarle el pulgar por la boca, despacio, pero me contengo y espero a que procese lo que acabo de decir. Cada minuto que no sale corriendo y se aleja de mí ya es una pequeña victoria.

—¿Qué... qué máster a distancia? —pregunta al fin, todavía con el ceño fruncido.

—Quiere hacer un máster en Escritura Creativa.

—Así que parece que de verdad quiere escribir libros.

Suspiro y asiento.

—Sí. Y... y ya sabes cómo es él... Creo que de verdad necesita un plan B. Algo que no sea el hockey. —Me encojo de hombros—. Por si acaso. Por si no llega a la NHL. Por si no tiene tanta suerte y no consigue recuperarse de una rotura de tendón o de ligamentos.

—No necesitaría un plan B si jugara para los Pioneers —murmura Nicko, pero sus palabras ya no tienen fuerza, y ya no suenan a

discusión.

Se me encoge el corazón al oír cuánto dolor esconden.

—Todos sabemos que podrían haberlo dejado en el banquillo para siempre —digo en voz baja mientras deslizo la mano hasta entrelazar los dedos con los suyos. Nicko resopla, pero me deja hacerlo.

Aprieto suavemente su mano y doy un paso más hacia él.

—No digo que lo que ha hecho Nate esté bien, créeme. Yo también he estado bastante enfadado con él, pero quizá deberías pensar si estás enfadado con él y conmigo —añado, inclinando la cabeza— o si en realidad estás triste porque las cosas no van a ser como te habías imaginado.

—Yo... —empieza Nicko, pero se queda a medias. Las lágrimas brillan en las comisuras de sus ojos y su respiración se entrecorta cuando inspira—. ¿Qué es un utonagan? —pregunta con voz temblorosa. Y a mí se me hace un nudo en la garganta de pura empatía.

—Es... es una raza de perro.

—¿Qué? —Sacude la cabeza—. ¡A Nate ni siquiera le gustan los perros!

Suelto una risita, plenamente consciente de la ironía.

—Bueno, se lo tiene merecido, ¿no?

Durante unos segundos, Nicko se muerde el labio, y luego las lágrimas empiezan a resbalarle por las mejillas. Se me rompe el corazón al verlo llorar, pero espero a que sea él quien acorte la distancia antes de rodearlo con mis brazos.

Nicko emite un sonido de protesta, y yo me limito a susurrarle palabras tranquilizadoras mientras lo estrecho un poco más contra mí. Al cabo de unos instantes, inspira hondo varias veces y apoya la cabeza en mi hombro. Hundo la nariz en su pelo y suspiro al reconocer aquel olor tan familiar.

—Es solo que... ¿Y si... y si me abandona? —Su voz es tan débil y queda tan ahogada entre los sollozos que apenas consigo entender lo que dice. Cuando por fin lo hago, niego con la cabeza de inmediato.

—Nunca te haría eso. Nate jamás te abandonaría —afirmo con total convicción. Sé que estoy hablando por mi mejor amigo, pero no tengo la menor duda: Nate nunca abandonaría a su hermano.

—Pero ¿y si...? ¿Si vosotros dos...? ¿Y yo...? —Los sollozos de Nicko se hacen notables y sus hombros empiezan a temblar. Lo abrazo con más fuerza y le acaricio la espalda con movimientos lentos hasta que se calma un poco. Después inclino la cabeza y le rozo la oreja con la nariz.

—No digas tonterías. Ni Nate ni yo vamos a abandonarte. Tú estarás ahí, dándome una paliza cuando juguemos juntos en los Rebels; y, en cuanto Nate esté preparado, también le darás una paliza en el equipo con el que acabe fichando. De hecho, arrasarás de tal forma que tendrán que inventarse una categoría nueva solo para ti.

A Nicko se le escapa una especie de hipo. Entre sollozos, alarga una mano y trata de taparme la boca.

—Eres ridículo, Hart —murmura, aunque ya no llora y su voz suena mucho más firme—. ¡Eso que acabas de decir ni siquiera tiene gracia!

—No, pero será verdad. —Le aparto unos mechones de pelo de la frente y le acaricio la mejilla. Después le levanto suavemente la barbilla y deposito un beso ligero sobre sus labios. El contacto es cálido y reconfortante. Cuando vuelvo a abrir los ojos, los suyos siguen enrojecidos, pero ya no brillan por las lágrimas contenidas. Se acurruca contra mí; su pelo me hace cosquillas en la mejilla y luego en el cuello, y deseo con todas mis fuerzas que pudiéramos quedarnos así para siempre.

—Bueno, ya basta de sermones. Vuelve a tu habitación antes de que alguien llame a la policía porque vas medio desnudo por ahí —dice por fin Nicko, pero no se aparta de mí, así que yo tampoco me muevo. Aun así, bajo una mano para asegurarme de que la toalla sigue bien sujeta alrededor de mis caderas.

—No sé cómo lo hago, pero parece que siempre acabo sin ropa cuando estoy contigo.

—Por lo general no me importa, pero sí cuando corres el riesgo de morir congelado.

Suelto una risita y, poco a poco, aflojo los brazos, preparándome mentalmente para dejarlo marchar. Cuanto más se acerca el final de la temporada, más difícil se me hace. Debería preocuparme por eso, pero sigo aplazándolo.

Mientras siga habiendo un «hasta luego», quiero aprovecharlo al máximo.

No puedo evitar preguntar:

—Hablarás con él, ¿verdad?

—Sí —responde Nicko con la voz aún algo entrecortada mientras se seca la cara con la manga—. Pero... todavía no —añade tras un instante, lanzándome una mirada fugaz antes de apartar la vista otra vez.

Asiento, aunque la idea de tener que soportar unos días más la guerra fría entre los gemelos me pone los nervios de punta. Sé que les duele a los dos, pero también sé que es algo que solo ellos pueden resolver.

—Lo entiendo —murmuro. Le beso la frente y vuelvo a hundir la nariz en su pelo. Nicko se inclina hacia mí y suspira mientras parte de la tensión abandona poco a poco sus hombros. Su aliento me hace cosquillas en el cuello y siento que el corazón me da un vuelco.

Dios, no me canso de él.

—Nicko, yo... —Me aclaro la garganta cuando la voz me sale áspera y ronca, rompiendo el hechizo que casi me ha hecho sentirme más desnudo de lo que ya estoy—. ¿Me mandarás un mensaje cuando llegues a casa? —termino preguntando, de una forma bastante torpe. Una ráfaga de aire me hace estremecerme. Nicko me acaricia los brazos y el pecho desnudo, y de pronto tomo conciencia de lo cálidas que están sus manos y de lo mucho que yo me estoy congelando.

—Sí, claro. Ahora lárgate de una vez. —Hace un gesto para que me marche, aunque veo cómo su mirada recorre mi pecho, baja hasta mis caderas y continúa por mis piernas. Después me empuja suavemente en dirección a la entrada del edificio.

Sin él protegiéndome del viento, el frío resulta insoportable y estoy deseando volver a entrar. Antes de abrir la puerta, miro por encima del hombro.

Nicko retrocede por el césped, levantando una mano a modo de despedida antes de subirse la capucha.

Cuando llego arriba, me apresuro a ponerme unos pantalones de chándal y unos calcetines limpios, temblando mientras me visto.

—¿Dónde está Nicko? —La voz de Nate me llega amortiguada por la camiseta que me estoy poniendo.

—Se ha ido a casa —respondo en cuanto consigo sacar la cabeza por el cuello.

Nate me mira fijamente, con mucha más rabia de la que esperaba. También tiene los ojos algo hinchados y sospecho que él también ha llorado después de que saliera corriendo detrás de su hermano.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué no lo has traído de vuelta?

—Necesita tiempo para...

—¡Es mi hermano! Lo conozco mucho mejor que tú, aunque estéis fo... ¡Uf! —Se interrumpe a sí mismo, pero mis cejas se arquean hasta casi desaparecer bajo el pelo. Nate se muerde el labio—. Es mi hermano —repite entre dientes. Está enfadado y no está pensando con claridad, así que lo dejo pasar.

—Lo sé —replico, frotándome las manos heladas—. Y precisamente porque lo conoces mejor que nadie, sabes que ahora mismo necesita tiempo. Pero no estás pensando con claridad.

Abre la boca para responder, pero lo sujeto por los hombros.

—No estoy intentando interponerme entre vosotros. Y tampoco voy a explicarte cómo es tu propio hermano, tío. Tú lo conoces. Lo que pasa es que estás enfadado por la forma en que se ha enterado de todo.

Nate sigue fulminándome con la mirada durante unos segundos, pero al final se relaja y deja caer los hombros. Se frota los ojos con gesto frustrado y yo emito un sonido conciliador antes de atraerlo hacia mí para darle un abrazo. Al cabo de un instante, noto cómo uno de sus brazos rodea mi cintura.

—¿No vas a decirme «te lo dije»? —pregunta cuando volvemos a separarnos.

Niego con la cabeza; por una vez, los Van der Hoff no necesitan otra lección por mi parte.

—Pidamos algo para cenar, ¿vale? —La noche ha sido lo bastante agotadora para los dos, y ambos nos hemos ganado un descanso.



CAPÍTULO 38

Nicko, 28 de marzo

El campeonato regional de la Conferencia Noreste de este año se celebra en el MassMutual Center de Springfield. Jugamos el primer partido contra Colgate y los eliminamos con una ajustada victoria por 2-1. No me quedo a ver el partido de St. Bernard, pero cuando terminamos de cenar en el hotel, todos los móviles vibran con el resultado: los Bats han derrotado a Dakota del Norte por 3-0.

El nombre de mi hermano aparece junto al primer gol, y siento una extraña mezcla de orgullo y enfado.

Nate y yo no hemos hablado en las últimas dos semanas. Sospecho que tiene algo que ver con que Xander le dijera a mi hermano que me diera espacio. No recuerdo ninguna otra etapa de mi vida en la que haya pasado tanto tiempo sin escuchar la voz de Nate.

Cuando teníamos cinco años, él cogió la varicela y yo no. Como es lógico, nuestros padres intentaron mantenernos separados, lo que funcionó exactamente hasta que descubrí cómo trepar por la bajante que había junto a la ventana. A la mañana siguiente, estaba cubierto de puntos rojos que me picaban por todo el cuerpo y todo volvió a la normalidad.

Un año después, se suponía que yo iba a ir a un campamento de hockey sin él. Tuvieron que venir a buscarme en mitad de la primera noche por unos fuertes dolores de estómago. No me los estaba inventando, pero desaparecieron milagrosamente en cuanto Nate me cogió de la mano en la sala de espera del hospital.

Dentro de cuarenta y ocho horas me enfrentaré a él sobre el hielo. Y es muy posible que sea la última vez que compartamos algo así; solo pensarlo me deja un nudo en la garganta.

Esa noche me retiro pronto a la sofocante habitación de hotel que comparto con Kristiansson. Me escondo bajo la manta y felicito a Xander por sus dos goles, pero el mensaje se queda sin leer. Debe de estar celebrándolo con sus compañeros de equipo o concediendo entrevistas sobre el partido, sobre sus planes de futuro, sobre la oleada de críticas que recibió en redes sociales o quizá incluso sobre mí.

En cualquier caso, no debería escribirle, y mucho menos con el partido que se cierne sobre nosotros. Tampoco debería escribirle porque cada palabra hará que el final de la temporada resulte aún más difícil.

Lo más probable es que firme con los Rebels en cuanto termine la Frozen Four, y no consigo quitarme esa idea de la cabeza. Más bien al contrario: me obsesiona hasta el punto de que mis dedos abren nuestro chat de forma automática cada vez que busco algo de consuelo.

Me pregunto si estaría dispuesto a seguir viéndome si los Rebels no me ofrecen un contrato.

¿Y si acabo fichando por un equipo europeo? Antes de darme cuenta, ya he abierto Google Maps para comprobar la distancia entre Ámsterdam y Nueva York.

Y después, solo para torturarme un poco más, entre Ámsterdam y Utica.

Esa noche tengo pesadillas a intervalos. En una de ellas, Nate hace trizas mi contrato; en otra, los Rebels se llevan a Xander esposado mientras lo alejan de mí.

Cuando Kristiansson abre las cortinas y la luz de la mañana inunda la habitación del hotel, faltan treinta y seis horas para nuestro próximo partido y me siento peor que nunca.

El entrenador dirige una breve sesión de patinaje matutina y después nos echa del hielo con una simple frase:

—Lo que no habéis aprendido en todo el año no vais a aprenderlo hoy.

No sé si pretende tranquilizarnos o insultarnos, pero el entrenamiento ligero sirve para rebajar un poco los nervios antes de que nos acomodemos para ver las repeticiones en vídeo.

He jugado contra los Bats infinidad de veces y, aun así, sigo sorprendiéndome de la resistencia de Xander cada vez que lo veo patinar en la pantalla.

Nunca me he permitido admirar de verdad sus cualidades; siempre me he centrado en criticarlo y en señalar sus defectos, ya fuera delante de él o de mi hermano.

Es un jugador extraordinario y posee una fuerza descomunal. Siento incluso un escalofrío de compasión cuando uno de los vídeos muestra al portero de Maine lanzándose delante de una de las cargas brutales de Xander. El pobre debió de quedarse sin respiración pese a toda la protección que llevaba encima.

—Fijaos en la rapidez con la que controla el disco al recibir el pase de Hart.

Tardo un momento en darme cuenta de que ya hemos pasado a otra jugada. Ahora es una imagen congelada de Nate la que ocupa la pantalla y el entrenador asistente Walker señala el disco con el punto verde de su puntero láser. Vuelve a poner en marcha la grabación y yo contengo la respiración, sorprendido.

No es Nate quien recibe el pase de Xander.

Me quedo completamente paralizado al verme a mí mismo girar sobre los patines para despistar al defensa vestido de rojo y abrirme hacia una mejor posición de tiro. El disco entra en la portería rozando el hombro izquierdo del guardameta, y enseguida me veo rodeado de Bats que me felicitan con abrazos y palmadas. Una sonrisa enorme se dibuja en mi cara mientras Xander me rodea el cuello con un brazo y me atrae contra su amplio pecho.

Recuerdo aquel partido. Fue el día de la fiesta de Halloween.

—No, esto no tiene importancia —interrumpe el entrenador Kovachev para comentar el análisis que Walker está haciendo de la jugada. De mi jugada—. Fue un golpe de suerte. Hoff, el otro Hoff, no suele jugar así. ¿Verdad, Nicholas? —Se me abren los ojos de par en par cuando el entrenador se dirige a mí desde el otro extremo de la sala y un escalofrío me recorre la espalda. Consigo emitir una

especie de gruñido afirmativo y asiento con la cabeza, mientras varios de mis compañeros celebran tener al «mejor de los Hoff» en el equipo.

Walker se encoge de hombros y pasa al siguiente vídeo.

Siento la mirada del entrenador clavada en mí mientras me inclino hacia delante fingiendo que estoy completamente concentrado.

Creo que voy a desmayarme. Definitivamente no tengo suficiente aire en los pulmones. ¿Nos ha descubierto? ¿Lo sabe? ¿Lo ha sabido todo este tiempo?

No. No puede ser.

Nadie más se dio cuenta, y Nate ni siquiera jugó realmente en mi lugar, ya que yo tenía una ausencia justificada oficialmente con un certificado médico.

Me aferro a ese pensamiento durante todo el camino de vuelta a la habitación. Algunos compañeros han salido a recorrer la ciudad para despejarse antes del partido de mañana, otros han preferido ir al gimnasio. No me apetece perder el tiempo en un centro comercial, pero, cuando veo a Zollweg bajar en dirección al gimnasio del hotel, descarto esa opción de inmediato.

Con un suspiro, me dejo caer sobre la cama y abro Instagram. Un círculo rojo rodea el icono de Nate, señal de que ha subido una historia. Mi pulgar se queda suspendido sobre su foto mientras lucho contra mi curiosidad y contra las ganas de escuchar su voz. Me muerdo el labio inferior con fuerza, pero enseguida me rindo y abro la historia de Xander.

Probablemente sea una opción aún peor, pero al menos no me quedo mirando fijamente su cara absurdamente atractiva, esa que últimamente me hace cuestionarme demasiadas cosas sobre mi futuro. Sin embargo, lo que aparece en la pantalla es una foto de un gimnasio bastante corriente, acompañada de las palabras «día tranquilo» y las etiquetas #SBU, #SBUBats y #VamosBats en la parte inferior. No ha etiquetado la ubicación, pero Nate compartió la dirección de su hotel en el chat familiar. Está apenas a dos manzanas de aquí.

Escribo «más te vale practicar un poco más ese revés» en la caja de mensajes mientras mi cerebro ya está elaborando un plan. Un

plan muy muy malo.

Lo sensato sería bajar a nuestro gimnasio, ponerme los auriculares, subirme a una cinta de correr e ignorar esos deseos traicioneros.

Eso es lo que haría un jugador de hockey inteligente, responsable y con un futuro prometedor. Pero yo no soy Alexander Hart.

***

En cuanto cruzo la puerta de la recepción del hotel, me doy cuenta de que no he pensado esto demasiado bien. Para empezar, no sé dónde está el gimnasio. Ni siquiera sé si Xander sigue allí. O peor todavía, si está con mi hermano.

—Esta es la peor idea que he tenido en mi vida —mascullo para mis adentros mientras me bajo un poco más la gorra negra para taparme la cara. Intento dar media vuelta y salir de allí antes de hacer el ridículo, pero acabo chocando contra un pecho firme.

—¡Eh, Hoff! Pensaba que ibas a ir al *spa*.

El pánico me atraviesa al encontrarme frente a la sonrisa entusiasta de Baker, y mi cerebro tarda un segundo en procesar lo que acaba de decir.

—¿Al *spa*?

Tengo que hacer un esfuerzo enorme para no echarme a reír. Es exactamente el tipo de cosa que haría Nate: regalarse una sesión de sauna, *jacuzzi* y masaje. Por alguna razón, esa información me devuelve parte de la confianza en mi plan disparatado.

—La verdad es que se me olvidó meter el bañador en la maleta —digo con una mueca, señalando mis pantalones cortos deportivos—. Así que igual me paso por el gimnasio en lugar de ir al *spa*.

—¿Otra vez? ¡Si has salido de ahí hace media hora! —exclama antes de soltar una carcajada sorprendida. Me muerdo la lengua por mi metedura de pata.

—Solo quiero correr un poco en la cinta. Algo suave para..., ya sabes, despejarme antes del partido.

Baker responde con un murmullo comprensivo mientras me da una palmada amistosa en la espalda.

—Lo entiendo, pero no te pases, colega. Necesitamos que mañana mantengas a raya a tu hermano.

No puedo evitar esbozar una sonrisa ladeada mientras le guiño un ojo al despedirme.

—No te preocupes por eso.

En el ascensor hay un cartel que indica que el gimnasio está en la última planta. Pulso el botón correspondiente y aprovecho para echarme un vistazo en el espejo de cuerpo entero. Me he puesto lentillas e incluso me he molestado en peinarme el pelo hacia atrás con gel, aunque la gorra lo oculte casi por completo. Le doy la vuelta a la visera y le dedico a mi reflejo una sonrisa arrogante mientras ladeo la cabeza. La ropa deportiva que llevo no tiene ningún logotipo de B-Tech, aunque está bastante más gastada de lo que a Nate le gustaría. Quizá mis padres se darían cuenta, pero un desconocido desde luego que no. Y Xander tampoco.

Me siento un poco culpable por volver a engañarlo de esta manera, pero pienso compensárselo.

Cruzo las puertas de cristal con la misma seguridad despreocupada que tendría mi hermano gemelo y dejo que mi mirada recorra el espacio abierto. La música pop retumba por los altavoces para entretener a quienes entrenan, un grupo formado exclusivamente por jugadores de la SBU. Después de pasar dos semanas jugando con ellos a escondidas, ya conozco a todos por su nombre. Saludo a algunos chocando los puños mientras paso junto a ellos y repito la historia de que se me olvidó meter el bañador en la maleta.

Taylor se ofrece a prestarme el suyo y yo le respondo enseñándole el dedo corazón entre risas.

Pero no he venido aquí para escuchar bromas.

Por fin localizo a Xander en el *press* de banca, en el rincón más alejado de la sala. Lleva auriculares puestos y solo puedo imaginar el tipo de ruido infernal al que somete sus oídos por voluntad propia. Está levantando noventa kilos como si apenas estuviera calentando.

—Presumido —murmuro para mis adentros mientras mis ojos recorren sus brazos. Las venas se marcan más con cada repetición.

No parece necesitar ayuda, pero aun así me coloco detrás del banco como si estuviera dispuesto a asistirlo con la barra.

Al principio no me presta demasiada atención, pero en la siguiente repetición nuestras miradas se cruzan.

Sus pestañas oscuras revolotean y abre mucho los ojos, y un segundo después vuelve a entrecerrarlos. Sin vacilar, Xander deja la barra en los soportes y se incorpora. Se quita los auriculares y se los deja colgando del cuello.

Hago una mueca al oír el chillido agudo que precede a un *riff* de guitarra atronador.

—¿Qué demonios haces aquí? —murmura, y se me corta la respiración. Bueno, parece que mi hermano y su mejor amigo no están precisamente en su mejor momento.

—Se me olvidó el bañador y...

—No me jodas, Nicko. ¿Qué estás haciendo aquí? ¡No podéis volver a hacer esto, joder!

Lo miro boquiabierto cuando me llama por mi nombre. La sorpresa es tan grande que ni siquiera intento disimular. Las manos se me van automáticamente a la cara, buscando qué ha podido delatarme.

—Yo... —empiezo a decir, pero me interrumpo cuando mis ojos recorren el gimnasio. Los demás jugadores siguen repartidos en pequeños grupos, más pendientes de charlar que de entrenar. Nadie parece prestarnos atención.

—No me mientas, Nicko —advierte Xander. Sus ojos azules brillan de indignación—. ¿Dónde está Nate?

—¿Cómo sabes que soy yo? —No puedo evitar preguntarlo. —Lo había pensado todo. Joder, incluso me había subido unos calcetines Nike hasta media pantorrilla, exactamente igual que hace mi hermano—. ¿Ha sido por la ropa? Mierda, debería haber traído la camisa nueva que Nate me regaló por Navidad. —Lo digo en voz alta, completamente desconcertado.

Xander resopla.

—Por favor. Es que tú... —Pero no termina la frase. En lugar de eso, me observa con el ceño fruncido y hace un gesto vago con la mano, abarcándome de arriba abajo—. Es todo esto. Tienes esas motitas doradas alrededor de los ojos y siempre llevas la barbilla

ligeramente levantada. Además, te mueves de otra manera. Cuando te miro sé que tú... no eres Nate. No sé explicarlo. Joder, isi ni siquiera hueles como él!

—Claro que huelo igual que él, usamos el mismo maldito champú —protesto, desconcertado por su explicación. Pasé dos semanas enteras haciéndome pasar por mi hermano sin que se diera cuenta y ahora resulta que puede enumerar todas las razones por las que somos distintos—. Tiene que ser el desodorante —murmuro mientras levanto un brazo para olerme con atención.

Xander arquea las cejas y luego suelta una carcajada.

—¡No es el desodorante! A menos que hayas encontrado la forma de... embotellar el olor del invierno.

—¿El olor del invierno?

—¡Cállate! —me reprende, justo cuando mi exclamación consigue que varios jugadores al otro lado del gimnasio vuelvan la cabeza hacia nosotros—. ¿Qué haces aquí? Te juro que, si has venido a espiarnos...

Pongo los ojos en blanco.

—Otra vez con eso.

—¿Y bien?

Me muerdo el interior de la mejilla. La respuesta está ahí, en la punta de la lengua, pero no consigo decirla. Me paso la lengua por el labio inferior. Tengo la boca tan seca que parece que me haya tragado un puñado de arena.

—¿Nicko? —insiste Xander con suavidad, y una punzada de irritación me atraviesa el estómago. Lo sabe. Tiene que saberlo. Entonces, ¿por qué me obliga a decirlo? Suelto el aire de golpe y me froto la cara con ambas manos.

—Te echaba de menos —admito al fin. Las palabras apenas se oyen por encima de la música. Y, aun así, una vez que empiezo, ya no puedo parar—. Necesitaba verte. No quería quedarme con los demás y no dejaba de pensar en...

Xander no me deja terminar. Se pone en pie de inmediato, rodea el banco en dos zancadas y me agarra la muñeca con una firmeza que roza la desesperación.

No puedo evitar seguirlo, aunque mi reacción instintiva sea protestar. Me trago cualquier réplica para no montar una escena delante de sus compañeros de equipo, que nos observan con evidente curiosidad.

—¡Suéltame! —chillo en cuanto las puertas de cristal se cierran tras nosotros, pero Xander ni siquiera me mira. Me conduce hacia las escaleras, aunque cambia bruscamente de dirección cuando el ascensor anuncia su llegada con un pitido. Murmurando una disculpa apresurada, se abre paso entre un grupo de mujeres jóvenes y pulsa varios botones a la vez.

—Vale —digo entre risas, molesto por lo temblorosa que suena mi voz—. Puedo irme yo solo. No hace falta que me acompañes hasta abajo...

—Cállate de una puta vez, Nicholas —gruñe Xander. En cuanto las puertas se cierran, se lanza sobre mí y me empuja contra el espejo. Su cuerpo me inmoviliza mientras nuestros labios se encuentran en un beso hambriento. La lengua de Xander invade mi boca y yo me dejo arrastrar por el sabor de su chicle de fresa y por la absoluta locura de lo que estamos haciendo.

Le agarro de las caderas y tiro de él hacia mí, nuestros cuerpos chocan y un gemido se me escapa entre los labios. Por un instante me planteo pulsar el botón de emergencia para quedarnos encerrados allí dentro a propósito, pero el ascensor se detiene y Xander se aparta despacio.

La planta está desierta. No opongo resistencia cuando me agarra de nuevo de la muñeca y me arrastra por el pasillo.

Lanzo una mirada por encima del hombro mientras lo sigo. Las huellas de sus grandes manos son lo único que rompe la superficie impecable del espejo, la visión me provoca un escalofrío. La imagen me acompaña de camino a la habitación de Xander y recuerdo aquel momento en el que fue introduciendo los dedos en mi interior, uno a uno, abriéndome y masajeándome.

Un sonido involuntario se me escapa de los labios. Xander levanta la vista de la tarjeta de acceso que está buscando y una sonrisa divertida asoma en su boca.

—¿Estás nervioso? —bromea, y yo resoplo mientras lo empujo hacia el interior de la habitación en cuanto se abre la puerta. Me detengo en seco al ver una bolsa que me resulta familiar sobre la primera cama, con la mitad de su contenido desparramado por el edredón.

Una de las camisetas luce claramente el logotipo de los Badgers. Se me forma un nudo incómodo en el estómago.

—Ha ido al *spa* —explica Xander, aunque yo ya lo sabía. Su expresión se suaviza al percibir mi vacilación—. ¿Estás bien?

—Sí. —Asiento y me aclaro la garganta cuando la respuesta me sale ronca—. Sí.

Aparto la mirada del familiar desorden de la habitación y vuelvo a centrarme en Xander. Durante un instante me limito a observarlo. El pelo negro, húmedo por el ejercicio, le cae sobre la frente. Va recién afeitado, lo que acentúa aún más la línea de su mandíbula. En mi cabeza le he dado puñetazos cientos de veces; ahora, en cambio, lo único que quiero es recorrerle el rostro con los labios, besarlo y mordisquearlo hasta que me mande a la mierda.

—¿Qué haces aquí, Nicko? —pregunta de nuevo, y yo resoplo.

—¿Y quién es el ansioso ahora? —Intento provocarlo, pero está desesperado por oírme repetir mi confesión. Aun así, mi corazón sigue acelerado, golpeándome el pecho con fuerza. Quiere volver a oírlo. Lo necesita.

—Te echaba de menos.

Esta vez las palabras salen con más facilidad y el brillo que aparece en sus ojos hace que merezca la pena.

—¿Y qué era eso que necesitabas...? —pregunta el muy cabrón y yo resoplo de nuevo—. Venga, cariño. Dilo —susurra mientras acorta la distancia que nos separa con dos pasos. Entrecierro los ojos al oír el apelativo cariñoso y verlo acercarse.

—Necesito... —empiezo, apoyando una mano sobre su pecho. Me humedezco el labio inferior con la lengua, la boca vuelve a quedárseme seca mientras intento poner en palabras aquello que llevo horas sintiendo.

Respiro hondo y alzo la vista para encontrarme con sus ojos.

—Te necesito... —digo, y mi mano lo detiene cuando intenta avanzar de inmediato, satisfecho por haber conseguido lo que quería. Todavía no he terminado—. Necesito que me folles.



CAPÍTULO 39

Nicko, 28 de marzo

—¿Qué has dicho?

Bueno, desde luego no es la reacción entusiasta que esperaba.

—Necesito que me folles —repito, orgulloso de lo fácil que me resulta decirlo esta vez. A pesar de la evidente sorpresa, Xander deja escapar un gemido, y me resulta extrañamente satisfactorio lo necesitado que suena.

—Vas a acabar conmigo, Nicko —se queja, cubriéndose los ojos con ambas manos—. No puedo follarte.

—¿Qué? ¿Por qué no?

¡Me ha llevado semanas mentalizarme para esto! No es que la idea me incomodara antes, pero nunca había estado con un chico el tiempo suficiente como para desarrollar ese nivel de confianza. Pensar en ser el pasivo siempre me ha hecho sentir que cedía el control, y normalmente eso no me gusta. Menos aún con mi mayor rival.

Pero con Xander sí puedo imaginármelo. Es el tipo que se marca unos pasos de baile espantosos en una sala recreativa solo para hacerme reír. El que me acompaña a partidos de hockey de instituto simplemente porque quiere pasar tiempo conmigo. El que se deja mangonear por una chihuahua diminuta para divertirme. El que sale medio desnudo al frío para asegurarse de que estoy bien. Y también es la persona que sabe perfectamente cuándo estoy mintiendo y que, aun así, me deja conservar un poco de dignidad.

Me alegro de que aquella noche no dijera nada sobre mi engaño, pero ahora las cosas son distintas. No consigo quitarme de la cabeza

el recuerdo de sus manos sobre mí. Cada vez que me masturbo pensando en ello, mi imaginación añade un final diferente. Uno en el que acaba penetrándome. He mantenido ese deseo encerrado dentro de mí, negándome a reconocerlo abiertamente, hasta que se lanzó sobre mí en el ascensor.

—¡Porque mañana tenemos un partido! —exclama—. ¿No te parece un momento terrible para experimentar con nuevos deseos sexuales?

Frunzo el ceño ante su argumento.

—No se me ocurre una forma mejor de distraernos.

—Eso puede ser verdad, pero no quiero precipitar una experiencia como esta...

—Con Nate en el *spa*, desde luego no tienes que darte prisa, créeme.

—¡Estamos en una habitación de hotel! ¿No preferirías que fuera en un sitio que te resultara familiar?

—No. Desde luego prefiero esto a tener a mis compañeros de piso abajo.

—No tienes remedio —suspira Xander mientras se pasa una mano por el pelo, dejando los mechones aún más revueltos.

—Entonces es que no quieres —respondo. Todo el impulso que sentía hace un momento desaparece de golpe. Esperaba que ya estuviéramos en la cama, con sus manos y su boca sobre mí. Desde luego no imaginaba que fuera él quien pisara el freno de forma tan brusca.

—¡No! Nicko, no es eso... ¡Claro que quiero! —Xander me sujeta la cara con ambas manos. Aparto la cabeza en un arranque de testarudez, pero al final cedo y dejo que me levante la barbilla—. Llevo queriéndolo desde Navidad. ¡Pero no me puedo creer que saques el tema precisamente ahora!

—Lo estoy proponiendo, no sacando el tema —resoplo—. Si los dos queremos lo mismo, ¿por qué no estamos ya en la cama?

—Porque mañana tenemos un partido importante. Uno que podría influir en nuestras carreras, y si juegas mal porque te duele todo después de ser pasivo por primera vez, ¡no dejarás de echármelo en cara jamás!

Parpadeo al oírlo y, cuando termino de procesar sus palabras, me echo a reír.

No es tan gracioso, pero en cuanto desaparece la presión que sentía en el pecho, soy incapaz de parar.

—¡Lo digo en serio, Nicko! —protesta Xander. Aun así, puedo oír la sonrisa en su voz cuando aparta las manos de mi cara para rodearme con los brazos. Me abraza con paciencia mientras yo sigo riéndome contra su hombro.

—Te prometo que eso no va a pasar —le aseguro cuando por fin vuelvo a mirarlo. Me siento como si acabara de dejar atrás una mochila cargada de piedras el último día de clase antes de las vacaciones de verano. Ligero y libre—. Porque no voy a perder el partido de mañana.

—Ah, claro. Qué tonto soy —resopla, estrechándome aún más entre sus brazos.

Permanecemos así unos instantes, abrazados en silencio, tan cerca el uno del otro que puedo sentir los latidos de su corazón contra mi pecho.

Inclino la cabeza y deposito un beso suave en su cuello. Mis labios ascienden hasta detrás de su oreja y le mordisqueo el lóbulo.

La respiración de Xander se entrecorta. Sus manos empiezan a acariciarme la espalda y sus dedos encuentran el camino bajo mi camiseta.

—Nicko... —susurra. Su voz ronca hace que mi nombre suene completamente distinto—. ¿Estás seguro? Podemos hacer cualquier otra cosa y dejar esto para otro día.

—¿Otro día? —repito.

No habrá otro día. Mañana, uno de nosotros seguirá adelante y el otro verá cómo termina su temporada. Los dos acordamos que esto acabaría entonces. No hay forma de que lo nuestro, sea lo que sea, funcione si acabo jugando en otra liga. O en otro continente.

—Podría haber otro día —insiste Xander, como si me hubiera leído el pensamiento—. Eso depende de nosotros.

—Sí, depende de nosotros —repito, pero también me muerdo el interior de la mejilla para contener la esperanza que empieza a

abrirse paso en mi pecho. Nunca pensamos que esto fuera a convertirse en algo duradero.

No puede ser.

No cuando él va a recorrer el país de punta a punta y yo voy a quedarme atrás.

Ya sé que no voy a dejar el hockey aunque los Rebels no me ofrezcan un contrato. No puedo. No hay ningún otro sueño que quiera perseguir.

Voy a jugar.

Y si no es aquí, encontraré otro sitio. Seguiré jugando hasta que tengan que sacarme del hielo en camilla porque algún defensa me haya destrozado la rodilla. Sé que es una estupidez y que tampoco es precisamente sano, pero cada vez que vuelvo a la pregunta del profesor Fiore, siempre llego a la misma respuesta: el hockey.

Quiero jugar al hockey. Y quiero jugar al máximo nivel. Quiero jugar en estadios, bajo los focos. Quiero jugar ante miles de personas. Quiero los aplausos y también los abucheos. Quiero la adrenalina. Quiero la intensidad. Lo quiero todo.

El problema es que también quiero que Xander forme parte de ello. Quiero que marque goles gracias a mis asistencias y celebrarlos juntos. Quiero competir a su lado y levantar trofeos con él. Pero ¿cómo encajaría un *nosotros* en medio de todo eso?

—Es nuestra decisión, y quiero tomarla ahora —afirmo, y mis palabras encierran mucho más de lo que él llegará a saber jamás.

Antes de que pueda volver a cuestionarme, le rodeo el cuello con los brazos y lo beso. Esta vez soy yo quien invade su boca con avidez mientras lo acompaño de vuelta a la cama. Lo empujo y cae sobre el colchón, aunque no sin antes arrastrarme con él.

Aterrizamos enredados en un caos de brazos y piernas, con los labios pegados y las manos recorriéndonos el cuerpo.

Xander nos da la vuelta, su aliento cálido me acaricia la piel mientras me besa el cuello. Me mordisquea la clavícula, demasiado suave para dejar marca, y de pronto me invade el deseo de que lo haga, de que deje una huella. Algo que pueda llevarme de vuelta al hotel, un recuerdo suyo que me acompañe mañana sobre el hielo.

Pero soy demasiado orgulloso para decirlo en voz alta, así que me limito a levantar los brazos en una petición silenciosa para que me quite la ropa.

Xander arquea una ceja al verme y luego suelta una risita.

—Eres un consentido insoportable.

Aun así, me sigue el juego. Me quita la camiseta y luego se deshace de la suya, ambas prendas desaparecen por el borde de la cama. Suspiro cuando vuelvo a tocar su piel desnuda. Sobre su pecho pálido se dispersa una ligera constelación de pecas que me hace sonreír, porque no tiene ni una sola en la nariz. Las sigo con la punta de los dedos como si estuviera trazando un mapa estelar.

—Te gusta esto —le digo con un guiño. Él pone los ojos en blanco, aunque no consigue ocultar la sonrisa que asoma en las comisuras de sus labios.

No se molesta en discutirlo. En lugar de eso, inclina la cabeza y deposita un beso en mi estómago, luego otro, y otro más. Desciende lentamente por mis abdominales hasta llegar al ombligo, saca la lengua apenas un instante y yo me río, sin aliento y con un cosquilleo de nervios recorriéndome el cuerpo. Hoy cada caricia parece deliberada, cada sensación resulta más intensa. No se parece en nada a nuestro encuentro precipitado en el vestuario ni tampoco a aquel momento apresurado de Navidad. Hoy Xander me está desarmando pieza a pieza, despacio, y con toda la intención del mundo.

En cuanto los dos estamos sin pantalones, estoy listo para darle la vuelta a la situación.

—¿Estás intentando torturarme para que sea yo quien tome la iniciativa? —Estiro el cuello para verlo succionar la cara interna de mi muslo tembloroso. Mi erección se marca con descaro bajo la ropa interior y una mancha húmeda de líquido preseminal oscurece la tela. Intento tocarme, pero Xander me aparta la mano de un manotazo. Me lame el muslo con ganas antes de meter los dedos por debajo de la cinturilla de mis calzoncillos y bajármelos.

—Eres impaciente hasta decir basta —se ríe, pero veo el deseo en sus ojos.

Me recorre con la mirada y noto cómo las mejillas se me calientan bajo la intensidad de esa atención. Ninguna de mis exparejas, ni hombres ni mujeres, me había mirado nunca así. Como si toda su atención estuviera centrada únicamente en mí. Como si fuese alguien irrepetible, no una simple copia de otra persona.

Me doy cuenta de que tú no eres Nate. Lo siento dentro de mí.

Trago saliva con dificultad al recordar sus palabras.

—Solo un poco —murmuro. La voz se me quiebra ligeramente, cargada de emoción y de puro deseo.

—Haré que merezca la pena —promete mientras se inclina sobre el borde de la cama para agarrar su mochila.

—Mira quién venía preparado —resoplo cuando saca un pequeño tubo de lubricante y un preservativo.

Tiene que ser una broma...; aunque en realidad debería estar agradecido. Con toda mi atención puesta en hacerme pasar por mi hermano otra vez, ni siquiera se me ocurrió traer nada.

Pero Xander me aprieta la rodilla.

—Es la bolsa que uso cuando me quedo a dormir en tu casa. No tenía intención de acostarme con cualquiera en Springfield.

Hasta ese momento no me doy cuenta de que nunca hemos hablado de exclusividad. Al principio ni siquiera pensé en ello, y después, en algún momento, simplemente di por hecho que era así. La realidad me golpea de lleno. Podría haber estado acostándose con otros hombres todo este tiempo, y solo pensarlo me provoca un escalofrío.

—Ni se te ocurra —murmuro mientras le rodeo el cuello con los brazos para atraerlo hacia otro beso. Puede que no lo tenga durante mucho tiempo, pero hasta entonces quiero que Xander sea mío.

Solo mío.

Me he pasado la vida compartiéndolo todo: la ropa, los juguetes, los amigos, los sueños, y no cambiaría eso por nada del mundo. Pero esto... Por primera vez siento la necesidad desesperada de que algo me pertenezca solo a mí.

Ese sentimiento posesivo se cuela en el beso y lo transforma en cuestión de segundos, de tierno pasa a intenso. Esta vez soy yo quien nos da la vuelta, me siento a horcajadas sobre él y atrapo su

labio inferior entre los dientes. Xander deja escapar un gemido contra mi boca.

Sus caderas se elevan y su erección se frota contra mi trasero, separados únicamente por la fina barrera de su ropa interior.

La sensación, desconocida para mí, hace que mi mente se quede en blanco; mi cuerpo, el muy traidor, se estremece al contacto. Es la intimidad del momento, la expectativa ligada a un gesto tan simple, lo que me arranca un gemido. Dejo caer mi peso hacia abajo y apoyo las manos en el pecho de Xander. Durante un instante, me sostiene la mirada.

—Joder, Nicko —maldice. La excitación que impregna su voz es tan evidente que me hace recrearme en su atención.

Yo le provoco esto a él. Al mismo tipo al que a veces todavía me entran ganas de estrangular antes de besarlo hasta perder el sentido. Repito el movimiento, frotando mi trasero contra su erección con más descaro.

Tengo la cara ardiendo por lo evidente que resulta mi necesidad. Los dedos fríos de Xander me rozan las mejillas.

—Qué guapo eres —susurra—. Jodidamente hermoso con el pelo revuelto y esa mirada asesina que llevas siempre.

—Solo miro así a quienes se lo merecen —murmuro, y él se ríe.

—Eres guapo hasta que abres la boca y lo estropeas todo.

Intento protestar, pero aprovecha la ocasión para volver a darme la vuelta, de modo que caigo sobre el colchón con un grito de sorpresa.

—¿Alguna vez te han hecho un beso negro? —pregunta mientras se coloca sobre mí. Tardo un segundo en procesar la pregunta porque toda mi atención está puesta en sus manos, que empiezan a bajarse la ropa interior.

—¿Qué...? —pregunto, incorporándome sobre los codos.

—Un beso negro —repite Xander. Se quita los calzoncillos y mis ojos recorren la longitud de su pene, deteniéndose en la punta brillante. Me entran ganas de inclinarme hacia delante y lamer el líquido preseminal para saborear su gusto salado.

Xander debe de confundir mi distracción con ingenuidad, porque se inclina para depositar un beso en la cara interna de mi rodilla

antes de explicarse.

—Significa que te comería el culo, que te saborearía con la lengua.

—¡Sé lo que es un beso negro! —protesto. Noto cómo me arden las mejillas.

No por vergüenza ante sus palabras, sino por cómo reacciona mi pene a las imágenes que me vienen a la cabeza—. Pero no... no me lo han hecho nunca.

—¿Me dejarías hacértelo? —pregunta Xander entre los besos que va depositando con suavidad en la cara interna de mi rodilla antes de ascender lentamente por mi muslo.

Le doy vueltas a la pregunta mientras me muerdo la lengua. La idea resulta excitante, pero hay algo dentro de mí que se resiste.

Parece algo muy íntimo. Demasiado íntimo. Si cedo ahora, me dejará completamente vulnerable. Y no sé cómo podría seguir adelante después, con todas mis emociones a flor de piel, cuando él esté jugando para los Rebels y Nate en Utica.

—Nunca lo he hecho... Quiero decir, no puedo... —balbuceo mientras intento encontrar una explicación que no revele el verdadero motivo. Respiro hondo y alargo una mano hacia él—. La próxima vez.

Una sombra de tristeza atraviesa la sonrisa de Xander cuando asiente. Como si hubiera detectado la mentira y hubiera decidido hacer la vista gorda.

—La próxima vez —repite. A continuación, destapa el pequeño bote de lubricante. El chasquido de la tapa me pone la piel de gallina y lo observo con atención mientras deposita una pequeña cantidad en la palma de la mano. Tiene unos dedos elegantes, largos y finos, como si hubiera nacido para tocar el piano o para convertirse en neurocirujano. La primera vez que me fijé en ellos fue cuando me examinó la rodilla después de aquella caída.

—Tus dedos... —empiezo a decir, pero entonces me agarra por el culo y las palabras se evaporan.

—Estás tenso.

—¡No estoy tenso!

Xander se ríe entre dientes y me da una palmada en el trasero antes de separarme las nalgas para que su dedo lubricado pueda

deslizarse dentro de mí: por supuesto que estoy tenso, me siento vulnerable, expuesto y completamente desnudo.

—Podemos parar cuando quieras —murmura Xander. Justo cuando empiezo a preguntarme si no habré sobreestimado mi propia valentía. Su dedo sigue moviéndose despacio, extendiendo el lubricante con paciencia.

Trago saliva con dificultad mientras mis ojos buscan los suyos. El azul intenso de sus iris me deja sin respiración.

—No —le digo. A pesar de todas mis dudas, quiero esto. Lo quiero ahora, porque bien podría ser nuestra última oportunidad. Y prefiero hacerlo aquí y ahora a no hacerlo nunca.

Sus ojos recorren mi rostro en busca de cualquier señal de vacilación.

—Dime si necesitas que pare, Nicko. Lo digo en serio. No quiero que te arrepientas de... esto.

—Te lo diré —prometo, pero mi mente se queda atrapada en esa breve pausa, en la forma en que no parece estar hablando solo de este momento, sino de nosotros. De él.

Me concede un segundo más y luego introduce el dedo índice con lentitud y cuidado.

Durante los minutos siguientes pierdo por completo la noción del tiempo y del lugar, me retuerzo bajo las manos de Xander mientras me prepara con una paciencia desesperante, ignorando todas mis súplicas para que se dé prisa.

Cuando ya tiene cuatro dedos dentro de mí, siento que voy a perder la cabeza de pura frustración, deseo y necesidad. Mi pene deja pequeños rastros de líquido sobre el vientre y, cada vez que me toca ese punto sensible en mi interior, estoy convencido de que voy a correrme incluso antes de que hayamos empezado de verdad.

—¡Alexander Hart, joder! —exclamo cuando vuelve a hacerlo. Tengo un brazo sobre los ojos y, aun así, veo destellos tras los párpados, y los dedos de los pies se me encogen contra las sábanas impecablemente estiradas.

Oigo una risa grave sobre mí, y un instante después retira la mano. Me arrepiento de inmediato de haberme quejado. La sensación de vacío regresa al instante, igual que aquella primera vez

que me penetró con los dedos. Aprieto los glúteos por puro reflejo, pero la pérdida que siento va mucho más allá de lo físico; nace en algún lugar de mi interior.

—Silencio —murmura. Debe de haber leído todas mis emociones en la cara.

Ya está desenvolviendo el preservativo. El crujido del envoltorio me parece ensordecedor, como si todos mis sentidos estuvieran agudizados. No puedo apartar la vista de su pene completamente erecto mientras se coloca el condón. Durante una fracción de segundo me pregunto cómo sería sin esa barrera entre nosotros, pero enseguida aparto el pensamiento.

Estoy a punto de girarme y ponerme boca abajo cuando me detiene sujetándome las caderas con ambas manos.

—¿Qué haces?

—Eh..., ¿no quieres...? ¿Por detrás? —Inclino la cabeza hacia él. Así fue como lo hicimos en Navidad; es la única forma en que he estado con otro chico.

—No —responde con calma mientras se inclina para agarrar la almohada y me la roba de debajo de la cabeza—. Quiero verte.

Siento un nudo en el pecho y tengo que morderme el interior de la mejilla para contener la emoción, porque resulta casi insoportable. Maldito sea este hijo de puta por hacer que todo esto tenga tanto significado. Maldito sea por convertirlo en algo que sé que nunca voy a olvidar. Sobre todo porque voy a seguir viendo su cara en la televisión cada temporada de hockey.

Por un instante, casi vuelvo a odiarlo. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo estrechamente ligadas que están ciertas emociones: el odio y el...

No. Ni siquiera voy a pensarlo.

Xander ahueca la almohada con ambas manos antes de indicarme con un leve toque que levante las caderas. Lo hago por puro reflejo, pero abro mucho los ojos cuando desliza la almohada bajo mi culo.

—Luego vas a dormir sobre esa almohada... —protesto.

—Siempre puedo cambiarla por la de Nate —bromea. Después echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada ronca al ver la expresión de horror que se me ha quedado—. Jamás haría eso. En

todo caso, espero que dejes tu olor en la mía. —Y entonces el maldito me guiña un ojo antes de colocar su pene en mi entrada y empieza a empujar poco a poco.

Contengo la respiración mientras empieza a abrirse paso dentro de mí con la punta de su pene. A pesar de todo el tiempo que se ha tomado para prepararme, la sensación sigue siendo extraña, una presión desconocida que va creciendo lentamente dentro de mí. Pero, una vez más, Xander no tiene ninguna prisa, avanza despacio, centímetro a centímetro.

—¿Necesitas que pare? —pregunta entre pequeños besos.

—No. Sigue —gruño con terquedad mientras intento hacer caso a sus indicaciones y respirar hondo. Su mano encuentra la mía y la guía con suavidad hacia mi propia erección, desviando así mi atención.

Cuando por fin termina de penetrarme, nuestros pechos quedan pegados y permanecemos así unos instantes, respirando juntos, inspirando, espirando, inspirando, y espirando. Esto resulta mil veces más íntimo que cuando era yo quien tomaba la iniciativa.

Lo dejo entrar en mí. En un lugar al que nadie había llegado antes.

—¿Estás bien? —murmura junto a mi oído, y el calor de su aliento me hace estremecerme.

—Más que bien —balbuceo.

Al darme cuenta de la ventaja que me da la postura, le rodeo la cintura con las piernas y aprieto.

—Vamos, Lexi. Fóllame.

Xander vuelve a incorporarse y me coloca las piernas sobre los hombros. Las primeras embestidas son lentas y cuidadosas, dándome tiempo para acostumbrarme a la sensación. Yo acompaño cada movimiento con las caderas, reduciendo la distancia entre nosotros. Solo entonces abandona el férreo control que estaba ejerciendo sobre sí mismo para penetrar más hondo y hundirse dentro de mí hasta la base de su pene.

—Dios mío... —susurro, extendiendo los brazos sobre la cama para mantener el equilibrio. La situación en sí me excita, pero creo que

sigo prefiriendo estar encima, hasta que cambia ligeramente el ángulo.

La siguiente embestida desencadena una oleada de placer que me atraviesa de golpe. No encuentro palabras para describir lo que provoca en mí. Es deseo en estado puro.

Jamás en mi vida había necesitado tanto un orgasmo y, al mismo tiempo, no quiero que esto termine nunca.

—Oh, Lexi... Dios... Joder... —gimo, moviendo la cabeza de un lado a otro.

Es demasiado para mí, y no sé qué hacer conmigo mismo aparte de agarrarme a las sábanas y abrir más las piernas para él.

Su voz sigue envolviéndome, tranquilizándome, animándome, pero no consigo entender nada de lo que dice, estoy demasiado perdido en esta niebla de placer y caricias. Entonces su mano rodea mi erección.

Unas pocas caricias bastan para que todos mis músculos se tensen de golpe antes de rendirse al orgasmo más intenso que he experimentado jamás.

Es como una explosión justo detrás del ombligo. Las oleadas de éxtasis recorren cada rincón de mi cuerpo, alcanzando la punta de los dedos de las manos y de los pies, hasta envolverme por completo en una explosión de placer ardiente.

Aún estoy intentando recuperar el aliento cuando Xander se queda inmóvil sobre mí. Tiene los labios entreabiertos en un gemido silencioso mientras se abandona a su propio placer. Los párpados me pesan, pero me obligo a mantener los ojos abiertos, quiero memorizar cada detalle de este instante: la forma en que se relajan sus facciones, cómo el pelo oscuro se le ha quedado peinado hacia atrás y el brillo del sudor sobre su pecho.

Solo cuando se desploma sobre mí permito que los ojos se me cierren, mi nariz roza su sien. Y, al inspirar, todavía percibo ese leve aroma cítrico.



CAPÍTULO 40

Xander, 29 de marzo

Corte

?

Wordle

¡Me has ganado!
Maldita sea.

Bueno, espero que no te duela demasiado ;)
¡Buena suerte!

No necesito suerte, tengo talento ;)

Nuestro breve intercambio de mensajes hace que sienta el móvil como si brillara dentro de mi bolsillo. Tengo que contener la sonrisa boba que amenaza con dibujárseme en la cara mientras nos preparamos. Es como si llevara alguna clase de marca encima, pero nadie dice nada. Al contrario, mis compañeros están especialmente callados. La última vez que nos enfrentamos a los Badgers perdimos, y hoy, en el último partido de la fase regional, hay demasiado en juego.

Quien gane pasa a la Frozen Four, así que entiendo la ansiedad generalizada. Sin embargo, aunque esa preocupación me pesa sobre los hombros, también me siento lo bastante ligero como para hacer piruetas sobre el hielo.

Sí, gran parte de eso tiene que ver con lo de anoche.

No, no me siento mal en absoluto.

Nate me mira de reojo y yo alargo la mano para darle una palmada de ánimo en los hombros caídos. Sé que le está resultando

difícil no haber tenido noticias de su hermano desde la pelea. Incluso ayer, Nicko se aseguró de escabullirse antes de que Nate volviera del *spa*. Estoy seguro de que acabará recapacitando. Nate es su hermano y lo quiere. Solo espero que eso no sea lo que más le preocupe a mi mejor amigo esta noche.

En cuanto pisamos el hielo, queda claro que tanto nosotros como los Badgers vamos a darlo todo.

El primer periodo es tan exigente que apenas tengo tiempo para recuperar el aliento antes de que me toque volver a salir. Cuando termina, todos llevamos magulladuras como prueba del esfuerzo, aunque las dos porterías siguen imbatidas.

El partido sigue sin goles hasta el tercer periodo. Apenas llevamos unos minutos sobre el hielo cuando todo da un giro inesperado. No consigo encontrar huecos en la defensa de los Badgers. Otro intento frustrado me deja sin aliento mientras nos colocamos para el saque neutral.

—¿Estás bien? —susurra Nicko.

—Ah, ¿con él sí que hablas? —protesta Nate, a mi lado.

Nicko aprieta los labios con gesto imperturbable, sin dignarse siquiera a responder. Suspiro y niego con la cabeza.

—Chicos, venga. Solo os estáis... —«haciendo daño el uno al otro» es lo que quiero decir, pero tengo que callarme cuando se acercan más jugadores de los Badgers y el disco vuelve a ponerse en juego.

Todos queremos acabar este partido con algo de lo que sentirnos orgullosos, pero el tiempo se nos echa encima. Nate está a mi lado cuando avanzamos hacia la zona defensiva de los Badgers. Busca mi mirada antes de mandar el disco con efecto.

Giro sobre los patines y por los pelos consigo esquivar a uno de los defensas de naranja que se me viene encima, así que le devuelvo el pase de inmediato. Nate hace lo que puede, pero el movimiento lo pilla desprevenido y el disco se le escapa. Y, tal y como sabía que iba a pasar, Nicko está ahí para robárselo.

Después de librarme del defensa que me había acorralado contra la valla, patino de vuelta hacia la zona donde nuestra defensa ya se está cerrando. Quiero que Taylor lo detenga, pero tampoco quiero que aplasten a Nicko. Al final, mi preocupación resulta innecesaria:

Nicko gira bruscamente justo delante de nuestros defensas y los deja atrás sin que puedan alcanzarlo. Me impulso con todas mis fuerzas para darle caza, pero sigo demasiado lejos.

Nicko dispara a portería.

A nuestro alrededor, el estadio estalla en una explosión de júbilo, pero apenas soy capaz de oír a la grada por encima del zumbido que me retumba en los oídos.

Desde el otro lado de la portería, Nicko no deja de mirarme. Sus labios se curvan en una sonrisa mientras patina, justo antes de que sus compañeros lo rodeen entre gritos de alegría. Pero, en lugar de dejarse aclamar, busca nuestro rincón vestido de verde. Se golpea varias veces el pecho, justo sobre el número 16, como si quisiera recordarles a todos quién es la estrella del momento. Si supieran todo lo que hay detrás de ese gesto...

Nuestra afición lo recibe con una sonora pitada y una lluvia de abucheos.

—Qué capullo —se burla Taylor, deteniéndose a mi lado.

—Sí —resoplo, porque tiene razón. Y, aun así, sigo esperando que, en alguna oficina de Nueva York, alguien de los Rebels esté viendo a ese maldito capullo dejarse la piel sobre el hielo.

El público empieza a aplaudir cuando golpeo el plexiglás con el puño y hago un gesto para que el equipo vuelva a centrarse. Choco el hombro con nuestro portero antes de patinar hasta Nate y le ofrezco el puño mientras nos colocamos para el siguiente saque. Tiene la cara tensa bajo el casco, pero me devuelve el choque de puños sin dudar y vuelve a sujetar el palo con fuerza mientras esperamos a los Badgers.

Su capitán me dedica una sonrisa burlona mientras aguardamos a que el árbitro deje caer el disco. Aprieto la mandíbula para no fruncir el ceño. Zollweg puede ser un intolerante de mierda, pero eso no tiene cabida sobre el hielo. Aquí es un rival más. Y, como todos nosotros, está dispuesto a dejar su huella en este partido.

Impulsados por el gol de Nicko, los Badgers están apretando de lo lindo, y Zollweg, como líder del equipo, no deja de empujarlos hacia delante.

Ir perdiendo por un gol en un partido como este es un mazazo, sí, pero aún no se ha acabado. No pienso dejarlo pasar, por mucho que se impulse con fuerza sobre los patines o pelee por recuperar el disco que Baker acaba de perder ante nuestra defensa hace apenas un par de segundos.

Una nube de hielo salta bajo mis cuchillas cuando freno en seco y clavo los patines en la pista. Ladeo la cabeza hacia el hombro para recibir el impacto.

Zollweg viene lanzado demasiado rápido para esquivarme. Veo el destello en sus ojos al comprender que no podrá evitar el choque, apenas un instante antes de estrellarse contra mi costado.

El golpe me hace apretar los dientes. Tengo todo el lateral entumecido por el dolor, pero sigo patinando. Paso el disco a Taylor y me froto la cadera para aliviar el dolor punzante.

A mis pies, Zollweg se incorpora con una sonrisa burlona y alza la barbilla en mi dirección.

—¿Todavía sigues adolorido de tanto chuparle la polla al árbitro para llegar hasta aquí, maricón? —Escupe sobre el hielo que nos separa.

Mis pensamientos se detienen en seco. Las palabras de Zollweg me golpean como una bola de demolición. Una cosa es leer ese tipo de comentarios en redes sociales, pero jamás habría imaginado que alguien me diría algo así en mitad de un partido.

A duras penas consigo devolverle una mirada cargada de desprecio, intentando ocultar el impacto que me ha provocado el insulto. Un calor abrasador me sube a la cara y noto un peso enorme instalándose en el estómago.

—Tú... —empiezo, pero no llego a terminar el insulto, porque dos gritos llenos de indignación, uno a mi espalda y otro desde el lado de Zollweg, me interrumpen.

Nicko y Nate se abalanzan sobre ese imbécil antes de que pueda detenerlos.

—¡Retira eso! —grita Nate, con la cara desencajada por la rabia. Nicko también tiene las mejillas encendidas, cubiertas de manchas rojas. Aparta a Zollweg de mi lado agarrándolo por la espalda de la camiseta.

—¡No! ¡No merece la pena! —grito, sujetando a Nate por el pecho para apartarlo del tumulto, pero él se resiste con todas sus fuerzas.

—¡Eh, eh, eh! —interviene el árbitro, bajando el brazo entre nosotros como si fuera una guillotina. Varios árbitros se acercan a toda prisa—. Tranquilos.

—Zollweg ha llamado a Hart... Le ha llamado... —Nate deja de forcejear conmigo para intentar explicar lo ocurrido, pero se queda a medias, con la vista fija en mí.

Respiro hondo y me llevo las manos a las caderas. Al otro lado del árbitro, dos jueces de línea están separando a Nicko y a Zollweg.

—Me ha llamado «maricón» —digo en voz alta, con los dientes apretados.

El árbitro me mira, luego dirige la vista hacia Zollweg y vuelve a mirarme a mí. Sus espesas cejas se fruncen.

—Hijo, esa es una acusación muy grave.

Cierro los puños antes de sostenerle la mirada.

—Lo sé. Para mí también lo es.

—Entonces mantienes tu declaración.

A mi lado, Nate gruñe.

—¿Pero qué mierdas...? ¡Será gilipollas! ¡Claro que mante...!

—¡Nate! —lo aviso, pero ya es demasiado tarde. El árbitro hace sonar el silbato y señala la expulsión de Nate.

Y, de repente, me quedo solo, ya no sé si esta es una batalla que quiero librar, sobre todo en mitad de un partido como este. Sé que es importante denunciar este tipo de comportamientos, pero no siempre resulta fácil ser el único que tiene que dar la cara. No quiero ser siempre yo quien monte el escándalo.

El árbitro vuelve a mirarme durante un instante que se me hace eterno. Cuando hace sonar otra vez el silbato, esta vez con un pitido aún más agudo, doy un respingo y bajo la cabeza.

Los demás árbitros se acercan y yo sigo a Nate de vuelta a nuestro banquillo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta el entrenador mientras nos abre la puerta.

Aprieto los dientes y espero a que el resto del equipo vuelva también del hielo. Desde luego, no tengo ninguna intención de

repetirlo por tercera vez.

—Zollweg me ha lanzado un insulto homófobo.

Varias cabezas se giran al instante hacia el banquillo de los Badgers que se están reuniendo. Tengo que hacer un esfuerzo para no buscar a Nicko entre ellos, necesito asegurarme de que no se meta en un lío por mi culpa. Y de que está bien. No quiero que tenga que enfrentarse él solo a la intolerancia de Zollweg.

—Será hijo de puta... —gruñe Baker.

Algunos compañeros empiezan a murmurar entre ellos. El entrenador sigue mirándome. Me apoya una mano pesada sobre el hombro y me aparta unos pasos.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja mientras sus tranquilos ojos grises me observan con una seriedad poco habitual bajo aquella barba. Por una vez, las arrugas de expresión no consiguen suavizar la dureza de su rostro.

Trago saliva y asiento, aunque sigo con un nudo en el estómago.

Odio esto.

Odio convertirme en el centro de atención, ser el motivo de todo este revuelo simplemente por ser quien soy. Sé que el problema no soy yo, sino Zollweg y el hecho de que crea que puede decir ese tipo de cosas sobre el hielo sin consecuencias. Sé que no es culpa mía que sea un imbécil, pero eso no impide que lo sienta así.

—Siéntate, chico. Todo saldrá bien —dice el entrenador, apretándome el hombro.

Vuelvo a asentir. Tengo la sensación de que, aunque quisiera decir algo, no sería capaz de encontrar la voz.

De algún modo consigo llegar al banquillo y apenas me doy cuenta de que dos cuerpos se acomodan a mi lado cuando Nate golpea su casco contra el mío.

El silbato del árbitro vuelve a sonar.

Me obligo a recomponerme y miro hacia el grupo de árbitros, que ya ha terminado de deliberar; dos de ellos se separan para hablar con los entrenadores, mientras un tercero patina hasta el centro de la pista.

—El jugador número 17 de los Bats de St. Bernard es expulsado del partido por insultar a un árbitro. El número 48 de los Bats de St.

Bernard y el número 16 de los Badgers de Bonham Tech reciben dos minutos de penalización por juego brusco. El número 6 de los Badgers de Bonham Tech, sin sanción. Se reanuda el juego.

—¡¿Qué?! —Nate se pone en pie de un salto sobre los patines.

—¡¿Sin sanción?! —exclama Baker, igual de indignado.

Me aclaro la garganta, pero Hill, nuestro capitán, se adelanta antes de que pueda decir nada.

—¿Ni siquiera vais a valorar una expulsión por conducta antideportiva?

—No con una única acusación.

—¡Eso es una gilipollez! ¡Yo estaba allí! —Nate se acerca a Hill.

—Y tú acabas de insultar a un árbitro. Deja de protestar y vuelve al banquillo. —La segunda parte va dirigida a Hill, que niega con la cabeza, pero acaba girándose hacia nosotros. Recorre con la mirada nuestras caras una a una.

—¿Qué hacemos, chicos?

Siempre he admirado la forma tan democrática en que funcionan los Bats, pero ahora mismo lo único que desearía es que alguien me dijera cuál es la decisión correcta.

Niego con la cabeza, sin saber siquiera si alguien se da cuenta.

—¿Qué otra opción tenemos? ¿Retirarnos? —resopla Taylor, paseándose de un lado a otro con las manos sobre el casco.

—¡No! ¡La Frozen Four está a la vuelta de la esquina!

—¡No podemos abandonar ahora! —Varias voces se alzan de inmediato; otras responden con resoplidos o murmullos de desacuerdo.

—¡A Xan le caen dos minutos de castigo sin haber hecho nada y yo tengo que quedarme sentado en el puto banquillo mientras Zollweg se va de rositas! ¿Después de soltar una mierda como esa? ¡No podemos hacer como si no hubiera pasado nada! —La rabia que tiñe la voz de Nate es tan intensa que hasta me hace daño en los oídos.

—¡Y yo paso de compartir el hielo con un imbécil como ese! —interviene Baker, cambiando de postura mientras da un paso hacia mí.

—¿Pero no puedes... ignorarlo?

No sé quién lo ha dicho, pero todo el mundo se vuelve hacia mí. El corazón me late con tanta fuerza que siento los latidos retumbándome en la cabeza.

—Yo... no. —Me aclaro la garganta para asegurarme de que se me oye. No quiero convertirme en este tipo de persona, pero tengo que hacerlo, porque demasiada gente cree que esto es solo un pequeño contratiempo, algo que debo aguantar y superar. Pero hay niños mirando, preguntándose si esto es normal. Si los insultos que les lanzan son algo que simplemente tienen que soportar y seguir jugando. Esa no es la causa que quiero defender—. No... Esto... Ya estoy harto. —Me aseguro de que mi voz no tiemble—. No voy a volver al hielo para jugar contra alguien que cree que puede insultarme así. Si me hubiera llamado «idiota», sería otra cosa. Pero esto no es un simple insulto. Y yo no le pediría a nadie que aguantara algo así.

—¡Eso es discriminación, joder! —gruñe Nate.

Tras sus palabras cae un silencio espeso. Después, el banquillo cruje cuando varios compañeros más vuelven a sentarse.

Hill asiente despacio y vuelve a mirarnos a todos.

—Muy bien. Lo vamos a votar. ¿Quién está a favor de salir otra vez al hielo?

No levanto la vista. No quiero influir en la decisión de nadie.

—¿Quién está en contra?

Levanto la mano. No quiero saber si soy el único, así que sigo sin mirar.

—Pues ya está decidido —concluye Hill. Después se inclina sobre la valla para dirigirse al árbitro—. Con todos los respetos hacia su decisión, no vamos a continuar el partido en estas condiciones. —Su voz suena firme y clara.

La boca del árbitro se contrae, como si acabara de morder un limón.

—¿Estáis seguros? Eso significa que perderéis el partido. Los Badgers ganarán por abandono. —Mira al entrenador, que se limita a alzar las manos. Es nuestra decisión, y él no va a interferir. Tengo que tragar saliva para aliviar el nudo que se me ha formado en la garganta.

Mi equipo me está apoyando.

—Completamente seguros —se reafirma Hill, enderezando los hombros.

—De acuerdo. —El árbitro se aleja patinando hacia el banquillo de los Badgers.

—Yo... —La voz se me quiebra y soy incapaz de decir una sola palabra más. Nate me aprieta el hombro con fuerza.

Nuestro capitán asiente desde la barandilla.

—No podemos dejar que ese imbécil crea que puede hablar así —murmura Baker a mi lado mientras empieza a desabrocharse las correas del casco—. Es una pena por el partido.

Varios gruñen en señal de acuerdo y yo asiento despacio. De verdad, esto es una auténtica mierda.

Estoy a punto de aflojar las correas del casco y empezar a quitarme las protecciones cuando oigo voces al otro lado de la pista. Todos giramos la cabeza hacia el banquillo de los Badgers.

—¡No! —Reconozco enseguida la voz de Nicko—. ¡Esto no está bien! ¡No quiero ganar así!

—¿Qué están haciendo?

—Parece que Hoff tampoco quiere salir al hielo.

—¡¿Qué?! —Me pongo en pie de un salto y me apoyo en la barandilla junto a nuestro capitán para mirar hacia donde señala. Y, efectivamente, solo hay dos jugadores vestidos de naranja sobre el hielo; el resto sigue sin salir del banquillo. Uno de los que están delante niega con la cabeza con una determinación inquebrantable.

Los ojos de Nicko encuentran los míos. Lo miro fijamente, esperando que ceda, que todo esto termine.

Pero no cede. Vuelve a negar con la cabeza y se gira hacia su entrenador y sus compañeros.

No alcanzamos a oír ni una palabra de lo que se dice hasta que varios árbitros y jueces de línea se unen a la discusión. Al final, Nicko se sienta. Durante unos segundos, el resto de los Badgers vacila, pero luego, uno tras otro, también se sientan. Los dos jugadores que permanecen sobre el hielo levantan los brazos, gritando indignados, pero nadie se mueve.

Finalmente, el árbitro regresa al centro de la pista y anuncia:

—Debido a que el número de jugadores sobre el hielo no alcanza el mínimo reglamentario para reanudar el encuentro, el partido queda suspendido durante quince minutos.



CAPÍTULO 41

Nicko, 29 de marzo

En cuanto se cierra la puerta del vestuario, mis compañeros se abalanzan sobre mí.

—¡¿Pero qué demonios, Hoff?! —grita Zollweg, lanzándose sobre mí para agarrarme por la parte delantera de la camiseta. Le sujeto el codo, tanto para mantenerme firme como para impedir que se me acerque más.

—¡Podría preguntarte lo mismo! ¿Qué ha pasado con tu último par de neuronas?

—¡Él ha empezado la pelea!

Nunca lo había visto así, con los ojos encendidos de rabia y la saliva acumulándosele en las comisuras de los labios.

Linus Zollweg era la opción evidente para la capitanía. Siempre sensato, centrado y capaz de motivar al equipo. Fue el primero en estar a mi lado cuando me lesioné la temporada pasada, el primero en mandarme un mensaje y el primer compañero que vino a verme al hospital.

Durante las últimas semanas me he devanado los sesos intentando recordar algún momento en el que soltara un comentario homófobo, pero no he encontrado ninguno. Quizá estoy tan acostumbrado a las «charlas de vestuario» que sus comentarios me pasaron desapercibidos. O quizá siempre ha sido así y yo se lo he permitido porque no quería convertirme en ese tipo. El que monta ruido por su sexualidad. El activista que, en secreto, incomoda a todo el mundo. El que acaba siendo más conocido por sus publicaciones en redes que por su juego.

Justo ahora me doy cuenta de que prefiero ser el tipo que le cuesta a su equipo la Frozen Four antes que quedarme callado para aceptar una victoria con sabor amargo.

—¡Le has llamado «maricón»! —le grito, como si eso fuera a hacerle entender el problema. Podría haberme ahorrado las palabras, porque Zollweg se limita a resoplar con desprecio.

—¡Venga ya! ¿En serio? ¿Ese es tu problema? Podría haberle llamado «imbécil insoportable» y habría dado lo mismo. Es solo para provocarle. ¿Se te ha olvidado cómo funciona este puto juego?

Me empuja y trastabillo hacia atrás hasta chocar contra Bergerson. Nuestro portero me sujeta para que no caiga, pero me dedica una mirada cargada de desprecio. El resto del equipo, unos de pie y otros sentados, murmura en señal de aprobación.

—Digamos que no ha sido el insulto más acertado —comenta Salah, botella de agua en mano—. Pero a mí también me pasa. La gente me grita insultos constantemente. Es parte del juego. Lo encajas como un hombre y sigues adelante. Ahora bien, echarte a llorar delante de los árbitros como un crío... No, tío, eso sí que es una mierda.

—¿Estáis de coña? —No doy crédito a lo que estoy oyendo—. Nadie tiene por qué aguantar algo así. ¡Es discriminación! No es lo mismo que te llamen imbécil. ¡Ni Hart ni tú tendríais que soportar algo así!

—Bueno, yo no creo que sea comparable. Yasar no está todo el día quejándose en redes sociales ni intentando ganar puntos por pertenecer a una minoría. Simplemente deja que hable su juego —dice De Andre, y de nuevo un coro de murmullos recorre el vestuario.

—¡¿Pero qué demonios...?! —estallo, girando despacio sobre mí mismo para mirar a todos mis compañeros. No puedo creer las cosas que están saliendo de sus bocas. Nunca habíamos hablado de esto en el vestuario, pero siempre había dado por hecho que pensaban como yo. Que, llegado el momento, me apoyarían.

—Vamos, tío, tampoco es para tanto. Solo le ha insultado. No es que lo haya puesto en peligro. No me parece normal que tires por la borda nuestras opciones de llegar a la Frozen Four por algo así —

interviene Elrod—. A lo mejor tú ya estás pensando en la NHL, pero este es mi último año jugando al hockey. ¿Sabes las ganas que tengo de levantar ese trofeo? Y vas y lo echas todo a perder por un llorica chupapollas.

—Como si fueran a ficharlo después del numerito que ha montado —se burla alguien a mi espalda.

—¿Y a ti qué te ha pasado? Pensaba que tú también estabas harto de que Hart acaparara toda la atención y fuera contándole a todo el mundo que es gay.

Me muerdo el labio ante la pregunta de Bergerson, maldiciéndome a mí mismo. Tiene razón; yo también decía eso. Creía que no importaba. *Que no debía importarme*. Pero estas últimas semanas me han demostrado lo equivocado que estaba. Joder, este mismo momento es la prueba de que sí importa. Quizá algún día deje de ser un problema y los jugadores sean juzgados únicamente por su talento y por lo que hacen sobre el hielo. Pero, hasta que llegue ese día, no podemos limitarnos a escuchar conversaciones como esta en el vestuario sin decir nada, ni mirar hacia otro lado cuando aparecen comentarios así en las redes sociales.

—Estaba equivocado. No está intentando acaparar la atención; está intentando que prestemos atención a un problema mucho más importante —digo. Mi voz suena tranquila, pero las manos me tiemblan dentro de los guantes y siento un mareo que me revuelve el estómago.

—Sí, claro, un problema mucho más importante —resopla Elrod—. ¿Y cuál se supone que es ese problema?

—Pues, para empezar —respondo, clavando la mirada en él—, que los vestuarios siguen llenos de homófobos como tú.

Estalla un coro de voces, varios compañeros hablan al mismo tiempo, indignados, burlones, despectivos.

Elrod, en cambio, se limita a bufar.

—Ten cuidado con esas acusaciones tan graves, Hoff —dice con sorna.

No deseo otra cosa que partirle la cara de un puñetazo, pero al mismo tiempo siento que voy a echar la pota de los nervios.

—Vale, ya está bien. ¡Todo el mundo a callar! —brama Zollweg—. Esto es lo que vamos a hacer: respirad hondo y tranquilizaos. En cuanto el árbitro decida que se puede reanudar el partido, saldremos ahí fuera y ganaremos esta mierda. El resto de esta discusión puede esperar a mañana.

Abro la boca para protestar, pero él me corta levantando una mano y, como el idiota que soy, me callo.

—Y si tanto te molesta, Nicko, hasta estrecharé la mano de Hart y le curaré sus heridas emocionales a base de besos. Pero no soy un puto homófobo y no deberías usar esa palabra tan a la ligera. Es una acusación que puede arruinarle la carrera a cualquiera...

—¡LO HAS LLAMADO MARICÓN! —bramo. Esta vez soy yo quien pierde los papeles. Ya no puedo contenerme, la rabia y la frustración me estallan dentro como lava hirviendo. No soporto seguir escuchando una sola palabra más salir de su boca con ese tono condescendiente. Lo empujo con todas mis fuerzas. el golpe en el pecho basta para tirarlo de espaldas al suelo, pero antes de que pueda lanzarme sobre él, Kristiansson me agarra del brazo.

—No merece la pena, Nicko —murmura—. Hay gente que es así de imbécil.

Parpadeo, desconcertado. Durante toda la discusión nadie había dado un paso al frente para apoyarme, pero cuando me vuelvo hacia mi compañero de línea, veo el asco con el que está mirando a nuestro capitán.

—Eso es —asiente Katz—. Y no pienso seguir formando parte de un equipo con tipos como él. Yo no vuelvo a salir ahí fuera.

Dicho esto, él y Becker, su compañero de línea, se dejan caer al mismo tiempo en el banco y empiezan a desatarse los patines.

—¡¿Os habéis vuelto locos?! ¡Menudos dramas montáis! A lo mejor sí le he llamado «maricón», ya ni me acuerdo. Solo quería tocarle las narices con lo más evidente, ¿vale? Si fuera feo, le habría llamado «feo», pero se pasa el día hablando en redes de lo mucho que le gusta chupar pollas, así que le he llamado mari...

Nunca había visto a uno de mis compañeros moverse tan deprisa.

Un instante antes, Aldridge estaba sentado en el banco con la cara entre las manos, y al siguiente, ya se ha lanzado sobre Zollweg. El

chasquido seco del impacto resuena por todo el vestuario cuando su puño se estrella contra la nariz de Zollweg. Un reguero de sangre salpica la pared impoluta; las gotas rojas sobre el blanco tienen un aire casi artístico.

Durante un segundo, el silencio es absoluto. Y entonces estalla el caos.

Zollweg grita. Aldridge grita. Todo el mundo grita.

Unas manos intentan separarlos mientras otras empujan a quien tienen delante. Los cuerpos chocan contra las taquillas y los bancos en un amasijo de golpes, empujones y voces.

—¡Todo esto es culpa tuya! —me espeta Elrod. Kristiansson le responde levantándole el dedo corazón.

Aldridge sigue forcejeando contra los compañeros que intentan arrancarlo de encima de Zollweg.

—¡Venga! ¡Atrévete a volver a decir esa palabra, hijo de puta! ¡Venga! —brama una y otra vez. En medio de todo el caos, nadie se da cuenta de que la puerta del vestuario acaba de abrirse de golpe. Solo cuando un agudo silbido nos atraviesa los oídos, todo se detiene de repente.

El entrenador permanece en el umbral, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí?



CAPÍTULO 42

Nicko, 29 de marzo

Lo que viene después debe de ser el partido más largo de la historia de la NCAA. Después de que Zollweg y Aldridge sean trasladados al hospital en vehículos separados para recibir atención médica, el cuerpo técnico empieza a llamarnos uno por uno para hacernos preguntas.

Supongo que van a expulsarme del equipo por haber provocado este caos, algo que, sinceramente, me importa una mierda. Mientras espero mi turno, con las piernas temblándome y los músculos agarrotados, mi mente está con Xander. Me pregunto qué estará pasando ahora mismo en el vestuario de los Bats.

¿También habrán culpado a Xander por retirarse del hielo?

Después de haber pasado dos semanas con ellos en otoño, no consigo imaginarlo. Aunque tampoco habría imaginado jamás que Zollweg albergara ese tipo de pensamientos. Ni que Aldridge fuera a romperle la nariz por ello.

Aldridge, precisamente. El que me critica delante de mis compañeros y se queja de cada uno de mis pases. Si tiene que haber un homófobo secreto en cada maldito equipo, ¿por qué no podía haber sido él? Me avergüenzo en cuanto ese pensamiento se me cuela en la cabeza.

Mi conversación con el entrenador empieza con mucho silencio, pero no es un silencio tenso ni incómodo, sino casi agradable: un respiro dentro de la zona de guerra en la que se ha convertido mi cabeza durante las últimas horas. La mayoría de los chicos ya han

pasado por aquí, así que probablemente no tenga mucho que añadir. O tal vez sí, dependiendo de si han decidido ser sinceros o no.

El entrenador me ofrece un café y una barrita de proteínas de la máquina expendedora. Acepto ambas cosas agradecido.

—Quiero empezar pidiéndote disculpas, Nicholas —dice después de un largo silencio. Toso, sorprendido, y me tapo la boca con la mano a toda prisa para no salpicarlo de café.

—¿Por qué? —pregunto con la voz ronca mientras alcanzo la servilleta que me desliza por encima de la mesa.

—Soy el entrenador principal. El capitán de este barco, por así decirlo. Si este tipo de actitudes aparecen en el equipo, la responsabilidad también es de quienes estamos al mando.

—¡No! —exclamo—. No es que... Quiero decir, no todos lo sabíamos... ¿O quizá no queríamos verlo?

—¿Qué es lo que no queríais ver?

—Que... que Zollweg pensaba así.

—Zollweg te caía bien, ¿verdad? ¿Era un buen compañero? ¿Un buen capitán?

Parpadeo, desconcertado por el brusco cambio de rumbo de la conversación, y asiento con cierta vacilación. Obviamente, no después de lo que acaba de pasar, pero si pienso en antes de que los Bats llegaran a los regionales... Sí. Me caía bien. Y eso hace que me odie un poco.

—Siempre duele más cuando los buenos enseñan su verdadera cara. Ojalá todos los imbéciles fueran como Resnikoff. Un matón sobre el hielo. Un jugador sucio —dice, con un acento búlgaro aún más marcado de lo habitual. Tardo un instante en darme cuenta de que habla del famoso Resnikoff. El goleador de los Rebels, hasta que se filtró aquel vídeo justo antes de la Noche del Orgullo de McCoy.

El entrenador espera a que lo entienda antes de recostarse en la silla con un suspiro y cruzar las manos sobre el estómago.

—Pero a veces son como Jameson. Buenos chicos, populares, simpáticos; gente con la que te apetece estar. Duele mucho más cuando has estado en su casa, te has sentado en su sofá, has conocido a su mujer y a sus hijos... Y descubres que son homófobos. O racistas. O... —Frunce el ceño un instante—.

Misóginos. Duele más porque creías conocerlos, ¿verdad? Porque son tus amigos. Y entonces pasa el tiempo —levanta una mano y la agita en el aire—: una semana, dos semanas, un mes, un año... Y empiezas a darle vueltas a pequeñas cosas. Comentarios que en su momento te parecieron bromas. Cosas que decidiste ignorar, quizá a propósito. Y acabas pensando: «No, no se ha vuelto homófobo de la noche a la mañana. Siempre lo ha sido. Lo que pasa es que yo no quería verlo porque había otras facetas suyas que me gustaban».

—¡¿Eras amigo de Avery Jameson?! —pregunto de golpe, sin pensar, sorprendido e impresionado a la vez por ese detalle. Sabía que el entrenador había jugado en la NHL. Recordaba sus participaciones en los All-Star, las eliminatorias por la Copa Stanley y el día en que levantó la copa por encima de la cabeza. Hoy prefiero no pensar en esos recuerdos, porque durante años me pasé los partidos insultándolo desde el sofá cada vez que jugaba contra los Pioneers.

—Sí, hubo un tiempo en que llamé amigo a Avery. Jugamos juntos durante años. Pensé que ya había aprendido la lección, pero debería haber sabido mirar más allá. Dentro de mi propio equipo. No quería que te sintieras inseguro o incómodo aquí, Nicholas.

—¿Incómodo? —repito, notando cómo me arden las mejillas por todo lo que implica esa palabra. De repente, la camiseta y las protecciones empiezan a picarme. Debería habérmelo quitado todo, no solo los patines. Probablemente tenga un aspecto ridículo, pero el partido está oficialmente suspendido y nadie sabe muy bien qué hacer.

—Tú eres... Perdona, quizá no utilice las palabras más adecuadas. Creo que eres bisexual, ¿verdad?

Me quedo completamente paralizado. Sí, se lo conté a algunos compañeros durante mi primer año. Pero como nunca volví a mencionarlo y, de hecho, me metí aún más en el armario después de que se filtraran el vídeo y la entrevista, había dado por hecho que él no lo sabía.

—S... sí —confirmo, y odio cómo me tiembla la voz. Cómo me tiemblan tanto los dedos que acabo derramando un poco de café sobre la camiseta.

Pero, tras varias respiraciones cortas, también me doy cuenta de otra cosa.

De repente siento el pecho mucho más ligero. Como si hubiera llevado un hilo invisible atado alrededor todo este tiempo y el entrenador acabara de deshacer el nudo.

—Sí, soy bisexual —repito, esta vez asintiendo mientras lo digo—. Pero nunca ha sido... Quiero decir, nunca quise que eso definiera al jugador que soy. Supongo que por eso preferí no darle importancia. Pero nadie... Nunca me había sentido incómodo en B-Tech —me apresuro a tranquilizarlo.

Hasta ahora, añade una voz en mi cabeza, mientras un escalofrío me recorre la espalda. No quiero ni imaginar qué dirán mis compañeros después de que les haya costado la oportunidad de jugar la Frozen Four.

—¿Y ahora? Si el partido se reanudara, ¿te sentirías... cómodo jugando? Sin Zollweg —añade enseguida el entrenador, lo que hace que se me escape una risa breve. Zollweg y Aldridge están expulsados para lo que queda de partido y, probablemente, también para el siguiente por haberse peleado fuera del hielo.

Me tomo unos segundos antes de responder, mordiéndome el interior de la mejilla mientras revivo toda la discusión.

—¿Y Elrod? —pregunto. El entrenador se inclina hacia delante mientras busca un bolígrafo.

—¿Qué ha hecho?

—No quiero ser un soplón —me echo atrás al instante, pero él levanta una mano para detenerme.

—No se trata de ir con el cuento, Nicholas. No tienes por qué decírmelo si no quieres. Pero si yo no pregunto y tú no me lo cuentas, acabamos protegiendo a las personas equivocadas y perjudicando a los jugadores que vengan después.

Me lo pienso un momento, deseando que Nate estuviera aquí para hablar por mí, para encontrar las palabras y poner voz a todo lo que siento.

—Vale —susurro, dejando de nuevo el café sobre la mesa—. Lo voy a contar.

***

El partido se reanuda tres horas después y solo quedan nueve minutos en el reloj.

Son los nueve minutos más largos y angustiosos de mi vida.

Jugamos ante unas gradas casi vacías. Los pocos aficionados que han decidido quedarse contemplan el partido en un silencio sepulcral, de modo que cada golpe del disco contra un palo resuena con un eco inquietante. Agradezco cada cambio que me permite salir del hielo, aunque el juego dista mucho de ser exigente. Ya no hay verdadera voluntad de ganar en ninguno de los dos equipos; nos limitamos a pasarnos el disco de un lado a otro. Nadie quiere marcar. Sin Xander y Nate sobre el hielo, los Bats parecen completamente perdidos.

La culpa pesa sobre todos los que seguimos jugando con los Badgers, incluso ahora que Zollweg ya no está. El entrenador ha apartado a Elrod para el resto del partido, mientras que Bergerson se ha negado a volver a salir al hielo con «traidores» como yo.

Me da pena Richter, nuestro portero suplente, que es la primera vez en toda la temporada que pisa el hielo.

Cuando suena la bocina que pone fin al tercer periodo, el alivio es casi tangible.

No soy capaz ni de mirar el marcador que certifica nuestra victoria.

Nadie se preocupa de recoger el disco del partido cuando entramos en el vestuario, arrastrando los pies como una procesión de asistentes a un funeral.

Katz es el primero en romper el silencio mientras nos cambiamos. Algunos vuelven de darse la ducha más rápida del mundo; otros ni siquiera se han molestado en pasar por ella.

—Ojalá hubiéramos perdido —murmura, y nadie lo contradice.

***

Tenemos reservada otra noche en el hotel, pero el entrenador nos informa de que no estamos obligados a volver a Bonham en el

autobús del equipo. Se limita a recordarnos que el próximo entrenamiento será el lunes, como estaba previsto.

Cuando salgo del vestuario, con la capucha cubriéndome el pelo todavía húmedo y la bolsa colgada del hombro, mi hermano me está esperando.

—Nicky —dice, separándose de la pared contra la que estaba apoyado. Lleva traje y zapatos de vestir, pero tiene desabrochados los primeros botones de la camisa y la corbata floja, como si ni siquiera se hubiera molestado en hacer bien el nudo—. ¿Nicky? —repite, y esta vez percibo un deje de inseguridad en su voz.

—¿Sí? —respondo con la garganta repentinamente seca y la voz ronca. No le he dirigido la palabra a Nate desde nuestra discusión y, ahora que está a solo unos pasos de mí, las emociones me golpean como un tsunami.

Lo he echado de menos.

Lo he echado muchísimo de menos.

—Menos mal que eres tú. —Sonríe, aunque los nervios se le cuelan en cada sílaba—. Tenía miedo de haberme equivocado, porque no llevo las lentillas y creo que la vista me ha empeorado...

Recorro la distancia que nos separa en tres zancadas y lo rodeo con los brazos para cortar de raíz su nervioso balbuceo.

—Cállate —murmuro mientras lo estrecho contra mí—. Y ponte las malditas gafas.

Los brazos de Nate se cierran a mi alrededor, se inclina hacia mí en el abrazo y noto su respiración entrecortada junto a mi oído.

—No me gustan. Me quedan fatal.

—Somos prácticamente iguales.

—Sí. Precisamente por eso sé cómo me quedarían.

Se me escapa una risa por la nariz ante la broma y, al segundo siguiente, rompo a llorar.

Odio llorar, porque después me siento como un crío montando una rabieta, y acabo con un dolor de cabeza digno de un universitario después de una noche de fiesta, pero no puedo evitarlo.

Lloro por todo lo que ha pasado hoy. Por haber perdido a personas en las que confiaba y porque he echado de menos a mi hermano

gemelo. Y por el sueño que tenía antes, cuando creía que el hockey era un lugar para todo el mundo y mi rodilla todavía estaba sana.

Lloro y lloro hasta que, literalmente, no me quedan más lágrimas y las luces del pasillo empiezan a atenuarse.

Nate es el primero en echarse un poco hacia atrás para poder mirarme a la cara. Tiene los ojos enrojecidos y la nariz congestionada, y verlo así hace que me sienta mejor y peor al mismo tiempo.

—No llores —le digo inútilmente.

Él resopla y mete la mano en el bolsillo para sacar un paquete de pañuelos de papel. Me ofrece uno antes de hacerse con otro para él. Ese gesto resume a Nate a la perfección.

—¿Sigues enfadado conmigo? —pregunta mientras me sueno la nariz. El ruido sale tan escandaloso que parece el trompetazo de un elefante, y eso consigue arrancarle una carcajada.

—Sí —admito entre hipidos—. Me sigue enfadando que no confiaras en mí para contarme cuáles eran realmente tus planes.

—Tenías demasiadas cosas en la cabeza, Nicko.

Me encojo de hombros y le aprieto el brazo. No hay nada más importante en mi vida que mi hermano. No llego a decirlo en voz alta, pero Nate debe de leerlo en mi cara.

—Ahora tienes a Xander —me recuerda en voz baja.

—Él no es más importante que tú —murmuro, con el corazón encogido. Instintivamente miro a mi alrededor buscándolo, pero estamos solos.

Nate suelta una risita y me da un golpecito con el hombro.

—Pero tampoco es menos importante.

No voy a discutirle eso, entre otras cosas porque ya no importa. La temporada de Xander acaba de terminar oficialmente, así que lo más probable es que firme con los Rebels la semana que viene. Y con ello, lo que sea que hubiera entre nosotros también llegará oficialmente a su fin.

—Mira, lo siento muchísimo... —empieza Nate. Lo interrumpo enseguida.

—Lo sé. Está bien. —Quiero saltarme la parte de las disculpas y dar esta pelea por terminada de una vez.

Nate niega con la cabeza.

—Sé que ya lo sabes, pero aun así necesito que me escuches. Siento no haberte hablado de los Utonagan. Y también siento haberte mentido con lo de los ojeadores de los Pioneers.

—Lo hiciste con buena intención —digo en voz baja—. Y, además, tenías razón. Necesitaba que alguien me hiciera reaccionar.

—Sí, puede que tuviera razón. Pero eso no significa que estuviera bien —suspira Nate.

—No se trata solo de lo de los Utonagan —continúo—. Es que he tenido que vivir literalmente tu vida durante dos semanas para descubrir que quieres escribir un libro. Que has cambiado la combinación de tu taquilla. Y que ahora... ¿sales a correr por las mañanas?

—¿Escribir un libro? —parpadea, desconcertado. Yo frunzo el ceño.

—¿No era eso lo que pusiste en tu trabajo de Escritura Creativa? Que tu objetivo en la vida era escribir un libro.

—Ah, eso. —Nate resopla y le quita importancia con un gesto de la mano—. El profesor Fiore es bastante duro con los deportistas y está convencido de que no nos tomamos la universidad en serio, así que sabía que no iba a hacerle ninguna gracia leer que mi objetivo era ganar la Copa Stanley contigo —explica con una sonrisa, dándome un codazo en las costillas.

—¿Mentiste en el trabajo?

—No. Puedo tener más de un objetivo en la vida, Nicko. Primero voy a abrirme camino desde los Utonagan hasta los Pioneers. Después te ganaré en los *playoffs* para que los Rebels me fichen y ganemos juntos la Copa Stanley. Y, cuando la hayamos levantado tres veces más, escribiré un libro sobre todo ello.

No puedo evitar que se me escape una risa ronca mientras noto cómo el corazón vuelve a latirme con fuerza.

—Me daba miedo haber dejado de conocer a mi propio hermano, pero sigues siendo el mismo idiota de siempre.

La expresión de Nate se vuelve seria al oírme.

—Siempre serás la persona que mejor me conoce, Nicky. Cambié la combinación de la taquilla para que los chicos dejaran de trastear con mis cosas, y sigo odiando salir a correr por las mañanas. Y, si

eso cambia algún día, serás el primero en saberlo —explica y yo asiento abrazándolo más fuerte.

Permanecemos unos instantes en un silencio cómodo, simplemente apoyados el uno en el otro, hasta que, de repente, Nate sonríe.

—Aunque hay una cosa de la que no me arrepiento. Por fin tú y Xan habéis dejado de odiaros.

Pongo los ojos en blanco.

—Supongo que podríamos haberlo solucionado mucho antes. Por ejemplo, si hubiera sido sincero contigo y no hubiera decidido cambiarme de universidad en el último momento.

—Ah, no. —Nate se ríe mientras me pasa un brazo por los hombros y me conduce hacia la salida—. Bueno, sí, eso habría sido lo correcto, pero créeme: aun así lo habrías odiado.

Probablemente tenga razón. Y casi desearía poder volver a odiar a Xander.

Me pondría las cosas mucho más fáciles de cara al futuro.



CAPÍTULO 43

Nicko, 11 de abril

En una historia perfecta, de esas que algún día me habría gustado contarles a mis sobrinos, habríamos llegado a la final de la Frozen Four. El hecho de haber unido fuerzas para hacer lo correcto nos habría servido para consolidarnos como equipo y alcanzar la victoria definitiva.

Pero, en el mundo real, lo que pasa es que perdemos el siguiente partido.

Y cuando digo perder, quiero decir que Michigan nos aniquila con un contundente 4-1.

Desde el principio supimos que compensar las bajas de la plantilla era prácticamente imposible. Puede que Zollweg sea un homófobo acérrimo que ha contado «su versión de los hechos» en varios pódcasts y canales de YouTube, pero, por desgracia, también era uno de nuestros mejores jugadores.

El entrenador ha mantenido la suspensión de Elrod, aunque se rumorea que tanto él como Zollweg quieren contratar abogados para «restaurar su reputación».

Bergerson solo volvió una vez para vaciar su taquilla. No nos dirigió la palabra, pero publicó un larguísimo comunicado en Instagram para explicar públicamente que unas «diferencias irreconciliables» lo habían llevado a abandonar el equipo.

Jacob Dunn, nuestro extremo derecho de la cuarta línea, se marchó unos días después por la presión de sus padres. Verlo recoger sus cosas, con los labios apretados y los dedos temblándole alrededor de los patines, fue deprimente.

Además, Aldridge sigue de baja por la mano rota. Su caso también está pendiente de revisión, porque, al fin y al cabo, atacó a un compañero de su propio equipo. Hoy ni siquiera le han permitido sentarse en el banquillo, pero ha visto el partido desde la grada, con su hermano adolescente a su lado. Nos encontramos con el chico fuera y le firmamos un palo de hockey decorado con cinta arcoíris, lo que respondió a muchas de mis preguntas. Dudo que Aldridge y yo lleguemos a ser amigos, pero me dio una palmada en la espalda y me deseó suerte antes del partido.

Una parte de mí se alegra de que esta temporada haya llegado a su fin. Llegar a la final no me habría parecido correcto. Ni siquiera después de que Xander se pusiera en contacto con nosotros de forma oficial y nos explicara que estaba agradecido por el apoyo que le había mostrado el resto del equipo.

No todo el mundo en la universidad comparte esa opinión. El campus se ha convertido en un auténtico campo de minas: nunca sabemos si nos van a increpar o a felicitar por lo que hicimos. Todo el mundo, desde el conserje hasta el decano, ha tenido algo que decir al respecto. Así que no me ha sorprendido que hoy gran parte de las gradas de nuestro lado estuvieran vacías, ya fuera como protesta contra las acciones «woke» o contra la homofobia en el deporte universitario. En realidad, el grupo más numeroso de los que han venido a animarnos lo forman mi familia, mis compañeros de piso y Xander. Como este año la Frozen Four se celebra en Boston, todos han viajado hasta aquí.

Odio perder delante de la gente a la que quiero.

—¡Menudo golazo! —aplaude Marisol cuando patino hasta el plexiglás. Mis compañeros ya se dirigen a las duchas mientras Michigan celebra la victoria al otro lado de la pista. Me dan un poco de pena; aunque su afición ha respondido de maravilla, no es lo mismo celebrar con medio estadio vacío.

—Gracias —respondo con una risa ante su entusiasmo sincero. Haber marcado el único gol de B-Tech esta noche es un consuelo muy pequeño. Ha sido mi último gol en la NCAA y, quizá, también el último que marque en suelo estadounidense.

Ya sé que no voy a dejar el hockey. Los Rebels siguen sin dar señales de vida, pero ya he aceptado que no van a ficharme.

Como era de esperar, Xander ya tiene contrato. Yo estaba allí cuando lo firmó, observándolo con una punzada de envidia, sí, pero también con un orgullo inmenso. Hace unos meses jamás habría imaginado que ver el asombro en sus ojos al leer su nombre impreso en la primera página del contrato me haría sentir un vuelco en el pecho.

No sé quién me dará una oportunidad cuando los Rebels me cierren definitivamente la puerta; con mi lesión y todo lo que rodea ahora mismo a los Badgers, no espero que ningún otro equipo de la NHL quiera apostar por mí a estas alturas. Pero quizá consiga hacerme un hueco en la plantilla de algún equipo de la AHL antes de tener que poner la vista en las ligas europeas.

—Sí, sí, ha sido un golazo. Qué pena que hayáis perdido, Nicko. ¿Podemos largarnos ya de aquí, por favor? Se me están congelando los huevos —se queja Oliver, ganándose una severa reprimenda de Linden por su falta de tacto y de empatía. Mis amigos recogen sus carteles y pancartas mientras Nate va en busca de nuestros padres. Mamá intenta cruzar la mirada conmigo varias veces, pero mi hermano prácticamente se la lleva de allí mientras le cuenta, entusiasmado, la conversación que ha tenido con el coordinador ofensivo de los Utonagan.

—¿Te vuelves con nosotros a casa? —me pregunta papá. Dudo un instante, pero al final niego con la cabeza.

—No. Me vuelvo con el equipo.

Papá asiente, comprensivo.

—Entonces hablamos mañana, ¿vale? —pregunta, y levanto el pulgar antes de que se dé la vuelta para reunirse con mamá y Nate.

Y, de pronto, Xander es el único que queda en la grada del lado de B-Tech.

—Hola —murmura al acercarse por fin, apoyando una mano en su lado del plexiglás. Una leve sonrisa asoma a mis labios y me quito uno de los guantes.

—Hola. —Mi voz apenas logra imponerse a la música con la que Michigan celebra la victoria, aunque eso también significa que nadie

está pendiente de nosotros.

—¿Cómo estás?

Cierro los ojos al oír la pregunta y me inclino hacia delante hasta apoyar el casco contra el plexiglás.

—Cansado —respondo—. La verdad es que estoy muy muy cansado.

Y asustado. Eso no lo digo en voz alta. Sabía que este momento iba a llegar: el final de mi temporada. Mientras intentaba trazar un plan para mi futuro, la relación entre Xander y yo también se acercaba a su final. Resulta extraño, no solo por estos últimos meses, sino por todos los años anteriores. Incluso cuando apenas podíamos soportar estar en la misma habitación, Xander siempre formó parte de mi vida; siempre ocupó un rincón de mi mente.

—Me lo imagino —dice con una risa apagada. El sonido está vacío y la sonrisa que curva sus labios no alcanza a reflejarse en sus ojos.

Los dos guardamos silencio, demasiado conscientes de que, cuando nos separemos, esto habrá terminado.

Fin de temporada.

La bocina final.

Tres veces Xander abre la boca dispuesto a decir algo, pero vuelve a cerrarla sin pronunciar una sola palabra. Cada vez contengo la respiración, deseando que hable y, al mismo tiempo, temiendo que lo haga.

Seguimos así hasta que los jugadores de Michigan empiezan a abandonar el hielo y, al pasar junto a nosotros, nos dedican largas miradas. Me sorprende que el entrenador todavía no haya salido a buscarme para llevarme al vestuario y empiezo a preocuparme por si se han marchado sin mí.

Al final, Xander se aclara la garganta.

—Será mejor que vayas al vestuario y te des una ducha caliente.

Siento una opresión en el pecho bajo las protecciones, pero asiento por inercia mientras retiro la mano del plexiglás.

—Sí —murmuro, haciendo girar los hombros con torpeza—. Debería.

—Supongo que... ¿Nos veremos por ahí?

—Puede —digo, pensando ya en lo incómodas que serán mis visitas a Nate. Ahora será él quien tenga que venir más a menudo al Refugio; mis compañeros de casa no paraban de preguntar por él. Al parecer, todavía tiene pendiente terminar de volver a ver *America's Next Top Model*.

—Bueno..., cuídate.

—Tú también.

Y con eso, me aparto de la valla.

***

El viaje de vuelta al campus transcurre en silencio. Aunque todos sentimos cierto alivio, perder un partido siempre deja un poso amargo y todavía quedan muchas consecuencias por afrontar. Lo peor es que yo ya no formaré parte de todo eso, y esa idea también pesa.

Solo saco el móvil para avisar a mis padres de que hemos llegado bien. Desde el partido lo tenía en modo avión, así que empiezan a entrar decenas de mensajes y notificaciones, pero no abro ninguno. Se me encoge el corazón al ver la vista previa del chat de El Refugio, donde Oliver me avisa que me dejan la casa para mí por esta noche.

Aprovecha bien la oportunidad ;)

Me muerdo la lengua con fuerza al leer ese mensaje. Al principio de la temporada, aquello habría sido un sueño hecho realidad: esconderme de todo y de todos para revolcarme en mi propia tristeza. Ahora, en cambio, la sola idea me llena de pánico. Me apetecía muchísimo que Micah nos preparara una cena casera —porque nadie en su sano juicio pediría una pizza delante de él— y que Oliver nos leyera fragmentos de alguna de sus novelas infumables mientras yo me ponía hielo sobre este cuerpo destrozado. Estoy a punto de llamarlos, pero enseguida caigo en que seguramente creen que me están haciendo un favor. Al fin y al cabo, Xander se había convertido en un visitante habitual de la casa. Y no me apetece tener que explicarles por qué ya no está aquí.

Tomo el camino más largo de vuelta al campus y conduzco deliberadamente por debajo del límite de velocidad.

La entrada de casa está vacía, pero el coche de mi hermano sigue aparcado delante. Una oleada de alivio me recorre al distinguir una figura apoyada junto a la puerta del conductor.

No tendré que pasar la noche solo.

Cierro la puerta del coche con cuidado para no despertar a los vecinos. Ya ha pasado la medianoche y la brisa fresca me acaricia la cara. Este año la primavera se ha hecho de rogar, pero por fin empieza a imponerse al frío que tanto me gusta.

—Eh, ¿y si pedimos una pizza? —grito mientras me acerco al coche de Nate con la bolsa de hockey colgada del hombro. Ya tengo abierta la aplicación de comida a domicilio cuando una voz inesperada me obliga a detenerme.

—Nicko —murmura Xander, y levanto la cabeza de golpe. Durante un instante creo que lo he imaginado, pero, cuando parpadeo, Xander sigue allí, de pie, junto al coche de Nate.

—¿Qué haces aquí?

—Necesito hablar contigo. Por favor, escúchame. Si después no quieres que esté aquí, me iré.

Respiro hondo mientras recorro a Xander con la mirada. Lleva el pelo revuelto, como si se hubiera pasado las manos por él demasiadas veces, y la cremallera de la chaqueta solo está subida hasta la mitad. Debajo asoma el jersey desgastado que llevaba en nuestra primera cita.

—De acuerdo —respondo, y él deja escapar el aire en un suspiro tembloroso.

—Sé que se suponía que lo nuestro iba a terminar aquí, pero... —Se interrumpe a mitad de la frase mientras da un paso hacia mí—. Pero... A la mierda. No sé cuándo ni cómo pasó y, créeme, llevo noches enteras dándole vueltas.

El corazón me da un vuelco, porque sé perfectamente adónde quiere llegar. Un cosquilleo traicionero me recorre el estómago.

—Fue cuando salimos a correr por la mañana.

—¿Qué?

Tengo que contener la risa al ver la confusión en su cara. Los dedos me tiemblan mientras, por fin, guardo el móvil en el bolsillo lateral de la bolsa.

—La primera vez que salimos a correr juntos. Cuando me caí sobre la rodilla lesionada y me ayudaste a levantarme y a entrar en casa. Ahí fue cuando pasó. Al menos para mí —confieso. Es la única vez que voy a admitir algo así: aquí, en mitad de la noche, agotado y con la sensación de haberlo perdido todo.

Xander guarda silencio unos segundos y, de pronto, rompe a reír.

—Y yo que esperaba que el momento decisivo hubiera sido cuando me miraste la polla a escondidas.

Me echo a reír.

—Sigue soñando, Hart.

—En realidad, este habría sido el momento perfecto para llamarme *Alejandro Magno.*

—Anda, no flipes —resoplo, negando con la cabeza, aunque la sonrisa ya se me ha escapado. Qué idiota.

Se hace otro breve silencio. Una ligera brisa sopla a nuestro alrededor y el momento de humor se desvanece poco a poco.

—Nicko... —empieza. Levanto una mano temblorosa para detenerlo.

—No lo digas, Xan. —No hay firmeza en mi voz; solo una súplica desesperada, mientras noto cómo vuelve a formárseme un nudo en la garganta.

—¿Por qué no?

—Porque si lo dices ahora, voy a echarme a llorar. Y odio llorar.

—¿Que te quieran te hace llorar?

—¡Joder, te he dicho que no lo dijeras! —protesto, echando la cabeza hacia atrás mientras parpadeo deprisa, con la vista clavada en el cielo oscuro. No se ve una sola estrella sobre nosotros.

—Pero tengo que decírtelo, Nicko. Necesito asegurarme de que, si te alejas, al menos sepas lo completa y estúpidamente enamorado que estoy de ti.

Dios. De repente me siento mareado. Me falta el aire. El corazón me golpea el pecho con tanta fuerza que parece querer salírseme.

—Qué idiota eres —murmuro con la voz ronca, levantando un brazo para secarme la nariz con la manga.

—Se te da fatal esto, Hoff. La gente normal contestaría diciendo lo mismo.

Su tono pretende ser burlón, pero el temblor de su voz lo delata.

—Qué presuntuoso por tu parte dar por hecho que siento lo mismo.

—¿No sientes lo mismo?

Intento seguir con la broma, pero la inseguridad en la voz de Xander me retuerce el estómago. Recuerdo aquella conversación en la cocina de mis padres, cuando de pequeño quería ser el cachorro especial, el de las manchitas, y entonces entiendo que ya no puedo seguir fingiendo. No puedo dejar que se marche creyendo que nunca lo he querido, aunque al final tenga que hacerlo de todos modos.

Dejo caer la bolsa al suelo y doy un paso hacia él, alargo las manos hasta las suyas, que apenas asoman por debajo de las mangas largas y demasiado grandes del jersey. La imagen es tan ridículamente tierna que me entran ganas de taparle la cara con un cojín. ¿Cómo se atreve a estar tan guapo precisamente ahora?

—Claro que te quiero, Lexi. Nunca he conseguido sacarte de mi cabeza.

—Pues no tienes por qué hacerlo. Jamás.

Xander me rodea con los brazos y me atrae hacia él, y yo me dejo abrazar. Me duele absolutamente todo el cuerpo, pero entre sus brazos desaparece el dolor.

—Sí que tengo que hacerlo. Si no, ¿qué voy a hacer cuando estés a miles de kilómetros y sigas siendo lo primero en lo que piense cada mañana? ¿Cómo voy a seguir jugando al hockey si lo único que voy a querer es ver tus partidos y fijarme en todos los fallos que cometas?

Xander resopla, y el sonido, a medio camino entre una risa y un sollozo, es tan absurdo que estoy a punto de atragantarme con mis propios mocos.

—Siempre puedes grabar mis fallos —propone mientras me acaricia la cara con ambas manos—. Aunque también podrías estar allí para verlos.

Frunzo el ceño, dispuesto a protestar, pero él me silencia apoyándome un dedo sobre los labios.

—Todavía no sabes si te van a fichar o no, Nicko. Tu temporada terminó hace apenas unas horas. Pero, aunque ningún equipo te haga una oferta, podemos hacer que esto funcione.

Cierro los ojos e intento imaginar cómo sería. Cómo podríamos hacer que lo nuestro funcionara si acabamos en husos horarios distintos o, incluso, en continentes diferentes.

—¿Y si ningún equipo de este país me quiere? ¿Y si tengo que marcharme de Estados Unidos?

—Entonces hablaré contigo hasta altas horas de la madrugada y llegaré hecho polvo a más de un entrenamiento matinal, pero merecerá la pena, Nicko. Nosotros merecemos la pena. —Hay una convicción tan firme en su voz que, por un instante, casi consigue convencerme. Casi consigue que crea que de verdad podríamos darnos una oportunidad.

Casi.

—Esto es una locura, Lexi. Estás como una cabra. Te mereces a alguien que pueda estar aquí contigo, que te apoye, alguien con el valor de ir de la mano contigo en público. Y yo no soy ese. Todavía no estoy preparado.

—¿Pero crees que algún día podrías estarlo?

—Eso espero, pero...

—Entonces tú te mereces a alguien que esté dispuesto a esperarte hasta que llegue ese momento, Nicko. Nunca te pediría que salieras del armario si no te sientes seguro. Ni te obligaría a renunciar a tu sueño por mí. Hay sitio para todo. Y, si no lo hay, ya nos encargaremos de hacer sitio.

Todas las posibilidades que dibuja ante mí me abruman. Poder tener ambas cosas al mismo tiempo: estar con Xander y seguir jugando al hockey. Sé que no puede ser tan sencillo como él lo pinta. Pero lo quiero.

Dios, cuánto lo quiero.

—Espero que el bono por firmar con los Rebels haya sido enorme —digo con una sonrisa temblorosa. Resoplo cuando arquea una ceja, un gesto que sospecho que nunca dejará de sacarme de quicio—.

Más que nada para que puedas pagar la factura de todas esas llamadas de sexo telefónico a altas horas de la noche.

Xander se queda mirándome unos segundos y, justo cuando empiezo a pensar que quizá se lo ha tomado mal, se inclina hacia mí y empieza a besarme. No una ni dos veces, sino por toda la cara. Besitos rápidos que me llenan los párpados, la nariz, la frente, las cejas, la mandíbula y la barbilla, hasta que acabo retorciéndome entre risas para intentar apartarlo.

—Pues a partir de ahora pienso pagarte todas las facturas del teléfono —declara, y yo me río de esa promesa tan temeraria.

—A Nate le encantará oír eso. Anda, empieza por invitarme a cenar, que me muero de hambre.

—Qué romántico eres —suspira, aunque enseguida echa a correr hacia donde he dejado la bolsa mientras yo ya subo los escalones del porche.

—¿Me lanzas las llaves? —le pido—. Ah, y el móvil también. Está en el bolsillo lateral. Estaba pensando que podríamos pedir una pizza familiar de cuatro quesos, sin guindillas...

—Eh, ¿Nicko?

Xander me lanza las llaves. Las atrapo al vuelo sin dificultad y levanto la cabeza al verlo sostener mi teléfono, que no deja de sonar.

—Buf... —resoplo. Ahora mismo no tengo ninguna gana de enfrentarme al mundo exterior. En realidad, nunca las tengo, pero esta noche menos que nunca. Lo único que quiero es comer pizza y acurrucarme en la cama con... mi novio.

—Que salte el buzón de voz —ordeno, cambiando el peso de un pie a otro con impaciencia—. Si de verdad quieres estar conmigo, tendrás que aprender que la comida está por encima de...

Xander me corta con un leve gesto de la cabeza y me lanza el teléfono, que sigue sonando.

—No —dice—. Creo que esta vez deberías hacer una excepción.



CAPÍTULO 44: EPÍLOGO

Xander, 13 de mayo

Una melodía familiar resuena en mis oídos. No puedo evitar sonreír y mirar a mi novio, sentado a mi lado. Los auriculares que hace tres años me parecían enormes ahora me quedan mucho mejor. Además, esta vez han querido evitar problemas y han procurado sentarnos lo más separados posible. Tengo que estirar la pierna al máximo para darle un leve toque en el pie con el mío.

Nicko levanta una ceja al mirarme y me devuelve el golpecito.

—¡Espero que todos hayáis terminado los exámenes finales y que estéis deseando disfrutar de unas merecidas vacaciones de verano! —El presentador va alternando la mirada entre los dos, como si esperara que lo interrumpiéramos. Es nuevo y me pregunto si somos sus primeros invitados en directo. Como ninguno de los dos dice nada, continúa, con una voz ligeramente temblorosa y un entusiasmo un poco forzado—. Nos hace muchísima ilusión despedir el curso con una última emisión de *La vida en el campus*. Hace tres años estabais aquí, acababais de empezar la universidad, con esas caras de no haber roto un plato, y ahora estáis a punto de marcharos para convertiros en grandes estrellas de la NHL. Bienvenidos de nuevo, Alexander Hart y Na...

—¡Nicko! —lo corregimos los dos al unísono, antes de intercambiar una sonrisa. Me recuesto en la silla.

—Soy Nicko van der Hoff.

—¡Claro, claro! —El presentador rebusca nervioso entre sus papeles mientras se le enrojecen las orejas.

—Bueno, todo el mundo tiene derecho a confundir a un gemelo con el otro al menos una vez, ¿no? —comento. La respuesta es una patadita en la pierna y una mirada asesina por parte de Nicko. Me río para mis adentros, pensando que luego ya encontraré la forma de compensárselo.

—¿Cómo os ha ido desde la última vez que estuvisteis en el programa? ¿Os sentís preparados para dar el salto a las grandes ligas?

—¿Quieres contestar tú? —me pregunta Nicko, volviéndose hacia mí con la cabeza ligeramente ladeada.

—Claro. Me siento más preparado que nunca —respondo con una sonrisa, acordándome de lo que pasó hace apenas un mes. ¡Cómo me temblaba la mano al firmar aquel contrato! Nicko y yo nos quedamos tumbados en su cama toda la noche después de que terminara de hablar con la dirección deportiva de los Rebels. Aunque aquella conversación consiguió calmar parte de su ansiedad, todavía quedaba mucho por hacer. Las últimas semanas fueron una auténtica montaña rusa: Nicko tuvo que viajar tres veces a Nueva York para someterse a pruebas médicas adicionales y vivía con los nervios a flor de piel antes y después de cada revisión. Había firmado una temporada espectacular, pero el club quería asegurarse de que todo estaba en orden.

Mientras tanto, no dejaban de surgir rumores de otros equipos interesados en él. Tanto Utah como Las Vegas llegaron a ponerse en contacto con su padre y, durante un tiempo, temí que nuestra relación se redujera a escuchar la voz de Nicko a través del teléfono.

Pero los Rebels siempre habían sido su primera opción. Y, cuando lo vi escribir su nombre al pie de aquel contrato, sentí que por fin podía volver a respirar.

—Evidentemente, me habría encantado traerme el trofeo de los Frozen Four, pero... —me encojo de hombros.

—¡Bah! ¡Si ni siquiera fuisteis capaces de ganarnos! —interviene Nicko y yo resoplo.

—Eso es verdad, pero soñar sigue siendo gratis, ¿no?

—Sí... Bueno, en ese último partido antes de los Frozen Four hubo un incidente que estuvo a punto de hacer que los Bats perdieran por

incomparecencia. ¿Queréis contarnos un poco más sobre aquello? —pregunta el presentador, aprovechando nuestro intercambio.

La verdad es que no. Aun así, mantengo la sonrisa y me acomodo en la silla, acercándome un poco más tanto a la mesa como a Nicko.

—No creo que haya mucho más que añadir. Alguien dijo algo que no tiene cabida en un deporte limpio. Puede que el árbitro no considerara que aquello merecía sanción, pero mi equipo no opinó lo mismo. Y, por suerte... —miro a Nicko y le dedico una breve sonrisa, intentando transmitirle toda la calma posible—, los Badgers también lo entendieron así. Me alegro de que pudiéramos terminar aquel partido.

Durante unos segundos se hace el silencio. No resulta incómodo, así que espero con tranquilidad a la siguiente pregunta.

—Sí... Bueno... Tú tuviste un papel importante en aquella decisión, ¿verdad, Nicholas?

—Supongo que sí —murmura Nicko, frunciendo ligeramente el ceño. Apoya un codo sobre la mesa mientras medita unos segundos su respuesta.

Lo observo en silencio, esperando a que hable, con la vista fija en su nariz recta. Me entran unas ganas tremendas de alargar la mano y juguetear con el rizo rubio que asoma por debajo de los auriculares. Como no puedo hacerlo, me limito a acercar la silla un poco más a la suya.

—Simplemente no podía... No me parecía justo ganar un partido solo porque alguien había decidido comportarse como un imbécil homófobo —dice al fin, frunciendo apenas el ceño—. No me habría parecido bien llegar así a la Frozen Four. Quería ganar limpiamente y mi equipo estuvo de acuerdo. Aunque fui yo quien inició esa conversación, al final fue una decisión de todo el equipo.

—Y también asumisteis las consecuencias como equipo, ¿verdad? ¿Crees que habríais ganado a Michigan si... —consulta de nuevo sus papeles y lee el nombre— Zollweg hubiera jugado?

Nicko se encoge de hombros y estoy a punto de darle otro golpecito con el pie cuando inspira hondo y consigue serenarse él solo. No puedo evitar sentirme orgulloso. Los dos hemos madurado mucho.

—Eso no puedo saberlo. Pero prefería defender mis convicciones antes que agachar la cabeza para ganar.

El presentador parpadea varias veces y vuelve a rebuscar entre sus papeles. Me pregunto, sin darle demasiada importancia, cuánto más durará esta entrevista, porque de pronto me han entrado unas ganas irresistibles de llenar de besos a mi novio.

Por cómo me mira el presentador, ya sé cuál va a ser la siguiente pregunta incluso antes de que la formule.

—¿Y qué les dirías a los aficionados que opinan que deberías haberte preocupado más por el partido que por los temas LGBTI?

—Dos cosas. —Nicko se inclina hacia delante hasta casi rozar el micrófono con los labios—. La primera: yo mismo cometí el error de decir esas mismas tonterías en el pasado, y quiero pedir perdón por ello. Subestimé muchísimo todo el trabajo que aún queda por hacer y hasta qué punto la homofobia sigue profundamente arraigada en el deporte. Además, en estos últimos meses he tenido la oportunidad de conocer mucho mejor a Hart, y él demuestra que esa idea es falsa. Se pueden hacer las dos cosas: jugar un hockey increíble y ser la voz que la comunidad necesita. Y a todos los escépticos les digo una cosa: la temporada que viene me verán ganar el premio al Novato del Año y, además, desfilar en la Marcha del Orgullo.

Por un instante estoy convencido de que mi corazón late con tanta fuerza que los micrófonos deben de estar captándolo, junto con la risa que brota de mi pecho. Solo Nicko sería capaz de lanzar un desafío a todos los novatos que empiezan con nosotros y, al mismo tiempo, decir algo que sé que para alguien ahí fuera va a ser muy muy importante escuchar. Con un murmullo de aprobación, me inclino hacia el micrófono para añadir mi punto de vista. Apoyo una mano sobre la mesa y, al moverme, rozo adrede el brazo de Nicko. Está muy lejos de lo que realmente me gustaría hacerle, pero eso tendrá que esperar.

—Siempre es fácil decir eso cuando no eres tú quien tiene que justificar su vida privada a cada paso. Nunca he oído que le hagan esa pregunta a un jugador heterosexual cuando se casa o tiene hijos. —Me recoloco en la silla y me aclaro la garganta—. Pero tanto

en una universidad como en la otra he encontrado muchísimo apoyo, como pude comprobar al participar en la Alianza LGBTQIA+ de Bonham. Los Rebels también me han asegurado que quieren dar visibilidad a personas como yo para que podamos expresarnos libremente. Y, por mi parte, dejo que mi juego hable por sí solo. —Les dedico una sonrisa tanto a Nicko como al presentador—. Teniendo en cuenta que acabo de completar una gran temporada con los Bats, creo que ha quedado bastante claro que puedo centrarme en más de una cosa a la vez.

—Bueno... Eso es... estupendo.

—Sí, a todos nos encanta escuchar a Hart defender su causa —protesta Nicko a mi lado, aunque el tono burlón de su voz lo desmiente por completo. Cuando me vuelvo hacia él, descubro una leve sonrisa dibujada en sus labios.

—Entonces..., ¿jugar el uno contra el otro os hizo desear compartir equipo?

Es una pregunta sobre la que he pensado muchas veces. Desde luego, no fue enfrentarme a Nicko lo que cambió mi opinión sobre él. No fue hasta que jugamos juntos que comprendí el equipazo que formábamos sobre el hielo.

—En cierto sentido... —empiezo con cautela, provocando que Nicko sonría aún más.

—¡Desde luego! Ganarle a Hart me demostró todo lo que aún le queda por aprender.

—¿Ah, sí? ¿Como qué?

—¿Por dónde empiezo? —suspira Nicko, sin perder esa sonrisa pícara. Se recuesta en la silla y empieza a contar con los dedos—. Para empezar, ¡tu revés! Luego, juegas como si aspiraras a ser canonizado como el patrón del hockey...

La lista continúa —en algún momento incluso el presentador se ríe —, pero yo ya no escucho nada. Mi mente se ha quedado completamente en blanco, salvo por una idea muy concreta: alargar la mano, atraerlo hacia mí y borrarle de un beso esa sonrisa exasperante.

—¡Vale, vale! Como podéis ver, Hoff tiene mucho que enseñarme —consigo decir al fin, arqueando una ceja en dirección a Nicko.

Ya hablaremos tú y yo, le prometo en silencio. *Más tarde*.

—Quizá los Rebels deberían plantearse ficharlo también como asesor técnico.

—Bah, eso lo sabe cualquiera que entienda un poco de hockey. —Nicko le resta importancia a mi comentario, pero no pienso dejar escapar la oportunidad.

—Totalmente de acuerdo. El verano pasado entrenó a un equipo infantil y este año volverá a hacerlo antes de incorporarse a la pretemporada con los Rebels. Tiene una mano increíble con los niños.

El presentador parpadea cuando vuelvo la vista hacia él, claramente sorprendido por el cambio de tema.

—Vaya... ¿Eso es verdad?

—¡Claro que sí! —asiento con un entusiasmo completamente sincero. Me encanta poder hablar de esta faceta de Nicko, aunque sus mejillas, cada vez más coloradas, reclamen la mitad de mi atención. Fue una auténtica maravilla verlo con Milo y celebrar junto a los pequeños el final de la temporada.

—Pero no soy solo yo. Lo organiza el entrenador Kovachev —aclara Nicko, intentando quitarse mérito.

—¡Y sigue siendo una pasada! Aprender hockey de un futuro jugador de la NHL es una oportunidad increíble para cualquier niño. —Probablemente parezca que estoy haciéndole publicidad, pero, sinceramente, ahora mismo me da igual.

Nicko alarga el brazo para taparme el micrófono con la mano mientras resopla. Medio inclinado sobre mi regazo, está tan cerca que tengo que morderme la lengua para no rodearlo con los brazos y esconder la cara en el hueco de su cuello. Por desgracia, el presentador decide sacarme de mi fantasía.

—Ejem... ¿Y qué más habéis estado haciendo en estas últimas semanas de universidad?

Esta vez ni siquiera intento disimular el resoplido. Es una pregunta de lo más típica, aunque, por supuesto, siento cierta tristeza al pensar que voy a dejar atrás a mi equipo, dejar Bonham y mudarme a Nueva York.

Aún queda un poco para eso.

El campus de pretemporada no empieza hasta mediados de septiembre y, hasta entonces, me esperan unos meses gloriosos de libertad en los que pienso aprovechar una parte del bono que recibí al firmar el contrato. Quiero visitar a mis madres y, además, Nicko, Nate y yo llevamos tiempo hablando de hacer un viaje por Europa.

—No demasiado. Estoy recuperándome de una temporada muy exigente —empiezo a responder al darme cuenta de que ninguno de los dos ha dicho nada para romper el silencio. Cruzo la mirada con Nicko y asiento levemente antes de continuar—. Claro que da pena despedirse. Llevo cuatro años viviendo en la residencia universitaria y voy a echar muchísimo de menos a todos, pero también estoy muy contento de haber terminado los exámenes por fin. Aunque el hockey me ha ocupado gran parte del tiempo, he sacado muy buenas notas en todas las asignaturas y estoy orgulloso de ello. Ahora tengo muchas ganas de que llegue la graduación. —Sonrío—. Mis madres vendrán a verla.

—Casi suena demasiado tranquilo para una futura estrella de la NHL. ¿Y tú, Nicholas?

—¡Pues fiestas y alcohol, por supuesto!

No puedo evitar echarme a reír y negar con la cabeza. Sé perfectamente que después de la graduación habrá una cena en el Refugio y, después, probablemente una maratón de películas. Y cuando todo eso termine, podré escabullirme para meterme en la cama con Nicko.

—¡Eso sí que suena a auténtica vida universitaria!

—Sí, sí... A este solo le interesan las fiestas —comento con ironía.

Nicko me saca la lengua.

Yo me limito a sonreír.

—Perdona, ¿te he interrumpido mientras hablabas de ti mismo, Van der Segundo?

—Pues sí, la verdad.

Le dedico otra sonrisa, esta vez mucho más arrogante.

—Perdón, pensaba que ya habías terminado.

—¡Pues no! —Se levanta de golpe y, al hacerlo, me pisa el pie aposta. Tengo que morderme el labio para no echarme a reír. Nicko está hasta las narices de todo esto y lo único que quiere es largarse

de aquí; se le nota a la legua. ¿Y qué mejor excusa que amenazar con poner en peligro todo este carísimo equipo de grabación?

—¡Uy, esto vuelve a ponerse interesante! —susurra el presentador. Casi parece encantado con la tensión creciente.

—Vale —digo, asegurándome de quitarme los auriculares antes de levantarme—. Vamos fuera, Hoff.

—Vamos, Hart. —Los ojos de Nicko brillan y un escalofrío me recorre la espalda—. Sí, desde luego tenemos que salir de aquí.

—Eh... No, chicos, vamos... Podríais simplemente... Bueno, ¡hasta aquí el programa de hoy de *La vida en el campus*! Que paséis un...

No llego a escuchar el final de la despedida porque Nicko ya me está tirando del cuello de la camiseta para sacarme del estudio. Avanzo a trompicones y me echo a reír en cuanto la puerta se cierra a nuestra espalda. Doblando la esquina del pasillo, Nicko se gira hacia mí con una sonrisa y me empuja contra la pared. Sus labios encuentran los míos antes siquiera de que pueda ordenar un pensamiento.

—Dios, ¡eso se me ha hecho eterno! —gime, y yo le paso una mano por el pelo.

—Puede, pero ni siquiera hemos hablado de en qué posiciones esperamos jugar, ni de en qué queremos gastarnos el bono de fichaje, ni siquiera hemos mencionado... —Nicko me calla con otro beso y, acto seguido, se aparta, dejándome apoyado contra la pared, con los labios aún hormigueándome y deseando volver a sentir los suyos.

—¡El último que llegue al coche lava la ropa durante toda una semana! —grita por encima del hombro mientras echa a correr.

—¡Eso es hacer trampas! —le grito, saliendo detrás de él a toda velocidad.

QUERIDOS LECTORES:

Con muchísima ilusión compartimos con vosotros nuestra primera novela.

Si os ha gustado la historia de Nicko y Xander, os agradeceríamos muchísimo que dedicarais un minuto a dejar una reseña en Amazon o Goodreads. Vuestras opiniones ayudan a que otros lectores descubran el libro y son un apoyo enorme para nosotros.

¿Y ahora qué?

La historia de Nicko y Xander todavía no ha terminado. Aún nos quedan muchas ideas por contar y esperamos poder compartirlas con vosotros muy pronto.

Si os ha gustado esta novela, os invitamos a seguirnos en redes sociales para estar al día de nuestros próximos lanzamientos y proyectos.

Podéis encontrarnos en Instagram y TikTok como **@author_ajkyler**.

AGRADECIMIENTOS

¡Menuda aventura!

Cuando, en el verano de 2023, empezamos a hablar de escribir una novela a cuatro manos, Annie no estaba nada convencida de que fuéramos a lograrlo. Llevábamos casi diez años escribiendo juntas, pero enfrentarnos a una novela y, además, publicarla, suponía un reto completamente distinto. Hubo momentos en los que dudamos de si llegaríamos a la meta, ¡pero aquí estamos! Escribir esa última palabra es una sensación que jamás olvidaremos. Y no lo habríamos conseguido sin un grupo de personas maravillosas.

A nuestros increíbles lectores alfa y beta —Ada, Anja, Anna, Angelika, Core, Janine, Pia y Vero—: gracias por vuestro tiempo y por todos vuestros comentarios. Han sido fundamentales para que este libro llegara a ser mucho mejor.

Gracias a Erin y Ria, de Creativity Square; a Leona Bolt; a Jasmin E. Wallsh, y a MGC por sus consejos, su orientación y la cálida bienvenida que nos dieron al mundo de la autopublicación. Escribir puede ser un proceso muy solitario, y publicar por cuenta propia da muchísimo vértigo la primera vez. Gracias a vosotros y a todo el contenido que compartís, conseguimos superar muchos de los obstáculos que encontramos por el camino.

Gracias también a Alessia Gold por todos esos mensajes de voz tan llenos de ánimo. No te imaginas lo importantes que fueron para nosotras en aquel momento.

Muchísimas gracias a Kay por crear los preciosos encabezados de los capítulos y a nuestra maravillosa editora, Amanda. Con tu paciencia, tu profesionalidad y tu enorme dedicación, conseguiste dar forma a este libro.

Y, por supuesto, gracias a nuestras familias y amigos por vuestro apoyo incondicional. Habéis estado siempre ahí para escuchar nuestros quebraderos de cabeza, intercambiar ideas e incluso participar en nuestros vídeos de TikTok. No hay palabras suficientes

para expresar cuánto os queremos y lo agradecidas que estamos por teneros a nuestro lado.

Y, por último, gracias a vosotros, los lectores. Sí, a todos y cada uno de vosotros. Gracias por dedicar vuestro tiempo a leer esta historia y por acompañar a Xander y a Nicko en este viaje.

Con todo nuestro cariño,

Annie y Jay

Índice

Nota de la dupla autoral
Advertencia sobre el contenido
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44: Epílogo
Queridos lectores
Agradecimientos

Título original: *The Switched-Up Playbook*
Traducción del inglés: Cecilia Della Croce
Ilustración de portada: James Andres (@seajart)
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Primera edición: septiembre de 2026

© 2025, Kyler, A. J.
© 2026, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Esta edición se publica mediante acuerdo con Podium Publishing SubCo, LLC.

Todos los derechos reservados.
Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

ISBN: 979-13-88287-18-3

EUROPA

Seguinos

VReuropa

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre A. J. Kyler
Portada
Nota de la dupla autoral
Advertencia sobre el contenido
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44: Epílogo
Queridos lectores
Agradecimientos
Índice
Créditos

